CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por

Mons. CARLOS GIBIER
Obispo de Versalles

Dios y su obra	1 Vol.
Jesucristo y su obra	2 »
Objeciones contemporáneas contra la Religión	2 »
La Iglesia y su obra	4 »
Objeciones contemporáneas contra la Iglesia	2 »

CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por Mons. CARLOS GIBIER, Obispo de Versalles

V

OBJECIONES
CONTEMPORANEAS CONTRA LA RELIGION

Volumen II

TRADUCCIÓN DE LA VIGÉSIMA EDICIÓN FRANCESA POR EL

DR. MODESTO H. VILLAESCUSA

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A.
SUCESORES DE JUAN GILI
Cortes, 581 - Barcelona
1926

NIHIL OBSTAT

El Censor,
AGUSTÍN MAS FOLCH, PBRO.

Barcelona, 16 de Junio de 1925

IMPRÍMASE

El Vicario General,
JUAN FLAQUER

Por mandato de Su Sria.
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

Tipografía de los editores

PRIMERA CONFERENCIA

Discurso de apertura

SEÑORES:

Después de algunas semanas de descanso, reanudamos hoy la Misa de los hombres. Hace ya quince años que juntos la inauguramos. ¡Quince años!... *Grande mortalis ævi spatium!...* Casi una vida humana... ¿Hemos perdido el tiempo? No lo creo. Precisamente esta mañana quisiera mostraros que, juntos, hacemos aquí una obra de la más alta importancia.

I. Hacemos una obra de la más alta importancia.

Para convencernos de ello, bastará recordar la suerte de buen número de nuestros contemporáneos. ¡Qué terrible visión, señores, la de todos los hombres cayendo en masa, los unos sobre los otros, en el abismo de la ignorancia religiosa y de la impiedad brutal! Con nada podría compararla mejor que con la que contem-

plaron mis ojos en 1870, cuando nuestros pobres soldados, espantados, alocados, se precipitaban en masas profundas ante la metralla que los diezmaba y los segaba en un huracán de hierro y de fuego. Los sangrientos horrores de la guerra nos dan apenas una idea exacta de la espantosa catástrofe que, en la hora actual, conduce millares y millares de hombres a la esclavitud del error y del mal. En 1870, eran los cuerpos los cosechados por la guerra; hoy son las almas las que se ven asesinadas por la impiedad triunfante. Ahora bien, ¿qué hacemos nosotros aquí? Nos defendemos, y defendemos a nuestros hermanos, contra ese inmenso peligro. Adquirimos ideas y adquirimos fuerzas.

1.º En primer lugar, adquirimos *ideas* por medio de la instrucción. En 1871, el cardenal de Luzerne decía al rey Luis XVIII: "Señor, el soplo de Vuestra Majestad disipará el espíritu de incredulidad." Ya en aquel tiempo la reflexión era cándida. El error no huye ante el soplo de un hombre. El error sólo es vencido por la verdad, como la noche sólo es disipada por el día. Cuando flotan en el ambiente ideas falsas, hay que rechazarlas y exterminarlas con ideas verdaderas. Gritando "¡Abajo los sectarios!", no se salva el país, ni se forma la opinión, ni se iluminan las inteligencias...; para ello es preciso demostrar a todo hombre de buena voluntad y de recta razón que la irreligión es una estatua hueca, de pies de arcilla, y que la religión es una estatua de bronce, asentada en zócalo de granito...; que la incredulidad es la ruina de las almas y de los pueblos, y la fe la salvación individual y social. Ahora bien, para hacer una demostración semejante, ¿qué es lo que necesitamos? Dar ideas. He ahí la grandeza e importancia de nuestra obra en estos quince años. Du-

rante más de 700 domingos sin interrupción, se han difundido desde este púlpito ideas, no vagas e indeterminadas, sino claras y precisas. Hemos navegado a velas desplegadas, no por las olas traslúcidas de alta mar, sino cerca de tierra firme, al pie de acantilados, a lo largo de los arrecifes, junto a la costa, es decir, junto a la realidad. Nuestras evoluciones no han sido ejercicios de vana retórica, sino esfuerzos racionales y sostenidos hacia la verdad y el bien. Aquí, por medio de la instrucción, adquirimos ideas.

2.º Luego, por medio de la agrupación, adquirimos *fuerzas*. No basta iluminar la inteligencia, es preciso fortalecer la voluntad. El que no tiene voluntad, es un cero. Ahora bien, la voluntad de un hombre aislado, es casi siempre débil, o por lo menos, impotente. Unicamente por el contacto, por la aproximación, por la aglomeración son fuertes los hombres, o llegan a serlo. No nos engañemos, señores; en la actualidad, nos vemos rodeados de gentes que se llaman indiferentes, pero que son verdaderos fanáticos, que se llaman liberales, pero que son verdaderos déspotas, los cuales, no contentos con no ser cristianos, tratan e impedir que lo seamos nosotros. Robespierre, cuyos hijos degenerados son, dijo de ellos: "Hay gentes más fanáticas que los que no van a misa; tales son los que tratan de impedir que vayan los otros." Pues bien, ¿cómo podremos reaccionar contra semejante pretensión? Agrupándonos. Aislados, no somos más que polvo, al que el menor soplo arrastra y dispersa; agrupados, constituímos un bloque, un muro, una roca, que nadie puede arrastrar.

¿Entendéis ahora la gran importancia de la obra que proseguimos desde hace quince años? Por medio de

la agrupación, adquirimos fuerzas. He dicho que esta obra

II. La hacemos juntos.

Sí, nuestra misa de los hombres es vuestra obra y la mía al propio tiempo. Somos aquí cooperadores y mutualistas de la mejor especie.

1.° Es MI OBRA.

Imaginaos un hombre que guarda y alimenta la luz de un faro, o que vela en lo alto de un campanario. ¿Diréis que este hombre es inútil? En el día de la tempestad o del incendio, todo el mundo reconoce la importancia de su función y la necesidad de su vigilancia. Tal es el sacerdote en su parroquia y en el púlpito. "Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote—dijo el Cura de Ars,—y en ella se adorará a las bestias." El sacerdote en su parroquia representa el Evangelio y salva la civilización cristiana. Esto es lo que trato de hacer, y en ello trabajo desde hace quince años... Cada domingo me presento ante vosotros, y os aporto el pan espiritual que he amasado, durante la semana, con el esfuerzo de mi inteligencia, y en medio de las mil preocupaciones y ocupaciones de mi vida pastoral; y me presento ante vosotros, no sólo con mi misión y mi palabra, sino también, me atrevo a decirlo, con todo mi corazón, *con toda mi alma.*

Mons. Dupanloup decía al superior de su seminario menor, M. Hetsch: "Ya veréis cómo les habláis cuando los améis." Señores, si mi palabra tiene algún poder, se lo debe especialmente al amor que siento por la parroquia, que es mi familia espiritual, y al profundo afecto que todos me inspiráis. Hay discursos que entra-

ñan el aburrimiento. Tales son aquellos en los cuales el orador nada tiene que decir que no salga de él.

Me parece que no es este mi caso. Cuando os hablo, pongo en mi palabra todo mi ser; y fácil os es comprobar que no estáis en presencia de un retórico que procura deslumbraros, sino de un amigo, de un hermano, que anhela apasionadamente procuraros el bien. Hace un año que discutimos juntos las objeciones corrientes contra la religión. Durante este décimoquinto año, continuaremos el mismo asunto. Es muy digno de atención, muy variado, muy actual. Acudid a la misa de los hombres. Esta es mi obra.

2.° Es TAMBIÉN VUESTRA OBRA, tanto como la mía. El éxito de nuestra empresa depende de mi, pero también de vosotros: de vuestra presencia, de vuestra actitud, de vuestro apostolado.

De vuestra afluencia. Sólo el diamante puede cortar al diamante, dicen los ingleses: ¿Cuándo los católicos y todas las personas honradas comprenderán, pues, que pueden ser invencibles si se unen y saben oponer sus falanges, arrodilladas y orantes, a los clamores disparatados de la impiedad? ¡Cuántas veces, señores, después de cantar nuestro *Credo* bajo estas bóvedas iluminadas y jubilosas, al salir de la iglesia en filas apretadas, terminadas nuestras grandes reuniones religiosas semanales, os habéis sentido más convencidos, más orgullosos de vuestra fe, más decididos a profesarla! El éxito de nuestra misa de los hombres depende de vuestra afluencia.

De vuestra actitud. Vuestra excelente actitud y simpática atención, vuestras oraciones y cánticos, consti-

tuyen un incentivo saludable para mí, para vosotros y para todos los que entran en este templo. Con frecuencia, con mucha frecuencia, la llama de vuestras miradas ha hecho brotar de mi corazón acentos y gritos desconocidos para mí. Con frecuencia, con mucha frecuencia, habéis ejercido los unos sobre los otros, y experimentado los unos de los otros, el contagio del buen ejemplo y de la mutua edificación. Con frecuencia, con mucha frecuencia, forasteros de paso por nuestra ciudad, indiferentes mezclados por casualidad entre vosotros, se han sentido subyugados por el espectáculo en alto grado conmovedor de vuestra religiosidad a cielo abierto. Porque aquí ninguno se muestra avergonzado de sus creencias. No las ocultamos en logias subterráneas, sino que las profesamos a la clara y bella luz del día. El éxito de nuestra misa de los hombres depende de vuestra afluencia, de vuestra actitud. Y también

De vuestro apostolado. Señores, Dios hizo a nuestra naturaleza el honor de no obrar normalmente sino por nosotros mismos. Donde somos totalmente inertes, Dios es impotente. Esto quiere decir que todos, quién más, quién menos, debéis ser apóstoles. Cierto día, el superior de San Sulpicio presentando M. Harmel a los seminaristas, les dijo: "Señores, os presento un hombre que, bajo su traje seglar, tiene un corazón de sacerdote." Sí, hay un sacerdocio seglar. Todos vosotros estáis revestidos de ese sacerdocio. Practicad el apostolado. ¿Por ventura no lo practican los francmasones? Bien sabéis que sí, y que lo practican con ardor.

Conclusión:

Manos a la obra. Duplicad, triplicad esta asamblea.

Podéis hacerlo, debéis hacerlo, lo haréis. Lamennais decía a sus discípulos: "¿Veis este reloj? Aunque se le diga que, si dentro de diez minutos da la hora, se le cortará la cabeza, no dejará de dar la hora que debe dar dentro de diez minutos. Haced como este reloj. Llegue lo que llegue, dad vuestra hora." Hagamos nosotros lo mismo. Démos, démos nuestra hora, es decir, cumplamos nuestro deber, ocupemos nuestro puesto, conservemos nuestra fe, devolvámosela a los que la perdieron y mueren porque ya no la tienen. Realcemos los espíritus abatidos y las voluntades que desfallecen. Juntos hacemos aquí una obra de la más alta importancia, una obra patriótica y religiosa. Dios está con nosotros, y nuestra patria también. Porque del mismo modo que Galileo, pisoteando la tierra, decía: "¡Pues se mueve!", así también, considerando la patria de nuestro tiempo y la Iglesia católica, decimos: "Están hechas para entenderse." Los obstáculos son enormes; trabajaremos para allanarlos. Las objeciones son numerosas; intentaremos resolverlas... y sobre nosotros descenderán las aprobaciones de la tierra y las bendiciones del cielo.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA (1)

No tengo tiempo

HERMANOS MIOS:

Podría y debería quizás hoy referiros la gloria de los santos, sus virtudes, el poder de su intercesión, mas prefiero invitaros a seguir sus huellas apartando el obstáculo imaginario, el falso pretexto de buen número de cristianos, que dicen: "No tengo tiempo de ocuparme en religión, de pensar en Dios y en mi alma, de santificar el domingo." Si refuto, como es necesario hacerlo, esta objeción, muy popular y acreditada, los santos del cielo me perdonarán de haberlos olvidado para hacer bien a sus hermanos de la tierra.

I. No tengo tiempo de ocuparme en religión.

Sin embargo de ello, la religión es eterna, y los que

(1) Esta conferencia se pronunció el día de Todos los Santos, en la Misa mayor de las diez, ante toda la parroquia.

no se han preocupado aquí bajo en ella, lo ignoran todo. No tenemos el derecho de *tratar la religión como una cantidad despreciable*, como un negocio accesorio, como un cero colocado delante de la unidad. ¿Por ventura somos hombres, si ignoramos lo que somos, de dónde venimos y a dónde vamos, o si, sabiéndolo, vivimos como si no lo supiéramos? Decís que no tenéis tiempo de ocuparos en religión. Veamos. ¿Estáis más agobiados de trabajo que el rey *San Luis*, que tenía que gobernar un gran reino? Se le reprochaba el consagrar demasiado tiempo a las prácticas de piedad y descuidar por ello los asuntos de Estado; mas él respondía: "Si pasara tanto tiempo cazando y divirtiéndome, como tantos otros lo hacen, nadie pensaría en lamentarse de ello." ¿Estáis más agobiados de trabajo que *Lamoricière*, que mandaba las tropas del Papa? Cierto día, le recitó Pío IX un texto de San Agustín; el General acabó la cita, y lo mismo hizo con otro texto de San Ireneo. Asombrado Pío IX, le preguntó: "¿En dónde habéis estudiado, General, los Santos Padres?" —"En campaña — respondió Lamoricière — no siempre se bate uno, y yo dedicaba el tiempo libre a esta lectura, que siempre ha tenido para mí grandes embelesos." No tengo tiempo de ocuparme en religión.

Pero la religión no es cosa superflua. *Tenéis necesidad de ella.* ¿Estáis acaso al abrigo de la tentación y del dolor? ¿No tenéis tentaciones que combatir, desgracias que prevenir, hijos que educar, muertos que llorar? Por grande que sea vuestra prosperidad actual, estáis a manera de las eventualidades del mañana: la muerte de un hijo querido, la ruina inesperada de una salud floreciente, el olvido e ingratitud de vuestros semejantes, la pérdida de vuestra reputación, un revés de fortuna..., catástrofes de todos los días, después de

las cuales no queda otro apoyo que la cruz, ni otro asilo que el templo, ni otro consuelo real más que la oración. Os compadezco, ricos y grandes del mundo, os compadezco, obreros y servidores, si, en la angustia, no saben vuestros ojos mirar del lado de la cruz; si, cuando todo falta, no saben vuestros pies tomar el camino del templo; si, en la hora en que suspiráis, vuestros labios no conocen la oración; si, en el momento en que la tierra no tiene nada que daros, no sabéis llamar a la puerta de la religión, ni conocéis ninguno de los senderos del país que habitáis. No tengo tiempo de ocuparme en religión.

¿Qué decís a esto? No pocos hay que, a vuestro lado, tienen tiempo para ocuparse en ella, no para respetarla y practicarla, sino para saquearla y exterminarla. Hay en el mundo, a la hora presente, una vasta y misteriosa propaganda de blasfemia y de impiedad sin tregua ni descanso. Aquel a quien la Escritura llama el príncipe de este mundo, tiene su ejército y sus misioneros, que anuncian por todas partes que el cielo está vacío, que no hay Dios alguno que reciba en él nuestras oraciones, y que la nada es el fin de todo. La religión es batida en brecha con un furor que espanta aun a los indiferentes y a los escépticos. Si queréis conservarla, *preciso será defenderla.* Casimiro Perier, en su lecho de muerte, decía al joven médico que le asistía: "Joven, la religión, la religión; he ahí lo importante. Sin la religión, nada. Soy yo quien os lo dice, y podréis comprobarlo. ¡Tened mucho cuidado!" He ahí, señores, el grito de los sabios, un día u otro. ¡Ah! no démos al mal que nos rodea un asentimiento aparente callándonos y absteniéndonos; no traicionemos la causa religiosa con nuestra inacción y reticencia. En el día de hoy, nadie tiene el derecho de decir: No tengo tiempo de ocuparme en religión.

II. No tengo tiempo de pensar en Dios y en mi alma.

Veamos. Discutamos un poco. ¿Qué es lo que Dios te pide? Si escuchamos a ciertas gentes, no parece sino que los deberes religiosos absorben un *tiempo* que espanta, y no son posibles más que a aquellos que nada tienen que hacer. ¡Valiente broma! Cinco minutos para la oración de la mañana, y otros tantos para la oración de la noche: diez minutos. Una hora el domingo y los días de fiesta para asistir a la misa obligatoria; total: Cincuenta y seis horas. Añadamos una hora por año para la confesión y la comunión pascual, pongamos dos, si os parece, lo que da un total de cincuenta y ocho horas consagradas anualmente al servicio de Dios. ¿Y no tenéis tiempo? Pero la religión es mucho más *una orientación* de pensamiento y de vida que un asunto de tiempo. Por absorbidos que os veáis por vuestros deberes de estado, ¿quién os impide elevar vuestro corazón a Dios algunas veces durante el día, y ofrecerle vuestro trabajo, vuestras penas, vuestras privaciones? ¿Quién os impide elevar hasta Dios el grito de vuestros dolores y el grito de vuestras alegrías? ¿Quizás os impide consagrarle, por un arranque interior, los estudios de vuestra juventud, las labores e inquietudes de vuestra edad madura, los pasos vacilantes de vuestro ocaso, vuestra voz que se debilita, vuestro ardor que se extingue, vuestro último suspiro que se exhala? ¿Quién os impide, quién puede impediros trabajar y padecer, vivir y morir por El? No tengo tiempo de pensar en Dios. En verdad que esto no es serio.

No tengo tiempo de pensar *en mi alma.* Si es verdad,

os compadezco. Preguntaba a uno cierto misionero: "¿Cuánto tiempo ponéis diariamente en cuidar vuestro *caballo*, en mantenerlo en tan buen estado?—Cerca de dos horas.—Y en vuestra alma, ¿pensáis mucho?—A fe mía que nada.—Pues bien, si cuidáis también vuestro caballo, y tan poco vuestra alma, preferiría ser vuestro caballo que vuestra alma."—¿Tenéis tiempo para comer? Ciertamente que sí. *Vuestro cuerpo* no podría vivir sin comer, y si vuestro patrono no os diera tiempo para comer, en verdad que os despediríais de él y de su tienda, y os diríais: "Ante todas cosas, es preciso vivir." Y tendríais mucha razón. Haced, pues, por vuestra alma lo que hacéis por vuestro cuerpo, porque es la principal y más noble parte de vosotros mismos. Alimentadla con creencias y prácticas religiosas, que son su aliento y su vida. Vuestra *alma es inmortal.* Aseguradle una eternidad bienaventurada. No pensáis jamás en ello. El trabajo os agobia desde la mañana a la noche. Con la mirada fija en el fin que anheláis conseguir, en la fortuna que os proponéis adquirir, en el papel importante que deseáis representar, os lanzáis a ello con un ardor que nada abate y al que los años mismos parece que hacen más tenaz. Corona el éxito vuestra empresa, y una alegría sorda, profunda, intensa, invade vuestro corazón cuando contempláis vuestros negocios que prosperan, vuestra fortuna que aumenta, vuestro crédito que se extiende. Y yo, bajito, muy bajito, os censuro; más todavía, os compadezco, porque veo que sacrificáis lo principal a lo accesorio. El tiempo os oculta la eternidad. Las preocupaciones de la tierra os hacen olvidar los pensamientos de la fe. Al ganar un mundo, perdéis vuestra alma. Eso no es cristiano, eso no es razonable.

Hay en la semana un día que pertenece a Dios y al alma, el domingo. ¿Qué se hace de él? Aquí oigo multitudes que me dicen:

III. No tengo tiempo de santificar el domingo.

Discutamos esta última afirmación. Si fuera fundada, sería grave; pero no la creo fundada, por lo menos en la generalidad de los casos.

Sois *ricos* y decís que no tenéis tiempo de santificar el domingo. Me permito contradeciros. Tenéis tiempo de hacer visitas inútiles, de entregaros a partidas de placer que no acaban nunca, ni conducen a nada; a emprender viajes de recreo, o negocios que sería fácil aplazar para mañana. Luego, si quisierais, tendríais tiempo de observar el descanso dominical y santificarlo.

Sois *obreros,* y decís que no tenéis tiempo de santificar el domingo, y aun añadís que, puesto que se come cada día, hay que trabajar cada día. Pues bien, yo os respondo que, si se come cada día, hay que descansar el domingo, y si no se descansa en la iglesia el domingo, se descansa otro día en otra parte. Conozco muchos obreros arruinados por el desorden, pero no conozco ninguno arruinado por la observancia del domingo. Cuando se suprime el domingo temo dos cosas para el obrero: temo por su trabajo y temo por su descanso. Temo por su trabajo si no se detiene nunca: temo por su descanso, que ya no es santificado, que ya no es protegido, que con frecuencia hace más pesada la fatiga del alma y la del cuerpo.

Vosotras, *madres de familia,* decís que no tenéis tiempo de santificar el domingo, y os excusáis con los quehaceres domésticos y con los cuidados que exigen vuestros hijos. Dispensadme que os diga que lo que primeramente debéis a vuestra familia, es el ejemplo de

todos los deberes... Pero si desobedecéis a Dios, ¿cómo podéis esperar que os obedezcan vuestros hijos? Os lo predigo: vuestros cuidados serán superfluos y vuestros proyectos no se realizarán. Vuestros hijos os llenarán de amargura y responderéis ante Dios de vuestra alma y de la suya.

Vosotros, *católicos*, decís que no tenéis tiempo de santificar el domingo. ¿Es esto verdad? Los ingleses y los americanos son los pueblos más activos, más industriales, más eficaces, más ricos. Para ellos, el tiempo es oro. Pues bien, esos dos pueblos, desde que la campana anuncia el día del Señor, se detienen respetuosamente y obedientes. Nada de ruido de yunque, nada de rodar carros, nada de correos; apenas algunos trenes. Tabernas, billares, cafés, todo se cierra. El presidente americano Grant decía que lo más hermoso que había visto en la vieja Europa eran las grandes catedrales y las obras maestras del arte religioso, y añadía: "Lo pasado no produjo esa maravilla más que para el domingo, y el domingo es el día en que el Señor riega la planta del trabajo para que produzca sus frutos." Hermosas palabras y magnífica lección.

Concedamos, hermanos míos, a la religión, a Dios, a nuestra alma, al domingo, el respeto que merecen. No es perdido el tiempo con el cual se compra la paz de la conciencia, el honor del hogar, la seguridad social, las prosperidades de la tierra y las eternas alegrías del cielo.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA (1)

Después veremos

SEÑORES:

Al invitaros hoy a orar por nuestros difuntos, la Iglesia santa nos ordena pensar en nuestro último fin. Paréceme, pues, que entraré totalmente en su espíritu respondiendo a la objeción de los que dicen: "Por ahora, la religión nos es indiferente. No queremos ocuparnos en ella. *Después veremos.*" He ahí palabras ilegítimas e imprudentes. Vamos a hacer que comparezcan ante el tribunal de la conciencia y ante el tribunal de la razón.

I. Después veremos. No tenéis el derecho de decir eso.

En primer lugar, la religión es *algo serio*, por lo que no es permitido rechazarla negligentemente como una bagatela, como un detalle de mediana importancia.

(1) Esta conferencia fué pronunciada el día de Difuntos.

Conocéis la frase histórica atribuída a Arquias, tirano de Tebas. Hallábase sentado a la mesa, ebrio, rodeado de alegres compañeros. Llevósele un mensaje que debía leer sin pérdida de tiempo. "Dejemos para mañana los negocios serios", dijo Arquias metiendo la carta debajo de la almohada de su lecho. Y continuó el festín que iba a terminar con una muerte violenta. Así proceden muchos hombres: se aficionan a la fortuna, a los honores, a las fantasías del bienestar, y aplazan sin cesar las cosas serias, es decir, el servicio de Dios y el cuidado de su alma. Pero un hermoso día llegan al final del banquete, vacíos de los falsos bienes que se les escapan, y de los bienes verdaderos de los cuales no hicieron provisión. Después veremos... No tenemos el derecho de decir eso. La religión es cosa tan seria, capital y esencial, que no es permitido relegarla *ad calendas græcas.*

Dios no quiere esperar. Es el dueño de toda nuestra vida. Repitiendo una frase célebre, os diré: ¿Qué ha sido Dios hasta ahora en vuestra alma? Nada. ¿Qué debe ser? Todo. Después veréis. Esto quiere decir que ofrezcáis a Dios el resto de vuestra existencia. Sabido es a quién se arrojan las sobras; Dios no podría descender hasta ese punto. Supongamos que tenéis un deudor que ha contratado con vosotros una suma importante que debe amortizar en cinco años trimestralmente. Cada tres meses os presentáis en su domicilio para recibir la suma convenida, pero a cada una de vuestras visitas, os recibe con estas palabras dilatorias: "Hoy no; después veremos." Y nada más podéis sacar de él. Evidentemente, la broma os parecería de mal género, no os conformaríais con ella, y lo llevaríais a los tribunales. Pues bien, nosotros somos deudores de Dios; Dios reclama nuestros homenajes, nuestras

adoraciones, nuestra obediencia... y nosotros no tenemos el derecho de sustraernos a sus órdenes diciéndole tranquilamente: "Después veremos".

Por otra parte, al vernos obrar así, ¿qué piensan, qué dicen, qué hacen nuestros contemporáneos y vecinos, a quienes damos *un ejemplo pernicioso?* Piensan que también ellos pueden dispensarse de creer y practicar, puesto que tantos otros viven en la indiferencia. Si se les pregunta la razón de su abstención religiosa, responden que hacen como los demás. Y, en efecto, vedlos ahí arrastrados por la corriente de los negocios y de los placeres, insensibles a los reproches de su conciencia, sin prestar atención a los intereses de la vida futura, ebrios de tumulto, de movimiento, de ruido, ocultando la bandera de la cruz o sosteniéndola apenas. Así es como se pierde la causa religiosa... por la falta de los abstencionistas, que murmuran esta frase trivial: Después veremos. *Malesherbes,* que tan noblemente cayó bajo la cuchilla de la Convención, después de defender al infortunado Luis XVI, había participado antes de los errores de los filósofos de su tiempo. Director de la Librería, había fomentado la *Enciclopedia* y todas las publicaciones de J. J. Rousseau. Después, aleccionado por los errores de la Revolución, decía: "Esa falsa filosofía, cuyo juguete he sido, de la que nos ha precipitado en un abismo de destrucción." Palabras tardías, que ponían de manifiesto el mal, pero que no lo remediaban. ¡Ah, cuántos hombres honrados imitan hoy a sus antepasados del siglo XVIII! Si no se asocian directamente a las empresas de la impiedad, la dejan tranquilamente organizarse y triunfar. Si no atacan la religión, tampoco la defienden. Se callan, se abstienen, esperan y dicen: "Después veremos." ¿Después? Será demasiado tarde. Cuando todo esté por tie-

rra, no será tiempo de obrar. En vano lloraréis sobre las ruinas, pues vuestras lágrimas no tendrán virtud para levantarlas. "Después veremos." No tenéis el derecho de decir eso.

II. Después veremos. Sois muy imprudentes.

Estas palabras, no sólo son contrarias a la conciencia, sino también a la simple razón y al más elemental buen sentido. Vamos a verlo.

1.º Practicaré *más tarde* la religión. Esto no es razonable. Mirad. Supongamos que queréis estableceros en el extranjero sin pensamientos de volver, y que venís a pedir un consejo. Os acompaño a la estación, abro un vagón de primera clase, y os instalo en él. "Pero, dispense V., ¿a dónde me conducirá este tren?— No os preocupéis de eso— os respondo,—Pasaréis cinco horas en ese coche; acomodaos bien en vuestro asiento; aquí tenéis cigarros, periódicos... poned los pies en el calorífero, tapaos.—Todo eso está muy bien, pero decidme por favor: ¿en dónde bajaré del tren?—No penséis en ello—os contesto;—os perturbaríais demasiado. Estad bien tranquilo en la hora presente; es la hora del viaje. Después veréis." Y os estrecho la mano por última vez, cierro la portezuela y parte el tren. ¿Qué diríais de conducta semejante? Es francamente absurda. Pues bien, he ahí lo que ocurre continuamente en el mundo. Se marcha sin saber adónde se va; se hace un viaje cuya salida, cuya llegada, cuyo término se ignora. Se vive sin saber adónde se irá a parar después de haber vivido. "Después veremos." ¿Pero cuándo veréis?

2.º Practicaré la religión *a la hora de la muerte*. Esto no es razonable.

¿Quién os dice que no quedaréis sorprendidos? ¿Quién os asegura que la muerte no llegará de repente?

Contad vuestros amigos de la infancia. La yerba verdea sobre la tumba de muchos que eran más jóvenes y parecían más robustos que vosotros.

Mirad en torno vuestro. ¡Cuántos mueren de repente en nuestros días!, se dice con frecuencia. Hace seis mil años que se viene diciendo eso. Y, en efecto, éste se ve atacado en la mesa, aquél es hallado tendido sin vida al volver una calle, y otro, que por la noche se acostó sano, no es a la mañana siguiente más que un cadáver frío. Ese albañil canta un aire del país sobre su andamio, sin ver la mano de la muerte que desata una cuerda. Esos viajeros del ferrocarril creen que el maquinista está solo, pero la muerte está a su lado, se equivoca de vía y los dos convoyes chocan durante la noche. Estas catástrofes están a la orden del día.

Cualquiera que seáis, no podéis decir: "Seguramente viviré un año, una hora." Luis XI era rey, y tenía un miedo horrible a la muerte, y se había amurallado contra su visita; imploraba para conjurarla a todos los ángeles del cielo y todos los santos de la tierra. Ni los remedios, ni las oraciones, ni las precauciones pudieron impedir su muerte. Por más que hizo, dice Commines, tuvo que pasar por donde los otros habían pasado. Pongamos ejemplos más recientes, más cercanos a nosotros. El famoso novelista *Balzac* que, en sus libros, hizo morir tantos personajes, no había pensado que también tenía que morir. Enfermo, pregunta a su médico: "¿Cuánto tiempo creéis que me resta de vida? ¿Seis meses... seis semanas... seis días?—

¿Quién puede responder de una hora aquí bajo?—respondió el médico con una sonrisa enigmática.—¡No me quedan, pues, más que seis horas!"—exclama Balzac espantado. Y cae sobre la almohada; estaba muerto. Y ayer mismo ¿no murió Zola de repente, por la noche, sin notarlo, en medio de las deyecciones, como había vivido?

Si, pues, me decís que después veréis, que volveréis a Dios en la hora de la muerte, os responderé que eso no es racional, porque es probable que os falte el tiempo, y que os sorprenda la muerte... Verdad es que no todo el mundo muere de repente, y por esto oigo que me decís

3.º Practicaré la religión *cuando me sienta enfermo*. Pero tampoco es esto racional.

Os concedo que quizás vuestra última enfermedad sea larga, un fin calculado, gradual, con el pulso que se debilita poco a poco, y el frío que sube por grados desde las extremidades hasta el corazón.

Y os pregunto: cuando estéis enfermos, gravemente enfermos, ¿para qué serviréis? La experiencia enseña que con mucha frecuencia las circunstancias de la enfermedad hacen difícil la verdadera conversión. La mayor parte de los enfermos *se engañan* acerca de su estado; en vez de pensar en comparecer ante Dios, casi todos se entregan a la vana esperanza de la curación. Los parientes, *los amigos, el médico*, temiendo espantaros, os entretendrán con vanas ilusiones de posible curación. Movidos por una falsa delicadeza, a fin de abreviaros malos ratos, os dejarán partir sin sacramentos. Con esto, caeréis en tal estado de *postración mental* y física, que os será muy difícil reconciliaros seriamente con Dios. Y en último resultado, ¿estáis

muy seguros que ese Dios, rechazado y desobedecido tanto tiempo, os dará en el último momento la *gracia suprema* de la conversión? Dispensadme, señores, tan fúnebres detalles. Pero ya que habéis de visitar hoy las tumbas de vuestros queridos muertos, paréceme que tengo el derecho, si no el deber, de poner mis palabras en armonía con vuestros recuerdos y preocupaciones.

Permitidme, pues, que termine esta alocución con unas palabras que resumen todas las lecciones de esta jornada. Preguntóse a un solitario: "¿Cuándo hay que convertirse?—Un día antes de la muerte.—Pero ignoro el día.—Pues hay que convertirse hoy, porque quizás mañana será tarde."

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

No hay que ser santurrón

SEÑORES:

Para evitar las exigencias de la religión, refúgianse a veces en una objeción vulgar y falta de sinceridad, que me propongo refutar en el día de hoy. Se dice: "No hay que ser santurrón." Hay en esta fórmula dos cosas: lo que dice y lo que no dice, lo que expresa y lo que se calla. Expresa un defecto, que vamos a comprobar, y se calla un pretexto, que vamos a desenmascarar.

I. No hay que ser santurrón. Esta fórmula expresa un defecto que vamos a comprobar.

El diccionario de Littré define así la santurronería: Una religión estrecha y supersticiosa. *Es un verdadero defecto.* La estrechez y la superstición están condenadas por la razón, y más de una vez son anatematiza-

das en el Evangelio por Jesucristo; no podemos, o no debemos, aprobar al que comprende mal la religión y al que la practica mal, al que la desacredita desnaturalizándola. Me explicaré. He ahí una persona que tiene manías, hábitos mezquinos, devociones secundarias, a las cuales concede mayor importancia que a los deberes esenciales; comparece cubierta de medallas y escapularios, pero tiene una lengua infernal, y no paga sus deudas. Es una santurrona, no una cristiana, o bien, no sacrificaría por ningún precio del mundo sus prácticas religiosas, sus confesiones, sus exámenes de conciencia, sus lecturas piadosas, obras que no son consecuencia y traducción de su fe, sino su negación y oposición. Adora a un Dios que le predica la pobreza... y ella desdeña los pequeños y los humildes; adora a un Dios que le predica la caridad... y ella tiene un natural detestable, violento, colérico, duro, con sus dependientes; adora a un Dios que le predica la pureza y el desprendimiento... y ella no vive más que para el dinero y los placeres; adora a un Dios que le predica la abnegación y el perdón... y ella detesta cordialmente a sus enemigos, traiciona a sus amigos y cubre al prójimo de las más sangrientas injurias. Es una santurrona, no una cristiana. La santurronería no es la religión sino su remedo, su caricatura. La religión nos hace amar a Dios y al prójimo; por la santurronería se ama uno a sí mismo más que a Dios, y en detrimento del prójimo. La religión es profunda y fecunda; se apodera del alma y engendra actos santos; la santurronería no es más que una apariencia superficial y estéril, y consiste especialmente en vanas prácticas que a nada conducen. La religión es una virtud; la santurronería es un defecto.

¿Es *un defecto muy difundido?* Creo poder decir que no.

Antes, en el antiguo régimen, cuando la sociedad era en su totalidad cristiana, cuando el cristianismo era la ley universalmente practicada, podíanse ver, y se vieron, falsos devotos, hombres y mujeres que, para salvar las apariencias, ocultaban una vida licenciosa bajo oropeles de prácticas religiosas. El rey Luis XI llevaba de frente la superstición y la crueldad. Enrique III sacrificaba los deberes de su cargo a peregrinaciones, procesiones y comedias ridículas; la Montespán, cómplice y adúltera de Luis XIV, escandalizaba la corte y la ciudad, al propio tiempo que ayunaba durante la cuaresma con tal exactitud, que hacía pesar el pan que se comía.

Hoy, ya no se ven o se ven poco, semejantes escentricidades. Se profesa sinceramente la religión, o no se profesa. Las devociones estrechas y supersticiosas son una excepción sin valor alguno. Todavía se encuentran algunas personas, algunas mujeres poco ilustradas, que se entregan a prácticas exteriores, buenas en sí mismas, pero excesivas en número; algunas escrupulosas que se atormentan la conciencia con el temor de obrar mal, y dan a la piedad un carácter enfermizo y repelente; algunas cabezas ligeras que despliegan un celo intempestivo y mal ordenado. Al comprender equivocadamente y defender mal la religión, pueden comprometerla. No las aplaudo; las censuro.

Con todo, importa mucho *no exagerar aquí las cosas,* sino reducirse a los límites de la verdad.

1.° En nuestros días, la santurronería es excesivamente rara. La irreligión corre a oleadas y nos sumerge. El abuso de la religión es un fenómeno muy poco frecuente.

2.° La santurronería es, en general, muy inofensiva. Los falsos devotos no hacen mal a nadie, y sólo se dañan a sí mismos.

3.° La santurronería no es más que un débil defecto, si se compara con otros vicios que inundan la tierra a la hora presente. Los que declaman contra la santurronería son de ordinario cien veces más condenables que los santurrones de los cuales se burlan. Explotan las pequeñas ridiculeces del prójimo para que no se fijen en sus enormes debilidades. Esto es lo que vamos a ver.

II. No hay que ser santurrón. Esta fórmula oculta un pretexto, que vamos a desenmascarar.

1.° Me dirijo a un *librevividor,* y le digo: "Joven, ¿por qué esos ejemplos de depravación que ofreces en tu vida? ¿por qué esos discursos impúdicos en tus labios? ¿por qué esos libros corrompidos y corruptores en tus manos? Un poco de religión no te hará daño alguno, y podría hacerte mucho bien. Un poco de oración te ayudaría quizás a romper la cadena de tus pasiones y a llevar una vida honesta."

Y me responde: "No hay que ser santurrón." Esto no es más que un puro pretexto. Rechaza la santurronería para no someterse a la religión y a sus frenos saludables. El temor de Dios le molesta, y de él se desembaraza con una palabra que no es sincera. Su conciencia le atormenta, y la apacigua con un axioma que nada significa. Su madre, su santa madre le repren-

de y le suplica, y se sustrae a sus lágrimas y a sus presiones con sátiras y bromas insulsas.

2.º Me dirijo a *un hombre de pro*, y le digo: "¿Por qué esa carrera desbocada hacia el placer inmediato y supremo? ¿por qué esa habilidad en engañar a sus semejantes? ¿por qué esa tenacidad en explotarlos y oprimirlos? Si tuvieseis un poco de religión, resistiríais la tentación de extender la mano sobre el bien ajeno y amontonar en vuestras arcas una fortuna mal adquirida."

Y me responde: "No hay que ser santurrón." Esto no es más que un pretexto. ¡Ojalá fuera santurrón antes que embustero y ladrón, antes que tramposo y agiotista! La santurronería le haría quizás ridículo, pero por lo menos no haría de él un ser rapaz, roedor, malhechor. No, ese hombre de presa no quiere ser santurrón. En términos propios y precisos, esto quiere decir que elimina del crisol de su conciencia todo elemento religioso, para quedar con más libertad de hacer su agosto a expensas de sus infortunadas víctimas Esto quiere decir que vive sin fe para tener más libertad de vivir sin ley. Esto quiere decir que se burla de Dios para ser más libre de burlarse de sus semejantes.

3.º Me dirijo *a un escéptico*, y le digo: "¿Por qué no crees en Dios, en Jesucristo y en su Iglesia, en el *credo*, en el decálogo y los sacramentos, en el Evangelio y en la vida eterna? ¿por qué no crees en Dios ni en el diablo?"

Y me responde: "No hay que ser santurrón." Esto no es más que un puro pretexto, porque, en último resultado, no acabo de ver lo que la fe puede tener de

común con la santurronería. La santurronería es una bobería; la fe es una certeza. La religión es divina, y su divinidad es independiente de los vicios y defectos de los que la practican. Los teorenas geométricos no se conmueven porque haya estudiantes que los comprendan mal. El patriotismo no es condenable porque haya patrioteros que abusan de él. Pues, del mismo modo, la religión no es responsable de las equivocaciones y exageraciones de algunos de sus discípulos. Decís: "No hay que ser santurrón. Luego no creo nada." Eso es una falta de lógica; eso es un razonamiento pueril que no puede sostenerse.

4.º Me dirijo *a un indiferente*, y le digo: "¿Por qué no vienes jamás a la iglesia? Tienes la fe en el fondo del corazón, y no la manifiestas en tus actos, en tu vida ordinaria. ¿Por qué nunca se te ve orar ni hacer profesión de cristiano?"

Y me responde: "No hay que ser santurrón." Esto no es más que un pretexto, porque los deberes religiosos nada tienen que ver con la santurronería. La santurronería es un capricho; los deberes religiosos son una ley con fuerza obligatoria. La santurronería es cosa prohibida; los deberes religiosos son cosa ordenada.

No se os pide que estéis de rodillas de la mañana a la noche; eso sería santurronería. Se os pide solamente que hagáis una corta oración por la mañana, y una buena oración por la noche; esto es un deber.

No se os pide que estéis siempre en la iglesia ni que sacrifiquéis vuestros deberes de estado a prácticas religiosas puramente facultativas; esto sería santurronería. Se os pide solamente que santifiquéis el domingo; esto es un deber.

No se os pide que useís y abuséis de los sacramentos ni que comulguéis todos los días por ostentación, por capricho o por rutina; esto sería santurronería. Se os pide solamente que recibáis a vuestro Creador por lo menos por Pascua florida humildemente; esto es un deber.

Además, ¿es que no podríais, es que algunos no deberían hacer algo más que lo obligatorio? Veámoslo para terminar.

5.º Me dirijo *a un cristiano*, y le digo: "¿Por qué no te entregas a las prácticas de piedad y de las buenas obras? Puedes hacerlo porque tienes tiempo y eres independiente. Debes hacerlo... porque Dios y tu siglo te lo piden."

Y me responde: "No hay que ser santurrón." Esto no es más que un pretexto. La vida cristiana seria e intensa es todo lo contrario de la santurronería, y no temo afirmar que *buen número de hombres son llamados a la vida cristiana* seria e intensa. A menudo se cree, y a veces se dice muy alto, que la piedad es cosa de mujeres. Esto es falso. En la lista de los santos que, en diecinueve siglos, han ilustrado al catolicismo, hay tantos hombres como mujeres. Y en nuestros días, ¿es que nuestros grandes católicos, tales como O'Connell, Sonis, Montalembert, Veuillot y mil otros no eran hombres piadosos y muy piadosos? Y en la hora presente, en nuestro mundo materializado e independiente, ¿es que no se encuentran hombres que ponen en el servicio de Dios una delicadeza exquisita y una extraordinaria generosidad de alma?

¿Por qué no aumenta su número? ¿Por qué? Porque no quieren molestarse, porque tienen miedo de singularizarse; se contentan con ser cristianos vulgares, cuando podrían ser cristianos perfectos, y para sustraerse a los llamamientos de Dios y de la conciencia, se refugian en esta frase vulgar: "No hay que ser santurrón."

No, señores; jamás merezcamos semejante calificativo. Releguémoslo a los antros del librepensamiento, que con tanta frecuencia nos atribuye impúdicamente sus defectos o sus vicios; y siempre y en todas partes seamos cristianos formales e invencibles, cristianos sin miedo y sin tacha.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

Hay que pasar la juventud

SEÑORES:

Hay un adagio muy acreditado que dice: "Hay que pasar la juventud." Si por él se entiende que la inexperiencia, la fogosidad de la juventud tienen una época y que hay que ser indulgentes con los jóvenes... es una verdad que hay que respetar. Pero si se quiere decir que un joven puede pasar sin religión, entregarse a los placeres, satisfacer sus pasiones y cometer mil tonterías, por la sola y linda razón de que no ha llegado todavía a la edad madura... es una falsedad que hay que combatir. Voy a refutar esa monstruosa doctrina, estableciendo dos hechos, de los cuales deduciré dos conclusiones. Os advierto que mi conferencia de esta mañana se dirige principalmente a la juventud masculina.

I. Los hechos

PRIMER HECHO.—**Los jóvenes de doce a veinte años... constituyen todo nuestro porvenir.**

Wellington, el vencedor de Napoleón en Waterloo, hizo, hacia el fin de su vida, una visita al colegio donde fué educado, y al recorrer de nuevo los sitios benditos en que se había deslizado su juventud, exclamó: "Aquí fué ganada la batalla de Waterloo." Quería decir con esto que el hombre se forma enteramente en la adolescencia y que la edad madura se corona con los frutos elaborados por la juventud. En efecto, todo el porvenir depende de los jóvenes de doce a veinte años: el porvenir de la familia, el de la religión, el de la patria.

¿Qué deseáis para vosotros y *para vuestros hogares?* Queréis que vuestra vejez sea respetada y honrada; queréis que vuestro nombre, por humilde que sea, quede al abrigo de toda mancha; queréis que vuestras tradiciones de trabajo y de probidad se continúen después de vosotros, y embalsamen vuestra posterioridad más lejana. Pues bien, todo esto depende principalmente de los jóvenes de doce a veinte años. Las familias de mañana serán lo que son los jóvenes de hoy en día.

¿Qué deseáis *para la religión?* No queréis que desaparezca, ni que se la persiga, ni siquiera que se la desdeñe. Queréis que permanezca, que se realce, que florezca; queréis que la cruz que ha abrigado vuestra cuna, proteja también vuestra tumba; queréis que el Evangelio que habéis recibido de vuestros antepasados, pase como herencia inviolable y entera a vuestros nietos. Pues bien, esto depende principalmente de los

jóvenes de doce a veinte años. Porque decidme: ¿qué sería la religión dentro de cincuenta o veinticinco años, si educáramos en el día de hoy una raza de descreídos?

Finalmente, ¿qué deseáis *para la patria?*. Deseáis para la patria obreros probos y honestos, administradores íntegros, soldados intrépidos, ciudadanos concienzudos. Queréis una patria unida en lo interior, fuerte y respetada en lo exterior, grande entre las naciones, capaz de continuar en el mundo su misión civilizadora. Pues bien, todo esto depende principalmente de los jóvenes de doce a veinte años. La juventud masculina de hoy prepara la patria de mañana. Entendedme bien.

Un pueblo vale lo que valen los hombres que lo componen, por cuanto de ellos emanan las grandes influencias, los ejemplos potentes, las decisiones soberanas. El hombre dirige, y como es la cabeza, manda a los miembros y a toda la colectividad. Sobre él casi exclusivamente descansa el vertiginoso movimiento comercial, industrial y político de nuestros días. Su radio de influencia está mucho más extendido que el de la mujer. No sólo es el cabeza de familia, sino de la cultura, de la industria, de la administración, del taller, del ejército, del gobierno. Hace la opinión, los legisladores, la ley. Un pueblo vale lo que valen los hombres que lo componen.

Pero los jóvenes de hoy serán los hombres de mañana. Luego todo el porvenir doméstico, patriótico y religioso depende principalmente de los jóvenes de doce a veinte años. Este primer hecho es incontestable. He aquí otro enteramente evidente.

SEGUNDO HECHO.—**Los jóvenes de doce a veinte años corren gravísimo peligro.**

Corren gravísimo peligro *por dentro*. "Las pasiones, como perros salvajes, están a las puertas de la adolescencia", ha dicho Lacordaire. Para negar la verdad de estas palabras, sería preciso ignorar en absoluto los secretos más sencillos del corazón humano. Toda nuestra vida es una navegación peligrosa, pero la juventud es la edad de las tempestades; diríase que es una barca cargada de dinamita, siempre dispuesta a estallar. Amenazados como siempre por dentro, los jóvenes de doce a veinte años lo están hoy mucho más

Por fuera. Me haría interminable, si quisiera únicamente enumerar los peligros que los acechan: peligros en el taller, en el almacén, en el despacho, en la calle, en la casa, en la escuela; peligros en las conversaciones licenciosas, en las imágenes lúbricas, en las novelas apasionadas. Ora se mofan de las creencias con estúpidas objeciones, ora se quebranta la fe con argumentos pérfidos, ora se mina la libertad religiosa con la ironía, con la amenaza, con la insinuación, con la seducción, con el trabajo del domingo no interrumpido e impuesto. Todo se pone por obra para desmoralizar a los jóvenes: palabras encantadoras y poderosas solicitaciones, lisonjas y chanzonetas, compañías peligrosas que contaminan por el simple contacto, cafés cantantes de baja estofa y cafés conciertos, en donde la juventud aprende lo que sólo tienen derecho a saber los jueces en sesión secreta, sectas organizadas, que tienen por fin, confesado o secreto, captar la juventud, alistarla, regimentarla en la guerra que hacen a la religión y a la virtud. Como el pobre mecánico, a quien un diente

del despiadado engranaje ha cogido un extremo del vestido, se ve totalmente arrastrado por la máquina, y sale de ella convertido en informes jirones de carne, ocurre al joven que se deja coger por uno de los peligros que acabo de enumerar.

Se ve totalmente arrastrado. Primeramente pierde la fe y el temor de Dios, y con ello, la delicadeza de la conciencia. Después, libre de todo freno superior, se lanza a la región malsana del placer; diríase que es un caballo desbocado. Bajo la crin que flota al viento, distingo el cáncer horrible de la lujuria que devora y mata. Se ve totalmente arrastrado, en *cuerpo* y alma. Los antiguos llamaban a Venus "la sangrienta", y tenían razón. Se ha oído exclamar a jóvenes de veinte años, a punto de expirar: "Muero porque yo mismo me he matado." Los médicos declaran que, en las ciudades, de cien jóvenes que mueren en la flor de la edad, veinte o veinticinco perecen más o menes directamente víctimas de la impureza. No recuerdo qué gran escritor ha dicho que "la higiene es menos una ciencia que una virtud." Mas si el cuerpo se decolora, se aja y se descompone presa de la mordedura del vicio, ¿qué ocurrirá con *el alma*? También es ella arrastrada totalmente. Con frecuencia la voluntad, la inteligencia, la memoria, la imaginación, son atacadas, paralizadas, enervadas... y siempre queda el corazón mustio, desecado, agotado. "He visto ya en mi vida—dice el P. Lacordaire—muchos jóvenes, y os declaro que jamás encontré ternura de corazón en un joven corrompido; sólo he encontrado almas amantes en las almas que ignoraban el mal, o que luchaban contra él." Esto basta.

He ahí dos hechos incontrovertibles: 1.º Los jóvenes de doce a veinte años... constituyen todo nuestro

porvenir; 2.º los jóvenes de doce a veinte años corren gravísimo peligro. Veamos ahora las conclusiones.

II.—Conclusiones

PRIMERA CONCLUSIÓN.—**Para salvar la juventud, nada pueden los padres sin la religión.**

Es al propio tiempo *necesario y difícil* pasar la juventud. Es necesario, y de ello acabo de exponer las razones; pero ¡cuán difícil es! Dice un proverbio ruso: "Servir a un príncipe joven y almohazar a un caballo fogoso, son cosas muy difíciles." Vuestros hijos, señores, son príncipes jóvenes, difíciles de embridar, más difíciles todavía de almohazar. De ello sabéis algo.

Sin religión no se obtendrá resultado alguno. Aun con la religión, es difícil mantener en el deber los jóvenes de doce a veinte años; hay que esperar retrocesos, descarríos, coces, corcobos, a veces muy violentos. Sin la religión, ¿qué queréis conseguir sino la ruina, la decepción, el fracaso total? Se *ha intentado*, y se intenta desde hace treinta años, hacer jóvenes virtuosos y morales con la neutralidad y el escepticismo. Los resultados obtenidos son lamentables. En uno de estos últimos años, de veintiséis mil arrestados en París, catorce mil, más de la mitad del efectivo total, fueron de jóvenes. ¡Catorce mil jóvenes de catorce a veintiún años, criminales antes de ser hombres, menores ante la ley, y ya mayores para la depravación! Esto es fatal. El nivel moral desciende a medida que disminuye el sentido religioso; a medida que se le arrebata el Evangelio, y se educa en la ignorancia y en el odio de Dios, las jóvenes generaciones se precipitan en la corrupción y en la deshonra. Animo, señores; miremos frente a

frente el mal que crece y nos amenaza, y digamos a la ola: "¡No irá más allá!" Tengamos el buen sentido de reconocer que, cuando no cree en nada, la juventud es capaz de todo. Hoy se mofa de Dios; mañana se mofará de la virtud... Para salvar la juventud, nada pueden los padres sin la religión. Esta es la primera conclusión. Hay otra que se impone igualmente a nuestra atención.

SEGUNDA CONCLUSIÓN.—**Para salvar la juventud, nada puede sin los padres la religión.**

En vano es que nosotros los sacerdotes multipliquemos nuestras escuelas cristianas, nuestros catecismos, nuestras obras de perseverancia, nuestros esfuerzos, nuestras oraciones, nuestras lágrimas, si los padres contrarrestan nuestra acción, o solamente no muestran interés por ella. Podemos ayudar a los padres, pero no sustituirlos. Sin la familia, la religión es casi impotente. Para salvar la juventud, se necesitan *madres cristianas,* inteligentes, vigilantes, abnegadas, que digan como Blanca de Castilla: "Si mi hijo hubiera de extraviarse y tener mala conducta, preferiría verlo muerto después de su primera comunión." ¿Hay bastante con esto? No. A la acción de la madre debe unirse necesariamente la acción *del padre* de familia. Un joven oficial de marina estaba a punto de emprender un largo viaje. Su padre, vicealmirante retirado, lo acompañó a la orilla del mar, a la cumbre de una roca elevada, que dominaba la inmensidad del océano, y le dijo: "Mira, ahí dentro hay tesoros, hombres y navíos hundidos; la mar es un abismo, hijo mío, pero hay otro abismo que temer: durante su tiempo de servicio, millones de soldados y oficiales cristianos perecieron arrastrados

por el libertinaje. Júrame ante estas olas, imagen de los peligros que acechan a tu alma, y ante el cielo, que rezarás tus oraciones cada día y huirás de los camaradas corrompidos."—"Lo juro—dijo el oficial,—y cumpliré mi palabra." Señores, al entrar en la vida, empiezan vuestros hijos un viaje, un largo y peligroso viaje; como el vicealmirante de que acabo de hablaros, advertidles el peligro que corren, y salvadlos con vuestras prudentes palabras, con vuestra continua vigilancia, con vuestras diarias oraciones, con vuestros irreprochables ejemplos.

Pero, dicen algunos, hay muchos jóvenes educados cristianamente que luego se descarrían. Sí, como hay soldados bien armados que se rinden sin combatir. Pero esto es la excepción, y en último resultado, nada tienen de que arrepentirse los que los armaron. Cumplamos nuestro deber... y Dios hará lo demás.

Preciso es pasar la juventud... ¿en la indiferencia religiosa, en el placer y en la muerte? No. Preciso es pasar la juventud. Sí, pero en la fidelidad a Dios y en la virtud. ¡Ah, cuán numerosos son los jóvenes que creen y luchan por permanecer fuertes al conservarse puros!... Arrodillados ante Dios, revestidos de la fortaleza de lo alto, triunfan del mal, ostentan en sus manos los brillantes trofeos de la victoria, y nos preparan un porvenir reparador y glorioso.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

En último resultado... yo soy libre

SEÑORES:

Muchos se sustraen a la religión con una frase, con esta simple frase: "En último resultado... yo soy libre." Vamos a examinarla.

Que el hombre es libre, es decir, que tiene el *poder*, la posibilidad, la facultad de elegir entre lo verdadero y lo falso, entre el bien y el mal, entre la religión y la irreligión, es una verdad de Perogrullo. Al crearnos Dios, nos dotó de tan formidable poder.

Pero que el hombre sea libre, es decir, que tenga el *derecho* de abrazar lo falso, de hacer el mal, de desdeñar la religión, y aun de combatirla, es una pretensión insostenible, cuya demencia e ingratitud voy a demostraros esta mañana.

Esta pretensión está hoy muy acreditada. Todo el mundo se proclama libre; no se reconoce ni Dios, ni amo; se declara que se tiene el derecho de pensar, es

decir, de hacer todo lo que se quiera. Pongamos las cosas en su punto.

I. En último resultado... yo soy libre. Es una frase falta de razón.

La religión reglamenta y restringe nuestra libertad, y con perfecto derecho. Esto es fácil de probar.

1.º *En el orden social,* ¿somos libres de pensar, de decir, de hacer lo que nos dé la gana? En manera alguna. Nuestra libertad está restringida por tradiciones que no hemos hecho nosotros y que estamos obligados a aceptar; por leyes que con frecuencia nos molestan y que tienen a su servicio una magistratura, una policía, que estamos obligados a soportar; por conveniencias que nos enlazan y nos ligan, y que decentemente estamos obligados a respetar. ¿Habrá que abolir las tradiciones, desgarrar los códigos, hacer tabla rasa de todas las conveniencias sociales, y, si algunos se oponen, poner un cartucho de dinamita, y pulverizarlos para enseñarlos a vivir? No. Esto sería una locura.

2.º *En el orden doméstico,* ¿somos libres de pensar, de decir, de hacer lo que bien nos parezca? De ningún modo. Nuestra libertad queda restringida por las necesidades fundamentales y tradicionales de la vida de familia. Los esposos normalmente unidos no son libres de separarse cuando quieran; el marido no es libre de pegar a su mujer, ni la mujer de engañar a su marido. Los hijos no son libres de desafiar, de injuriar, de abandonar a sus padres. ¿Hay que decretar la unión libre y retrogradar a la animalidad, proclamar la legitimidad del adulterio. y decir a los padres: "Aban-

donad a vuestros hijos; teneis derecho para ello"; y a los hijos: "Mofaos de la autoridad, de la experiencia, de los consejos, de la vejez de vuestros padres; tenéis derecho para ello?" No. Esto sería una locura.

3.º *En el orden individual,* ¿tenemos el derecho de pensar, de decir, de hacer lo que queramos? De ninguna manera. Nuestra libertad queda restringida por las leyes de la razón, por las leyes de la conciencia, que no proceden de nosotros, que son más fuertes que nosotros.

Cuando marcho o me siento, no soy libre de sustraerme a la ley de la gravedad.

Si hablo de aritmética o de geometría, no soy libre de pensar que dos y dos son cinco, que el círculo puede ser cuadrado, que un triángulo se compone solamente de dos ángulos. Si me refiero a la historia o a la geografía, no soy libre de decir que César no existió, que no hay en el mundo una ciudad llamada Pekín. Si trato de filosofía, de poesía o de música, no soy libre de libertarme de las leyes severas del raciocinio, del ritmo y de la rima, de la melodía y de la armonía.

Del propio modo, en materia moral, no soy libre de pensar, de decir, de obrar según la máxima de que el bien y el mal tienen el mismo valor, que el homicidio no es un crimen, que la lujuria, la traición, la hipocresia, el robo no son infamias.

¿Habrá que proclamarnos independientes en toda la línea y considerar como nulas y no promulgadas las leyes naturales, las leyes de la razón, las leyes de la conciencia? No. Esto sería una locura. Y ahora

4.º *En el orden religioso,* ¿somos libres de pensar, de decir, de hacer lo que se nos ocurra? En modo alguno. Nuestra libertad queda restringida por la religión, como está restringida por la sociedad, por la familia, por las leyes físicas, intelectuales y morales, Dios nos ha revelado verdades; no somos libres de rechazarlas. Dios nos ha intimado preceptos; no somos libres de quebrantarlos. Dios nos ha trazado prácticas; no somos libres de omitirlas... No somos libres de tener una religión o de no tener ninguna, de creer o de no creer, de profesar tal culto o de despreciarlos todos... No tenemos el poder, el triste poder de ser indiferentes, incrédulos, impíos; no tenemos derecho para ello. ¿Habrá que decir y dejar decir que, en materia de religión todo es permitido; la duda, la negación, la abstención, el capricho, el desdén, trascedental... que cada cual es libre de pensar lo que quiera y de hacer lo que le dé la gana? No. Esto sería una demencia.

Además, hay hombres que no se contentan con decir: "Soy libre de sustraerme a la religión", sino que añaden: "Soy libre de destruirla." ¡Insensatos! Escuchad un apólogo. Para romper una roca de granito, golpeábalo un loco con su bastón; el bastón se rompió, pero la muchedumbre, atraída por el ruído, admiró la fortaleza de la roca, y se burló de la estupidez del loco. La religión es indestructible. Esto no obstante, sabéis que ciertos hombres han jurado destruirla. Esto es pura demencia... y demencia remachada de maldad e ingratitud.

II. En último resultado... yo soy libre. Es esta una afirmación de ingratitud.

La religión reglamenta y restringe nuestra libertad. Para ello tiene derecho. Y aun añado que usa de este derecho con prudencia y para nuestro mayor bien.

Al reglamentar y restringir nuestra libertad, la respeta, la cuida, la defiende, la ennoblece. Jamás sabríamos bendecirla como merece.

1.º La religión *respeta nuestra libertad*. Para ello procede, no por la fuerza, sino por la persuación. Si alguna vez emplea la fuerza, es para impedir la manifestación exterior del error, no para constreñir el pensamiento interno. Esta coacción sería ilegítima e imposible. Esto es lo que escribía Fenelón a Bossuet con ocasión de la revocación del Edicto de Nantes y de las violencias ejercidas contra los protestantes: "Si sólo os proponéis intimidar a los hombres, y reducirlos a prácticar ciertos actos externos, alzad la espada, y todos temblarán. Seréis obedecidos. He ahí una exacta policía, pero no una sincera religión." Tal es la doctrina católica. La fuerza puede hacer que se doblen las cabezas y suscitar apariencias, pero sólo la libertad produce la fe y crea convicciones.

2.º *La religión cuida de nuestra libertad*. Si escuchamos a ciertos enemigos del catolicismo, creeríase que el católico es un hombre enteramente servil en su pensamiento, en sus actos y aun en su continente. Nada más falso. Los dogmas y deberes que nos impone la fe, son poco numerosos... y en torno de estos dogmas y estos deberes, queda un espacio inmenso abandonado a nuestra libertad. *La religión nos deja evolucionar fácilmente* en el dominio de la ciencia, en la vida serena de los consejos, en la arena movediza de la política, en la diversidad de las honestas profesiones; además, *la religión no toca nunca nuestra individualidad*. Ved los santos; cada uno tiene su temperamento y su fisonomía; diríase que constituyen un mosaico de una varie-

dad adorable. La religión no es en modo alguno una camisa de fuerza que agarrota y suprime nuestra personalidad, sino un vestido flexible que la contiene y realza. La religión nos gobierna, pero nos cuida y nos respeta. Ella la defiende.

3.º La religión *defiende nuestra libertad* del yugo del pensamiento ajeno. "Cuando alguien no cree firmemente en la Iglesia—dice el P. Lacordaire—cree en el primer advenedizo que tiene más ciencia y talento que él." Y añade: "La servidumbre de los espíritus fuera de la Iglesia, es verdaderamente horrorosa." Es la pura verdad. Los protestantes quedan abandonados a la inspiración individual de un monje sajón o de un cura de Picardía, al arbitrio de un Martín Lutero o de un Juan Calvino. Los incrédulos se ven sometidos a un vecino sin autoridad, que los fanatiza, a una secta anónima que los recluta, a un periódico que los adoctrina. Se libertan del Evangelio, pero se hacen esclavos de un diario imbécil, perverso y torpe. No creen en Jesucristo, pero creen en todas las plumas venales que cada mañana les sirven infamias y mentiras. Se han sustraído al yugo de los sacerdotes, pero aceptan en cambio el de los francmasones. Nosotros los católicos somos cien veces más libres que los incrédulos. Obedecemos a la más elevada y santa autoridad de la tierra, la autoridad infalible de la Iglesia, es decir, a Dios mismo. La religión nos defiende del yugo del pensamiento ajeno. Finalmente,

4.º La religión *ennoblece nuestra libertad*. Nos eleva por encima de nosotros mismos hasta Dios, hasta el heroísmo.

Por encima de nosotros mismos. Hay en nosotros

potencias rebeldes, tiranos insoportables, que amenazan constantemente con dominarnos y esclavizarnos: inclinaciones vergonzosas, instintos de independencia, caprichos salvajes, pasiones violentas. La religión nos enseña y nos ayuda a vencerlos; nos eleva por encima de nosotros mismos.

Hasta Dios. Un ejemplo entre mil. He ahí una joven obrera creyente y piadosa. Se confiesa, y dice al sacerdote: "Padre mío, me acuso de haber dejado de hacer una vez esta semana meditación mental; es decir, yo que he tenido que ganarme cada día el pan con mi trabajo y conquistar mi honor con la punta de mi gloriosa aguja... me acuso de haber pasado un día sin contemplar lo infinito, sin pensar en mi alma, ni en la inmortalidad, sin elevarme, merced a la inteligencia, por encima de las cosas terrenales, hasta Dios..." Señores, ¡qué prodigiosa escuela de vida intelectual y moral es una religión que enseña a la última de las hijas del pueblo a filosofar mejor que en toda su vida buen número de sabios! La religión nos eleva, por encima de nosotros mismos, hasta Dios.

Hasta el heroísmo. Encadenados con *los lazos de la fe y de la caridad,* lanzáronse los Apóstoles, con la cruz en la mano, más lejos que Ciro y que Alejandro, más lejos que todos los conquistadores, y recogieron palmas inmortales; vencieron los mártires a los tiranos, y en su sangre hicieron germinar la libertad de las almas; sembraron las vírgenes por todas partes el aroma de virtud y perfección que ha embalsamado y renovado al género humano. Encadenados *con los lazos de la pobreza, de la castidad y la obediencia* voluntaria, obtuvieron y obtienen diariamente las Ordenes religiosas esplendentes victorias sobre las repugnancias

de la naturaleza, sobre los desprecios del mundo, sobre las ingratitudes de los hombres, sobre las denuncias de la prensa impía. Sacerdotes de todo Instituto, monjes de variados hábitos, hermanos de sotana negra, hermanas de blanca toca, creced y multiplicaos; llenad la tierra con las maravillas de vuestra vocación; atravesad radiantes y valerosas por medio de los ultrajes; cumplid vuestra misión con prudente y triunfante decisión; ¡sois la prueba viviente y popular de que la religión nos eleva, por encima de nosotros mismos, hasta Dios, hasta el heroísmo!

Nosotros, señores, mostrémonos orgullosos de nuestro título de católico. Dejemos que la Iglesia santa ordene nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestros actos. Aceptando su dirección segura y maternal, ponemos nuestra libertad al abrigo de todos los extravíos, y damos a nuestra vida una rectitud impecable, y a nuestra conciencia una seguridad completa. Las alas son para el pájaro una palanca que le hace elevarse, antes que un peso que lo haga caer. Así es la religión. Nos eleva mucho más que nos abate; es un yugo suave, una carga ligera. Amémosla y pratiquémosla. En ella hallaremos el descanso del alma.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

Hemos de ser hijos de nuestro tiempo

SEÑORES:

Hay una docena de palabras: la ciencia, el progreso, la civilización, el espíritu moderno, las luces del siglo, etc., que constituyen todo el bagaje religioso y filosófico de la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos. Estas palabras son sonoras y huecas como tambores; hacen ruido, pero no prueban nada, absolutamente nada.

¡Cuántas veces habéis oído resonar estas palabras atolondradas y vagas: hemos de ser hijos de nuestro tiempo! Examinémoslas hoy. Los unos adoran su tiempo, y se hallan perfectos; los otros lo maldicen, y lo encuentran detestable.

La verdad está entre estos dos extremos. Vamos a verlo.

I. Hemos de ser hijos de nuestro tiempo. Sí.

Hay que aprobar y alentar lo que tiene de bueno

nuestro tiempo. ¿Es que nuestro tiempo tiene algo de bueno? Es innegable.

1. Nuestro tiempo profesa ciertas *ideas* que se llaman modernas, que no son malas, que son una eflorescencia del Evangelio. Tales son:

La igualdad civil, la igualdad de todos ante la ley es una idea moderna. Es buena, es cristiana. Pero la Iglesia es la que hizo entrar este principio en las costumbres y en la legislación, al proclamarnos a todos hermanos, es decir, iguales por nuestro origen, nuestra naturaleza y nuestro destino, iguales en Adán y en Jesucristo; iguales ante Dios, luego también ante la ley.

El acceso de todos a todos los empleos es una idea moderna. Es buena, es cristiana. Pero es también un diamante caído del estuche de la Iglesia. Porque, en la Iglesia católica, hace ya diecinueve siglos que todas las dignidades están abiertas a todos los méritos, a todos los talentos, a todas las virtudes. El último de los hijos del pueblo puede ser sacerdote, obispo, cardenal papa.

Nuestro tiempo proclama muy alto *su simpatía* por los que padecen, por los pequeños cuya suerte intelectual, moral y material desea mejorar. También es esta una idea justa. Pero viene directamente del Evangelio, que no cesa de repetirnos: "Haz a otro lo que quisieras que te hicieran a ti. No permitas que tu plato esté lleno, cuando el de tu prójimo esté vacío."

Nuestro siglo tiene un vivo sentimiento *de la dignidad humana.* El hombre, el más humilde de los hombres, se siente grande, y aun con frecuencia exagera este sentimiento, y le impulsa al orgullo y al menosprecio. Esto es un mal. Pero, en fin, la idea en sí misma, la idea

de la dignidad humana no es mala. Es verdadera, es cristiana; a los ojos de la fe, un alma humana vale más que un mundo. El alma de un mendigo, como el alma de un millonario, vale la sangre de un Dios.

He ahí, pues, cierto número de ideas que fermentan en el cerebro de nuestro tiempo y que son buenas, pues son un desarrollo del Evangelio. Además,

2.º Nuestro tiempo realiza *progresos* científicos y materiales que también son buenos, positivamente buenos.

Tenemos el vapor, la electricidad, el teléfono, la telegrafía sin hilos. Tenemos la hulla negra, que es como el pan cotidiano de nuestra industria; la hulla blanca, que es a la vez luz, calor y movimiento. Hoy se curan enfermedades tenidas antes por incurables, y de la ciencia se sacan recursos maravillosos para el embellecimiento del mundo, para el consuelo de los que padecen, para la difusión del bienestar.

¿Es que todo esto es malo? En modo alguno. Sin duda que los vanidosos, los imbéciles, los corrompidos, pueden abusar de estos inventos y volverlos contra Dios y contra la virtud. Pero los hombres razonables, los verdaderos sabios, disciernen al Creador detrás de la naturaleza ordenada, y nosotros los católicos, en vez de maldecir el progreso, tenemos en nuestros rituales bendiciones para todos los inventos. Y aun por temor a que cualquier descubrimiento moderno nos pille desprevenidos, tenemos una bendición *pro quacumque re*, para toda especie de progreso... Finalmente, con la ayuda de ideas y progresos que acabo de poner en su activo,

3.º Nuestro tiempo ha hecho *innovaciones* que también merecen ser aprobadas y acogidas.

Hoy las sociedades se organizan de modo distinto que antes. El poder toma formas nuevas. Las instituciones militares han sido profundamente modificadas. Los sindicatos se multiplican en el mundo del trabajo. El dinero carece de patria, y circula de un mundo a otro por canales que lo pasado no conoció. Las relaciones internacionales se han transformado. Podemos discutir cada una de las innovaciones. ¿Quién se atreverá a condenarlas en masa?

Hoy, aun en el orden religioso aparecen innovaciones que, sin tocar a la verdad inmutable, la adaptan a nuestras movibles necesidades; nuevas devociones, nuevas obras, nuevos métodos de apologética y evangelización; sería un error escandalizarse de ellos. ¿No hay que buscar remedios nuevos para las enfermedades nuevas, y aplicar nuevas ordenaciones a un estado social antes desconocido? Todo consiste en hacerlo con prudencia y discernimiento. San Ignacio de Loyola fué un innovador, pues eximió a sus religiosos de la mayor parte de las antiguas reglas monásticas, e hizo de ellos luchadores y soldados, no monjes. San Vicente de Paul fué un innovador, pues fué el primero que libertó de su clausura a sus Hijas de la Caridad y las lanzó de lleno al mundo. La rutina mata; las innovaciones saludables son las manifestaciones legítimas de la vida.

Hemos de ser hijos de nuestro tiempo. Sí. Todo lo que haya de bueno en las ideas, en los progresos y en las innovaciones de nuestro tiempo, podemos y debemos aprobarlo y alentarlo.

II. Hemos de ser hijos de nuestro tiempo. No.

No hay que aprobar ni alentar lo que tenga de malo nuestro tiempo. ¿Hay algo de malo en nuestro tiempo? Es innegable.

1.° Veo en nuestro tiempo *principios de insubordinación que son notoriamente malos.*

En nuestro tiempo se discute *toda autoridad.* En el hogar doméstico, los niños de quince años ya no quieren obedecer. Son caballos indómitos. En el Estado, se suceden las revoluciones como las olas del mar embravecido. A pesar de las ganancias superiores del progreso y del lujo, más gritos de cólera se elevan hoy contra la sociedad, que cuando se era pobre, y oímos la voz rugiente de la multitud que hacía temblar a la vieja Roma. Aun en la Iglesia, a la que el protestante Guizot llamaba la más grande escuela de respeto, los jefes no siempre se ven obedecidos. Hoy se discute toda autoridad.

Y *todas las verdades.* Se quisiera modificar, atenuar, disminuir el *Credo* y el *Decálogo,* el dogma y la moral, que son cosas divinas, y, por consiguiente, inmutables como Dios mismo. Se va más allá todavía, pues todo se discute, aun los principios esenciales del espíritu humano, aun las bases de la filosofía, aun los axiomas de la lógica. Todo se niega por los espíritus ligeros, atrevidos, aventureros, ebrios de loca independencia. Y la muchedumbre, desorientada, no sabiendo a qué carta quedarse, se pregunta con ansiedad si queda ya algo cierto, como aquel buen hombre que, leyendo su periódico, acabó por decir: "No creo una palabra de él, ni una palabra; dejo su política y me agarro al folletín; sólo esto es verdad." Aquel buen hombre, señores, es como el tipo de individuos tirados a millones de ejemplares; da una idea bastante exacta de nuestra mentalidad. El pobre pueblo francés no sabe ya en dónde apoyar su cabeza fatigada.

¿Es permitido, señores, asociarse a los principios de insubordinación que disgregan nuestro tiempo? Evidentemente que no.

2.° Veo en nuestro tiempos *hábitos de desmoralización* que son también notoriamente perversos. Asistimos en nuestros días a la desmoralización de tres grandes fuerzas que se llaman dinero, literatura, juventud.

El dinero... es el Dios del día. ¿Qué no se hace para tenerlo, y qué se hace cuando se tiene? Nuestro siglo ha visto levantarse aventureros, malhechores, grandes ladrones a centenares, y los ha indultado si no ha podido hacerlos ministros o diputados. De treinta años a esta parte, nada quizás ha sido más depravado que esto para la nación. ¿Es preciso ser hijos de nuestro tiempo hasta el punto de sacrificar el deber al interés, las acciones nobles a las acciones lucrativas, la virtud al capital? No, y mil veces no.

¿Y *la literatura?...* ¿Qué es la literatura? En nuestros días todo se escribe, todo se lee. Zola ha ganado millones removiendo el fango y haciendo de sus libros depósitos de letrinas. He ahí el niño salido de la escuela; es acechado y preso en las redes de centenares de publicaciones obscenas, que tiran a veces 80.000 ejemplares, y se dirigen con preferencia a la juventud para redondear su educación inmoral. ¿Hay que ser hijos de nuestro tiempo hasta el punto de sumergirse en ese torrente de lodo, a riesgo de perder en él el res-

peto de uno mismo y el sentido del pudor? No, y mil veces no.

Finalmente, la *juventud,* una porción por lo menos de ella, está prematuramente ajada. Conoce el mal antes de poder librarse de él. Llega a la edad de la pubertad, decrépita ya y agotada por goces culpables; y llega a la edad del matrimonio con contagios venenosos transmisibles por herencia... Pasemos de largo.

¿Es lícito, señores, asociarse a hábitos de desmoralización que deshonran nuestro tiempo? Evidentemente que no.

3.º Veo en nuestro tiempo *ensayos de irreligión,* que también son notoriamente perversos.

En nuestros días, se encarnizan en destruir lo que son incapaces de reemplazar... El cristianismo es la gallina de los huevos de oro. Iluminó y vivificó lo pasado; nada como él puede iluminar y vivificar lo por venir. En lo presente, todavía vivimos de él. Aun los que no creen ya, tienen detrás de ellos generaciones y generaciones de antepasados que creyeron. El cristianismo no está ya presente en su vida, pero su luz continúa iluminando su alma, como uno de esos astros extinguidos cuya luz continúa resplandeciendo en el firmamento. Pero cuidado, porque esto no durará siempre. El efecto no puede siempre sobrevivir a su causa, y si abandonamos la vida cristiana, retrocedemos fatalmente al paganismo y a todas las consecuencias que arrastra consigo. Hacernos abandonar la idea cristiana... tal es la loca tentativa de muchos que, a la hora presente, dicen a Jesucristo y a su Iglesia: Nada queremos ya de vosotros.

Y vémoslos trabajar con encarnizamiento en la destrucción del cristianismo en sí mismo y en cuantos los

rodean, especialmente en las partes débiles de la sociedad, que son la infancia, la mujer, el pueblo. ¿Es lícito, señores, asociarse a intentos de irreligión que caracterizan y comprometen a nuestro tiempo? Evidentemente que no.

Hay que ser hijos de nuestro tiempo. No. No podemos ni debemos aprobar ni alentar nada de lo que nuestro tiempo tiene de malo, de insubordinado, de inmoral, de irreligioso.

Conclusión:

Tenemos dos deberes que cumplir con relación a nuestro tiempo; amarlo y mejorarlo... amarlo en lo que tiene de bueno, mejorarlo en lo que tiene de malo.

Amemos nuestro tiempo. En primer lugar, le pertenecemos. No vivimos en el siglo XIII, ni en el siglo XVII, sino en el siglo XX. Además, ¿de qué serviría maldecirlo? Las maldiciones no conducen a nada. Amemos nuestro siglo.

Mejoremos nuestro siglo. Ya en tiempo de San Agustín, se lamentaban de la maldad de los tiempos, y San Agustín respondía: "Oigo decir que los tiempos son malos. Seamos buenos, y los tiempos serán mejores". Sobre todo nosotros los católicos mejoraremos nuestro tiempo. Hoy se nos desconoce; mañana se tendrá necesidad de nosotros. No nos dejemos intimidar por los ataques y defecciones de la hora presente. Permanezcamos firmes en la fe, pacientes en la prueba, incansables en la caridad y el apostolado. Amemos nuestro tiempo, y mejorémoslo comunicándole la solidez de nuestros principios y el esplendor de nuestras virtudes.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

Hoy el Estado puede prescindir de la religión

SEÑORES:

Entre las fórmulas que a toda hora se repiten para sustraerse a la religión, hay una que voy a refutar esta mañana. Se dice: "Hoy el Estado puede prescindir de la religión." ¿Es esto verdad? Sostengo que no, y me propongo demostraros que:

1.° Jamás Estado alguno pudo prescindir de la religión;

2.° El Estado moderno nó puede prescindir de la religión.

De estas dos afirmaciones, la segunda es mucho más importante, por lo cual me detendré algo más en ella.

I. Jamás Estado alguno pudo prescindir de la religiòn.

Esta verdad resplandece en todas las páginas de la historia antigua, de la historia romana y de la histo-

ria patria. Algunas palabras solamente bastarán para hacerla evidente.

1.° *En la historia antigua,* vemós que ni un solo Estado prescindió de la religión. Todas las constituciones políticas de la antigüedad fueron profundamente religiosas. ¿A qué citar textos? No acabaríamos nunca. Contemplemos tan sólo los edificios. El más hermoso monumento de Atenas, el Partenón, era un templo. En todas partes, por encima de los palacios en que se agitaban las asambleas deliberantes, por encima de los tribunales en que se administraba justicia, por encima de los teatros en que el arte se desarrollaba, a veces bienhechor, casi siempre licencioso, en todas partes se eleva el templo, edificio público y nacional por excelencia. Pueblos han existido, apenas formados, que no tuvieron ni asambleas políticas, ni tribunales, ni teatros, pero tenían altares.

2.° *La historia romana* es muy significativa bajo este concepto. Cuando se fundaba una ciudad, era preciso que el emplazamiento de ella fuese divinamente designado, tras largas oraciones y solemnes sacrificios. Cuando se iba a fundar una colonia, se tomaba fuego sagrado del principal altar de la patria para encender la llama en el punto escogido en tierra extraña.

Uno de los más hermosos monumentos de la ciudad de Roma era el templo de Júpiter, que coronaba el Capitolio. El Imperio romano fué próspero mientras fué religioso; pero vino un día en que se burló de los dioses del Olimpo, y se encarnizó contra el Dios del Calvario. Escéptico y perseguidor, abdicó la religión pagana y rechazó la cristiana, y esto produjo su muerte. Tenía, con todo, para durar, garantías que parecían

inmortales. Poseía una cultura intelectual incomparable, un código que era una obra maestra, la sabiduría de todas las naciones congregadas en su seno, las artes: acueductos, arcos de triunfo, palacios majestuosos, festines fabulosos, alimentados por los productos de toda la tierra y de todo el mar. Nada le faltaba; pero llegó a faltarle la religión, y a causa de esto, la Roma sabia, literata, culta, rica, artística, embriagada de goces, la Roma dueña del universo, se descompuso, y semejante catástrofe dice con sobrada elocuencia que ningún Estado, por poderoso que sea, puede prescindir de la religión.

3.º *La historia patria* nos lo demuestra a su vez. Durante diez años, de 1790 a 1800, quiso Francia prescindir de la religión. Fueron diez años de lodo y de sangre. En nuestros templos vacíos, en medio de los vasos sagrados profanados, en los altares despojados de sus ornamentos, se instaló la impureza deificada en un ídolo de carne. Y el culto de la diosa Razón fué completado con la permanencia del cadalso. Tan cierto es que, arrojado Dios, el vicio y el crimen ocupan su puesto.

Basta lo dicho. Id de Abraham a Numa, y de Pedro el Grande a Washington, que firmaba la constitución de los Estados Unidos "el año del Señor 1787"; buscad un pueblo que se haya establecido sin invocar la idea divina, y no lo encontraréis. Esta ley histórica es incontestable. Jamás Estado alguno pudo prescindir de la religión.

Sí, pero hoy ¿es esto verdad? Sostengo que es más verdad aún que en lo pasado, y lo pruebo.

II. El Estado moderno no puede prescindir de la religión.

El Estado moderno acaricia tres sueños, cuya realización no cesa de anunciar: el sueño de la virtud sin religión, el sueño de la libertad sin religión, el sueño del bienestar sin religión. Son tres imposibles.

1.º *El Estado moderno trata de realizar la virtud sin religión.*

¿Es esto posible? Declaro que no.

Aun con la religión, la virtud se muestra muy difícil. Imaginaos, señores, una isla volcánica en medio del océano. Vese agitada por sacudidas internas que la desgarran, y al propio tiempo está rodeada de olas que suben, mugen y la invaden por todas partes. Tal es un pueblo. Las pasiones bullen en su seno; el orgullo, la lujuria, la codicia, y por fuera, vese asaltado de mil tentaciones: olas peligrosas, olas de fango, olas violentas. ¿Puede uno razonablemente esperar que en este pueblo sea vencido el mal en toda la línea? Habría que suprimir para esto la libertad humana. Pero Dios se comprometió a respetarla. Luego, aun con religión, la virtud se muestra muy difícil.

Sin religión, casi es imposible. Escuchad sobre esto el testimonio de un célebre hombre de Estado, redactor del Código civil, colaborador de Napoleón, Portalis. Dice así: "La ley y la moral no podrían bastar a la sociedad sin religión. Las leyes no reglamentan más que ciertas acciones; la religión las abarca todas. Las leyes no mandan más que al brazo; la religión ordena al corazón. Las leyes no se refieren más que al ciudadano; la religión se apodera del hombre. En cuanto a la moral, ¿qué sería de ella, si se viera relegada a la elevada región de la ciencia, y si las ins-

tituciones religiosas no la hicieran descender para hacerla asequible al pueblo? La moral sin preceptos dejaría a la razón sin reglas; la moral sin dogmas religiosos no sería más que una justicia sin tribunales Quitad la religión a la masa de los hombres, ¿con qué la reemplazaréis? Si uno no se preocupa del bien, se preocupará del mal: el espíritu y el corazón no pueden estar vacíos. Si no hay religión, no habrá patria, ni sociedad para hombres que, al recobrar su independencia, no tendrán más que la fuerza para abusar de ella." Señores, he querido citaros por entero esta página de Portalis, pues por entero demuestra perentoriamente que, para establecer el imperio de la virtud, el Estado moderno no puede prescindir de la religión.

Y no se diga que el *Estado moderno tiene un poder moralizador particular,* del que carecía antes el Estado; que la constitución republicana produce la virtud como la remolacha el azúcar, o la viña el vino, pues esto no es serio, sino pura broma. Ningún régimen político tiene por sí mismo el privilegio de hacer virtuoso a nadie. Bajo todos los regímenes, los hombres son hombres, es decir, seres dotados de pasiones. Ahora bien, para debilitar las pasiones y dominarlas, es preciso la moral. Sin religión, no hay moral. Sin el cristianismo, la mayoría de los franceses no tendrían religión. Luego el cristianismo se impone a todos los regímenes políticos.

Luego el Estado moderno no puede prescindir de la religión.

2.º *El Estado moderno pretende realizar la libertad sin religión.*

¿Es esto posible? Declaro que no.

La libertad, aun con la religión, es un problema de

difícil solución. Porque, en último resultado, un pueblo no puede existir y durar sin jefes que manden y súbditos que obedezcan... ¿Cómo, pues, conciliar estos dos elementos? ¿Cómo lograr que no se devoren estos dos leones? ¿Cómo conservar intacta la libertad entre un poder siempre inclinado a esclavizarla y un pueblo siempre tentado de abusar de ella hasta la licencia? Esto no es empresa fácil.

Sin religión, es esto enteramente imposible. He ahí 40 millones de hombres que viven en sociedad. Son otras tantas voluntades diferentes las unas de las otras, opuestas, hostiles. Si estos 40 millones de voluntades aceptan a Dios y su ley como freno de la conciencia, bastará un poder moderado para regirlos y hacerlos vivir en paz. Pero si estos 40 millones de voluntades no están contenidos por el freno religioso, por la ley religiosa, ¿por qué queréis que sean contenidas sino por un yugo de hierro, por la centralización excesiva, por la compresión administrativa, por la represión legal, es decir, por la fuerza? No hay medio: o el freno religioso, o el freno de la fuerza; o el cristianismo, o la esclavitud. Esto es lo que dice *Tocqueville*: "Cuando un pueblo no quiere creer, preciso es que sirva." Eso es lo que vemos *en nuestros días.* Como la religión es poco escuchada, se multiplican las leyes, las penas, los polizontes, las prisiones, y la mitad del género humano está en pie de guerra, a fin de no ser devorada por la otra mitad. Y si Dios no entra en las leyes, en las costumbres públicas, en las instituciones sociales, daos por perdidos, pueblos modernos, pues no recuperaréis la salud y la paz, jamás veréis lucir el día de la libertad.

El Estado moderno no puede prescindir de la religión.

3.º *El Estado moderno trata de realizar el bienestar sin religión.*

¿Es esto posible? Declaro que no.

En primer lugar, el bienestar sin religión es un inmenso peligro. Expulsar a Dios y poner en su puesto el placer; despertar todos los apetitos y soltar todos los frenos; saturar un pueblo de todo lo que incluía el alma hacia la tierra y privarla de todo lo que eleva el espíritu hacia el cielo; inspirarle a despreciar todo lo demás, es decir, la elevación de las ideas, la belleza de los sentimientos, la grandeza heroica de los naturales, la oración, el sacrificio, el desinterés... es envilecer ese pueblo, y conducirlo derechamente a la decadencia y a la ruina. Pero, además, es engañarse. Porque sin religión, el sueño del bienestar es irrealizable. Aun en el terreno del bienestar, el Estado moderno es muy impotente.

Los unos tienen mucho y los otros no tienen lo suficiente. El Estado moderno nada puede hacer sobre esto, o casi nada. Sólo la religión restablece el equilibrio inspirando a los ricos la moderación, la justicia y la caridad, y a los pobres la buena conducta, el trabajo y el ahorro.

Hay enfermos, ancianos, huérfanos, heridos de la vida, víctimas del vicio. El Estado moderno nada puede sobre esto, o casi nada. Sólo la religión previene el padecimiento por medio de la virtud, y lo disminuye con servicios gratuitos, desinteresados y afectuosos.

Hay millares de pobres vergonzantes, de miserias ocultas. El Estado moderno nada puede sobre esto, o casi nada. Sólo la religión inquiere, adivina y asiste tiernamente, maternalmente, las angustias que se ocultan; sólo la religión tiene perdones para los que pecan, consuelos para los que lloran, esperanzas para los que

mueren; sólo la religión enjuga las lágrimas; sólo la religión cura las heridas del alma.

El Estado moderno no puede prescindir de la religión.

¿Puede hoy el Estado prescindir de la religión? No, en verdad. Un Estado sin Dios, una sociedad sin Dios, es una cosa imposible, monstruosa, jamás vista en tiempo alguno, una cosa que el sol jamás iluminará impunemente. No permitamos que se realice ante nuestra vista semejante monstruosidad, mucho más peligrosa aún para la patria, que no es inmortal, que para la religión, que es imperecedera. Mantengamos intacta la alianza entre Dios y la patria. Tal es el apremiante deber de nuestra fe y de nuestro patriotismo.

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

Hoy el Estado francés puede prescindir de la religión

SEÑORES:

Hay quien dice: "Hoy el Estado puede prescindir de la religión." A esto he respondido: 1.º Jamás Estado alguno pudo prescindir de la religión; 2.º El Estado moderno no puede prescindir de la religión. Preciso más y añado: "El Estado francés no puede prescindir de la religión. El Estado francés no puede separarse de la religión católica."

¡La separación de la Iglesia y del Estado!... Todo el mundo habla de ella, pero pocos la comprenden. Muchos *sencillos aldeanos* se imaginan que, una vez conseguida, no pagarían impuestos; una verdadera edad de oro... Y no pocos *excelentes católicos* se preguntan si no sería ello un mal menor que el de la situación actual, esto es, si no sería preferible la libertad religiosa, como en América, al sistema quisquilloso y perseguidor de hoy **en día.**

Examinemos más de cerca esta cuestión desde el punto de vista particular de Francia. Digo que la separación de la Iglesia y del Estado sería en Francia: 1.º Una soberana imprudencia; 2.º Una irritante injusticia. Algunos creen ver en ello el interés de la religión y del país, pero se engañan; para la mayor parte, es el medio de arruinar la religión. Desconfiemos.

I. La separación de la Iglesia y del Estado sería en nuestra patria una soberana imprudencia.

Empecemos por echar una ojeada *a lo pasado.* Hace catorce siglos que existe una estrecha alianza entre el Estado y la Iglesia católica. La Iglesia católica formó a Francia, y Francia se ha solidarizado siempre con la Iglesia católica. Diríase que son dos árboles gemelos cuyas raíces están enérgicamente entrecruzadas en el subsuelo glorioso de nuestra historia, regado en abundancia con la sangre de nuestros padres. Llevar el hacha a las raíces de la religión, sería atacar las raíces mismas del Estado. El 22 de Julio de 1871, decía Thiers en la tribuna de la Asamblea nacional: "En mi opinión, suscitar una cuestión religiosa, es la mayor falta que un gobierno puede cometer." Esta es la verdad. Pero esta falta sería tanto más grande cuanto, además de interrumpir bruscamente lo pasado y las tradiciones más sagradas del país,

Amenaza comprometer *lo presente.* La separación de la Iglesia y el Estado sembraría la nación de ruinas irreparables. Por lo que toca al *clero,* calculad un momento los servicios que hace. En el orden puramente material, ¿quién podría contar el dinero que damos, o que hacemos dar, o que hacemos ganar? Aunque casi ninguno de nosotros tiene patrimonio, somos en grande

escala los proveedores del mundo de la pobreza, del mundo del trabajo, del mundo del comercio, del mundo de la industria, del mundo de las artes. Desde el punto de vista espiritual, ¿es que el Estado no se beneficia de nuestra enseñanza, de nuestra acción sobre las almas, de los cuarenta mil púlpitos de los cuales cae, cada domingo, en medio de la población de nuestras ciudades y nuestras aldeas, la palabra que las inspira y les recuerda el sentimiento de justicia, el respeto de uno mismo, el cuidado de la dignidad moral, el espíritu de abnegación y sacrificio, todo lo que constituye la verdadera grandeza y la verdadera fuerza del Estado? ¿Hay un servicio público comparable a éste por la grandeza del fin, por la importancia y la fecundidad de los resultados? Ahora, al lado del clero, ved cómo se ordenan y evolucionan los religiosos y las religiosas: los *quince mil hermanos* de las Escuelas cristianas que aseguran el beneficio de la instrucción y de la educación a más de cuatrocientos mil niños; que son en Madagascar el mejor auxiliar del general Gallieni; que estos últimos años, a petición de Doumer, gobernador del Tonkín, abrían seis escuelas nuevas en las fronteras de China, servidores incansables de la religión y de la patria... y con ellos, detrás de ellos, quizás todavía más admirables, *nuestras ciento cincuenta mil religiosas,* consagradas, en el suelo nacional o extranjero, al servicio gratuito de todos los infortunios. Hace solamente algunos días, el 19 de Noviembre último, en plena Academia, Enrique Houssaye, pronunciando el discurso sobre el premio a la virtud, decía: "Si quisiéramos dar premios a las buenas Hermanas por esas continuidades del sacrificio y de la abnegación que recompensamos en los seglares, la elección sería imposible. Sería preciso premiarlas a todas. La bondad, la

vocación del sacrificio y la gracia de la caridad, son en ellas virtudes corrientes y profesionales." Perturbar y desorganizar el clero y las Ordenes religiosas, ¿no sería quebrantar y empobrecer la nación, esto es, cometer una soberana y fatal imprudencia? Tal sería, pues, el resultado de la separación de la Iglesia y del Estado. Además, ¿a dónde nos conduciría esta separación?

¿Hacia *qué porvenir?* Nuestra desventurada nación, ya tan dividida y agonizante, daría un salto en lo desconocido, y tendría que resolver dificultades inextricables. ¿Cuál sería *la situación legal* de la Iglesia separada del Estado? ¿Se administraría libremente, como una sociedad de ferrocarriles, comercial u otra, sin ninguna ingerencia oficial? ¿Quién nombraría los obispos y los párrocos? ¿Cómo *viviría ella?* ¿Se le daría una compensación pecuniaria o territorial por los bienes que se le robaron? ¿Se le dejaría constituirse como persona civil, con la facultad de adquirir y reconstituir la mano muerta? ¿Y sus *templos,* sus casas rectorales, sus escuelas, sus monumentos religiosos? Fueron elevados por la piedad de nuestros padres, por la fe de los cristianos, por las limosnas de los fieles; ¿a quién pertenecerían?... Se siente uno sobrecogido de espanto tan sólo al anuncio de estos problemas.

Esto no obstante, la generalidad de los que piden la separación de la Iglesia y del Estado fingen la mayor tranquilidad. Tienen soluciones radicales que reparan la imprudencia con la injusticia. Estudiemos estas soluciones, y veamos someramente los extremos a que conducen.

II. La separación de la Iglesia y del Estado sería entre nosotros una irritante injusticia.

En efecto, consistiría en exterminar a la Iglesia católica despojándola y esclavizándola.

1.° *Despojar a la Iglesia...* tal es el primer propósito de los sectarios que quieren separarla del Estado.

Bajo el régimen concordatorio, en vigor desde hace cien años, la Iglesia es pobre, pero no se queja; ha ganado más que ha perdido, porque ha sido libertada de la legislación beneficiaria que era antes causa perpetua de procesos y servidumbre. No ha conocido ni los curas congruistas, ni los abates comendatarios, ni los obispos de nacimiento y sin vocación, ni el diezmo con todas las diferencias que su percepción originaba entre el clero y el pueblo. Salió de la gran Revolución más desprendida, más moderna, más democrática y aun más potente y fecunda. Ha soportado noblemente su pobreza, y aun ha sabido sacar de ella maravillas de caridad, de apostolado, de desprendimiento. No se queja de su pobreza.

Pero bajo el régimen de la separación su pobreza se convertiría en miseria, en desnudez, en *inanición*. Si el Concordato de 1801 fuera desgarrado y pisoteados los compromisos solemnes de la Constituyente, he aquí lo que ocurriría:

Se suprimiría la renta sagrada de 40 millones que el presupuesto asegura al clero francés hace ya cien años, a título de indemnización por los bienes de que se le despojó. Esto, por otra parte, no disminuiría en un céntimo la carga que pesa sobre el contribuyente. Los millones quitados del presupuesto de cultos serían transportados al presupuesto de Instrucción pública,

de Hacienda, y vuestros impuestos no se modificarían. Se suprimiría, pues, el servicio de la deuda que nos paga el Estado,

Y al propio tiempo se nos obligaría a alquilar a precio de oro los templos que edificamos y a buscar, lejos de nuestras rectorías, un abrigo cualquiera; se nos arrojaría despojados a la calle, concediéndonos graciosamente la libertad de morir de hambre en cuarenta y ocho horas.

¿Qué hará la Iglesia? Recurrirá a la caridad pública, dicen, y *vivirá de limosna*. La Iglesia vivirá de limosna. Esto es fácil de decir, pero:

1.° *¿Encontrará limosnas?* Si no las encuentra, morirá sin remedio. Si las encuentra, será entre los ricos, los cuales, obligados entonces a subvenir a los gastos del culto y al sostenimiento del clero, aumentarán el precio de sus alquileres y reducirán sus gastos. Finalmente, la nación y el pueblo tendrán que soportar esta nueva carga. Tendréis que pagar 40 millones más. Esto es matemático.

2.° Además, una religión reducida a la mendicidad, ¿no sufrirá en su dignidad? Se dice ya que la religión es una religión de dinero, a causa de la necesidad de percibir ciertas ofrendas. ¿Qué será cuando el sacerdote tenga que vivir completamente a cargo de sus ovejas? Pues que todo acto religioso ofrecerá el aspecto de un impuesto.

3.° Finalmente, los que quieren separar la Iglesia del Estado y sitiarnos por hambre, ¿nos dejarán el permiso de mendigar y la *facultad de adquirir?* Ciertamente que no. Nos despojan para esclavizarnos.

2.° *Esclavizar a la Iglesia,* tal es el fin principal de los sectarios que quieren separarla del Estado.

Bajo el régimen concordatorio, que está en vigor hace ya cien años, la Iglesia está ya considerablemente *oprimida* en sus movimientos, en su enseñanza, en su acción caritativa, en la elección y funcionamiento de su clero secular y regular, en la administración de fábrica, etc. Pero aun a través del dédalo de leyes, decretos y ordenanzas que tiene que soportar, marcha, por lo menos, se mueve, avanza, obra, realiza su misión, salva las almas y los pueblos con el sudor de su frente. Es oprimida, pero trabaja.

Bajo el régimen de la separación, su molestia se trocaría bien pronto en opresión, agarrotamiento, *servidumbre* absoluta e impotencia definitiva. Es independiente, de raza real, hija de Dios, pero el Estado la trataría como su vasalla, su sierva.

1.° Tiene *la misión de instruir,* y se liberta de esta carga por la predicación, el catecismo, las pastorales, los concilios, las escuelas. Pues bien, se le cerraría la boca, se restringiría, por ella y para ella solamente, la libertad de reunión, la libertad de la prensa, la libertad de enseñanza.

2.° *Tiene necesidad de Ordenes religiosas,* pero no se le permitiría poseer y utilizar su ciencia, su virtud y su celo. Se expulsaría a los religiosos como vulgares malhechores, y sus admirables religiosas, sin asilo y sin pan, serían peor tratadas que las rameras, a las que se dejaría la libertad del lupanar.

3.° Y si la Iglesia, *armada del derecho común* y sostenida por Dios, conservara por lo menos su dignidad; si reconstituyese su clero, sus conventos, sus

periódicos, sus escuelas; si encontrara, en su persecución, un aumento de su actividad nativa y un renacimiento de su sana popularidad, se la pondría resueltamente fuera del derecho común. Se le diría que es una asociación cuya cabeza está en Roma, por lo que se la consideraría como ilegítima y antinacional, y se le prohibiría la existencia.

Es evidente, señores, que los sectarios que quieren la separación de la Iglesia y del Estado no tienen la intención de asegurar a la Iglesia una prosperidad nueva e inesperada. Por lo contrario, lo que desean, lo que procuran, lo que abiertamente preparan, es someter a tutela, esclavizar, aplastar definitivamente la religión.

¿Lo lograrán? No. Jamás es tan potente el cristianismo como cuando se le condena al heroísmo. Heroico lo ha sido, heroico lo será. Todo lo soportaremos: la multa, la prisión, la muerte, si es preciso. No seremos apóstatas. Dios será con nosotros. Salvaremos la Iglesia de Francia. Pero, entre tanto, *¡qué conmoción,* qué sacudimiento en nuestra patria! Si cayera la religión, siquiera momentáneamente entre nosotros, no caerá sola. Todas las fuerzas sociales caerán con ella. ¡Oh Dios mío, tened piedad de nosotros! No os pedimos que salvemos la religión, pues sabemos que es inmortal; sólo os pedimos que salvemos la patria y aseguremos su porvenir.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

Paguen los curas quienes los quieran

SEÑORES:

El Estado francés no puede prescindir de la religión. La separación de la Iglesia y del Estado sería entre nosotros una soberana imprudencia y una irritante injusticia. A esto responden algunos que el Estado francés no debe reconocer el culto católico e incluirlo cada año en el presupuesto. "Esto sería—dicen—imponer a los librepensadores una carga tan onerosa como injusta. Los que solicitan los servicios de un médico o de un abogado, los pagan. Pues lo mismo debe ocurirír con el sacerdote. Páguenlo los creyentes. Paguen los curas quienes los quieran." Señores, os expongo la objeción sin reticencias. Permitidme que la resuelva con la misma lealtad.

Paguen los curas quienes los quieran.

I. ¿Es que hay en Francia muchas personas que no quieren curas?

Hay quien finge suponer que son tan numerosos los librepensadores, que es preciso, so pena de violentar la justicia, eximirlos de contribuir al salario del clero. Veamos si es verdad.

En primer lugar, *las mujeres y los niños* suponen algo en Francia. Pues bien, ni las mujeres ni los niños son, en su mayoría, librepensadores. Todos los niños están bautizados, y hacen su primera comunión, y casi todas las mujeres son más o menos religiosas. Una mujer sin Dios, sería un monstruo. El ateísmo femenino sería repelente, horroroso, excepcional.

¿Y los hombres? Sí, los hombres *librepensadores de conveniencia* y de fachada son bastante numerosos. Veo muchas personas que se creen y se llaman adeptos del librepensamiento, por ignorancia... no saben una palabra de religión; por cobardía... se libertan de un culto que los molesta; por indiferencia... ya no rezan ni van a la iglesia; por prejuicios políticos... se imaginan estúpidamente que no se puede ser republicano y católico; por compromisos de partido... han dado su nombre a una secta que los esclaviza; por respeto humano... no se atreven a dejar de seguir a los demás, a bailar al son que les tocan. Todos ellos están atados al librepensamiento por lazos puramente artificiales; son librepensadores de conveniencia y de fachada.

Pero los hombres *librepensadores de convicción,* los decididos a vivir como paganos y a morir como perros, sin Dios ni sacerdote, los capaces de razonar su impiedad y de apoyarla en pruebas... no son numerosos. ¡Cuántos hombres hay que, viéndose sanos, declaran

que no tienen necesidad de sacerdotes, pero que, una vez enfermos, reclaman o aceptan su ministerio! Cuando se apacigua la fermentación del orgullo y de los sentidos, cuando se muestra la gran luz de la muerte, se quitan la máscara, reaparece el cristiano, y se evapora el librepensador. Hace solamente algunas semanas que el secretario general de M. Waldeck-Rousseau, que tanta parte tomó en la preparación de la ley contra las Congregaciones, M. Demagny, moría pidiendo los auxilios de la religión y recomendando con insistencia a su familia que diera a sus hijos una educación cristiana. Estos ejemplos son de todos los días. Por lo general, el librepensamiento no es una convicción, sino una postura ante la galería, una manera de explotar la pasión popular, un medio de medrar, un camino para llegar a los puestos y a los honores. Sería una equivocación tomarlo en serio.

No, los librepensadores no son tan numerosos como se supone. La religión católica es la religión de casi todos los franceses. Es la expresión más pura, más íntima, más exacta, más verdadera, más universal de la voluntad nacional. Si se la persigue, se persigue a la nación; si se la oprime, se oprime a la nación. Si es borrada del presupuesto, si es sitiada por hambre, se va contra el voto de la nación.

¡Paguen los curas quienes quieran!

II. He ahí unas palabras completamente opuestas a la marcha normal de la sociedad.

La sociedad vive de la solidaridad, es decir, que en un pueblo todos los ciudadanos deben compartir las cargas como se comparten los beneficios de la colectividad. Me explicaré. Vosotros no tenéis actualmente necesidad

del ministerio de los tribunales, y quizás no la tengáis nunca. ¿Es esto suficiente para que os neguéis a contribuir al sostenimiento de esta gran fuerza social? No. Basta únicamente que podáis tener un día necesidad de él. Imaginaos que todos dicen: "Tenga barcos quien los quiera, tenga prefectos quien los quiera, tenga jueces quien los quiera, tenga ministros quien los quiera. No veo por qué se me ha de obligar a mí, hombre libre, a mí, contribuyente, a darme flotas, caminos, jueces, prefectos, ministros, presidios, alumbrado, si no los quiero, si no tengo necesidad de ellos. Páguenlos quienes los quieran." Con tal original razonamiento, los unos suprimirían las prisiones, y probablemente los criminales; los otros los maestros de escuela y probablemente los escolares; éstos los tribunales, y probablemente los procesos; aquéllos los recaudadores, y probablemente los impuestos, lo que sería muy del gusto de todo el mundo. Con tan original razonamiento, no siendo ya los ciudadanos mutuamente solidarios, la sociedad no podría marchar.

Y ahora, dice aquí el revolucionario *Proudhon,* "con tan original razonamiento, esto es, que paguen la religión los que la quieran, ¿por qué no suprimir del presupuesto social todas las asignaciones para trabajos públicos? ¿Por qué el aldeano borgoñón ha de pagar los caminos de Bretaña? ¿Por qué el armador marsellés ha de pagar la subvención de la Opera?" Y M. *Emilio Ollivier,* tratando el mismo asunto, escribe con gran elocuencia: "¿Se comprendería que una parte de la contribución pública se destinase a asegurar a bailarinas y tiples sueldos más considerables que los de un primer ministro, o a dotar escuelas de Bellas Artes, museos, bibliotecas, cátedras de ciencia y de literatura... pero nada a la Iglesia, que, para el mayor

número, es la Escuela de Bellas Artes, el museo, la biblioteca, el único sitio en que aprende que hay algo que se llama pintura, música, elocuencia; el único sitio en que se le habla de deber, de moral, de virtud; el único sitio en que eleva un poco la cabeza por encima de la tierra que remueve cada día con su laya infatigable, y que un día le envolverá?" En resumen, el culto es un servicio público. El Estado debe sostenerlo.

La nación lo exige. Sí, la mayoría de la nación, que no es más que un delegado, su mandatario: "Tengo un ejército, una marina, una magistratura; pagadlos. Del mismo modo, tengo una religión, un culto, y poco me importa que sea o no sea el vuestro, presidente, senadores, diputados y ministros, con tal que sea el mío. Y es el mío porque así lo he querido; es el mío porque soy yo quien lo paga, o mejor dicho, quien os ordena que lo paguéis. Tomad, pues, de mis impuestos, de mi dinero, la suma necesaria para el ejercicio de mi religión y de mi culto. Haced lo que os mando, obedeced a la nación."

Paguen los curas quienes los quieran.

Estas palabras son fútiles y contrarias a la solidaridad y a la voluntad nacional. Esto no obstante, las admito; cojo por la palabra a los que las pronuncian, y les pido que resuelvan una grave dificultad. Paguen los curas los que los quieran.

III. ¿Cómo se las arreglarán los desdichados que profesan una religión y carecen de dinero?

Soy pobre; tengo necesidad de un sacerdote para mí y para mis hijos. Mi madre que está agonizando pide un sacerdote.

¿Es que, no obstante mi amargura, *voy a verme obligado a pagarle?* Nada tan repugnante, tan antidemocrático como mezclar así la cuestión de cuartos con las cuestiones religiosas. ¿Pues qué, yo, pobre, indigente, desprovisto de todo, habré de subvenir directamente a los gastos de una rectoral, de un cura, de un templo?... Pero esto es imposible.

¿Me veré en la *dura necesidad de prescindir de la religión,* de carecer de sacerdote para mí, para mis hijos, para mi madre moribunda, porque soy pobre? Pero esto sería horrible, y contrario a la libertad de conciencia.

Sin duda que el Estado *retribuirá de oficio sacerdotes para los indigentes,* como retribuye abogados para los tribunales y médicos en los hospitales. Ya lo estáis viendo. Habría una oficina de asistencia religiosa, como hay una oficina de asistencia judicial y de asistencia médica. Esto no es serio.

No, se dice, el Estado no se mezclará en nada, pero *los ricos pagarán por los pobres.* ¿Pagarán los ricos por los pobres? Esto pronto está dicho. Pero ¿podrán o querrán hacerlo? Y si pueden y quieren, ¿se verán obligados a restringir sus limosnas y gastos para subvenir a las necesidades del culto y al sostenimiento del clero? En último resultado, siempre será el pueblo el que salga perdiendo.

Todos estos extremos son inaceptables. Queda el último expediente.

IV. Los ayuntamientos se encargarán de los gastos del culto.

La religión se pondrá a votación en los más pequeños municipios. Se votará la supresión o el sostenimiento del cura... ¿Pero por qué no la supresión o el mante-

nimiento del alcalde, de los maestros, del recaudador, del guarda de campo? Los espíritus fuertes de cada aldea se dirán: "Ya que estamos puestos, suprimamos toda esta gente. Podemos muy bien instituirnos a nosotros mismos, administrarnos, guardarnos, repartirnos las cargas... y también catequizarnos y confesarnos cada uno en su casa, cada uno para sí... Hagamos mesa limpia."

En tan delicioso estado social, cada cura de aldea será regateado, despedido, interrogado, puesto en berlina, sitiado a veces por hambre, siempre revocable.

En tan delicioso estado social, cualquier alcalde podrá señalarse a la atención pública cerrando la iglesia, o abriéndola a reuniones profanas.

En tan delicioso estado social, cada una de nuestras aldeas se convertirá en un campo de Agramante en el que no habrá una hora de paz.

Conclusión:

Paguen los curas quienes los quieran. Esta afirmación es fútil, antisocial y antidemocrática. Parece que resuelve el problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, pero no resuelve nada. Lo que hace es embrollar la cuestión, y suscitar dificultades insolubles. No consiste en eso la solución, sino en el régimen concordatorio honestamente practicado, o en el régimen de la libertad...

Si se quiere separar la Iglesia del Estado, *désele la verdadera libertad*... es decir: 1.° Que se le entreguen sus edificios religiosos, de los cuales tiene absoluta necesidad para el ejercicio del culto; 2.° Que se le restituya, bajo forma de dotación económica, por lo menos una parte de los bienes que se le robaron, de los

cuales tiene absoluta necesidad para vivir; 3.° Que se le permita constituirse en persona civil con capacidad jurídica de poseer o de adquirir. En una palabra, que se le dé la libertad, no de morir de hambre en cuarenta y ocho horas, sino de vivir honestamente en el territorio de la patria. Fuera de esta libertad verdadera... ¿qué es lo que queda como posible y equitativo?

Nada, a no ser el *régimen concordatario* bajo el cual vivimos al presente, el cual ofrece no pocos inconvenientes, pero que ha dado a Francia cien años de relativa paz religiosa. Dirigiéndose a peregrinos franceses, les decía León XIII el 15 de Abril de 1888: "Francia no debería olvidar que su providencial destino la ha unido a la Santa Sede con lazos demasiado estrechos y antiguos para que jamás se atreva a romperlos. De esta unión han salido, en efecto, sus verdaderas grandezas y sus más puras glorias. Perturbar esta unión tradicional, equivaldría a arrebatar a la nación una parte de su fuerza moral y de su elevada influencia en el mundo."

He ahí palabras que caen de lo alto y son muy prudentes. Atengámonos a ellas.

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

Hoy la escuela puede prescindir de la religión

SEÑORES:

Se afirma que el Estado puede prescindir de la religión, y se añade que la escuela puede también prescindir de la religión. Y, en efecto, hace veinticinco años que prescinde de ella. ¿Van por esto mejor las cosas? No van mejor, y empeoran cada día. No, la escuela no puede prescindir de la religión. La escuela sin religión y sin Dios, la escuela neutra, es un inmenso peligro para la religión, para el maestro, para el niño, para la patria. Esto es lo que vamos a ver. No necesitaremos raciocinar mucho; los testimonios y los hechos nos darán directamente la evidencia de esta verdad.

La escuela sin religión y sin Dios, la escuela neutra, es un peligro:

I. Para la religión.

La religión *es desdeñada* por la escuela neutra; fin-

ge ignorarla, la olvida sistemáticamente, la trata como una cantidad despreciable. Le enseñan al niño todas las historias, excepto la sagrada; todas las fábulas del paganismo, pero no las espléndidas realidades del cristianismo; la vida de los grandes hombres, tales como Ciro, Alejandro, Aníbal, César y otros, pero no la vida de Jesucristo, ese único coloso, que llena y domina lo pasado y lo presente. Se enseña al niño a leer, a escribir, a calcular y aun a cantar, pero no se le enseña a orar. En una palabra, se le educa como si no estuviera bautizado, como si no fuera más que un pequeño pagano. Esto es una gran desgracia. Porque ¿qué queréis que piense de la religión, de su dignidad, de su importancia, de su necesidad, el niño que la ve así despreciada, omitida, colocada en un rincón, relegada a las horas de recreo, juzgada indigna de figurar en el programa escolar? En su cabecita, juzgando con su lógica incipiente, se dice el niño que la religión es un asunto de poco valor... Da un paso más, y pronto concluye que la religión es una institución no sólo inútil, sino nociva y peligrosa. Porque, ¿qué ve en ella?

La religión es *proscrita* de la escuela neutra. No sólo es despreciada como cosa sin valor, sino perseguida como cosa pestilente. Prohibición expresa de orar en clase. El catecismo, el evangelio, la historia sagrada son expulsados de la mesa del maestro y del pupitre del alumno. Los emblemas religiosos son cuidadosamente apartados. Y aun el nombre de Dios es borrado de los libros escolares, y se ha visto al Ayuntamiento de París torturar al fabulista Lafontaine, y hacerle decir:

> El pececillo se hará grande,
> Con tal *que se le* preste vida.

En resumen, todo el mundo sabe hoy que la neutralidad no es más que una hipocresía tras la cual se oculta y funciona la más intensa hostilidad religiosa. Los enemigos de la religión no hacen ya un misterio de ello, tanto que en 1894, en el número de Febrero del periódico *El Radical,* Enrique Maret calificaba la neutralidad escolar de gazmoñería elevada al grado diecisiete.

¿Hay necesidad de insistir más en los peligros que la escuela neutra, la escuela sin Dios, hace correr a la religión?

II. Para el maestro.

Lo *rebaja* y lo deprime. Un profesor que tenga el conocimiento y el respeto de su deber, no es un funcionario ordinario, sino un verdadero apóstol. Dedica el tiempo y el corazón a sus alumnos; desarrolla sus facultades intelectuales y morales; los acompaña a misa y al catecismo; trabaja y ora con ellos y por ellos; es un representante visible, no solamente de sus familias, sino del mismo Dios. Al neutralizarlo, la escuela sin Dios lo decapita y lo enerva; le priva de un elemento poderosísimo de moralización y de disciplina; disminuye su prestigio; paraliza su autoridad; la escuela neutra sustituye al apostolado una función vulgar. Era un apóstol, casi un sacerdote, y se convierte en pedagogo ordinario, que se eleva por encima de la esfera gramatical y aritmética. La escuela neutra deprime al profesor.

Y *le pone en un cruel callejón sin salida.* Si tiene sentimientos cristianos, debe contenerlos dentro de sí mismo y no dejarlos pasar al alma de sus alumnos. Si

tiene fe, se verá con frecuencia impedido de profesarla, ya por el mal espíritu de la localidad, ya por las ideas avanzadas de sus superiores jerárquicos, ya por las amenazas de denuncia de un concejal cualquiera. Si es indiferente o incrédulo, se expone a la desconfianza y a las quejas de las familias católicas. He ahí, pues, el municipio dividido en dos campos enemigos. El hombre de abnegación y buen consejo, el que debiera ser hombre de todos, se convierte, aun sin quererlo, en agente de discordia y de perturbación. ¿Hacia qué lado se inclinará? A menudo hacia el lado malo. La escuela neutra deprime al profesor, le atrae en sentidos contrarios.

Casi siempre *le precipita hacia la irreligión* declarada y militante. Por poco desprovisto que esté del espíritu religioso y trabajado por la ambición, se imagina que el mejor medio de conseguir un avance rápido consiste en declararse enemigo del párroco y poner en ridículo las enseñanzas de la Iglesia. Pasa así de la neutralidad a la hostilidad, se hace policía y francmasón, y pierde su hermosa independencia... Censuradlo, pues lo merece. En cuanto a mí, lo compadezco. La escuela neutra lo ha pervertido en cierto modo, a pesar de él.

Es ella un inmenso peligro para la religión, para el profesor. Y también

III. Para el niño.

Es necesario que nos preocupemos de la infancia y de la juventud, de las nacientes generaciones que crecen llenas de vida y de porvenir. Todo el problema de nuestros destinos depende de su educación moral. Ahora bien, la escuela neutra ¿es capaz de dar a la

infancia la formación que necesita? Respondo que no, y para probarlo, os citaré autoridades que en manera alguna son sospechosas.

Primeramente, un periodista, *Enrique Fouquier,* quien, en 1900, escribía en *Le Matin,* periódico muy poco clerical, como sabéis, lo siguiente: "Se ha creído que, al obligar a los hijos del pueblo a sentarse en los bancos, desde los siete a los doce o trece años, se inculcaría en su espíritu una ley moral bastante fuerte para suplir a la educación de la familia y la violencia de la fe religiosa. Paréceme que se ha hecho la experiencia, y ha fracasado la escuela." Pero, diréis, eso no es más que la opinión de un periodista, es decir, palabras sin consistencia ni autoridad.

Pues bien, tengo algo más y mejor que ofreceros. Oid un magistrado, M. *Adolfo Guillot,* juez de instrucción de París: "No puede obscurecerse a ningún hombre sincero, sean las que fueren sus opiniones, que el espantoso aumento de la criminalidad entre los jóvenes ha coincidido con el cambio introducido en la organización de la enseñanza. Para los que creyeron hallar el progreso en esta nueva vía, debe ser motivo de gran preocupación el ver cómo la joven generación se distingue por su brutal perversidad."

El filósofo racionalista *Fouillé* explica las tristes comprobaciones del magistrado diciendo: "Sólo la religión es un freno moral de primer orden, y más todavía un resorte moral. En particular el cristianismo ha sido definido un sistema completo de represión de toda perversa inclinación." La religión es desterrada de la escuela neutra. Luego la escuela neutra carece del freno moral que reprime las malas inclinaciones, del resorte moral que exalta las buenas propensiones; carece de eficacia moral sobre el niño.

La escuela neutra deja en el niño una *laguna* que más tarde será muy difícil de llenar. Cuando se han disipado los años de estudio, por mucho que se haga para reparar con una aplicación apresurada el tiempo perdido, quedan siempre puntos esenciales en los cuales uno se siente débil, en los cuales falta todo fundamento, en adelante imposible de adquirir. Del mismo modo, cuando la primera formación religiosa ha sido omitida, advierte uno más tarde, en la actividad devorante de la vida, que la conciencia está mal afirmada en sus bases, que los principios son vacilantes e indecisos. La desgracia es casi irreparable.

No hay que exagerar nada. Puede darse el caso de niños cristianamente educados que luego se descarrían, pero esto es la excepción; como también puede ocurrir que niños educados sin religión, tengan buenos sentimientos y sean buenos hijos, pero esto es también una excepción. Ahora bien, no hay que juzgar por las excepciones, sino según la regla general, según la cual la educación religiosa garantiza de ordinario una vida honesta y honrada. El niño cristianamente educado podrá tener, y tendrá probablemente, horas de extravío y de tempestad, pero tras una juventud tempestuosa, vendrá una madurez apacible, y se someterá por sí mismo al yugo de la ley. Tiene principios, tiene creencias autorizadas y firmes, tiene una conciencia bien formada, tiene en su alma semillas de resurrección y de vida. Todas esas riquezas íntimas, todas esas secretas garantías para el bien... no puede proporcionarlas la escuela neutra; ésta es desastrosa para la religión, para el maestro, para el niño.

IV. Para el país.

Notad primeramente que *ninguna de las grandes naciones contemporáneas* practica la escuela neutra: ni América, ni Alemania, ni Inglaterra, ni Rusia, ni Austria. La escuela neutra es una especialidad que únicamente se encuentra en Francia. Nadie nos envidia semejante especialidad. Es que, en efecto, constituye para un pueblo un inmenso peligro.

El célebre *Portalis* apreciaba así, en 1802, la experiencia que de la escuela sin religión hicieron en 1793: "Ante los hechos, callan las teorías. Nada de instrucción sin educación; nada de educación sin moral y sin religión. Los profesores han enseñado en el desierto, porque han proclamado imprudentemente que no era necesario hablar de religión en las escuelas."

Fontanes, primer gran maestre de la Universidad imperial, que había apreciado el abismo en que la enseñanza sin Dios había llevado a Francia, pronunció, en una circunstancia solemne, estas palabras, verdaderamente dignas de un hombre de Estado: "Todas las ideas religiosas son ideas impolíticas, y todo atentado contra el cristianismo es un atentado contra la sociedad." Pero sigamos.

El protestante *Guizot* habla, bajo el gobierno de Julio, el mismo lenguaje que Portalis y Fontanes bajo el Imperio: "Preciso es—dice—que la instrucción primaria sea profundamente religiosa, para que sea verdaderamente buena y socialmente útil. En las escuelas primarias, la influencia religiosa no debe faltar nunca. Si el sacerdote desconfía, o se aisla del profesor, o si el profesor se considera como rival independiente, no como auxiliar, del sacerdote, desaparece el valor

de la escuela, y casi puede convertirse en un peligro."

En 1882, en una distribución de premios, un sabio israelita, miembro del Instituto, *M. Ad. Frank,* dijo: "Nada de virtudes cívicas sin virtudes morales, nada de virtudes morales sin creencias religiosas. Jamás se vió un pueblo sin Dios, y si pudiera existir, sería el último de los pueblos. La religión es la base de la moral, de la verdadera libertad, del verdadero patriotismo."

El general *Berthault,* ministro de la Guerra hacia 1875, escribió en su testamento: "De todos los sentimientos que elevan el corazón del hombre, el más poderoso es incontestablemente el sentimiento religioso, del cual saca el soldado la esperanza que le sostiene y fortalece. Más que ningún otro, el hombre de guerra se siente bajo la mano de Dios; tiene necesidad de creer en otra vida para aceptar virilmente la idea del sacrificio... Antes de su entrada en el servicio, en las escuelas, es donde debe enseñarse a los jóvenes sus deberes referentes a la patria y las verdades fundamentales de la religión, fuente de todas las ideas morales elevadas de que sacarán más tarde el espíritu de abnegación y sacrificio"

¿Qué añadir a tantos testimonios? Nada, a no ser el testimonio *de los hechos.* Francia ha suprimido de sus escuelas la moral cristiana y la ha reemplazado con resúmenes filosóficos de hombres sin autoridad y contradiciéndose a porfía; ha cimentado la escuela y el Estado en el ateísmo, y ha pretendido que la ciencia sola basta para hacer hombres virtuosos. Pero no pasa día sin que los periódicos vengan llenos de relatos de crímenes horrorosos cometidos con frecuencia por jóvenes, casi por niños. Las asociaciones de malhechores

ocupan el puesto de las asociaciones piadosas. Las prisiones apenas bastan para albergar los delincuentes.

Por desgracia, a pretexto de inundar al pueblo de luz se le ha hundido más profundamente en las tinieblas al destruir en las almas la idea de Dios, fuente de toda luz. Se han agotado en las almas los tesoros seculares y son tan grandes los peligros que nos amenazan, que no hay un francés perspicaz que no pregunte con angustia hoy lo que llegaremos a ser mañana.

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

Pasó ya el tiempo de la religión

SEÑORES:

Hoy está enteramente de moda la siguiente afirmación: "Pasó ya el tiempo de la religión." Esto puede significar, o que la religión ha terminado, o que no sirve para nada, o que ha cesado de agradar. La religión, o ha muerto, o es inútil, o antipática. Discutamos estas tres afirmaciones, que son tres simplezas bien caracterizadas.

Pasó ya el tiempo de la religión; ha terminado; está muerta. Estas proposiciones: 1.º No son nuevas; 2.º No son serias; 3.º No son sinceras.

I. Pasó ya el tiempo de la religión. Esta proposición no es nueva.

Hace diecinueve siglos que se dice lo mismo. Hoy

los impíos no son más que repetidores, o mejor, escolares que recitan una lección antiquísima.

Ya se decía eso *en los primeros siglos*. Los emperadores romanos creían firmemente que habían dado buena cuenta del cristianismo. Particularmente Juliano el Apóstata estaba segurísimo de su obra: había vuelto a poner en uso todas las ceremonias paganas; había secularizado el ejército borrando del lábaro el nombre de Cristo; había descristianizado la enseñanza cerrando todas las escuelas católicas; había añadido la persecución legal a la persecución sangrienta; pero ¿sabéis cómo acabó la tragedia?... Con la muerte violenta de Juliano y con el triunfo del cristianismo.

Pasó ya el tiempo de la religión.

También se decía esto en el siglo XVI. Lutero, fraile degradado y revolucionario, hablaba del Pontificado como de un vegestorio que iba a desaparecer convertido en humo. A punto de morir, pidió yeso, y trazó en el muro estas palabras contra la hidra romana: "Mientras viví, fuí para ti la peste; mi muerte te matará." ¿Sabéis cómo acabó la comedia protestante?... Con el matrimonio de Lutero, con su muerte desolada, con la resurrección del catolicismo...

Pasó ya el tiempo de la religión.

Tal era el estribillo del siglo XVIII. Voltaire escribía así a un amigo suyo: "Estoy cansado de oir repetir que doce hombres bastaron para fundar el cristianismo; me complazco en demostrarle que basta uno para destruirlo." Y añadía: "Veinte años más, y habrá terminado el cristianismo." ¿Sabéis cómo acabó la orgía filosófica del siglo XVIII? Con un diluvio de sangre y lodo, y con la supervivencia del catolicismo. La Harpe, convertido y testigo de estos acontecimientos,

dirigiéndose a los librepensadores de su época, les decía: "Destructores imbéciles, gritasteis victoria, pero ¿en dónde está esa victoria? Ved cómo se llenan nuestros templos; no son ricos, pero siempre son sagrados. Están desnudos, pero se ven llenos. Desapareció la pompa, pero ha permanecido el culto."

Pasó ya el tiempo de la religión. También fué esta la canción del siglo XIX, canción que resonó en los parlamentos y en las academias, en los periódicos y en las revistas, en las calles y en los campos, en las logias tenebrosas en donde se preparan las leyes criminales y en las tabernas en donde se desatan las pasiones más groseras. ¿Sabéis cómo terminaron todas aquellas agitaciones malsanas y todos aquellos gritos venenosos, todas aquellas profesías mentirosas y todas aquellas actas de defunción libradas por doctores sin autoridad?... Con las ruinas morales, domésticas y sociales que contemplan nuestros ojos y con la permanencia del catolicismo.

Cuanto más se ha cantado su muerte, *más firme y viva se ha mostrado la religión*. Se ha templado en la persecución. Los ataques de la lengua, de la pluma, del hacha no han conseguido otra cosa que proporcionarle superabundancia de savia. ¿Tropezará ella en adelante con monstruos más feroces que Diocleciano, más astutos y pérfidos que Juliano, más poderosos que Mahoma, más desnaturalizados que Enrique IV de Alemania, más crueles que Cromwell, más degradados que los enciclopedistas, más execrables que Dantón y Marat, más peligroso que Renán, más indecentes que Zola? No lo sé. Lo único que sé es que la serpiente de la fábula gasta su lengua y pierde su sangre royendo una lima que no puede encentar... es que un niño

lanza en vano una flecha de su ballesta contra el campanario de la catedral... es que el viejo campanario de San Paterno podría recibir millares de bolas de nieve sin que su base se conmoviera. Lo que yo sé es que, hace diecinueve siglos, millares y millares de personas han dicho: "Pasó ya el tiempo de la religión." Estas palabras no son nuevas, y los que hoy las pronuncian son niños grandes que dicen una gran tontería.

II. Pasó ya el tiempo de la religión. Esta proposición no es seria.

Es contraria a la más grande evidencia. Abramos los ojos; ¿qué es lo que vemos?

Vemos *por todas partes* que la religión está en pie, que se mueve, que marcha, sembrando su palabra, sus libros, sus templos, sus Ordenes religiosas, sus apóstoles, sus obras. En todos los puntos del globo se llenan sus templos, son administrados sus sacramentos, publicadas sus verdades, gobernados sus fieles, socorridos sus pobres, hablan y escriben sus doctores, oran y sacrifican sus vírgenes. He ahí un hecho. Continuemos abriendo los ojos; ¿qué es lo que vemos?

Vemos la vuelta progresiva de *Inglaterra* a la fe católica. Durante el siglo que acaba de finir, el catolicismo ha ganado en Inglaterra dos millones de fieles. Es un fenómeno absolutamente prodigioso para todo el que quiere reflexionar un instante: 1.º en la tenacidad fría y positiva de la índole del pueblo inglés; 2.º en la elevada posición de los anglicanos convertidos y en los obstáculos que han tenido que vencer para hacerse papistas; 3.º en las victorias que prepara al catolicismo ese movimiento tan definido, tan nuevo, tan asombroso

de la poderosa Inglaterra. He ahí otro hecho. Continuemos abriendo los ojos; ¿qué es lo que vemos?

Vemos desencadenarse *en Alemania* contra los católicos la persecución más violenta y hábil que pueda imaginarse. Bismarck en persona dirige la batalla, y en el momento en que se votaban las famosas leyes de Mayo de 1872, exclamaba el Canciller de Hierro: "No tengáis cuidado; no iremos a Canossa." Durante diez años sometió a los católicos al régimen continuo de multas, de prisión, de destierro, de miseria, de hambre. Nada pudo conseguir. Bismarck se convenció de que no triunfaría, y en 1882, empezó a batirse en retirada, fué a Canossa y envió un embajador cerca de la Santa Sede. La religión católica salió de la persecución más viva que nunca, y hoy el Centro católico es la fracción más numerosa e influyente del Reichstag. He ahí todavía otro hecho. Continuemos abriendo los ojos; ¿qué es lo que vemos?

Vemos que la Iglesia católica goza en los *Estados Unidos* de grandísima prosperidad. Hace cien años, había allí 40.000 fieles, es decir, un católico por cada cien habitantes; hoy tiene diez millones, es decir, un católico por cada ocho habitantes. Hace cien años había allí un obispo y veinte sacerdotes; hoy tiene su jerarquía, sus cardenales, sus concilios, tres provincias eclesiásticas, noventa y tres obispos y siete mil sacerdotes. Notad que el clero católico en los Estados Unidos representa un papel muy importante en la vida pública. Hace un mes, la huelga de los mineros americanos se terminó gracias a la constitución de una comisión de arbitraje, y entre los cinco miembros de esta comisión, nombrados por el presidente Roosevelt, hallamos un eminente prelado católico, Mons. Spal-

ding, obispo de Peoria. He ahí también otro hecho. ¿Es esto suficiente? No. Continuemos abriendo los ojos; ¿qué es lo que vemos?

Vemos que, desde hace cien años, las *misiones católicas* utilizan las facilidades de transporte para procurar la evangelización de la tierra. Se ha calculado que, durante el siglo XIX, sesenta mil misioneros han atravesado el mundo y han ganado a la verdad doscientos millones de almas. He ahí también otro hecho. En presencia de todos estos hechos, decir que "pasó ya el tiempo de la religión", es pronunciar unas palabras faltas de seriedad.

Sé muy bien que puede objetarse que *la religión no es floreciente en todas partes*. Pero esto ¿qué prueba? Nada absolutamente. Tampoco la civilización florece en todas partes. No florece ni en la India, ni en Africa, que han descendido al grado más bajo de la escala intelectual, ni en tantos millares de occidentales como pueblan nuestras prisiones. Esto no obstante, creéis en la civilización. Tampoco la agricultura florece en todas partes. Ha cesado de florecer en las llanuras antes tan fértiles de Oriente. A pesar de esto, creéis en la agricultura. De que el cristianismo no sea floreciente en todas partes, no es lícito concluir que pasó ya su tiempo. Esta conclusión es tan poco seria, que puede uno preguntarse si es leal.

III. Pasó ya el tiempo de la religión. Esta afirmación no es sincera.

Si realmente se creyera que ha pasado ya el tiempo de la religión, que va a finir, que ha terminado, que está moribunda, que ha muerto, se la dejaría en paz y se

tendría piedad de ella, como se tiene de un moribundo tendido en su camastro, como lo tienen los salvajes de los que van a entregar su alma al Gran Espíritu; se la dejaría reposar en sus frías cenizas, como se deja en el campo de batalla a los enemigos caídos en tierra y vencidos; no se le tendría miedo, no se la acusaría de que lo invade todo; no se harían libros, ligas y leyes para confundirla, para aplastarla, para exterminarla; no se tiene miedo a los muertos, no monta uno en cólera contra los muertos, no se bate uno contra los muertos. Cuando han sido enterrados, son olvidados, y cada cual vuelve a sus ocupaciones. Así obrarían con respecto a la religión, si verdaderamente se creyera que pasó ya su tiempo.

Pero no. *Se sabe muy bien que no ha pasado el tiempo de la religión*; se la declara muerta, pero saben que vive; ven cómo reverdece el viejo tronco del catolicismo, y contra él se precipitan para exterminarlo.

Se dice que ha pasado el tiempo de la religión, pero no se cree, porque no la ven tomar el camino de las catacumbas para ocultarse en ellas, sino erguirse frente a sus enemigos, con toda la dignidad de sus intenciones mal interpretadas, de sus virtudes ultrajadas, de sus derechos desconocidos.

Se dice que pasó ya el tiempo de la religión, pero no se cree, porque la oyen condenar la falsa filosofía, la ciencia orgullosa, todos los vicios amotinados contra la religión, y predicar las verdades que libertan el espíritu de la esclavitud del error, y los preceptos que libertan el corazón de la esclavitud de las pasiones.

Se dice que pasó ya el tiempo de la religión, pero no se cree, porque saben de memoria las palabras de Napoleón: "Sabed, Fontanes, que lo que más admiro

en el mundo es la impotencia de la fuerza para fundar algo. Sólo hay dos potencias en el mundo; el sable y el espíritu; a la larga, el sable es siempre vencido por el espíritu." Y eso que Napoleón sabía manejar admirablemente el sable; pero encontróse en su camino con Pío VII y el catolicismo, es decir, con el espíritu más fuerte que el sable.

Se dice que pasó ya el tiempo de la religión, pero no se cree, porque saben muy bien que si la religión no cuenta con una legión de gendarmes y agentes atentos a defenderla tiene en su favor al Todopoderoso; que la sostiene, que le ha prometido y asegurado la inmortalidad.

Pasó ya el tiempo de la religión. Esta afirmación ni es nueva, ni seria, ni sincera.

Conclusión.

No hay motivos para asustarnos. No, no ha pasado el tiempo de la religión, de la Iglesia católica. Terminará únicamente cuando termine el mundo. Enterrará a sus enemigos actuales con la misma facilidad con que enterró a sus enemigos anteriores. Sin duda que los impíos hacen todavía mucho ruido y mucho mal; pero ¿quién es la víctima de ellos sino el pobre género humano? La religión lo lamenta, pero no se espanta por ello; deplora el mal que se hace contra sus deseos, y se esfuerza en remediarlo. Trabajemos con ella a mayor gloria de Dios y bien del prójimo.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA (1)

Pasó ya el tiempo de la religión

2.° YA NO BASTA

SEÑORES:

Hay quien dice: "Pasó ya el tiempo de la religión; ha terminado; está muerta." Semejantes afirmaciones son ineptas; las refuté el domingo, y, mejor que yo, las refuta hoy vuestra numerosa concurrencia.

Esto no obstante, insisten y dicen: "Pasó ya el tiempo de la religión. Ya no es suficiente; necesitamos algo mejor." Semejante pretensión es insostenible; quisiera demostraros que:

1.° *Jesucristo es necesario al mundo*;

2.° *La religión de Jesucristo es irreemplazable.*

He ahí dos proposiciones que responden exactamente a las fiestas de Navidad y a las necesidades de la hora presente.

(1) Esta conferencia se pronunció en la Misa mayor ante toda la parroquia.

I. Jesucristo es necesario al mundo.

Tenéis *un alma*, alma que tiene un destino que no puede ordenarse fuera de Jesucristo. Desapareceréis mañana, pero la muerte no es la nada, sino la conclusión de la vida presente y la inauguración de la vida futura. Ahora bien, en esta vida futura ¿quién os recibirá y os colocará en vuestro puesto? Todas las voces de la tierra quedarán en silencio, pero vosotros deberéis responder a la voz de vuestro Juez, y este Juez tiene un nombre: se llama Nuestro Señor Jesucristo. Jesucristo es el rey de las almas.

Tenéis *una inteligencia*, inteligencia que plantea ciertas cuestiones que sólo puede resolver Jesucristo. "Cuando ya no se le quiere oir—dice Bossuet,—todos se forman un tribunal por virtud del cual se hacen árbitros de su creencia, y, careciendo ya de freno la licencia, los unos no cesan de disputar y tomar por inspiraciones sus ensueños, en tanto que los otros van a buscar un reposo funesto en la indiferencia y en el ateísmo. Los absurdos en que caen al negar la religión, son ya más insostenibles que las verdades cuya elevación los asombra, y, por no querer creer en misterios incomprensibles, siguen, uno tras otro, incomprensibles errores." ¡Ah, qué bien escritos están aquí los descarríos intelectuales de nuestro tiempo por la pluma magistral de Bossuet! Jesucristo es el Doctor de las inteligencias.

Tenéis *una voluntad*, voluntad que siente desfallecimientos que solamente puede curar Jesucristo. Sé muy bien que el hombre honrado sin religión se traza un programa de equidad moral. Pero ante las mil tentaciones que le asaltan por dentro y le sitian por fuera, fáltanle las

fuerzas, y su virtud acaba porque sólo Dios no acaba. Viénenme aquí también a la memoria las palabras del incomparable Bossuet: "Queda uno sobrecogido de horror y de espanto, cuando ve lo que puede hacer y lo que hace el olvido de Dios, y la terrible idea de no tener nada sobre la cabeza." Buscad, fuera de Jesucristo, algo que os domine, que os ordene, que os detenga, que os reprima, que os realce; no encontraréis nada, o casi nada. Jesucristo es el resplandor de las voluntades vacilantes.

Tenéis un *corazón*, corazón lleno de heridas que sólo Jesucristo puede tocar con su mano cariñosa y divina. La fortuna os abandona, la enfermedad os visita, la calumnia mancilla vuestro nombre, las flores que daban sombra a la cuna, se ajan, rásganse las tumbas, llénase todo de ruinas, ábrense abismos, brotan de vuestro corazón, atravesado de mil espadas, fuentes inagotables de lágrimas. ¿En qué os convertiréis ¡oh vosotros los hombres! cuando os veáis atacados en vuestros bienes, heridos en vuestro honor, en vuestra carne, en vuestros afectos más legítimos y más santos? ¿En qué brazos os precipitaréis? Hermanos míos, Jesucristo, que cuenta con tantos enemigos, porque es puro, porque es despiadado para el orgullo y para el mal impenitente, Jesucristo tiene un inmortal defensor, un cómplice imperecedero, que asegura su imperio aquí bajo... Es el pobre corazón humano, son nuestros ojos arrasados de lágrimas. La impiedad jamás consoló a nadie; sólo es buena para despoblar el cielo y desembelesar la tierra. Jesucristo es el consolador de los corazones angustiados.

Además, no estáis solos en el mundo. Pertenecéis a *una familia*. Pues bien, si vuestra familia se separa de Jesucristo, ¿será más unida, más moral, más feliz?

¿Vióse alguna vez mantenerse en pie los hogares sin apoyarse en los altares? ¿Vióse alguna vez que la juventud abandonase las creencias y las prácticas religiosas, para ser más casta, más disciplinada, más amiga del deber? No, jamás semejante fenómeno tuvo realidad en esta vida. Cuando Jesucristo se aleja de un alma joven, reemplázanlo las pasiones. Cuando la fe desciende en vuestra casa, no es la virtud la que asciende. Si la familia deja de ser cristiana, nada tiene que ganar, y sí mucho que perder. Jesucristo es el conservador y restaurador del hogar doméstico.

Más alta que la familia está la patria. Tenéis *una patria.* Lo que principalmente contituye la prosperidad del pueblo, es su nivel moral. El descenso del nivel moral es signo y causa de la decadencia material. Ahora bien, las sólidas creencias son las que forman las buenas costumbres. Jesucristo es el que eleva el nivel moral. Lo que constituye al punto la prosperidad de un pueblo, es el amor fraternal que une a los ciudadanos. Por ajustados que estén los engranajes de una máquina, si el aceite no suaviza su movimiento, rechinan y se rompen. Por aparejadas que estén las piedras de un edificio, si el cemento no las une, no constituyen más que una yuxtaposición de materiales sin cohesión. El aceite de la máquina, el cemento del edificio, es la caridad, y la caridad viene de Jesucristo. Todo esto es especialmente verdadero con relación a nuestro país. Por Jesucristo se elevó nuestra patria; sin Jesucristo se perderá; volviendo a Jesucristo, encontrará de nuevo su grandeza y su gloria. La religión no nos amenaza; nos falta. Morimos de inanición religiosa. La patria desciende, no porque es católica, sino porque no

lo es bastante. Jesucristo es un agente necesario de nuestra elevación nacional. Subamos más y más.

Por encima de la patria está el género humano. Pertenecéis al linaje humano, a *una civilización.* ¿Quién es el autor de esta civilización sino Jesucristo? Su cuna es el punto de llegada del mundo antiguo y el punto de partida del moderno. Cuarenta siglos conducen a El. Veinte siglos proceden de El. La fuente es pequeña, casi imperceptible. Todas las verdaderas grandezas proceden de ella. Desde la aparición del Niño en Belén, millones de hombres vertieron su sangre para confirmar su divinidad y proclamar sus beneficios. Desde su aparición, las letras, las artes, las costumbres, las leyes se depuraron y dulcificaron. Desde su aparición, empezaron a quebrantarse las cadenas de la esclavitud, y sus discípulos rompen hoy en día sus últimos y sangrientos anillos. Desde su aparición, la mujer, el niño, el pobre, los pequeños, todos los débiles han sido rehabilitados. El apóstol, el mártir, la virgen, todas las bellezas morales, todas las virtudes heroicas han germinado como áurea cosecha en el corazón del género humano. Ha hecho hombres nuevos y sociedades nuevas. Ha creado una civilización que lleva su nombre.

Navidad, Belén, Jesucristo... todo descansa en esto: la salud de las almas, la renovación de los hogares, el porvenir de la patria, la civilización humana. Jesucristo es necesario al mundo.

II. La religión de Jesucristo es irreemplazable.

Muchas veces, desde hace 1900 años, se ha intentado reemplazarla, y todas las tentativas han fracasado miserablemente. Todavía se intenta hoy en día, pero no lo lograrán. Se producirán ruinas, pero nada más.

1.º ¿Queréis algo mejor que la religión de Jesucristo? ¿Con qué contáis para sustituirla? *Con nada*. Extinguís las creencias. ¡Extraño modo de ilustrar la tierra y llenar de luz los espíritus! Expulsáis el Evangelio. ¿Pensáis que el género humano puede vivir de las negaciones de Renán y de las porquerías de Zola? ¿Quitáis la cruz. ¿Qué mal os ha hecho? ¿por qué suprimir ese signo adorable de la inmolación, esa única esperanza de los que lloran? Cerráis las escuelas cristianas, ¿en dónde encontraréis el dinero y los desvelos que exigen las necesidades de la educación popular? Expulsáis las almas consagradas, los frailes, las religiosas; pero eso equivale a una huelga, y el trabajador, arquitecto o albañil, artista u obrero, pierde sus mejores clientes. Lo que se va es la flor del género humano; ¿a quién tendréis en adelante para obrar, para predicar, para enseñar, para sacrificarse heroicamente? Creéis que podéis prescindir del cristianismo, pero fuera del cristianismo no tenéis un sistema eficaz, ni siquiera piedras suficientes para edificar un muro, un abrigo. Demoléis sin poder reconstruir. Sois bárbaros.

2.º ¿Queréis algo mejor que la religión de Jesucristo? ¿Qué tenéis para sustituirla? *Nada*. En lugar de la religión, ponéis la lectura, la escritura, el cálculo. ¿Seréis más honrados? ¿seréis más dignos? Ponéis las letras, las ciencias, las artes. Pero ¿qué son sin Dios sino brillantes inutilidades o instrumentos de corrupción? Ponéis el bienestar, pero no hay bienestar para todo el mundo; por otra parte, con el bienestar no se hace la civilización, no se forma un gran pueblo. Ponéis nuevas leyes, pero si esas leyes no están impregnadas del espíritu cristiano, serán barridas como el polvo que el viento expulsa delante de él. Fuera del cristianismo edificáis sobre arena. Sois insensatos.

3.º ¿Queréis algo mejor que la religión de Jesucristo? ¿Qué tenéis para sustituirla? *Palabras*.

Habláis de razón pura y de conciencia. Pero la razón y la conciencia no son más que palabras, si la religión de Jesucristo no acude a regularlas, a depurarlas, a transfigurarlas.

Habláis de justicia, de caridad, de solidaridad. Pero fuera de las regiones en que la cruz ha sido plantada, se ignoran estos bienes, y se pierden si se alejan de Jesucristo.

Habláis de libertad, de igualdad, de fraternidad. Pero todo eso no son más que vanas palabras, si se aislan del Evangelio, único que puede convertirlas en vivientes realidades.

Habláis de los derechos del hombre. Pero los derechos del hombre son inferiores y posteriores a los derechos de Dios, y el cristianismo, al promulgar los derechos de Dios, restauró los derechos del hombre.

Habláis de paz, de orden, de progreso social. Pero todo esto es fruto del cristianismo. Queréis el fruto sin aceptar el árbol que lo produce. La religión cristiana es la que ha depositado en el alma moderna lo mejor que contiene. Si desapareciera la religión cristiana, si un día, un solo día, pudiera demolerse este muro de la fe cristiana, si Dios, en su justicia, nos retirara su luz, podríase apreciar lo que valen las creencias cristianas, y a la espantosa obscuridad que llenaría al mundo, mediríase el esplendor del sol desaparecido. ¡Hombres, debéis al catolicismo lo que poseéis de más precioso, y os apoderáis de todos los progresos,

de todas las luces, de todas las fuerzas que debéis al Evangelio, para volverlas contra la divinidad del Evangelio! Lapidáis al cristianismo con sus propios dones. ¡Sois unos ingratos!

¿Queréis algo mejor que la religión cristiana? ¿Qué tenéis para sustituirla? Nada, palabras. Sois bárbaros. La religión de Jesucristo es irreemplazable.

Hay hombres nacidos de ayer, que morirán, los cuales intentan destronar a Jesucristo y reemplazar su divina religión. ¿Qué son esos hombres comparados con Jesucristo? Sus ideas. ¿han realizado en el mundo más bienes que las de Jesucristo? ¿Han sido más grandes sus virtudes, más castas sus costumbres, más elevada su autoridad?... Por sí solos, reunidos en un día y en una idea, ¿pesan tanto como Jesucristo, con los siglos y las obras que de El emanan? No, mil veces no. Cuando la impiedad haya hecho la diezmillonésima parte del bien que Jesucristo ha hecho aquí bajo, le reconoceré el derecho de discutirlo y le concederé la ambición infantil de reemplazarlo. Hasta entonces, la recuso, y permanezco de rodillas, lleno de gratitud y enternecido ante el divino Infante de Belén. Os invito, cristianos y hermanos míos, a hacer lo mismo que yo. La religión de Jesucristo es irreemplazable. Jesucristo es necesario al mundo. Vayamos a El. Permanezcamos cerca de El. Vivamos de El. Y en el día de hoy, depositemos en su cuna nuestros homenajes, nuestro amor, nuestras plegarias, nuestras resoluciones, nuestros anhelos... Sí, *nuestros anhelos.* En el umbral del año que va a comenzar solicitemos del divino Infante Jesús las gracias que tanto necesitamos. Pedid a Dios por nosotros, hermanos míos, para que seamos verdaderos sacerdotes, es decir, apóstoles... En cuanto a mí, cuando busco una palabra sustancial para resumir todos mis anhelos, nada encuentro mejor que deciros: Sed verdaderos cristianos, es decir, verdaderos discípulos de Jesucristo. Porque en El está la salvación de nuestra alma, en El la salvación de nuestras casas, en El la salvación de nuestra querida patria.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

Pasó ya el tiempo de la religión

3.° Carece de actualidad

Señores:

Hay quien dice: "Pasó ya el tiempo de la religión; ha terminado; ya no basta." y añaden: *Carece de actualidad.* ¿Carece de actualidad la religión? Eso es lo que vamos a ver. Por lo contrario, sostengo que la religión es lo que tiene más actualidad. Tiene la actualidad de las cosas que permanecen y la actualidad de las cosas que pasan. Veámoslo.

I. La religión tiene la actualidad de las cosas que permanecen.

La religión es un hecho que se afirma, una palabra que vibra, una institución que funciona. Hace 1900 años que es todo esto, y todavía lo es a principios del siglo XX.

1.° La religión es un hecho que se afirma a nuestros ojos.

Este hecho es antiguo. Un joven vicario del clero de París asistía a una audición del Conservatorio. Entró el gran compositor Gounod y halló todos los sitios ocupados. Levantóse el vicario, y le dijo: "Maestro, sentaos en mi puesto"—"En manera alguna lo haré."—"Sentaos, pues sois más viejo que yo." A lo que respondió Gounod: "Señor cura, acordaos de una frase de Gregorio XVI. No recuerdo qué personaje le dijo en el curso de una audiencia: "Padre Santo, soy más viejo que Vuestra Santidad."—¿Más viejo que yo?—replicó el Papa.—Tengo mil ochocientos años... Señor cura, tiene V. mil ochocientos años; conserve su puesto." He ahí la religión. Tiene mucho más de mil ochocientos años... porque por Jesucristo... y el pueblo judío, se remonta a los orígenes del género humano. Pero al propio tiempo,

¡Cuán grande es su actualidad! Llena el mundo moderno. Diríase que es la pirámide del desierto: a sus pies, la ola de las adoraciones y de las obediencias se encuentra con la ola de las objeciones y de las hostilidades. Los amigos de la verdad y el bien saludan su belleza ideal y su solidez a toda prueba, en tanto que las pasiones humanas tratan de desmoronarla por medio de la espada, de la astucia, de la dialéctica, de la ciencia. La pirámide mira y permanece en pie. El cristianismo se yergue inquebrantable sobre su roca eterna, y tal como nuestros antepasados lo vieron, lo vemos nosotros hoy en día.

Hay en la actualidad cosas que permanecen. El sol que nos alumbra hace ya mucho tiempo que brilla en el firmamento. ¿Quién se atreverá a decir que carece de

actualidad? Así es la religión, es un hecho que se afirma a nuestros ojos.

2.° *La religión es una palabra que vibra en nuestros oídos.* Jesucristo lo dijo: "No solamente de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios." Hace diecinueve siglos que la palabra de Dios, la palabra católica es el puro alimento del género humano. ¡Oh palabra católica, admiro las magnificencias de tu pasado! Nerón quiso ahogarte en sangre, pero tú tomaste tus alas y volaste por encima de los verdugos y de los cadalsos. Arrio te pasó por la criba de la herejía, pero tú saliste de ella más pura y brillante que nunca. Juliano te declaró enemiga de las letras, y quiso aprisionarte en tus templos, pero tú te burlaste de Juliano, y resonaste elocuente y victoriosa en los labios de los Gregorios y Crisóstomos, en la cátedra de los Ambrosios y Agustines. Lutero intentó disfrazarte y desfigurarte, pero tú conservaste tu integridad, tu sentido y tu virtud, y atravesaste el gran siglo con los Bossuet, los Bourdaloue y los Massillón. Voltaire te entregó al sarcasmo, pero tú ridiculizas hoy la memoria de Voltaire. He ahí la religión.

Es una frase que vibra en todos los ecos de lo pasado. Pero al propio tiempo,

¡Cuán grande es su actualidad! En medio de este siglo, que todo lo reduce a polvo y que asombrará a la historia por su espantosa movilidad, la religión, cerniéndose sobre todas las ruinas, dominando todos los cambios, erguida en todos sus púlpitos, continúa repitiendo, explicando y vulgarizando la palabra de Dios, siempre la misma y siempre nueva, siempre antigua y siempre joven. Así la entendieron nuestros antepasados y así la entendemos nosotros. Posee en la actualidad cosas que permanecen. El *pan* que se pone en vuestras mesas es un alimento muy antiguo; ¿quién se cansa de él y quién se atrevería a decir que carece de actualidad? Lo mismo puede decirse de la religión. Atenienses del siglo XX, queréis lo nuevo y lo actual. Ahí lo tenéis. La religión es una palabra que vibra en nuestros oídos.

3.° La religión es una institución que funciona en provecho nuestro.

Esta institución es antigua. Responde a necesidades que no datan de ayer. Que el hombre sea regido por una república o por una monarquía, que viaje en carreta o en vagón, que viva en nuestro territorio o en los antípodas, su fondo no varía jamás. Sus necesidades, sus grandezas, sus miserias, han sido siempre y en todas partes las mismas. Y siempre y en todas partes, en el cristianismo, y solamente en el cristianismo, halló la satisfacción de sus mejores instintos y la refrigeración de su sed más ardiente. Institución divina, la religión sigue al alma humana hace ya diecinueve siglos, y se aplica, con ternura y poder, a todas las llagas como a todos los anhelos. Al propio tiempo,

¡Cuán grande es su actualidad! ¡Oh hombres de mi tiempo, no os pregunto quiénes sois, cuál es vuestra edad, vuestra situación social, vuestra opinión política. Ora seáis millonarios o mendigos, senadores o mozos de cuadra, adolescentes o ancianos, filósofos o analfabetos, a todos os cobija la misma enseña. En vuestra frente, en vuestra carne, en vuestras entrañas, en vuestra substancia, hay escritas tres palabras: pecado, dolor, muerte. Todos tenéis necesidad de luz, de perdón, de fuerza, de esperanza. ¡Estas sí que son actualida-

des! Pero observad que estas actualidades no están separadas de vuestras personas, sino que palpitan en vuestro interior. El drama de la tentación se desarrolla en vosotros, y en vosotros se realiza la tragedia del dolor y de la muerte. Por medio de ella, os tiene cogidos la religión, os toca, os sujeta, os estrecha. Nos sujeta en nuestro fondo inmutable y en nuestras más íntimas, personales y permanentes necesidades. Tal como la experimentaron nuestros antepasados, la experimentamos nosotros; tiene la actualidad de las cosas que no pasan. El *aire* que respiramos no fué inventado ayer. ¿Quién podría prescindir de él, y se atrevería a decir que carece de actualidad? Así es la religión.

Es un hecho que se afirma a nuestros ojos, una palabra que vibra en nuestros oídos, una institución que funciona en nuestro provecho. Tiene la actualidad de las cosas que no pasan.

II. La religión tiene la actualidad de las cosas que no pasan.

Está íntimamente ligada al ruido, a los acontecimientos, a las cuestiones del día. Es la gran actualidad.

1.° Está íntimamente *ligada y mezclada al ruido del día.*

¿De qué se habla en los libros, en los periódicos, en las conferencias, en los parlamentos, en la casa, en la calle, en las plazas públicas, en Francia, en España, en Europa, en América? Se habla de la religión, se habla de ella en los salones, en las cabañas, en los talleres, en las canteras, en todas partes.

Oigo decir que la religión es ya cosa indiferente y extraña a muchos hombres. Nada más falso. No sostengo, por desgracia, que la religión es hoy bien conocida. La ignorancia religiosa es una de las más grandes enfermedades de este siglo. Pero sí digo que de arriba abajo de la escala social, desde el jefe del Estado en su trono hasta el cochero en su asiento, todos hablan de religión. Y, cosa curiosa, los más indiferentes en apariencia son a menudo los más prontos en poner sus pies en terreno tan candente. ¡Cuántos hombres que jamás penetraron en la iglesia, no pueden, en el café o en cualquier parte, acabar una conversación sin hablar de los curas, de los frailes, de las personas y cosas religiosas! Este asunto los apasiona; vuelven sobre él sin cesar, a pretexto de cualquier cosa. La religión es la más grande actualidad.

2.° Está íntimamente *ligada y mezclada a los acontecimientos del día.*

Pasad revista a los acontecimientos más recientes, y en ellos encontraréis el elemento religioso. La matanza de los armenios ha sido un despertar del fanatismo musulmán contra el nombre cristiano. Las potencias coligadas han ido a vengar en China la muerte de los misioneros. Austria está amenazada por la propaganda protestante. España negocia con León XIII. El emperador de Alemania cuenta con el Centro católico. El Pontificado impide que Italia duerma tranquila.

Y entre nosotros, ¿no podemos decir que la vida nacional se resume toda entera en los asuntos religiosos? Aquí se expulsa a las buenas Hermanas, y más allá se las seculariza. Ayer se privaba de sus pensiones a los sacerdotes, y hoy a los obispos. Cada día publican los periódicos algún nuevo atentado contra el catolicismo. La religión es la gran actualidad.

3.° Está íntimamente *ligada y mezclada a las cuestiones del día.*

¿Es posible tocar *la cuestión militar,* la cuestión de la enseñanza, y aun la cuestión económica, sin resucitar al punto la cuestión religiosa? No, no es posible; nuestros más vitales intereses, aun los intereses materiales, son distintos, pero inseparables del catolicismo, que es como la médula de nuestros huesos y la sangre de nuestra carne.

Mucho se discute hoy, y con razón, *el descanso semanal,* que es indispensable al cuerpo y al alma, al hombre, a la familia, a la sociedad. Pero esta cuestión no es pura y exclusivamente humanitaria, sino que afecta radicalmente a la ley divina del domingo respetado y santificado.

Agítase entre nosotros una cuestión llena de preocupaciones, una cuestión angustiosa desde el punto de vista patriótico: *la despoblación.* Fuera de la religión, es insoluble. Los economistas, los legisladores, buscan remedios, preconizan reformas, y hacen bien, pero nada lograrán si la nación no vuelve al Decálogo y al Evangelio.

Para un pueblo como Francia, *la cuestión internacional* y extranjera es importante y decisiva; pero no es posible tocar esta cuestión sin contar con la clientela católica que tenemos en lo exterior y que hace irradiar por todo el mundo nuestro prestigio y nuestra influencia.

La cuestión social preocupa hoy las más preclaras inteligencias, pero no la resolverán sin el concurso de la religión. Ya pueden todos los sabios y todos los soberanos de Europa reunirse en asamblea; si no hacen entrar a Jesucristo y su Iglesia en la sala de las deliberaciones, no harán nada importante y duradero. El

gran error de los economistas consiste en no ver en el obrero más que el lado material y mecánico, y en creer que lo han hecho todo cuando se ha dado al pueblo pan y diversiones... Se engañan. El pueblo tiene un alma, y para llegar a él y cuidarlo en su alma, hay que hacer un llamamiento a ese poder que nadie puede reemplazar: la religión.

Todas las cuestiones modernas, todos los problemas más palpitantes de la hora presente dependen más o menos directamente de la religión. La libertad... la religión es la que la protege, la modera y la hace posible. La igualdad... encuentra su madre y su guardiana en la religión. La propiedad... la religión es la que la defiende contra la envidia y la modera por la justicia y la caridad. La naturaleza... la religión es la que la canta y la une a su Autor. La razón... la religión es la que la ensalza y la salva del orgullo, del escepticismo, del error. La ciencia... la religión es la que la difunde, la completa y la consagra. El progreso... la religión es la que lo asegura apoyándolo en la virtud.

¡*Gentes honradas,* que consideráis la religión como algo puramente metafísico y colocado en las nubes, que os imagináis que el mundo puede marchar sin el elemento religioso, desengañaos! Todos vuestros ídolos contemporáneos son vanos y caducos, si la religión de Jesucristo no penetra en ellos para vivificarlos y ponerlos en su puesto. La religión está íntimamente ligada y mezclada a todos los ruidos, a todos los acontecimientos, a todas las cuestiones del día. Entraña la mayor actualidad, es la actualidad de las cosas que no pasan, y al propio tiempo la actualidad de las cosas que pasan.

A menudo os he citado una frase del gran apóstol San Pablo; os la repetiré también hoy. "La religión—

dice—es útil para todo. Tiene las promesas de la vida presente y las promesas de la vida futura." Fuimos creados para la eternidad, y a ella nos conduce la religión. Vivimos en el tiempo, y la religión es nuestra antorcha y nuestro punto de apoyo. Tengamos la prudencia de marchar a la luz de esta antorcha y de apoyar nuestros pensamientos y nuestros actos en este punto de apoyo.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

Pasó ya el tiempo de la religión

4.º HA DEJADO DE AGRADAR

SEÑORES:

Algunos dicen: "Pasó ya el tiempo de la religión. Ha dejado de agradar." ¿Ha dejado de agradar la religión? ¿Es esto verdad? Y si es verdad, ¿qué prueba esto? Examinemos la cuestión. Atravesemos esta nueva coraza de cartón, de la cual se arman algunos de nuestros contemporáneos para defenderse del cristianismo.

I. Si fuera verdad que la religión ha dejado de agradar, ¿qué probaría esto?

1.º *Esto no probaría nada contra la religión.*

Cuando *una mujer vanidosa* arroja lejos de sí un vestido de seda, que ha costado muy caro y que sólo ha llevado una vez, esto no prueba nada contra el obre-

ro que tejió la seda, ni contra el marido que compró la tela, ni contra la modista que confeccionó el vestido.

Cuando un *rico aficionado* se cansa sin motivo de un caballo de precio, de un automóvil carísimo, de una morada que le costó más de un millón, esto nada prueba contra el caballo, contra el automóvil, contra la morada que han dejado de agradar.

Cuando un *viajero,* después de recorrer las montañas y los mares, de visitar los grandes monumentos y los museos célebres, entra en su casa, extenuado y aburrido de los viajes, esto no prueba nada contra las cosas hermosas que vió, esto no disminuye ni la altura de los Alpes, ni la extensión del océano, ni la esplendidez de las catedrales, ni el valor de las obras maestras de los pintores inmortales.

Cuando *un joven* se aparta de repente de la virtud que ennoblecía su continente, que aromatizaba su persona, que prestaba a su frente níveos esplendores, esto nada prueba contra la virtud, esto no impide que la pureza sea un bien, un honor, una fuerza, una belleza sin rival.

Pues bien, si fuera verdad que la religión ha dejado de agradar, esto no probaría nada, absolutamente nada contra la religión. Hace un siglo que Bonaparte, primer cónsul, se preparaba para restablecer el catolicismo en Francia, y Thibaudeau, un convencional obtuso y terco, le decía: "¿Pues qué, ciudadano cónsul, vais a tratar con el Papa?—¿Por qué no?—replicó Bonaparte.—¿Hay algún mal en esto?—¿Habéis reflexionado bien, ciudadano cónsul? ¿Qué dirán el Senado, el Cuerpo legislativo y el Tribunal? ¿Qué dirá el ejército? ¿Qué dirá la parte ilustrada de la nación, que creía que ya no tendría nada que ver con los sacerdotes?"—A lo que respondió Napoleón: "Los ideólogos pensarán lo que quieran. Yo tengo al pueblo de mi parte. La nación necesita un culto, y este culto es el católico."

Señores, aunque fuera verdad que la religión ha dejado de agradar a los intelectuales de hoy, como a los ideólogos de antaño, esto no impediría que la religión fuese necesaria a todos, obligatoria a todos, bienhechora, divina, irreemplazable.

Aunque los intelectuales de hoy, como los ideólogos de antaño, cubrieran de sarcasmos y ultrajes al cristianismo, el cristianismo no quedaría empañado, ni disminuído, ni quebrantado, porque, según la frase histórica de Falloux respondiendo en 1849 a un adversario: "La injuria sigue la ley de los cuerpos físicos; su gravedad está en proporción de la altura de donde cae."

Aunque los intelectuales de hoy, como los ideólogos de antaño, se encarnizaran contra la cruz e intentaran destruir las dos frágiles piezas de madera que la componen, este patíbulo consagrado por la muerte de un Dios... aunque emplearan su ciencia orgullosa y limitada en desgarrar las páginas del Evangelio... esto no cambiaría ni la historia, ni el corazón humano, y siempre sería incontestable que los actos realizados y las palabras pronunciadas hace diecinueve siglos por el Mesías ante algunos pobres de Galilea, han sembrado y hecho crecer abundantes cosechas de justicia y de bondad; siempre sería seguro y cierto que padecer con resignación y morir con esperanza, es la ciencia suprema, y que este gran secreto nos fué revelado en el Calvario. Si fuese verdad que la religión ha dejado de agradar, esto nada probaría contra la religión.

2.° *Esto probaría mucho contra nuestro tiempo.*

Sabéis lo que ocurrió cuando hace diecinueve siglos

se presentó el cristianismo ante el mundo pagano. El mundo pagano tenía un barniz de civilización. Poseía las letras, las artes, el bienestar; tenía termas, en las que se bañaba por cualquier cosa, pórticos que abrigaban sus ratos de ocio, anfiteatros con fiestas espléndidas; disponía a discreción de pan y diversiones. Pero, así y todo, estaba materializado, desmoralizado. Era un templo de ídolos, un mercado de esclavos, un antro de corrupción. De repente viene la religión cristiana a predicar la unidad divina, la fraternidad humana, la pureza de costumbres, la indisolubilidad del matrimonio, las sanciones de la justicia eterna. ¿Qué hizo el mundo pagano? Encabritóse, revolucionóse contra una religión que condenaba sus ideas, sus pasiones, sus hábitos inveterados. Luego, sus guías, que tenían interés en engañarlo para mejor explotarlo, los emperadores y los filósofos, aguzaron todavía sus furores presentándole al cristianismo como una religión maldita y execrable.

De suerte que, cuando el pueblo romano arrojaba los cristianos a los leones, obedecía a dos impulsos: al impulso de su naturaleza corrompida y al impulso de sus jefes. Era a la vez malo y mal gobernado.

Tal sería también nuestra época, señores, si fuera verdad que la religión ha dejado de agradarle. Víctima de sus pasiones y de sus prejuicios, merecería una condenación severa, si contrajera un día ante la historia la responsabilidad de haber desconocido la verdad y el bien. ¿Qué hay de esto? ¿Hemos descendido al estado de alma de la Roma pagana? Se ha paganizado en tal medida nuestra época que el cristianismo le sea enteramente antipático?

II. ¿Es verdad que la religión ha dejado de agradar? Sí y no.

1.º *Sí, la religión ha dejado de agradar.*

a) Ha dejado de agradar a *los orgullosos*, a *los ladrones*, a *los corrompidos*, a los cuales condena despiadadamente.

Ha dejado de agradar a *los impíos*, que no quieren ser molestados ni por los misterios que hay que creer, ni por los preceptos que hay que observar, ni por las prácticas que hay que profesar, y que no conocen otro evangelio que el de Blanqui: "Ni Dios ni amo." Ha dejado de agradar a *los ambiciosos*, que quieren obtener a cualquier precio las condecoraciones, los puestos, los honores, los beneficios, y que para conseguirlos no vacilan en prostituir su conciencia a todos los compromisos, a todas las abdicaciones. Ha dejado de agradar a *los agiotistas*, a los intrigantes, que se enriquecen escandalosamente y se indignan contra las sanciones divinas que acompañan al séptimo mandamiento. Ha dejado de agradar a *los políticos* venales, que gritan contra los frailes para distraer la atención pública y operar con toda seguridad. Ha dejado de agradar a *los lujuriosos*, los cuales, teniendo ya el divorcio, reclaman la unión libre, es decir, el desenfreno ilimitado. El matrimonio es una prisión; la puerta que conduce a ella no gira con suficiente facilidad sobre sus goznes, y tiene todavía demasiados cerrojos; de aquí que empuñen el hacha para demoler hasta sus últimos despojos.

¿Cómo queréis que la religión pueda agradar a semejante gente? Tiene ante sí el ejército revolucionario de las pasiones humanas: el orgullo, la avaricia, la cólera, la negra envidia, la devorante lujuria, y entra en lu-

cha con todos esos instintos desencadenados y violentos. Ella los ataca, los desenmascara, los condena. Lo que me asombra no es que haya incrédulos, sino que haya tan pocos; porque contra la religión se rebela todo, excepto la verdad. No me preguntéis, señores, por qué el cristianismo tiene tantos enemigos. Tendría menos, si hubiera menos orgullo y lujuria en la tierra. El orgullo se muestra furioso de oir que los labios sacerdotales, al fin y al cabo labios humanos, le hablen en nombre de la Divinidad. La lujuria, desenfrenada y salvaje, cubre de sangre y de espuma el freno que el cristianismo le mete sin cesar en la boca. Haced que comparezcan Rousseau y Voltaire, y sus nietos degenerados, que se revuelven actualmente como diablos contra la religión; escuchad sus palabras, leed sus escritos, y asombraos, si podéis, de que odien al cristianismo. El cristianismo ataca sus pasiones, y sus pasiones encolerizadas resisten y se insubordinan.

Pero aquí, para ser justo, debo decirlo todo. ¿Es que la religión no ha dejado de agradar más que a los hombres apasionados y malos? No.

b) También ha dejado de agradar *a los ignorantes y a los engañados*, es decir, a una masa de gente que tiene de la religión una idea falsa y repelente.

Señores, hay un fenómeno contemporáneo en el cual no querrá creer la historia. No querrá creer que haya habido un día en que la religión cristiana, tan divina y tan humana, tan sublime y tan bienhechora, haya llegado a ser tan impopular, entregada a la execración de las turbas y desconocida por multitudes que se lo deben todo, y que tanta necesidad tienen de ella. La historia no querrá creer la estupenda locura, los furores insensatos, los desdenes inexplicables de los que, siendo débiles, se alejan de la única religión que tiene entrañas para los débiles; de los que, careciendo de herencia, desprecian la religión que les da en herencia el reino de los cielos: de los que, no teniendo padre en la tierra, se rebelan contra su Padre que está en los cielos; de los que, viviendo bañados en sudor y en lágrimas, desconocen al Dios bueno que, no contento con hacerse hombre, quiso hacerse pueblo, y divinizó en su persona la pobreza, el dolor y el trabajo. No, la historia no querrá creer ese espectáculo de un Dios que nació en un establo y murió en una cruz, y extiende en vano sus brazos hacia multitudes descarriadas que lo desdeñan y rechazan. Hay aquí un misterio de ceguedad que no se explica más que por un misterio de maldad.

La ceguedad está en las masas. La maldad se remonta más alto; está en los réprobos, en los ambiciosos, en los agitadores que explotan al pueblo y lo sumen en la impiedad para mejor esclavizarlo. Hay en el mundo, a la hora presente, como una vasta agencia de mentiras y calumnias que funcionan cotidianamente contra Dios y contra las cosas sagradas. Una prensa sin conciencia desnaturaliza la religión, su historia, su doctrina, sus intenciones, y aun sus beneficios. Hombres a quienes la Iglesia alimentó con su pan y con su genio, la presentan como la gran enemiga del género humano, y la señalan al furor de las muchedumbres. ¿Es que ha de durar esto mucho tiempo? Me parece que no. Sí, sin duda que la religión ha dejado de agradar a los perversos a los cuales condena, y a los engañados que no la conocen. Pero

2.° *No, la religión no ha dejado de agradar*

A las almas honradas, inteligentes y rectas que buscan la verdad y el bien.

¡*Cuántas personas* hay que eran indiferentes y escépticas, y hoy se acercan a la religión! Salen de su sueño, abren los ojos, y conocen, por fin, que en ella está la salvación, la esperanza de lo por venir, la clavija maestra del edificio social.

¡Cuántos *hombres muy ilustrados* y eminentes hay que ponen actualmente su palabra, su pluma, su vida al servicio de la religión! En las Academias, en los Parlamentos, en la prensa, se imponen por su honradez, por su talento, por su espíritu de sacrificio.

Pero aun hay más: el impulso que dan *ya se propaga por la masa.* Esto es una ley. Los grandes ríos descienden de las cumbres hacia las llanuras. Todo lo que se elabora en el seno de las altas regiones está destinado a fundirse por todas partes y a impregnar el espíritu público. ¿Ha dejado de agradar la religión? No. Desde hoy le pertenecen las almas más elevadas, y muy pronto, mañana, le pertenecerá la muchedumbre desengañada, vuelta a la creencia y a la fe.

¿Ha dejado de agradar la religión? *Vosotros mismos, señores, infligís un soberano mentís a semejante afirmación.* ¿Por qué venís aquí cada domingo, presurosos y en gran número, sino porque la religión os agrada por su rectitud y su lealtad? Es que nuestras asambleas religiosas no se parecen en nada a esos secretos conventículos, en los cuales son admitidos tan sólo algunos iniciados que apenas se atreven a nombrarse. Nuestros templos no son en modo alguno cavernas en donde se ocultan misterios que temen la luz del día. Somos la verdad, somos la publicidad. Amamos la luz, y vosotros, señores, sois testigos de que, si mi palabra no tiene siempre el poder que produce la convicción, tiene siempre la sinceridad que tanto agrada. Continuad, pues, señores, concurriendo a nuestras reuniones tan paternales y bienhechoras, y con vuestra afluencia, devolved a la religión su prestigio y su popularidad.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEXTA

Pasó ya el tiempo de la religión

5.º Está rezagada y es retrógrada

Señores:

Dicen algunos: "Pasó ya el tiempo de la religión; *está rezagada y es retrógrada.*" ¿La religión está rezagada y es retrógrada? Esto exige una explicación. Si se entiende por ello que la religión contraría las pretensiones ilegítimas de nuestra época, es verdad, y esta verdad constituye un elogio; pero si se entiende por ello que contraría las aspiraciones legítimas de nuestra época, es falso, y esta falsedad constituye una calumnia. Por ahora, recojo en la objeción el sentido de elogio que no quieren concederle, y os digo: ¿La religión está rezagada y es retrógrada? Sí, así debe ser. Gloria a ella, y tanto mejor para nosotros.

I. La religión está rezagada y es retrógrada. Así debe ser.

Entendámonos. Digo que la religión está rezagada y es retrógrada en el sentido de que no quiere cambiar, ni cambiará jamás su dogma, su moral y sus sacramentos. Cualesquiera que sean las pretensiones y extravíos de los hombres de hoy en día y de mañana, ella es, y lo será siempre, invariablemente fiel al mismo símbolo, al mismo decálogo, a las mismas fuentes de la gracia. Esto es así, y repito que es lo que debe ser. Vais a verlo.

¿Por ventura podemos cambiar *la verdad física* y esperar formalmente que llegue un día en que el hombre no se sirva ya de sus piernas para andar, ni de sus brazos para obrar, en que estos viejos instrumentos de acción y locomoción, buenos para nuestros abuelos, sean ventajosamente reemplazados y enteramente inútiles... en que el orden de las estaciones no sea ya el mismo, en que las leyes del mundo se modifiquen o se supriman por el poder del progreso humano? Ciertamente que no. La verdad física está rezagada y es retrógrada; se burla de nuestras innovaciones y de nuestros deseos; nada ni nadie puede cambiarla. ¿Es que podemos cambiar *la verdad matemática,* y creer que llegará un tiempo en que dos y dos no harán cuatro, en que el hombre, avergonzado de contar como contaban sus abuelos, descubrirá que hoy dos y dos son cinco? No, en verdad. La verdad matemática está rezagada y es retrógrada; se ríe de nuestras combinaciones; nada ni nadie puede cambiarla. ¿Acaso es posible cambiar *la verdad histórica,* y declarar que Ciro, Alejandro, César, Carlomagno, Carlos V, Luis XIV, Napoleón, no existieron jamás, que no hubo una gue-

rra de cién años, que Copérnico, Kepler y Newton no son más que seres imaginarios? No por cierto. La verdad histórica está rezagada y es retrógrada, desafía nuestras temeridades y negaciones; nada ni nadie puede cambiarla.

Pues bien, os pregunto: ¿puede cambiar *la verdad religiosa?* Menos todavía. Si antes había un Dios, un Dios hay hoy en día. Si había una Providencia, hay una Providencia. Si había un alma en el cuerpo del hombre, hay en él una alma todavía. Si había doce artículos en el credo, diez mandamientos de la ley de Dios y siete sacramentos, los mismos existen hoy en día. Las revoluciones del género humano y las revoluciones del globo nada podrían contra ellos. La raza humana puede multiplicar indefinidamente las fases de su vida social, las agitaciones de su pensamiento, los descubrimientos de su ciencia. Preciso es que tome su partido: como la verdad física, como la verdad matemática, como la verdad histórica, la verdad religiosa es lo que es, es decir, inconmovible.

No pidáis a la religión que os *haga concesiones* sobre su dogma y su moral. El químico, el físico, el geómetra no pueden haceros concesiones sobre las leyes que regulan los objetos de su ciencia. Pedid a un historiador que haga morir a Augusto antes que a Julio César, y a Napoleón antes que a Luis XVI, y os responderá que no puede, porque todo el mundo sabe que Augusto sucedió a César, y que Luis XVI murió a fines del siglo XVIII y Napoleón a principios del siglo XIX. Del mismo modo, la Iglesia nada puede conceder en materia de dogma y de moral. Más de una vez se le ha pedido eso, pero ella ha preferido ver alejarse de ella reinos enteros con Lutero, Enrique VIII y Calvino, antes que mutilar su doctrina, que no es

suya, sino de Jesucristo, es decir, una doctrina inmutable como Dios mismo. La Iglesia no inventa la verdad religiosa; la conserva, la propaga, la defiende. Es, pues, inútil pedirle concesiones sobre este punto. En este terreno está rezagada y es retrógrada, es decir, inmutable, incorruptible, irreductible. Esto es lo que debe ser.

II. La religión está rezagada y es retrógrada. ¡Honor a ella!

1.° *Nuestro siglo quiere suprimir a Dios.* No le respeta, se burla de El; le trata como una cantidad despreciable, como un puro nada. En los medios oficiales, en los discursos inaugurales o fúnebres, jamás se pronuncia el nombre de Dios. El Presidente de la República que oye en familia misa en las fiestas concordatorias, no se atrevería a declarar en un discurso público que cree en Dios. Esto equivaldría a incurrir en la acusación de atentado al espíritu del siglo. Dios es, en cierto modo, desposeído y desterrado del mundo.

Ante semejante desprecio de la autoridad divina, la religión se cuadra y dice: "Creo en Dios." Luego, dirigiéndose al siglo, que respinga, añade: "Adorarás un solo Dios y le amarás perfectamente." Después, abriendo sus templos, prosigue: "Oirás misa los domingos y demás días festivos." Finalmente, mostrando el cielo exclama: "Dios es el dueño; El os juzgará; vosotros sois responsables ante la divina justicia. Nuestro siglo quiere suprimir a Dios; la religión defiende los derechos divinos; por esto se la califica de rezagada y retrógrada... ¡Gloria a ella!

2.° *Nuestro siglo sólo quiere creer lo que bien le*

parezca. Discute todas las verdades contenidas en el depósito de la revelación, y aun todas las verdades fundamentales del orden filosófico y natural. Ya niega, ya duda, ya se declara libre de creer o no creer. Su símbolo consiste en no tener ninguno. Su escudo de armas es una interrogación, con una balanza que se inclina a la derecha y luego a la izquierda. Su divisa es la pregunta de Pilatos: "*¿Quid est veritas?* ¿Qué es la verdad?" No lo saben. Es puramente relativa y subjetiva.

En presencia de estas divagaciones insensatas y desconcertantes, la religión se yergue y dice: "Hay que creer en la Trinidad, en la Encarnación, en la Redención. Hay que creer en el bautismo, en la eucaristía, en la penitencia. Hay que creer en el cielo, en el infierno, en el purgatorio. El que crea, será salvo; el que no crea, será condenado." Nuestro siglo sólo quiere creer lo que bien le parezca. La religión propone e impone creencias; defiende los derechos de la verdad. A causa de esto, se la trata de rezagada y retrógrada. ¡Gloria a ella!

3.° *Nuestro siglo sólo quiere hacer lo que bien le parezca.* Profesa la moral independiente, es decir, libre de todo principio, desprovista de toda fuerza obligatoria, exenta de toda sanción. Autoriza el divorcio, el suicidio, el duelo. A sus ojos, el robo, la usura, el perjurio, apenas son desórdenes cuando se sustraen a la vindicta pública, y la impureza es un placer permitido con tal que no vaya contra las leyes ni contra la higiene. Se proclaman libres de pensarlo todo, de decirlo todo, de imprimirlo todo, de leerlo todo, de hacerlo todo. No hay ni bien ni mal. Sólo el goce es un bien; el dolor es el único mal.

Ante tan cínicas y desmoralizadoras pretensiones, la religión se yergue y dice: "No solamente los actos impuros, sino también el pensamiento culpable y el deseo perverso, son vergonzosos. El matrimonio es indisoluble, y el adulterio un crimen. La mentira es siempre prohibida; la propiedad es sagrada." Nuestro siglo sólo quiere hacer lo que bien le plazca. Guardiana inflexible, la religión vela por el Decálogo lo mismo que por el Símbolo, y defiende el derecho y la moral. A causa de esto, se la trata de rezagada y retrógrada. ¡Gloria a ella!

4.° *Nuestro siglo quiere desgarrar el Evangelio.* Los pueblos, dice Víctor Hugo, que no tienen este libro lo mendigan, y veinte siglos recogidos en la sombra, lo estudian. Para nuestro siglo es un libro gastado. La falsa filosofía, la ciencia orgullosa, los vicios amotinados rasgan sucesivamente sus páginas divinas. Los más discuten su autenticidad, los otros niegan su veracidad.

Ante semejantes asaltos a la Sagrada Escritura, la religión se yergue y dice: "¡Respetad el Evangelio; es el tesoro del género humano!" Cuando el capitán Assas, que mandaba el regimiento de Auvernia, cayó en una emboscada preparada por las tropas de Federico II, veinte soldados enemigos apuntaron sus bayonetas contra su pecho diciendo: "¡Caballero, si gritáis, sois muerto!" Por toda respuesta, lanzó Assas este grito vibrante: "¡A mí, Auvernia!" Y cayó atravesado por las bayonetas; pero el ejército francés se salvó. La Iglesia, señores, hace como Assas: vela en torno del Evangelio como un capitán por su bandera, mejor todavía, como una madre junto a la cuna en que duerme su hijo primogénito. Defiende así los dere-

chos de la moral, los derechos del Evangelio; por esto se la califica de rezagada y retrógrada. ¡Gloria a ella!

III. La religión está rezagada y es retrógrada. Tanto mejor para nosotros.

1. ¡Qué desgracia sería para nosotros si la religión no estuviera rezagada, no fuera retrógrada; si no tuviera un símbolo de fe en medio de un mundo que ya no cree; si no tuviera esperanza de vida y de inmortalidad en medio de un mundo que vive, padece y muere en la desesperación; si no tuviera una norma de costumbres en medio de un mundo que ha perdido la brújula de la verdad y del bien! ¡Qué desgracia si la religión, en vez de reprimir nuestros errores, nuestros vicios, nuestros abusos, nuestros desórdenes, nuestros excesos, se pusiera en armonía con nuestros yerros y nuestras perversidades...; si en vez de contenernos en la pendiente del abismo, nos dejase descender a él...; si asistiera indiferente o impotente a nuestra decadencia, en vez de acercársenos con solicitud y conducirnos por las vías de la verdad, de la virtud y de la salvación! Bendigamos a Dios. La religión no busca una popularidad malsana. Aun corriendo el riesgo de desagradaros, nos recuerda sin cesar los viejos dogmas y la vieja moral, agita sin cesar ante nuestros ojos la antorcha de los grandes deberes y de los últimos fines, y nos orienta sin cesar hacia Dios, nuestro origen y nuestro término.

2. ¡*Qué felicidad para todos nosotros* que la religión esté rezagada y sea retrógrada! Es nuestra luz. Nos ilumina sobre Dios, sobre el mundo, sobre el alma, sobre nuestro origen, sobre nuestros deberes, sobre

nuestro destino. Organiza, con la vida privada, la vida social. Es la solución de todos los problemas. Es nuestra fuerza. ¿Es que sin religión no podemos sostenernos? No. ¿Es que sin religión no podemos levantarnos si hemos caído? Ciertamente que no. La antigua religión es nuestra luz y nuestra fuerza. Es nuestro consuelo. En los días de prueba, de desgracia y de duelo, cuando lloramos, y sobre todo, a las puertas de la muerte, ¿es que llamáis al diputado, al prefecto, al alcalde? ¿Es que llamáis un sabio? No, en verdad. Llamáis al sacerdote, al hombre del Evangelio, es decir, al hombre de todos los siglos, al hombre de la eternidad, al hombre de Dios, al hombre que queréis tener a vuestro lado... ¿La religión rezagada y retrógrada? Tanto mejor para nosotros. Por esto es ella nuestra luz, nuestra fuerza, nuestro consuelo.

¿La religión rezagada y retrógrada? ¿no marcha con el siglo? Entendidas rectamente estas palabras, no expresan una objeción, sino el buen sentido, un título de gloria; no entrañan nada que pueda espantarnos. Puesto que la religión contraría las perversas pretensiones de nuestra época, hay que bendecirla y felicitarnos por ello. Es motivo para que la amemos más, para obedecerla, para defenderla, para propagarla. Cumplamos este deber, y trabajemos al propio tiempo por la prosperidad de nuestra religión y el mejoramiento de nuestro siglo.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

Pasó ya el tiempo de la religión

5.º Está rezagada y es retrógrada (*Conclusión*)

SEÑORES:

Dicen algunos: "Pasó ya el tiempo de la religión. Está rezagada y es retrógrada." Sí, la religión está rezagada y es retrógrada en el sentido de que reacciona contra los extravíos de nuestro siglo. En esto consiste su gloria y nuestro provecho. ¿Pero está rezagada y es retrógrada en el sentido de que contraría las aspiraciones legítimas de nuestro tiempo? No, mil veces no. De ello vamos a convencernos arrojando una ojeada sobre lo pasado y sobre lo presente.

I. La religión jamás estuvo rezagada ni fué retrógrada.

Se la acusa de haber estado rezagada y de haber sido retrógrada en los siglos pasados, en la Edad Media. Nada más falso.

En primer lugar, ¿es que la Iglesia, trabajando sobre los pueblos de la Edad Media, es decir, sobre pueblos no formados todavía, podía realizar, en la época de Carlomagno, los progresos que debía realizar más tarde? En modo alguno. No se reprocha a un niño el que no sea todavía hombre, profesor de matemáticas o general del ejército. No se le pide a un niño lo que no puede dar. Pues bien, del mismo modo, la Iglesia sacó de los pueblos de la Edad Media el mejor partido posible, y en realidad sacó de ellos un partido maravilloso.

La religión, en la Edad Media, modeló *las ideas, las costumbres y las leyes*. Suscitó pensadores de primer orden, filósofos y teólogos que desplegaron prodigiosa actividad intelectual y que son todavía en el día de hoy los reguladores del pensamiento; depuró las costumbres y realzó los naturales; produjo santos y caballeros que llevaron al más alto grado el espíritu de sacrificio; codificó y suavizó la legislación, e hizo penetrar en el procedimiento jurídico secular las bienhechoras disposiciones del derecho canónico.

La religión, en la Edad Media, determinó la extensión y límites *del poder*. Decretó que la verdadera nobleza no está en la sangre, sino en el alma (son las propias palabras de Santo Tomás). Obligó a los reyes a descender de su trono y a reinar en la justicia. Recordó a los pueblos emancipados el derecho de los príncipes, y a los príncipes usurpadores o crueles el derecho de los pueblos. Fundó su libertad. ¿Por ventura inventó? De ningún modo. Enterróse un lunes al jefe del positivismo, al filósofo Pedro Laffitte, profesor del Colegio de Francia. Pues bien, este enemigo probado del catolicismo escribía en la *Revista occidental* de 1.º de Enero de 1893: "La Edad Media toma

de manos de la antigüedad, la masa humana esclava, y la transmite libre a los tiempos modernos. Este gran resultado incontestable bastaría para reducir a la nada las teorías revolucionarias sobre el carácter retrógrado de la Edad Media." Pero continuemos.

La religión, en la Edad Media, restauró y transformó *las artes*. Erigió hacia el cielo nuestras catedrales góticas, que son quizás el más bello esfuerzo posible de la arquitectura. Hizo hablar a la tela y al mármol el lenguaje de la virtud y de lo ideal, no el lenguaje de un grosero realismo. Inventó la más hermosa de las músicas, la música de Iglesia, el canto llano, el canto gregoriano, es decir, la suavidad, la unción, la sencillez, la gravedad.

Maestra y señora de los pueblos, la religión, en la Edad Media, suscitó el espíritu de investigación, de *invención;* siempre marchó a la cabeza del movimiento civilizador.

Marchaba a la cabeza del movimiento civilizador, cuando, en la Galia cubierta de bosques, roturaban los monjes la tierra e inauguraban su agricultura.

Marchaba a la cabeza del movimiento civilizador, cuando, en la Galia agrícola, los Institutos religiosos introducían el arte de domesticar los animales, de trabajar los metales, de hacer marchar los molinos de agua y viento, el arte de la irrigación y el de la canalización.

Marchaba a la cabeza del movimiento civilizador, cuando, en la feudalidad nacida de las invasiones normandas, hacía decretar la tregua de Dios, cuando inventaba el uso de la brújula, la pólvora y el cañón, la pintura sobre vidrio; cuando descubría el Nuevo Mundo, la ruta marítima de las Indias, la redondez de la tierra; cuando los papas alentaban los primeros ensayos de la imprenta, cuando las Ursulinas instruían a las niñas, y J. B. de la Salle instruía a los niños.

La religión está rezagada y es retrógrada... *¡qué bufonería!* Señores, los que acusan a la Iglesia de haber llenado de tinieblas la Edad Media y de haber embrutecido a nuestros antepasados, no son historiadores, sino redactores de almanaques. Si van de buena fe, hay que compadecerlos, porque son pobres ignorantes; pero si van de mala fe, hay que desenmascararlos y confundirlos, porque son historiadores y mentirosos impudentes.

Inmutable como la verdad, que no cambia, la religión siempre ha sabido conservar su juventud, acomodarse y proporcionarse a las necesidades de los siglos, guiar y alentar al género humano en sus arranques más atrevidos. No es el poste que indica el camino a los viajeros sin acompañarlos. Es el centinela avanzado que muestra la ruta y marcha por ella diciendo: "¡Seguidme!" Jamás mostróse rezagada ni retrógrada.

II. Hoy la religión no está rezagada ni es retrógrada.

Sólo os daré esta mañana pruebas generales de esto; más tarde entraré en detalles. La religión tiene en la hora presente oradores que la predican, apóstoles que la propagan, discípulos que la practican. Así, pues, se personifica en estas tres categorías de personas. ¿Es que estas personas están rezagadas y son retrógradas?

1.° Estudiemos primeramente *el verbo* de los oradores que predican la religión. No podemos escucharlos a todos; citemos solamente algunos. *Ayer* y anteayer eran Hulst, Monsabré, Félix, Ravignán, Lacordaire. ¿Están rezagados, son retrógrados esos hombres que

supieron dar a la eterna doctrina la juventud de las formas, que pusieron al servicio del cristianismo una elocuencia tan maravillosamente adaptada a las necesidades de los tiempos, que son el honor de Francia y el de la Iglesia contemporánea? Y *hoy,* ¿es que no está el clero a la altura de su tiempo? ¿Es que dejamos sin respuesta las objeciones? ¿Es que no estamos al corriente de los descubrimientos de la ciencia moderna, de las dificultades que formulan los sabios, de las que el obrero encuentra en su diario, o ha recopilado en el café y en las reuniones públicas? El pueblo cristiano, con razón o sin ella, es hoy más exigente que antes; exige que se pongan de acuerdo la ciencia y la fe; lee por todas partes las objeciones de los impíos, de los escépticos, de los indiferentes, y quiere respuestas. Nada más natural. El sacerdote se las da; es preciso que se las dé. Y de hecho se las damos. Así, pues, sólo nos atacan y nos acusan los que no nos conocen, ni quieren oirnos. ¿Estamos rezagados y somos retrógrados? Ved, pues, a dónde va a parar el hombre cuando se aleja de nuestra palabra; ved la infancia sin Dios precozmente criminal; ved la juventud sin Dios, la familia sin Dios, el pueblo sin Dios, sumidos en todas las ambiciones y retrocediendo a la barbarie. No sé si exagero, pero me parece que el mundo marcharía mejor y se portaría mejor si recogiese asiduamente la divina substancia del Evangelio que brota de nuestros labios sacerdotales.

2.º Sigamos ahora las evoluciones de los *apóstoles* que propagan actualmente la religión. ¿Son retrógrados y están atrasados también? ¿Son hombres que avanzan u hombres que retroceden? Veamos cómo trabajan *en torno nuestro.* ¿Es en Alemania donde los apóstoles de la religión están rezagados y son retrógrados? No.

En Alemania el clero está a la cabeza de todas las obras sociales y obreras, y Guillermo II reconoce que sin el clero católico no puede contener el socialismo. ¿Es en Bélgica donde los apóstoles de la religión están rezagados y son retrógrados? No. En Bélgica la religión hace ya veinte años que está en el poder, y ha hecho a la nación rica, próspera, contenta de su suerte, abierta a las reformas económicas. ¿Es en América donde los apóstoles de la religión están rezagados y son retrógrados? No. En los Estados Unidos los obispos reciben honores y son influyentes y consultados; son los más ardientes iniciadores de la raza americana. Y *entre nosotros,* ¿es que los apóstoles de la religión están rezagados y son retrógrados? ¿Es que Dupanloup, Lavigerie, Freppel, son apagaluces? Os concedo, señores, que, entre nosotros, algunos no van bastante deprisa, pero hay otros que son acusados de marchar demasiado deprisa. Es la ley de todo ejército en marcha. Unos andan lentamente, otros forman en vanguardia; los hay que caminan murmurando, y los hay que marchan alegremente. Pero todos forman una masa, y los apóstoles de la religión desempeñan su misión... y, por otra parte, son conducidos por un jefe a quien la historia saludará como uno de los más grandes conductores de la Iglesia católica. *León XIII* no es, en verdad, un rezagado ni un retrógrado. Cuando el mundo apaciguado lea dentro de veinte años sus encíclicas, y en particular las de la *condición del obrero,* mostraráse admirado de ese Papa iluminado, que ha dado al catolicismo una orientación tan moderna y una actitud tan conquistadora.

3.º Si, finalmente, contemplamos la actitud *de los discípulos* de la religión en la actualidad, ¿podemos en justicia calificarlos de rezagados y retrógrados? Hace

poco que alguien para arrebatarnos la libertad de educar la juventud, nos acusaba de debilitar los jóvenes espíritus, de enervarlos y embrutecerlos. La acusación es a la vez estúpida y malvada. Para pulverizarla, basta arrojar una mirada a nuestra historia contemporánea. ¿Eran seres debilitados, rezagados y retrógrados esos centenares de héroes que fueron formados por la religión y cayeron en el campo de batalla del Este y en los del Loira, en el Tonkín, en el Sudán y en Madagascar; esos ingenieros, esos sabios, esos exploradores que en tan gran número agotaron sus fuerzas al servicio de la patria y de la civilización; en una palabra, todos esos hombres que realzaron nuestro prestigio nacional y acrecentaron tan ampliamente nuestro glorioso patrimonio? ¿Son seres debilitados, rezagados y retrógrados todos esos católicos sinceros que se esfuerzan en seguir los ejemplos de Cristo y practicar los preceptos evangélicos, que permanecen hombres íntegros en medio de la descomposición universal, a los que su conciencia religiosa ha puesto al abrigo de todos los compromisos y escándalos que han salpicado de lodo, hace pocos meses, el honor de nuestra pobre Francia? Señores, os lo digo porque lo pienso y porque es verdad: los oradores que predican la religión, los apóstoles que la propagan, los discípulos que la practican, en una palabra, los cristianos marchan, por lo general, a la cabeza de su siglo, porque encuentran en el cristianismo las soluciones que su siglo necesita. Los cristianos saben, por lo general, asociarse mejor que otros para realizar todas las aspiraciones legítimas de su patria, porque encuentran en la religión la antorcha que señala los peligros y el estimulante que impulsa a la acción.

¿Está rezagada y es retrógrada la religión? No, jamás lo ha sido, ni lo es actualmente. Proclamadlo en

torno vuestro. ¿Es que en este púlpito, en esta iglesia, os aparece la religión como rezagada y retrógrada? No; es joven, atractiva, conquistadora. Decid a cuantos no la conocen que vengan aquí para aprender a conocerla y adquirir el valor de practicarla. Al salir de nuestras reuniones dominicales, se sentirán más cerca de la verdad, y se repitirán a sí mismos las hermosas palabras de un héroe cristiano al final de una gran batalla: "¡Vine, vi, y Dios venció!" Sí, señores, he ahí lo único que ambiciono: la victoria de Dios en vuestras conciencias, para iluminarlas y pacificarlas, y sobre este siglo para hacerlo mejor y más feliz.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCTAVA

Pasó ya el tiempo de la religión

6.° Es antiliberal

Señores:

Dicen algunos: "Pasó ya el tiempo de la religión. Está rezagada y es retrógrada." Y tratan de probarlo. También añaden: "Nuestro siglo es un siglo de libertad, pero *la religión es antiliberal.*"

¿Es antiliberal la religión? Entendámonos. Sí, la religión es opuesta a ciertos liberales. No, la religión no se opone a la libertad. La distinción es importante; ella constituirá el fondo de mi conferencia.

I. La religión es opuesta a ciertos liberales.

1.° Hay *liberales fanáticos y exagerados,* para quienes la libertad es todo, y el resto nada; a sus ojos, la verdad carece de valor. El hombre es libre de pensar y decir cuanto le plazca; a sus ojos, el bien carece de

valor. El hombre es libre de hacer lo que le plazca; a sus ojos, la autoridad carece de valor. El hombre es libre de despreciar toda ley y todo legislador; a sus ojos, Dios carece de valor. El hombre es libre de adorarlo, de blasfemarlo, de desdeñarlo; a sus ojos la religión carece de valor. El hombre es libre de creer, o de no creer, de tener un culto, o de no tenerlo, de practicar tal culto, o tal otro; la impiedad tiene los mismos derechos que la religión, y merece la misma protección; a sus ojos, no existe lo verdadero ni lo falso, lo bueno ni lo malo, ni la armonía ni el desorden, ni Dios ni amo. ¿Qué queda, pues? El hombre con su libertad, que es ilimitada, absoluta, irresponsable. Los liberales fanáticos echan por tierra todos los ídolos; sólo conservan uno, al cual prodigan sus homenajes y adoraciones: la libertad.

La religión, señores, es enemiga decidida de los liberales fanáticos, y declara que el mundo no puede marchar únicamente con la libertad, y que por encima de la libertad hay algo superior: Dios, que la gobierna, la verdad y el bien, que la condicionan, el orden doméstico y social, que debe ser respetado y servido por ella. La religión declara que la libertad no es un fin, sino un medio, el medio de ejercer su derecho y de cumplir su deber. La religión declara que la libertad sin sujeción y sin límites es una libertad de perdición, que conduce al *escepticismo.* El uno dice blanco, el otro negro, sobre un objeto que no es negro ni blanco, sino quizás gris, a menos que no sea rojo o verde... *A la desmoralización.* Cada cual sigue su instinto, su pasión, su capricho, y la virtud no es más que un accidente, una casualidad, que desaparece en la mezcla universal de apetitos... *A la anarquía.* Chocan los intereses y se atropellan las ambiciones hasta el punto de que, para dar a la sociedad un poco de aspecto y estabilidad, vese obligada a intervenir

la fuerza, y la libertd perece por sus propios excesos. Los liberales fanáticos son absurdos y peligrosos. La religión no puede probarlos; los condena, y hace bien.

2.° Más pérfidos y repugnantes son *los liberales hipócritas y embusteros*. Hablan sin cesar de la libertad, pero jamás la practican. La defienden en todas partes, y no la realizan en ninguna. La guardan exclusivamente para su uso personal, y la niegan obstinadamente a los demás. Piensan de cierta manera, y preciso es que todos piensen como ellos. Se llaman hombres de libre discusión, y no sueñan más que con cadenas y coacciones legales para cerrar la boca a sus adversarios. Son farsantes, siniestros farsantes: en nombre de la libertad, decretan la supresión de todas las libertades. En nombre de la libertad, niegan a los católicos el derecho de enseñar las ideas que creen justas, a los funcionarios el derecho de ir a misa, a los religiosos el derecho de asociarse y pronunciar sus votos, a los padres de familia el derecho de educar a sus hijos donde quieran. En nombre de la libertad quieren imponer a toda una nación la impiedad obligatoria, la irreligión legal, tiranizan las conciencias y aterrorizan a las personas honradas.

La religión, señores, es enemiga irreconciliable de los liberales hipócritas y embusteros. Los acusa de ilógicos e injustos. Escuchadlos. Censuran acremente a ciertos reyes católicos que, en otras épocas, tomaron ciertas medidas de intolerancia, y citan la Inquisición, la revocación del Edicto de Nantes; siempre las mismas monsergas. Pero ¿qué hacen ellos? Imitan y copian a los que censuran. Los reyes de Francia y de España reprimieron en pro de la verdadera fe, pero ellos reprimen en provecho de una negación. Hacen lo mismo que reprochan a la Iglesia haber hecho antes. ¿Es esto contradictorio? ¿Es suficientemente cínico? ¿Es bastante injusto? Porque, en último resultado. los católicos modernos de 1903, a los que se trata como parias, no son responsables de los actos históricos que se les imputan, de los acontecimientos que tuvieron lugar en Francia y en España, hace dos, tres, cuatro siglos. ¿Cómo lo hubieran hecho si no habían nacido todavía? Esto no tiene sentido común; esto es contrario a la justicia más elemental. Los liberales hipócritas son, pues, ilógicos e injustos. La religión los desenmascara y los reprueba, y hace bien.

Sí, la religión es opuesta a ciertos liberales, está en su derecho, tiene razón. ¿Es esto decir que la religión es antiliberal? En manera alguna; vais a verlo.

II. La religión no se opone a la libertad.

Por lo contrario, es su madre, su guardiana, su abogada perseverante e inflexible.

1.° ¿Cómo se atreven a decir que la religión es opuesta a la libertad, si precisamente ella *ha fundado la libertad*?

Cuando, hace ya diecinueve siglos, la religión cristiana apareció en la tierra, las cuatro quintas partes de los hombres eran esclavos, poseídos como una cosa, tratados como bestias. ¿Qué hizo el cristianismo? Predicó la paternidad divina, la unidad de la raza humana, la paternidad universal. *La esclavitud* fué atacada en su fuente, y poco a poco fué desapareciendo de las ideas, luego de las costumbres, después de las leyes. Y la libertad germinó, creció, se extendió, abrigó bajo su sombra al esclavo convertido en hombre. La religión cristiana fundó la libertad con la abolición de la esclavitud. Más todavía:

Con la separación de los dos poderes, el político y el religioso. Esto, señores, es admirable, pero esto, desgraciadamente, es olvidado e ignorado por una cáfila de emborronadores de papel, de espíritu limitado o embustero, que no saben más que calumniar lo pasado. Antes del cristianismo, la conciencia humana era entregada a los Césares, dueños de los cuerpos y de las almas, amos de la religión como del Estado. De repente se oyen resonar estas grandes palabras: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios." Era la doctrina de los dos poderes. Las conciencias quedaban libertadas de la jurisdicción del César. La libertad de las conciencias fué un hecho, y treinta millones de mártires la riegan con su sangre; en adelante esta santa libertad no abandonará el mundo. Con la abolición de la esclavitud, la religión libertó los cuerpos; con la separación de los dos poderes, libertó las almas. La religión fundó la libertad.

2.° ¿Cómo se atreven a decir que la religión es opuesta a la libertad? *La religión salvó la libertad.* Bajo este respecto, ¿qué hizo en los siglos pasados? Esto es sencillamente espléndido.

Salvó la libertad *con el derecho de asilo,* admirable concepción de justicia y misericordia. Los asilos, que tenía constantemente abiertos a la debilidad, menos eran murallas para la impunidad que abrigos contra la persecución. Todo hombre acusado de un crimen podía refugiarse en ciertos lugares coronados por la cruz: capillas, monasterios, hospicios; allí quedaba colocado bajo la protección del obispo; era la prisión preventiva, pero la prisión suave, paternal, bienhechora.

La religión salvó la libertad *con el rescate de los cautivos.* Consagró a esta obra humanitaria sumas incalculables; más de una vez dió en garantía hasta los vasos sagrados de la Iglesia.

La religión salvó la libertad *con las corporaciones,* que arrancaban al obrero del individualismo que le mata, de la miseria que le acecha, de la impiedad que hoy le desespera. La corporación era tan excelente, que sentimos la necesidad de volver a ella por medio de los sindicatos.

La religión salvó *la libertad del pueblo,* presa de la tiranía de los príncipes. Sirvió de refugio, y con frecuencia de árbitra, a las sociedades nacientes, en lucha todavía con los abusos de la fuerza. Solamente ella representaba el derecho en medio del desencadenamiento de la violencia. Sin su bienhechora soberanía, el poder hubiera aplastado a millares de hombres esclavizados.

La religión salvó *la libertad de los ciudadanos.* Ella trabajó por la libertad de los municipios; hizo entrar en las costumbres y en las leyes la igualdad civil y política; rompió sucesivamente las barreras que separaban los esclavos de los hombres libres, los siervos del señor, los campesinos de los nobles. Poco a poco relacionó todas las categorías, y para ello empleó mucho tiempo, quince siglos... tiempo necesario para no embrollarlo y perderlo todo... Pero si su acción fué lenta, fué tambien irresistible; creó el ciudadano de los tiempos modernos.

3.° ¿Cómo se atreven a decir que la religión es opuesta a la libertad? Después de fundarla y salvarla en lo pasado, *la reivindica* hoy para ella y para los demás.

La religión reivindica la *libertad de conciencia,* y declara que la libertad de conciencia es el más sagrado de los derechos, que las almas son inviolables, que dependen de Dios y no de los hombres.

La religión reivindica *la libertad del culto,* y quiere

que el católico sea libre de ir a la iglesia, como el judío a la sinagoga y el protestante al templo.

La religión reivindica *la libertad de la prensa,* bien entendida y sabiamente practicada, y rechaza igualmente la licencia y la compresión de las ideas.

La religión reivindica la *libertad de la caridad.* Déjese a todo el mundo, aun a los cristianos, hacer todo el bien posible, y organizar servicios de asistencia.

La religión reivindica *la libertad de asociación y de enseñanza.* No admite que las almas enamoradas del ideal y de la abnegación sean peor tratadas que las demás y sometidas a un régimen de excepción. No admite que baste un cerquillo o una papalina para perder el derecho de enseñar. La religión reivindica para sí como para todo el mundo el derecho común, la libertad común, y hace suya la grande y hermosa frase de García Moreno: "La libertad para todos y para todo, excepto para el mal y para los malhechores." He ahí su manera de ver; esto revela el buen sentido. He ahí su actitud; hay que rendir homenaje a su equidad y a su franqueza.

4.° ¿Cómo se atreven a decir que la religión es opuesta a la libertad? Al mismo tiempo que la reivindica con decisión para sí y para los demás, la *practica sinceramente.*

El Cardenal Manning, contestando a Gladstone, declaraba que si mañana los católicos llegaban al poder en Inglaterra, no cerrarían ni una iglesia protestante, y concederían a las otras todas las libertades de que ellos mismos gozan como minoría. Y de hecho.

Ved lo que ocurre en Bélgica hace ya veinte años. Hace veinte años que los católicos están en el poder. ¿Han hecho ellos una sola ley que atente a la libertad de sus enemigos, que prive de un derecho cualquiera, del cual

gocen los ciudadanos, a los librepensadores, a los protestantes, a los francmasones, a los radicales, a los socialistas? No, nada, absolutamente nada de eso. Los protestantes frecuentan sus templos, los judíos sus sinagogas, los librepensadores se quedan tranquilamente en sus casas, los católicos van a la iglesia, como a cada cual le place. Los católicos organizan procesiones por las calles, y los socialistas hacen lo mismo cuando quieren. Las asociaciones son libres; la enseñanza es libre; la Universidad católica de Lovaina funciona al lado de la Universidad librepensadora de Bruselas; he ahí una lección absolutamente irrefutable para todo hombre de buena fe. La conducta de los católicos en Bélgica prueba perentoriamente que la Iglesia en manera alguna es enemiga de la libertad. La fundó y salvó en lo pasado, la reivindica resueltamente en lo presente, y la practica con sinceridad.

Y concluyo. Que algunos cristianos sean antiliberales... posible es. Pero se engañan; helo ahí todo. En cuanto a la religión, no es antiliberal; os lo afirmo. Se la acusa porque no se la conoce. Será para la posteridad uno de los más dolorosos asombros de la historia, el ver hasta qué punto llegó la ignorancia de los hombres en materia de religión, en un siglo que todo lo conoce. Continuemos, señores, instruyéndonos, a fin de que podamos: 1.° conservar resueltamente nuestra fe; 2° defenderla con éxito; 3.° propagarla más y más en bien de nuestros hermanos y de nuestro siglo.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMONONA

Pasó ya el tiempo de la religión

7.º Es anticientífica

Señores:

Hablando de los protestantes ingleses, sus compatriotas, decía el cardenal Newman: "Si la Iglesia católica estuviera en la luna, desplegaría esa gente más paciencia en estudiarla, y trazaría su imagen con más exactitud de lo que lo hacen en la actualidad." Lo mismo podría decirse de muchos franceses indiferentes o incrédulos, que tienen de la religión las más superficiales y extrañas ideas. Sostienen que es enemiga de la libertad, lo cual es falso. Afirman que es anticientífica, lo cual es también falso. Propóngome, pues, demostrar esta mañana que la religión ama, cultiva y difunde la ciencia. Podría escribirse sobre esto un volumen de 500 páginas; yo lo diré todo en veinte o veinticinco minutos.

I. La religión ama a la ciencia.

No tiene motivo alguno para no amarla, y tiene muchos para amarla; porque la ciencia no es para ella un rival, sino más bien una vecina, una compañera, una auxiliar.

1.º La religión ama la ciencia. *¿Por qué no habría de amarla?*

¿Es que tiene miedo de ella? En manera alguna. La religión y la ciencia tienen cada una su dominio, su método, su función, y coexisten sin necesidad de contradecirse, de combatirse, de suplantarse.

La religión predica *doctrinas* que la ciencia no puede demostrar que son falsas. No puede haber conflicto alguno entre la verdad religiosa y la verdad científica. ¿Por qué? Porque la religión y la ciencia son hermanas, y porque son independientes. 1.º La religión y la ciencia son hermanas. Vienen de Dios. Dios hizo la naturaleza como hizo el cristianismo. La naturaleza y el cristianismo, bien comprendidos, deben estar de acuerdo. 2.º La religión y la ciencia son independientes. No tienen el mismo campo de observación. No trabajan en el mismo terreno. No son más opuestas la una a la otra que un matemático a un historiador, o un abogado a un médico. Se tocan sin chocar entre sí.

La religión se apoya en *pruebas* que la ciencia no puede invalidar. El Antiguo Testamento es un hecho, y el Nuevo Testamento es otro hecho. La perfección de la índole de Jesucristo es única. La belleza de la doctrina evangélica es ideal. Millones de mártires dieron su vida por Jesús. El género humano se convirtió al pie de la cruz, y al pie de esta misma cruz germinaron frutos divinos de humildad, de castidad, de amor de Dios

y del prójimo, que llenan y embalsaman los graneros de la historia. Hace ya diecinueve siglos que dura la Iglesia. He ahí realidades que la ciencia no desarraigará jamás. Todas estas pruebas, y muchas otras, están fuera de la ciencia y por encima de sus ataques.

Finalmente, la religión presta *servicios* superiores a la competencia y aptitudes de la ciencia. ¿Podrá jamás la ciencia decir de dónde vengo, a dónde voy, cuáles son mis futuros destinos? Jamás. ¿Puede impedir que yo caiga, levantarme cuando caigo, consolarme cuando lloro? No puede hacerlo. Y si mañana pierdo mis padres y mis amigos, si yo muero, ¿será capaz la ciencia de consolar mi duelo, de salvar mi alma? No será capaz de ello. No, sus retortas, sus alambiques, sus telescopios, no apaciguarán una sola de las inquietudes de mi corazón, no disiparán una sola nube de mi espíritu, no reanimarán un solo desfallecimiento de mi voluntad. No, no es posible sustituir la cátedra del Evangelio por una cátedra de cálculo, ni calmar las pasiones con axiomas, ni consolar las almas con la física y la química. La ciencia no puede ni contradecir, ni quebrantar, ni reemplazar la religión. Luego la religión no tiene motivo alguno para temer ni detestar la ciencia. Por lo contrario, tiene poderosos motivos para amarla.

2.° La religión ama la ciencia. *Se sirve de ella a cada instante.*

En efecto, la ciencia que no tiene poder alguno para serenar nuestras angustias morales, nuestra sed de verdad, de bien, de infinito, lo tiene, y muy grande, para mejorar las condiciones de nuestra vida terrenal, para aumentar nuestro imperio sobre la naturaleza, para embellecer el mundo presente. ¿Es que la religión tiene algo que oponer a esto? De ningún modo. Aplaude,

por lo contrario, los inventos de la ciencia, se aprovecha de ellos, usa de ellos, como una buena madre se aprovecha de los trabajos de sus hijos. Se sirve del vapor para salvar las distancias. Prefiere la imprenta a los copistas de la Edad Media y a las tablillas de cera de la antigüedad. En vez de expedir a China un correo cuyo viaje dure seis meses y cueste 10.000 francos, envía un despacho, que gastará tres horas y costará 20 francos. Y si los cristianos están enfermos, ¿es que no recurren como todo el mundo a la ciencia del médico o del cirujano que los hace insensibles para penetrar a sus anchas en su carne y llegar hasta la médula de sus huesos? La religión ama la ciencia, que es un bien para el hombre y un himno a Dios.

3.° La religión ama la ciencia. *La ciencia conduce a Dios.*

Para el que quiere razonar, el camino de la ciencia a Dios no es largo. ¿Quién, sino Dios, ha puesto en la naturaleza las leyes que el sabio descubre, las fuerzas que el ingeniero dirige, las materias primeras que el industrial explota? ¿Quién, sino Dios, ha ocultado en las entrañas de la tierra esos minerales que se convierten en nuestras colosales máquinas de pies de bronce y de pecho de hierro, esas provisiones de hulla, que son como el pan cotidiano de nuestra industria? ¿Quién, sino Dios, ha dado al hombre la inteligencia para comprender las maravillas de la creación, y la voluntad para someterlas a nuestro dominio? La ciencia, bien comprendida, es una glorificación de Dios, un himno resonante del alba al ocaso en honor del Creador. Y si nuestro siglo tarda en llevar sus homenajes al altar, no es porque sea demasiado sabio, sino principalmente porque no lo es bastante. Una ciencia mediocre

aleja de Dios, una ciencia profunda acerca a Dios. "La falsa ciencia hace ateos—dice Voltaire.—La verdadera ciencia prosterna al hombre ante la divinidad." La ciencia consuela al género humano y glorifica a Dios. La religión no tiene motivo alguno para no amar la ciencia, y tiene muchos motivos para amarla. La religión ama la ciencia.

II. La religión cultiva la ciencia.

Pongo por testigos *a los siglos pasados*. Los Padres de la Iglesia conservaron al mundo, invadido ya por la barbarie, el patrimonio intelectual del género humano, y el día en que las letras griegas y latinas desaparecieron entre las llamas de Alejandría y las ruinas de Constantinopla, fueron recogidas por los papas y los monjes, y las preservaron del vandalismo y del olvido. Sacerdotes fueron los que en la Edad Media descubrieron la brújula, la pólvora, la rotación de la tierra, el movimiento de los astros. Un sacerdote francés, Gerberto, luego papa con el nombre de Silvestre II, hizo brillar en el seno de las tinieblas del siglo X la viva luz de sus conocimientos matemáticos, astronómicos y literarios. Del siglo V al XIII, todo lo que poseemos en materia de filosofía, de política, de historia, de geografía y bellas artes, es obra exclusiva del clero. Durante dieciseis siglos, casi únicamente el clero cultiva las ciencias, las letras y las artes. Erigió en el suelo de Europa las grandes Universidades, al propio tiempo que las grandes catedrales. En verdad que si, como dicen tantos imbéciles, la religión es enemiga de la luz y agente de la ignorancia, habrá que convenir en que es algo muy diferente de ella misma... ya que todo lo pasado está

lleno de sus glorias intelectuales. La religión cultiva la ciencia.

Pongo por testigo al *siglo XVII*... al cardenal Richeliu fundando la Academia, al cardenal Mazarino edificando el Colegio de las Naciones, al abate Torricelli y a Pascal descubriendo la gravedad. Fueron todos ellos genios profundamente religiosos, que originaron en el siglo XVII la gran corriente científica que hoy continuamos, y ninguno de ellos fué impedido por su fe en sus más atrevidas exploraciones. Además, según la observación de Mons. Bougaud, "a la Iglesia debe la sociedad moderna esa madurez de la razón, esa disciplina del espíritu, que le han permitido el arranque, el atrevimiento en la exploración, y, en definitiva, ese cúmulo de descubrimientos que caracterizan los tiempos presentes y constituyen su gloria." La religión cultiva la ciencia.

Pongo por testigo a *nuestro siglo*. La religión ha puesto en nuestros días al servicio de la ciencia sacerdotes y seglares de primera fila. Citemos algunos *seglares*. Hemos visto la ciencia unida a la fe en Cuvier, Cauchy , Leverrier, Ampère, Biot, Claudio Bernard, Quatrefages, Dumas, Pasteur y cien otros. No es raro oir que el clero ha dejado caer de sus manos el cetro de la ciencia. Es una metáfora que se usa mucho, pero no deja de ser una metáfora. Porque todo el mundo sabe muy bien que el clero ha conservado el gusto y el amor por los buenos estudios, y que contribuye en gran manera al progreso intelectual de nuestro tiempo El librepensador Renán confesó que había tenido por iniciador en el estudio de las lenguas orientales a un sacerdote de los más eminentes, al abate Le Hir. Un jesuita, el P. Secchi, astrónomo, ganó el gran premio en la exposición de 1867. Un pobre cura de aldea, el

abate Gorini, fué un prodigio de ciencia histórica. Este mismo año, entre los premiados por la Academia de Inscripciones y Bellas Artes, notamos los nombres de seis sacerdotes y un religioso. El canónigo Ulises Chevalier ganó el premio de 1000 francos, y el P. Delattre, de los Padres Blancos, un premio de 3000 francos. A pesar de esto, los periódicos librepensadores continuarán diciendo a sus infortunados lectores que los curas son apagaluces, y la religión el obscurantismo. Encojámonos de hombros ante la malicia y la estupidez de algunos hombres, y pasemos de largo. La religión ama la ciencia. La religión cultiva la ciencia. Una palabra más.

III. La religión defiende la ciencia.

Los enemigos de la religión son verdaderamente difíciles de contentar y muy ilógicos. De un lado, acusan a la religión de mostrarse hostil a la ciencia y de cubrirse con el manto de la ignorancia, y, de otro, le reprochan atacar los derechos del Estado al difundir la ciencia por medio de la fundación de universidades, colegios y escuelas. Sí. *La religión difunde la ciencia.* Siempre lo hizo. Oid el testimonio de un historiador librepensador, Taine: "En 1789, había veinticinco mil escuelas primarias, frecuentadas y eficaces, que nada costaban al Estado, casi nada a los contribuyentes, muy poco a los padres. Había por lo menos novecientos colegios (doscientos sesenta y cinco más que hoy) con setenta y dos mil alumnos, de los cuales cuarenta mil eran becarios, en tanto que hoy apenas hay cinco mil." He ahí cómo procedía la religión en lo pasado. Fundaba, y sostenía a sus costas, universidades, colegios, escuelas, y a la hora presente, si tuviera tan sólo un

poco de libertad, sus casas de educación serían en todas partes insuficientes para contener la multitud de escolares. Esto no obstante, difunde la ciencia por Francia y el extranjero; en Madagascar, en el Tonkín, en Oriente, nuestros religiosos enseñan nuestra lengua, difunden la influencia francesa y hacen de sus alumnos amigos de nuestro comercio y de nuestro país. La religión difunde la ciencia.

Y la difunde muy bien. En esto consiste su crimen. Se la acusa de tener demasiados alumnos y de que sus alumnos salen muy bien de sus exámenes, por lo que hay que prohibirles la entrada en las escuelas del Estado. Si los religiosos y las religiosas tuvieran menos éxito en la obra de la educación y difusión de la ciencia, se los dejaría muy tranquilos, no se inventarían escándalos para desacreditarlos y perjudicarlos. Recordad la famosa historia del Hermano Flamidio. Aun antes de que fuera instruída la causa, difundiéronse por todas partes odiosos libelos y grabados inmundos que representaban a los Hermanos como seres abominables. Pero, tras largos meses de prevención, el Hermano acusado salía de la prisión con la frente muy alta. ¡Paciencia! Para arruinar la enseñanza cristiana, todo está permitido: la lujuria, la calumnia, la amenaza, las leyes de excepción.

La religión ama la ciencia. La religión cultiva la ciencia. La religión difunde la ciencia. Esto es más claro que la luz del día.

La religión es anticientífica. Lo habéis oído decir y lo oiréis todavía.

¿Por quién? Por ignorantes que se titulan grandes sacerdotes de la ciencia moderna, y que, a lo más, leen la revista científica de un periódico de diez céntimos.

Hay que protestar, señores. No debemos permanecer

mudos ante las perfidias que tratan de cometer contra nuestra fe. El oficial no debe dejar que insulten sus galones. El católico no tiene el derecho de dejar vilipendiar su religión. Glorifiquemos nuestras creencias, y sepamos defenderlas, en hora oportuna, contra la estupidez, la calumnia y la maldad.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMA

Pasó ya el tiempo de la religión

8.º Es antidemocrática

1. *La religión y la ascensión intelectual de la democracia*

Señores:

Se afirma que la religión es contraria a la ciencia. Esta acusación queda ya refutada. Se va más adelante, y se sostiene que la religión es antidemocrática. ¿Es esto verdad? Veamos con alguna detención lo que es.

En primer lugar, ¿qué es la democracia? Es la ascensión de las clases populares a una instrucción más completa, a una moralidad más seria, a un bienestar más extenso, a una influencia política más desarrollada. He ahí los cuatro puntos comprendidos en la palabra democracia. Ahora bien, sostengo, y voy a demostrarlo, que la religión no se opone a ninguno de esos cuatro puntos. Hablemos hoy de la ascensión intelectual de la democracia, y comprobemos que la religión da al

pueblo: 1.º una instrucción abundante; 2.º una instrucción sana.

Durante cuatro domingos, señores, os hablaré de la democracia. Por favor os pido que no os espantéis, ni del nombre, ni de la cosa. El nombre está en todas partes, y la cosa fluye a plena ola. Hace ya quince años que el gran papa León XIII vuelve sin cesar sobre este asunto. Tras él, y bajo su dirección, tenemos el derecho y el deber de estudiarlo.

I. La religión da al pueblo una instrucción abundante.

La religión fundó en lo pasado *escuelas populares*. Es este un hecho histórico del todo evidente, que desafía todas las mentiras. Antes del cristianismo, no había escuelas para los hijos del pueblo. El pueblo no suponía nada; el pueblo no existía. El sistema de nuestras escuelas populares tuvo origen en Roma, bajo la dirección de los papas; desde Roma difundiéronse las escuelas por Italia, Francia, España y más allá de los mares. El decreto promulgado en 797 por Teodulfo, obispo de Orleáns, es memorable. Instituye escuelas gratuitas regentadas por los curas en todos los pueblos y aldeas de su diócesis. ¿Queréis oir acerca de esto a un historiador librepensador, no sospechoso de parcialidad? He aquí las propias palabras de Taine: "En 1789, había veinticinco mil escuelas primarias frecuentadas y eficaces, que no costaban nada al Estado, casi nada a los contribuyentes y poco a los padres." ¿Quién distribuía, pues, entonces gratuitamente a los hijos del pueblo la enseñanza primaria? ¿Quién? La Iglesia católica. ¡Pues todavía hay saltimbanquis, ignaros y embusteros que acusan a la Iglesia católica de obscurantismo, y para repetir semejante estupidez

se encuentran millares y millares de imbéciles. ¡Qué desdicha! La historia nos dice que, siempre y en todas partes, la Iglesia católica fué enemiga irreconciliable de la ignorancia, y *en el día de hoy,* si se cierran escuelas en el territorio de Francia; si se amontonan ruinas escolares ante nuestros ojos enrojecidos de lágrimas; si se arrojan a la calle maestros y maestras de escuela y se llevan ante los tribunales como viles malhechores; si por todas partes se ven privados los hijos del pueblo de los educadores que sus padres habían libremente elegido para sus queridos hijos, ¿quién es responsable de semejantes atentados contra la libertad, contra la religión, contra la instrucción, contra la democracia? En verdad que no es la Iglesia. La Iglesia jamás niega a nadie la instrucción; quiere dársela a todo el mundo. La Iglesia no se burla jamás del pueblo; abre escuelas para sus hijos, y las abrirá siempre. Sobre este punto es irreductible. Se destruyen sus fundaciones, pero ella las reedifica, y su divina obstinación acabará por triunfar.

Pero la escuela no lo es todo. La religión da al pueblo una instrucción abundante en otras partes además de la escuela. Así,

Instruye a la juventud popular en sus *catecismos*, que son verdaderos cursos, no sólo de ciencia religiosa, sino de ciencia histórica y filosófica. Señores, si asistieseis a nuestros grandes catecismos de perseverancia, veríais qué potente y magnífica enseñanza damos a vuestros hijos.

Más todavía. Cada domingo, y a veces más a menudo, reunimos al pueblo en la *iglesia*, y aquí ¿qué hacemos sino iluminar espléndidamente su inteligencia? Desde lo alto del púlpito, hablamos sin cesar, y no hablamos para no decir nada. Imaginaos un obrero que siguie-

ra asiduamente desde los quince años nuestra misa de los hombres; actualmente sería para sus camaradas un erudito, una inteligencia muy ilustrada, capaz de dar lecciones a muchos. Pero todavía hay más.

La religión *sale de sus templos* e instruye la democracia, en conferencias que tratan todos los asuntos, en libros que corren de mano en mano, en bibliotecas que se abren en todos los puntos, en periódicos que satisfacen todas las curiosidades legítimas. Va más lejos aún.

Funda institutos populares, *círculos de estudios* que tienen por objeto suavizar el cerebro humano, modelar y perfeccionar la mentalidad de la masa. Sí, en la hora presente, tenemos campesinos y obreros que estudian las cuestiones sociales, y esta extraña novedad es fomentada por la mejor porción del clero.

Así, pues, si oís decir que la religión es enemiga de la instrucción, no toleréis semejante afirmación, que es al propio tiempo una maldad y una inepcia. Protestad en nombre de la historia, en nombre de la actualidad, en nombre de la evidencia, y declarad con decisión que la religión trabaja más que nadie en la ascensión intelectual de la democracia. Da al pueblo una instrucción abundante, pero todavía hace algo más y mejor.

II. La religión da al pueblo una instrucción sana.

¿Hay una instrucción malsana? Sí, hay una instrucción que es mala en sí misma, y una instrucción que es buena en sí misma, pero mala en el uso que de ella se hace. Esto es capital. Prestadme atención.

1.° Hay una instrucción *que es mala en sí misma.*

La religión no la quiere, la condena, la proscribe, y con razón; debemos por ello bendecirla.

Cuando se enseña al pueblo *a dudar de todo,* de Dios, del alma, de la otra vida, a sospechar de la autenticidad del Nuevo Testamento, de la divinidad de Jesucristo, del pasado del catolicismo, de la belleza, grandeza y eficacia de la fe cristiana, a discutir las bases mismas y las prescripciones fundamentales de la moral evangélica...; cuando en periódicos, revistas a la moda, obras dramáticas, libros y conferencias se enseña a la democracia *a negarlo todo;* cuando se le enseña que Dios no existe, que el deber no es más que una palabra, que la vida futura y la inmortalidad del alma no son más que quimeras, que Dios es el mal, que la propiedad es el robo, que la dicha es la licencia...; cuando esta instrucción malsana, que no se compone más que de dudas y negaciones, se introduce en las familias, en los talleres, y aun a veces en las escuelas, emponzoñando al niño, al obrero, a la mujer, al moribundo; cuando pervierte la inteligencia popular... ¿pensáis que la religión puede y debe callarse y abstenerse? No, en manera alguna.

Protesta ella contra la mala instrucción, y distribuye al pueblo la instrucción sana. Le enseña, no a dudar y negar, sino a creer y esperar. Preguntad a ese aldeano, a ese obrero cristiano, a ese humilde niño del catecismo: "¿Quién es Dios?" Lo sabe, porque cree todavía. "¿Qué es el alma?" Lo sabe, porque cree todavía. "¿De dónde viene y a dónde va el mundo? ¿Cuál es el principio, el término y el camino? ¿Qué hay que hacer para conseguir nuestro destino y ganar el cielo? ¿En qué consiste el deber, el deber religioso, el deber individual, el deber doméstico, el deber social?" He ahí preguntas que turban y dividen la incredulidad, y no

embarazan un segundo al aldeano, al obrero, al niño, educados en la escuela del Evangelio. Tienen creencias autorizadas y firmes, que llenan de luz su espíritu, de pan su corazón, y conducen su conciencia por el camino recto. La religión da a la democracia una instrucción sana. Pero escuchad todavía.

2.º Hay una instrucción que es buena en sí misma, pero *mala en el mal uso que de ella se hace.*

Saber escribir, leer, contar y aun cantar... es bueno, es útil, y aun constituye el sueño de ciertos hombres para toda la patria, para todos los hijos de la patria. Pero seamos razonables. ¿Es que el arte, aun universal, de leer, escribir y contar es una garantía de moralidad y de dicha? En modo alguno. He ahí *el pobre hijo del pueblo* que sale de la escuela sabiendo leer correctamente, y es acechado por publicaciones obscenas que manchan su imaginación y corrompen su corazón. Le felicito por su instrucción que es buena, pero le compadezco y le censuro por el mal uso que de ella hace. He ahí un *excelente obrero* que gusta de la lectura y se alimenta diariamente de una prensa impía, inmunda, antirreligiosa y antisocial. Sabe leer... Tanto mejor, pero no lee más que lo malo; es una inmensa desgracia. He ahí *una joven obrera* que se sumerge cada tarde, y a veces durante noches y jornadas enteras, en la lectura enervante de la novela, y pierde su tiempo, su salud, su fe, su virtud. No digo que se hizo mal en enseñarle a leer, pero ¿me atrevería a deciros que tiene derecho a leer páginas que la corrompen hasta la médula de sus huesos? *Sabes leer,* ¡oh pueblo!... pero si no lees más que periódicos y revistas licenciosas, perecerás en el lodo y la vergüenza. Sabes escribir... pero si tu pluma te sirve para destilar la

blasfemia, para redactar falsedades y calumnias, para poner en el papel conceptos torpes, indecentes, tu ciencia es peor que la ignorancia. Sabes contar... pero si tu aritmética es instrumento hábil de injusticia y falta de honradez, tu aritmética no te salvará.

En resumen, ***la instrucción es buena;*** hay que darla al pueblo tan abundante como sea posible; pero no es de ese pan tan deseable del que debemos alimentar exclusivamente la democracia. No basta distribuir ampliamente la instrucción al pueblo, sino que hay que enseñarle especialmente a servirse de ella. Al propio tiempo que se cultiva su inteligencia, hay que cultivar su corazón. Porque si la democracia es instruída y emplea mal su instrucción..., ¿a dónde la conducirá esto, sino a la barbarie, a la barbarie ilustrada a medias, mil veces peor, mil veces más peligrosa que la simple ignorancia? Aquí también, señores, aquí especialmente la intervención de la religión es necesaria. Penetra al hombre por entero; lleva la luz a su inteligencia, pero no deja el corazón en las tinieblas, y al propio tiempo que ilumina el espíritu, forma la conciencia y dirige las acciones. Somete el uso de la ciencia a la ley moral y al juicio de Dios; da al pueblo una instrucción abundante y sana, y trabaja incesantemente en la ascensión intelectual de las clases populares.

Oigo decir que hay oposición entre la religión y la democracia. Nada más estúpido que esta afirmación. Porque, en primer lugar, la democracia es la ascensión de las clases populares a una instrucción más completa. Ahora bien, en todo tiempo, y hoy más que nunca, la religión se ha esforzado en instruir al pueblo, y en instruirle bien. El hecho es tan patente como la luz del sol. Los caballeros más decididos de la nueva cruzada predicada contra la ignorancia, pueden salir a

campaña y marchar adelante. No hacen más que ensayar lo que nosotros hemos practicado siempre, y cuando lo hayan agotado todo, el dinero de los contribuyentes y la ingeniosidad de los pedagogos, la religión, inmortal educadora del pueblo, sobrevivirá a sus frustradas empresas y a su ambición desvanecida.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOPRIMERA

Pasó ya el tiempo de la religión

8.º Es antidemocrática

2. *La religión y la ascensión moral de la democracia*

Señores:

Se dice que la religión es antidemocrática. Esto no es verdad. La religión trabaja en la ascensión intelectual de la democracia dándole una instrucción abundante y sana. Hace más todavía: eleva al pueblo a una moralidad más seria, y con su enseñanza, con su culto, con su sacerdocio, trabaja poderosamente en la ascensión moral de la democracia.

I. La religión eleva con su enseñanza el nivel moral de la democracia.

Se dice por todas partes que el pueblo tiene necesidad de ser moralmente realzado y fortalecido. Es una verdad. Pero ¿en dónde están las fuentes de agua

viva en donde pueda nuestra sociedad fatigada y desfallecida reanimarse y fortalecerse? No conozco otras que las viejas fuentes cristianas y católicas. Hace ya veinte siglos que brotan, sin que jamás se hayan mostrado estériles ni secas. Pueden ignorarse, pero no suprimirse; pueden desdeñarse, pero no prescindir de ellas. Oid sobre este punto el parecer de dos hombres no sospechosos, pues son enemigos del catolicismo.

En 1850, desde lo alto de la tribuna francesa, Víctor Hugo, a punto de pasar de los bancos de la derecha a la cumbre de la montaña, y parlamentando ya con la izquierda, exclamaba entre los aplausos de toda la asamblea: "Cuanto más grande es el hombre, más robusta debe ser su fe. La enseñanza religiosa es, a mi entender, más necesaria hoy que nunca. Hay en nuestra época una desdicha, y casi me atreveré a decir que no hay más que una desdicha: la propensión a esperarlo todo de esta vida. Dando por fin y por objeto la vida terrestre, la vida material, se agravan todas las miserias con la negación que entraña; al agotamiento del desgraciado, se agrega el peso insoportable de la nada, y de aquello que no es más que el dolor, es decir, una ley de Dios, se hace la desesperación. Cierto que deseo mejorar en esta vida la suerte de los que padecen, pero no olvido que el mayor bien que podemos hacerles consiste en infundir en su alma la esperanza. En cuanto a mí, creo profundamente en ese mundo mejor, y él es la suprema certeza de mi razón, como es la suprema ley de mi alma. Quiero, pues, sinceramente, más todavía, anhelo ardientemente la enseñanza religiosa." Tal es la palabra del genio, eco de la razón y de la experiencia universal. Y ¡cosa curiosa!

Este mismo año de 1903, en la Cámara de los diputados, a propósito de la discusión del presupuesto de cultos, el jefe del gobierno, M. Combes, a pesar del odio feroz que profesa a la religión, dijo estas palabras: "No creo que la mayoría... ¡qué digo la mayoría!... la casi totalidad de los franceses pueda contentarse con simples ideas morales, tales como se enseñan superficialmente en las escuelas. Preciso es que esas ideas constituyan una doctrina práctica, necesaria para que el hombre afronte las pruebas de la vida. Consideramos, pues, las ideas religiosas que las Iglesias difunden, y que sólo ellas pueden difundir, como ideas necesarias, y las consideramos actualmente como las fuerzas morales más potentes del género humano." Salida de la boca de un enemigo, esta declaración es significativa, pues nos dice que las enseñanzas de la religión son irreemplazables, y que la moral independiente es una moral nula, falta de sanción, de precisión y aun de substancia. Las ideas de bien y de deber no son más que vanas palabras, o concepciones puramente personales, y, por consiguiente, relativas, variables, inconscientes, fuera de un Dios personal, perfecto, eterno, renumerador y vengador, con quien ellas se identifican. Sin Dios, sólo tendréis una moral sin valor. Sin religión, sólo tendréis un pueblo sin ideal y sin grandeza. La religión eleva el nivel moral de la democracia mediante su enseñanza.

II. La religión eleva el nivel moral de la democracia mediante su culto.

Enseña *a todo el pueblo* en sus templos, y allí se dirige a sus sentidos, a su imaginación, a su entendimiento, a su corazón, a su conciencia. Le tranquiliza, le instruye, le santifica, le transfigura, le espiritualiza, le diviniza. Esto es sencillamente admirable. He ahí

ante nuestros altares la gran multitud de trabajadores de la pluma o de la herramienta. Olvidan que tienen un cuerpo, y recuerdan que tienen un alma. Olvidan las vulgaridades, las seducciones, las miserias terrenales, y piensan en los esplendores, en los atractivos, en las felicidades del más allá. Sacuden el polvo del camino, y se lanzan hacia Dios en alas de su fe, de su esperanza y de su amor. Escuchan la palabra de Dios, siempre sublime en su sencillez, siempre elocuente y persuasiva en las verdades que anuncia. Oran... y sobre su cabeza desciende la bendición divina. Cantan... esos cánticos majestuosos y tiernos, esas palabras latinas que no comprenden, pero que tantas cosas dicen; palabras de la eternidad caídas en el tiempo, secretos misteriosos de la patria, entrevistos en el destierro. Contemplan las bellas ojivas que se elevan hacia el cielo, las hermosas vidrieras que transparentan la luz eterna, las graciosas estatuas que hacen pensar en el paraíso, los ricos ornamentos, las esplédidas ceremonias, que son una verdadera lección sumamente instructiva para los sabios y para los ignorantes. Y, sobre todo, asisten al divino oficio. ¡Oh espectáculo admirable! ¡oh grandeza sin par! Ese templo en donde los cristianos ejecutan los principales actos de su vida; esas oraciones litúrgicas, tan inmutables y variadas, que responden exactamente a la infinitud de todos los deseos y de todos los estados particulares del alma; ese órgano que resuena, que murmura o que se calla; ese sacerdote que consagra, y Dios que se inmola...

Señores, ¿qué podemos imaginar que sea más hermoso y moralizador? Los pecadores se enternecen, los justos se santifican más y más, los desesperados se consuelan, los orgullosos se humillan, extínguense los odios y las divisiones en la sangre del Cordero, y la unión, la paz y la dicha vuelven a florecer bajo las suaves irradiaciones de la cruz. Y la democracia sale de nuestros templos mejor de lo que entró, más serena, más tranquila, más pura, más animosa, más paciente. En la taberna se alcoholiza y se embrutece; en el club se exaspera y sobreexcita; en las fiestas profanas se agita y a menudo se corrompe; pero en la iglesia, en nuestras fiestas religiosas, reposa, se mejora, y encuentra algo de esa nobleza y de esa felicidad que es aquí bajo la ilusión de toda criatura humana.

Con todo, no es suficiente tomar al pueblo en su conjunto; hay que apreciarlo *en cada uno de sus miembros*. De tal modo estamos hechos, que el más pequeño de nosotros quiere ser distinguido de la masa y ser objeto de un amor particular.

Nadie se conforma con ser olvidado. Por medio de sus sacramentos, la religión llega a la democracia en todas sus parcelas. El hijo del proletario recibe el mismo bautismo que el hijo del rico. La pequeña obrera y la gran dama vestida por ella, reciben las mismas absoluciones y la misma eucaristía; en la sagrada mesa, el servidor se arrodilla al lado de su amo. La santa igualdad del culto católico rescata nuestras desigualdades de fortuna y de condición social... La religión eleva el nivel moral de la democracia con su enseñanza y su culto.

III. La religión eleva el nivel moral de la democracia por medio de su sacerdocio.

Permitidme que os lea aquí una página de Guizot, escrita en 1849, en un folleto titulado *De la democracia en Francia*. Dice así: "Sin el espíritu religioso, nada podemos hacer por el pueblo y con el pueblo. Uno de

los rasgos más admirables de la organización cristiana consiste en que sus ministros están repartidos y presentes en la sociedad entera, viviendo al lado de las cabañas y de los palacios, en contacto habitual e íntimo con las condiciones más humildes y las más elevadas, consejeros y consoladores de todas las miserias y de todas las grandezas. Potencia tutelar, que hace ya tantos siglos vela y obra más que ninguna otra por la dignidad moral y los más caros intereses del género humano. No teman, pues, las sociedades modernas a la religión, ni le disputen agriamente su influencia natural; eso sería un terror pueril y un funesto error. Estáis en presencia de una multitud inmensa, ardiente; os lamentáis de la falta de medios para obrar sobre ella, para ilustrarla, dirigirla, contenerla, calmarla; de que sólo entráis en relación con ella por medio de preceptores y policías; de que la veis entregada sin defensa a las mentiras y excitaciones de los charlatanes y de los demagogos, a la ceguera y empuje de sus propias pasiones. Pero veis por todas partes, en medio de esa multitud, hombres que tienen precisamente por misión, por ocupación constante, dirigirla en sus creencias, consolarla en sus miserias, inculcarle el deber, abrirla a la esperanza, hombres que ejercen sobre ella esa acción moral que no hallaréis en parte alguna. ¿Y no aceptaríais complacidos la influencia de esos hombres? ¿No os apresuraríais a secundarlos en su obra, a ellos que tan poderosamente pueden secundaros en la vuestra, precisamente allí donde penetráis tan poco, y donde vuestros enemigos, los enemigos del orden social, entran y minan incesantemente? No, no temáis las influencias religiosas, las libertades religiosas. Dejad que se ejerzan y desplieguen ampliamente, poderosamente; ellas os proporcionarán en definitiva mayor cantidad de

paz que de lucha, de auxilio que de obstáculo." He ahí, señores, palabras graves, palabras prudentes. Fueron escritas por un hombre de Estado, por un protestante en 1849, en decir, en una época parecida a la nuestra, que asistía como nosotros a las evoluciones tormentosas de la democracia. Guizot reclamaba el auxilio del clero católico para elevar el nivel moral de la democracia. Lo que era necesario en 1849, es más necesario hoy en día.

La democracia es actualmente una potencia sin rival. Decide de todo. Es la única clase directora del país. *Si no es cristiana,* si se hace materialista y atea, como sus antepasados, la nobleza y la burguesía, se hicieron volterianas, ¡ay de ella y de nosotros! Perecerá y quizás toda la nación perezca con ella. Pero si la *democracia es cristiana,* si acepta el yugo del Evangelio, podrá conseguir, y conseguirá ciertamente, hermosos destinos; la religión no le impedirá subir, sino solamente bajar. Un capellán de una prisión decía a sus parroquianos: "Queridos amigos, con frecuencia habéis oído hablar mal de la religión y de los sacerdotes; probablemente vosotros mismos habéis hablado mal de ellos; a pesar de esto, confesad que, si hubierais hecho todo lo que la religión ordena, y si no hubierais hecho lo que prohibe, no estaríais ciertamente aquí." ¡Qué bien hablaba aquel capellán! ¡Oh pueblo, la religión es la verdadera educadora! Séle fiel, si no quieres caer y envilecerte. Séle fiel, e impulsado por ella a una moralidad más elevada, marcharás por el camino del honor y de la salvación.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEGUNDA

Pasó ya el tiempo de la religión

8.º Es antidemocrática

3. *La religión y la ascensión material de la democracia.*

Señores:

Se dice que la religión es antidemocrática, y no es verdad. La democracia es la ascensión de las clases populares a una instrucción más completa y a una moralidad más seria. Ahora bien, he demostrado ya que la religión eleva el nivel intelectual y el nivel moral del pueblo. ¿Qué es además la democracia? Es la ascensión de las clases populares a un bienestar más amplio. Pues bien, me propongo demostraros hoy que la religión y sus ministros mejoran sensiblemente la suerte material del pueblo.

I. La religión trabaja poderosamente por el bienestar de la democracia.

Trabaja con sus doctrinas y sus obras. Habla y obra en favor del pueblo.

1.º *Nuestras doctrinas* religiosas están contenidas en el Evangelio y en los escritos de los papas y de los obispos.

Abrid el *Evangelio.* ¿No es en este libro divino donde se encuentran en germen todas las reformas encaminadas a la protección de los pobres y a la asistencia de ancianos y desheredados? ¿No es de este libro divino de donde procede todo lo bueno, todo lo útil, todo lo grande, todas las obras que reivindican el título pomposo de filantropía y solidaridad? ¿No es ese libro divino el que ha predicado el perdón, la bondad, la clemencia, que ha suavizado las leyes e introducido la misericordia en la justicia, y ha combinado las costumbres y acreditado el sentimiento de piedad? Todo acto de caridad es un acto de fe inconsciente. Cuando los ateos y los librepensadores reclaman el consuelo de las miserias del pueblo, afirman, a pesar suyo, la idea cristiana; sin saberlo y, sin quererlo, obedecen a la doctrina evangélica, que se ha apoderado del mundo y reina en las almas hace ya veinte siglos.

Los *papas y los obispos* tienen el mismo lenguaje que el Evangelio. Intérpretes autorizados de este libro divino, sacan de él preceptos y consejos que garantizan la dicha temporal de la democracia. Leed la famosa encíclica *Rerum novarum* de 15 de Mayo de 1891, y en ella encontraréis sentencias como las siguientes: "Sin una cierta cantidad de bienes, es difícil, y aun imposible, ser virtuoso."—"Con placer vemos que se

forman sociedades de este género (asociaciones profesionales o sindicatos), ya compuestas únicamente de obreros, ya formadas de patronos y obreros. Deseamos que aumente su número y la eficacia de su acción." Leed la admirable encíclica *Graves de communi,* de 18 de Enero de 1901, y en ella veréis que León XIII introduce definitivamente la palabra democracia en el lenguaje católico. ¿Qué es la democracia?—dice.—Y responde: "Es el cuidado ardiente de los católicos para consolar y realzar al pueblo. Nadie censurará ese celo, el cual, según la ley natural y la ley divina, propende tan sólo a procurar que los que se ganan la vida con el trabajo manual, logren una situación más tolerable y posean algo con lo cual puedan asegurar su porvenir." Leed la alocución dirigida por León XIII al Sacro Colegio, el 24 de Diciembre de 1902, y en ella encontraréis estas categóricas palabras: "La democracia verdadera consiste en mejorar la situción espiritual y la suerte material de las multitudes... y que nadie desconfíe de la palabra, ya que es sabido que la cosa es buena... Entendido como lo entiende la Iglesia, el concepto democrático, no solamente se armoniza a maravilla con los principios revelados y las creencias religiosas, sino que nació y fué desarrollando por el cristianismo y difundido entre las naciones por la predicación evangélica. Atenas y Roma no lo conocieron hasta que oyeron la voz divina que dijo a los hombres: Todos sois hermanos, y vuestro Padre común está en los cielos." Tal es, señores, la enseñanza de la religión. Pero no se contenta con hablar, sino que obra.

2.° *Nuestras obras* religiosas vienen sin cesar y en todas partes en auxilio de la democracia. ¿Cómo detallarlas?

Primeramente *obras de caridad cristiana,* las cuales llenan lo pasado y lo presente. Cien veces os he dicho ya lo mismo. Permitidme algunas palabras solamente. La religión consuela todas las miserias del pueblo. Visita en su domicilio a todos los necesitados, a todos los enfermos, a todos los abandonados. Cuenta con asilos para todos los niños huérfanos, con refugios para las jóvenes que han caído o están expuestas a caer, con hospitales y casas de beneficencia para los enfermos, para los ancianos, para los incurables, para los idiotas, para los locos. Da dinero, trabajo, pan, cuidados, a la democracia, y le da todo esto con amor, con dignidad, con respeto, con exquisita delicadeza y ternura. Envía a la democracia un cuerpo escogido de corazones abnegados, que se consagran al servicio gratuito del pueblo, sin otro móvil que el amor apasionado por los débiles y por todos los que padecen. "Sólo en Francia—dice Taine (*Revue des deux Mondes,* 1.° de Junio de 1891),—más de 28,000 hombres y más de 123,000 mujeres son bienhechores por instinto y tributarios voluntarios de trabajos manuales, entregados por su propia elección al remedio de necesidades peligrosas, repugnantes, o por lo menos ingratas..., sin cobrar nada, o cobrando cantidades ínfimas, merced a la reducción al mínimum de las necesidades físicas de cada religioso o religiosa." Semejantes bienhechores de la democracia merecen la admiración y gratitud de todo el mundo. Y si hay seres bastante degradados para maldecirlos y expulsarlos, sólo quiero dirigirles este grito vibrante de un obrero honrado: "Este invierno pasado, tuve enfermos mi mujer y dos hijos. Sin las Hermanas, no sé lo que nos hubiera pasado. Esas mujeres son admirables en su bondad y abnegación. Hay gentes suficientemente miserables parar querer arro-

jarlos a la calle. ¡Y os atrevéis a pedirnos que las aplaudamos! ¡No jamás!" Tranquilizaos, señores; la vida religiosa y monástica es un árbol de vida duradera; pueden cortársele algunas ramas, pero no arrancarlo de raíz, y a medida que los supuestos reformadores del género humano amontonen ruinas, la caridad cristiana multiplicará sus prodigios para separarlas. Además, al propio tiempo que la religión cura la miseria del pueblo por medio de la caridad,

Se esfuerza en prevenirla con *obras de justicia, de previsión y de solidaridad social.*

Es esto algo capital, a lo cual no se presta la atención debida. Notad, señores, que la religión no olvida en modo alguno las reformas económicas que tienen por objeto mejorar la suerte material de la democracia. La religión se preocupa y se ocupa muchísimo de la cuestión de las huelgas, de los intereses de la agricultura, del salario mínimo, de la limitación de las horas de trabajo, de los retiros obreros, del seguro contra los accidentes, de la higiene de fábricas y talleres, de la protección de la mujer y del niño, de la lucha contra la tuberculosis, del alcoholismo. Quizás os asombro, señores, pero todo lo que acabo de deciros está indicado y estudiado en la encíclica de León XIII *De la condición de lo obreros...*, todo lo que acabo de deciros ocupa y preocupa actualmente a los católicos de ambos mundos. El presidente de los Estados Unidos, *Roosevelt,* trata tan graves cuestiones con los grandes obispos de América, *Ireland* y *Spalding.* En Inglaterra el cardenal *Manning* impuso su arbitraje a los huelguistas de los docks de Londres. Los *cristianos sociales* de Austria, de Holanda, de Suiza, de Italia, rompen la coalición judío-masónico-socialista, calcada sobre la nuestra, merced al estudio y realización

de las reformas democráticas. Si los católicos *alemanes* han visto el fin de su Kulturkampf, y si sostienen el apogeo de su popularidad, lo deben a la acción social que han ejercido y ejercen sin cesar sobre las clases populares. También los católicos *belgas* se ocupan apasionadamente en las cuestiones obreras. He ahí, señores, lecciones que nos vienen de todas partes y nos dicen con elocuencia que la religión trabaja por el bienestar de la democracia, con sus doctrinas y sus obras, con obras de caridad y obras de justicia, de previsión y solidaridad social. Una palabra más:

La religión se personifica en sus ministros. Ahora bien, afirmo que

II. El sacerdote trabaja poderosamente por el bienestar de la democracia.

Le presta:

1.º *Servicios desinteresados.* No faltan hoy farsantes que inciensan la democracia para mejor esclavizarla, que la adulan, la engañan, la corrompen para explotarla en provecho de ellos. Escuchad, señores. El sacerdote es casi el único que no persigue interés personal alguno en sus relaciones con el pueblo. Cuando visita enfermos, socorre pobres, consuela afligidos; cuando se pone en contacto con el mundo del trabajo... ¿busca acaso un puesto de diputado, senador o concejal? Procura formarse un pedestal? Ni siquiera piensa en ello. No se propone satisfacer ambición alguna, ni labrarse una posición, ni colocar a ningún familiar. De tal modo es desinteresado, que la misma ingratitud no le desalienta, y con frecuencia torna bien por mal. Pío VII, perseguido por Napoleón, entra en Roma,

y allí, otra vez rey, acoge a la familia de Bonaparte, expulsada de Europa, a la anciana madre de Napoleón, a los hermanos de éste Luciano, Luis, Jerónimo, Paulina, y a su tío el cardenal Fesch. Así es como nos vengamos nosotros. Hombres hay que nos atacan en el día de hoy, pero mañana se verán sumidos en la miseria y el desconsuelo; entonces vienen a llamar a nuestra puerta, y en nuestro corazón encuentran refugio contra la adversidad. El sacerdote presta a la democracia servicios desinteresados.

2.º *Servicios positivos.* Os citaba hace poco el clero de Europa y del Nuevo Mundo, y os lo mostraba preocupadísimo de los intereses materiales de sus ovejas. Este hecho es significativo, pues nos dice que en todas partes se ingenia el sacerdote para mejorar la suerte de las clases populares. Funda *obras* de caridad y obras sociales. Ora previene la miseria, ora la cura; con frecuencia da trabajo, y a veces limosna. Su acción no se limita al mundo sobrenatural, sino que interviene en las cuestiones económicas, estudia y consulta, y cuando no puede dar soluciones, da por lo menos *consejos* prudentes y paternales a los hombres que debe conducir a Dios. Después les da lo que vale más que el bienestar, lo que es la condición y la fuente misma del bienestar, *las virtudes*. Los geólogos, los botánicos, los matemáticos eminentes, los ingenieros, los jurisconsultos, los eximios literatos, los miembros del Instituto, no son los que enseñan las reglas del bien y de lo justo, tan necesarias a la felicidad del pueblo, sino el sacerdote, mensajero y predicador del Evangelio. Al acreditar la doctrina y la moral cristianas, el sacerdote inspira a la democracia las virtudes de la prudencia, de la moderación, del valor, de la paciencia, que garantizan su bienestar. El sacerdote da a la democracia servicios desinteresados, servicios positivos... y añado:

3.º *Servicios superiores.* Dice un probervio ruso: "Se vive sin padre y sin madre, pero no se vive sin Dios." Esto es verdad tratándose de la sociedad en general y de la democracia en particular. La democracia no tiene más que un cuerpo y un alma; pero esta alma, el alma del pueblo, no podía vivir sin una centella del fuego divino, sin una palabra de verdad religiosa, sin esa vieja canción de la fe cristiana, que sostiene, levanta y fortalece, que alimenta al hombre que padece. Fuera de la religión y del sacerdote, puede darse al pueblo pan, dinero, juegos, pero no la asistencia superior que necesita, es decir, creencias, esperanzas, certezas, energías, consuelos y amores capaces de satisfacerlo. Quisieran asegurar el bienestar de la democracia sin recurrir a la religión, y a sus ministros; es una equivocación. Nuestras manos consagradas sostienen la Cruz, el Evangelio, la Eucaristía, es decir, las llaves del cielo y el secreto de la felicidad temporal: *promissionem habemus vitæ quæ nunc est et futuræ!*

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOTERCIA

Pasó ya el tiempo de la religión

8.º Es antidemocrática

4. *La religión y la ascensión política de la democracia.*

Señores:

¿Qué es la democracia? Es la ascensión de las clases populares a una instrucción más completa, a una moralidad más seria, a un bienestar más amplio. Pues bien, como creo haberlo ya demostrado, la religión trabaja poderosamente en la prosecución y obtención de estos tres ideales. Pero la democracia se propone conseguir otro fin, quiere ejercer una influencia política más amplia. ¿Cuál es sobre este punto el pensamiento de la religión? ¿cuál su manera de obrar en relación con la democracia como potencia y régimen político? Esto es muy importante. Digo y demuestro:

1.º Que la democracia es un régimen político que la religión acepta como cualquier otro;

2.º Que la democracia es un régimen político que tiene necesidad de la religión como cualquier otro.

I. La democracia es un régimen político que la religión acepta como cualquier otro.

¿Qué es la democracia en cuanto régimen político? Esto es fácil de saber, pues el asunto está a la vista. La sociedad europea abandona cada vez más el principio de la monarquía absoluta y de derecho divino, la separación de la nación en diferentes órdenes privilegiados clero, nobleza y pueblo, el derecho de voto como efecto del nacimiento y de la riqueza. A esto sustituye la igualdad de todos ante la ley, el acceso de todos a los empleos públicos, la elección como medio de comunicación del poder, la inspección de los actos de la autoridad por asambleas legislativas. En suma, la democracia es un estado político en el cual, según frase de Esquino "todo ciudadano es rey por su voto," un estado político en el que reina en uno o varios grados el sufragio universal, y en el que el artesano y el noble, el letrado y el ignorante son iguales ante la ley y ante las urnas de escrutinio. Puede uno gritar contra semejante estado de cosas y lamentarse de que el más insignificante artesano de Atenas valga tanto, en las luchas electorales, como Sócrates o Platón. Puede uno discutir el régimen democrático, regocijarse o entristecerse por causa de él, ver en él un progreso o una demencia; no juzgo estas cuestiones, pues están fuera del alcance de mi ministerio; solamente responderé a esta cuestión: ¿condena la religión el régimen democrático? Y respondo rotundamente: no.

1.º Hablando *racionalmente,* ¿es que la religión

puede condenar el régimen democrático? Y ¿por qué habría de condenarlo? Es un régimen como cualquier otro. He ahí las masas populares que se elevan gradualmente a una instrucción más completa, a una moralidad más formal, a un bienestar más difundido. Como consecuencia necesaria, quieren elevarse también a una influencia política más desarrollada. ¿Qué hay en esto que no sea perfectamente legítimo, que no salga como un torrente de las entrañas del Evangelio? ¿Quién se atrevería a negar a los pobres la instrucción y a los obreros la luz? Y si, con la luz, se elevan a la virtud, ¿quién podría negarles la influencia política, el derecho y el deber de mezclarse en los asuntos públicos de su patria? Esta pretensión nada tiene de extemporánea ni de exagerada; es lógica y racional; es la conclusión normal de todas las evoluciones de lo pasado.

2.° *Históricamente* hablando, ¿es que se ha opuesto acaso la Iglesia católica a la práctica del régimen democrático? Jamás. La primera de las instituciones democráticas. es la inspección del poder por asambleas deliberantes, que votan la recaudación e inversión de los fondos públicos, y que vigilan a los gobernantes para que no sufra menoscabo el honor de la patria en lo exterior y la seguridad en lo interior. Antes, los miembros de estas asambleas deliberantes eran designados por su nacimiento, por su capacidad, por la clase social a que pertenecían. Poco importa. Estas asambleas existieron siempre en Francia, y la Iglesia jamás las trató como instituciones malas y dignas de reprobación. El clero formaba parte de ellas, pues con la nobleza y el tercer estado, era uno de los elementos esenciales de las asambleas deliberantes de la antigua Francia. Hoy, como ya no hay clases, estas asambleas

se constituyen por elección, la cual, restringida antes a ciertas categorías de individuos, es actualmente facultad de todos los ciudadanos. Tal es el sufragio universal, mundo de instituciones democráticas. Dígase lo que se quiera en pro y en contra del sufragio universal... que el pueblo no está maduro en materia de instrucción y moralidad para una función tan delicada... que el sufragio universal es con frecuencia adulterado, mixtificado, engañado, etc... lo cierto es que la religión se acomoda a él y no le condena. Condena el abuso que a menudo se hace de la institución, pero no condena la institución en sí misma. En todas las épocas usó la Iglesia ampliamente del sufragio universal, y lo usa todavía. La mayor parte de sus grandes Ordenes religiosas se gobiernan por el sufragio universal. El sufragio universal debe ser ilustrado, guiado, moralizado. Esto es evidente, pero repetimos que no hay conflicto alguno entre esta instrucción enteramente moderna y nuestra vieja religión cristiana. Más todavía:

El cristianismo es el que ha preparado, proporcionado, hecho posible y casi necesario, el régimen democrático. De ello da fe la historia. La democracia es el último término de la acción del cristianismo, que halló al pueblo sin derechos, encadenado, esclavizado; del esclavo hizo primeramente un siervo, del siervo un hombre libre, ciudadano de un municipio, y, finalmente, del ciudadano, un ser cada vez más apto para todas las funciones públicas. Esta transformación no se obra rápidamente, bruscamente, violentamente, sino que se elaboró con lentitud, pero por modo invencible y seguro. Cuando apareció el cristianismo, el pueblo no existía. El cristianismo rompió sus cadenas, y de él hizo un siervo. Fué este el primer paso, que costó muchos esfuerzos durante cuatro o cinco siglos. Después

en los siglos XII y XIII, se dió el segundo paso: el siervo se convirtió en hombre libre, y ya entonces hubo choques terribles. Pero se tenía fe en la empresa y se acabó por triunfar. Hoy empezamos a dar el tercer paso: el pueblo emancipado conquista el poder político; es rey por el voto, y como se expresa Ozanam: "He creído y creo todavía en la posibilidad de la democracia cristiana... Lo que sé en materia de historia me hace creer que la democracia es el término natural del progreso político, y que Dios conduce a él al mundo entero." Considerando lo pasado, parece bien evidente que la religión, en vez de ser enemiga de la democracia, es su primer principio, su fuente misma, su verdadera madre.

3.° *Doctrinalmente* hablando, la religión acepta, aprueba, alienta el régimen democrático. Escuchad todos los grandes católicos de la Edad Media. Santo Tomás, Belarmino, Suárez, saludan este régimen como el ideal de las sociedades cristianas. "La buena organización política—dice Santo Tomás—exige una cosa esencial, a saber, que todos tengan alguna parte en el gobierno, *ut omnes aliquam partem habeant in principatu.* Tal es el verdadero medio de conservar la paz en una nación, y de hacer que todo el pueblo ame y defienda su constitución, *ut omnes talem ament ordinationem et custodiant.*" Los grandes teólogos de la Edad Media iban todavía más lejos, pues entraban en detalles que nos asombran, ya que querían que los jefes fuesen todos elegidos, y elegidos por todos. Enseñaban que el poder viene de Dios, no directamente al rey, sino a la nación que lo delega en el rey, y aun no por modo no tan absoluto que no quedase en la sociedad, la cual podía recuperarlo en las condiciones que señalaban y que eran profundamente liberales... condiciones que se imponían al rey en el acto de su consagración, obligándole a jurar, bajo pena de deposición, que serían respetadas por él. Tal es la doctrina católica. ¿Es que en nuestros días condenaron los papas el régimen democrático? Jamás. Podría citaros páginas enteras en las cuales el gran papa León XIII declara oficial y expresamente que la Iglesia acepta todas las formas honestas de gobierno, la forma democrática, lo mismo que la forma monárquica u oligárquica... Bien presentes tenéis todos los reiterados llamamientos de León XIII a los católicos franceses para que acepten la constitución republicana. Esto es claro. La democracia es un régimen político que la religión acepta como cualquier otro.

II. La democracia es un régimen político que tiene necesidad de la religión más que cualquier otro.

Oigamos primeramente sobre este punto *testimonios irrefragables.* A principios del último siglo, los José de Maistre, los Bonald, los Roger-Collard contemplaron la aparición en escena de la democracia, y declararon unánimamente que sería la ruina del mundo, si, en vez de llamar en auxilio suyo la religión y apoyarse en el cristianismo, se abandonaba al materialismo y a la impiedad. Tocqueville escribió: "El despotismo puede prescindir de la fe, pero no la libertad. ¿Cómo evitaría su ruina la sociedad, si, al aflojarse el lazo político, no se fortaleciera el lazo moral? ¿Qué hacer de un pueblo dueño de sí mismo, si no queda sometido a Dios?" Lacordaire, en su discurso de recepción en la Academia, decía: "La democracia, dueña incontestable de lo porvenir, nos prepara, si no llega a ins-

truirse y regimentarse, la espantosa alternativa de una demagogia sin fondo o de un despotismo sin freno." M. de Falloux escribía por su parte: "En medio de las divisiones contemporáneas, un solo hecho queda incontestable: el advenimiento de la democracia. Ningún otro estado social exige más imperiosamente la infiltración profunda del cristianismo." Así hablan los sabios, los hombres más avisados y autorizados.

La simple razón no habla de otro modo. He ahí el sufragio universal. Así que fué instituído en 1852, dijo Montalembert: "El sufragio universal representará en adelante en política el mismo papel que la pólvora en el arte de la guerra o el vapor en la industria. La introducción de esta arma nueva y formidable cambia todas las condiciones de la lucha. Pero no hay otro remedio que habituarse a ella, que resignarse a ella, porque no será destruída tan fácil y prontamente como fué introducida." Sí, el sufragio universal es un arma terrible. Tomad almas rectas, que sólo quieran el bien público, que sólo voten bajo la única inspiración de su conciencia, con absoluto desprendimiento de sí mismas: ¿hay algo más hermoso, más verdadero, más legítimo? Sí, pero si en el momento en que introducís en la sociedad esta institución delicada, trabajáis en expulsar a Dios de las almas, es decir, la virtud, el olvido de uno mismo, el sacrificio de sus intereses en beneficio de la cosa pública; si no lleváis a las urnas más que pasiones o cóleras, en vez de conciencias rectas, entonces, privada de su luz y de su freno, esta institución, ya peligrosa, se volverá contra la sociedad, y la convertirá en ruinas. Veremos cómo el sufragio universal desdeña las capacidades y los escogidos, y eleva sobre el país las medianías y las perversidades. Para merecer los honores del sufragio universal, veremos cómo los ambiciosos se convierten en bribones y malhechores. Regla general: cuanto más cristiana sea una sociedad, más capaz será del sufragio universal; cuanto menos cristiana sea una sociedad, más nocivo y destructor será el sufragio universal. Una comparación completará mi pensamiento: figuraos un navío en lo más rudo de la tormenta; cada pasajero deposita una papeleta de voto antes de cada maniobra, y el piloto se ve forzado a obedecer el voto de la mayoría. Tal es el régimen democrático. No digo que es impracticable, pero sí afirmo que, si la masa es ignorante e irracional, y lo será si no es cristiana, no tardará el navío en chocar contra los escollos y en hacerse mil pedazos.

Una democracia puede vivir, pero con una condición, a saber, que cada cual llegue al máximum de savia intelectual y moral, que cada cual sepa gobernarse a sí mismo según el orden y la justicia, que cada cual obedezca a su conciencia y a Dios. Pero si el espíritu del pueblo está lleno de tinieblas, si tiene ulcerado el corazón, y vacía de Dios su conciencia y desencadenadas y sin freno sus pasiones... ¿hay algo más peligroso que el régimen democrático? La libertad existe, pero no saben servirse de ella, por lo cual perece bien pronto en la licencia, hasta el día en que un déspota esclaviza al pueblo que no quiso sujetarse voluntariamente al yugo del Evangelio. La democracia es un régimen político que tiene más que cualquier otro necesidad de la religión.

Conclusión.

He aquí la gran cuestión actual; ¿acabarán por entenderse la democracia y la religión y marcharán unidas de las manos?

He ahí la democracia victoriosa en presencia del cristianismo. Nada hay en ella que obligue a condenarla y a proscribirla. Eso sería insensato, porque si verbalmente es posible condenar la democracia, nadie es capaz de ejecutar el fallo. Sería ilógico condenar la democracia, ya que el mal que nos mina no procede de la democracia, sino de una concepción errónea de esta forma del poder público. Finalmente, sería injusto condenar la democracia, porque la democracia, lo mismo que toda otra forma de gobierno, tiene el derecho de vivir. Esto no obstante, la democracia desconfía del cristianismo, lo mira como un enemigo, lo combate con violencia..., y, privada del concurso moral de la religión, corrompida por los principios egoístas y perversos de un materialismo impío, la democracia amenaza con descomponer a Francia. La hora es crítica. La religión ni puede, ni quiere destruir las instituciones democráticas, pero, por otra parte, el régimen democrático parece que desea únicamente la destrucción de la religión católica. ¿Qué resolución tomar en vista de una situación tan compleja?

¿Qué hacer? Es preciso trabajar con todas nuestras fuerzas para lograr la aproximación de la democracia a la Iglesia, como lo han intentado, desde hace cien años, tantos espíritus superiores, tantos católicos eminentes y pensadores profundos: Silvio Péllico, Ozanam, Lacordaire, Tocqueville, O'Connell, Dupanloup, Pereyve, Gratry, Falloux y cien otros. Este gran trabajo de aproximación reclama ante todas cosas la destrucción de los prejuicios que impiden que la democracia y el cristianismo entren en relaciones y se comprendan. Este es el fin que nos proponemos conseguir en nuestras asambleas y conferencias religiosas. Luego, al propio tiempo que ponemos en relación los espíritus por medio de la luz, procuramos relacionar los corazones por medio de la caridad, merced a los servicios prestados, y gracias a las obras de fraternidad cristiana y de solidaridad social. Conozcámonos y amémonos los unos a los otros, y Dios bendiga nuestra común y buena voluntad.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCUARTA

No tengo fe

1.º ¿Es esto verdad?

Señores:

Constantemente estamos oyendo esta objeción. Para dispensarse de practicar la religión, dicen muchos hombres: "No tengo fe." A esta objeción empiezo por oponer esta pregunta: Decís que no tenéis fe; ¿es esto verdad? Y divido esta pregunta en dos subpreguntas:

1.º ¿Hay muchos incrédulos sinceros y convencidos?
2.º ¿Eres un incrédulo sincero y convencido?

I. ¿Hay muchos incrédulos sinceros y convencidos?

No es posible negar que hay muchos hombres que se llaman incrédulos y se presentan como tales ante la galería. He ahí ciertos jóvenes recientemente salidos de la escuela, que se dan por incrédulos. Nada han estudiado, nada han examinado; han arrojado simplemente de sus

hombros el yugo que los molestaba, que oprimía pesadamente su conciencia. Son caballos desbocados, tránsfugas de la moral antes que del dogma. No busquéis en ellos convicciones; sólo hallaréis en ellos apetitos y pasiones, o bien no son más que jactanciosos de la impiedad, que se hacen peores de lo que son, que afectan desdeñar la religión para afirmar su independencia. No merecen que los tomemos en serio.

Entre los hombres maduros que se proclaman incrédulos y obran como tales, contaríamos centenares y millares cuya irreligión es puramente superficial. Ora es la ambición, ora el miedo, lo que les mueve a bailar al son que les tocan y a profesar el libre pensamiento. Los pondríais en grave aprieto si les dijeseis que justificaran con algún argumento serio su supuesta incredulidad. Son simplemente poltrones que no tienen el valor de resistir a la corriente general, o bien vulgares advenedizos para quienes el éxito está por encima de todo, aun por encima de la conciencia. Sí, señores, buen número de hombres sólo son incrédulos en apariencia, exteriormente.

¿Pero hay muchos incrédulos sinceros y convencidos, a los que las condiciones de su espíritu, de su índole, de su talento, de sus estudios, de su edad, parecen darles el derecho de que los tomemos como tales? Creo poder afirmar que hay muy pocos... y, para probarlo, apelo al testimonio de la muerte y al testimonio de su conciencia.

1º *La muerte* es la gran reveladora de los corazones. Ahora bien, ¿cuántos llamados espíritus fuertes, llegados al terrible momento de la muerte, carecen de valor para sostener sus supuestas convicciones? Su incredulidad, que no era más que de encargo, se evapora, y su fe, que no estaba más que dormida, se despierta de repente. Llaman un sacerdote, los oprime la angustia de

morir sin sacramentos; a veces condenan elocuentemente todo un pasado irreligioso, a veces mueren desesperados, porque se ha prohibido que el ministro de Jesucristo entre en su morada. Abundan los ejemplos. *Voltaire,* el príncipe de los incrédulos, a punto de comparecer ante Dios, llama al abate Gauthier para que lo confiese; pero sus tristes amigos, Diderot y de Alembert, se oponen a la visita del sacerdote, y Voltaire muere en un acceso de desesperación tan grande, que sus médicos declaran no haber visto jamás nada tan espantoso. Cinco años después, expiraba de *Alembert* castigado por donde más había pecado. "Si estáis presente a mi última enfermedad—dijo a Diderot,—impedid que se acerque a mí un sacerdote." Llegó la hora suprema, y de Alembert se arrepintió y suplicó a su amigo que no hiciera nada. Pero Diderot fué inflexible. "Si no hubiera estado allí—decía después,—de Alembert se hubiera retractado."

El impío *Toussaint,* en el lecho de muerte, condena los extravíos de su vida, y recibe con fervor los últimos sacramentos . "Confieso—dice—al Dios que voy a recibir, y ante quien voy a comparecer, que si me he mostrado poco cristiano en mis actos y escritos, jamás fué por convicción."

Laplace, después de haberse mostrado incrédulo durante su vida, llama a la hora de la muerte un sacerdote y recibe piadosamente el santo viático y la extremaunción. El escéptico *Volney,* amenazado en el mar por una tempestad, reza devotamente el rosario con los otros pasajeros. "Una cosa—dice—es filosofar en el gabinete de trabajo, y otra encontrarse en medio del mar con una tempestad."

Dupuytrén, una de las más grandes celebridades médicas del último siglo, después de vivir como un materialista, quiso morir como cristiano; confesó, comulgó con

la piedad de un niño, y murió en los brazos de un humilde cura de aldea, al que antes curó, del cual era amigo. En los *Etudes,* de Febrero de 1902, M. Pedro Suau refiere sobre la muerte de *Víctor Hugo* la anécdota siguiente, que ha circulado por toda la prensa: "Un antiguo actor, gran admirador de Víctor Hugo y amigo de su ayuda de cámara, habiendo sido autorizado para ver al poeta, una hora después de muerto, quedó sorprendido de la expresión de angustia horrible y desesperada que se reflejaba en su semblante cadavérico, así como de la crispadura de sus manos. "¡En qué estado estás!"—dijo el actor al ayuda de cámara.—"¡Ah señor!—respondió éste;—en el momento de morir, M. Víctor Hugo se incorporó dando un salto desesperado, crispáronse sus dedos, y gritó por dos veces: ¡Un sacerdote! ¡un sacerdote!" El actor se retiró muy conmovido, y dijo a su hija: "No quiero morir así. Cuando esté enfermo, ve a buscar al R. P. Monsabré." Y añadió: "No divulgaré esto, pero es igual, es horrible." No puedo garantizar la veracidad de esta anécdota; solamente afirmo que fué referida, poco después de la muerte de Victor Hugo, por la hija misma del actor a una persona que me la acaba de referir, con los nombres que callo por discreción. El actor ha muerto y su hija vive en París en donde contrajo matrimonio en 1894. Nada me autoriza a dudar de su completa veracidad." Podría alargar indefinidamente la lista de los hombres que han desautorizado a la hora de la muerte la incredulidad de que hacían ostentación. No, no hay muchos incrédulos sinceros y convencidos. Apelo al testimonio de su último suspiro.

2.º Y ahora apelo al testimonio de *su conciencia.* En efecto, haga lo que haga y diga lo que diga, el incré-

dulo se siente, a ciertas horas, preocupado, a pesar suyo, del formidable problema del más allá, devorado por el tormento de lo sobrenatural, recobrado y vencido por los arrepentimientos ofensivos de su bautismo. Escuchad al escéptico Musset:

Lo infinito me atormenta a pesar mío.
No podría pensar en él sin turbación ni esperanza,
Dígase lo que se quiera, mi razón se horroriza
De no comprenderlo a pesar de verlo.

Un intelectual librepensador se lisonjeaba ante *Diderot* de haber obtenido la certeza de la no existencia de las sanciones eternas; mas éste le respondió: "Mucho lo dudo." Y *Voltaire* dijo a uno de sus familiares que sostenía haber conseguido la misma certidumbre: "Sois muy dichoso; yo no lo soy tanto." Los renegados hacen lo indecible para aturdirse, para desprense, según su expresión, de los terrores infantiles y de las supersticiones deprimentes de la religión. Pero no lo consiguen, sino que siempre están inquietos, ansiosos, tristes. El filósofo Jouffroy, refiriendo el final casi trágico de su fe religiosa, dice que le parece entrar en una existencia sombría y despoblada. Y añade: "Era incrédulo y detestaba la incredulidad." ¿Qué pensáis de una incredulidad que produce el malestar, la tristeza, la desesperación? Digo que semejante incredulidad carece de fundamento. La convicción engendra la paz.

En el secreto de su conciencia, la mayor parte de los incrédulos confiesan que su irreligión no se apoya en nada, y son desgraciados por su falta de creencias y por su falta de convicción... ¿Hay muchos incrédulos sinceros y convencidos? Tengo motivos para creer que hay muy pocos.

Voy a dirigirme ahora a un oyente imaginario, a un hombre que me dice: No tengo fe, y le pregunto:

II. ¿Eres incrédulo sincero y convencido?

Entro en discusión con él. ¿Eres incrédulo sincero y convencido?

1.° *Si fuera verdad,* te compadecería y te censuraría.

Te compadecería. Porque, si no eres católico, si no crees en la Iglesia, ¿qué eres, y en quién y en qué puedes creer? ¿Te entregarás a la filosofía? Pero ¿qué es la filosofía? Dudas, negaciones, tinieblas. ¿Te harás protestante, o judío, o mahometano, o budista, o idólatra? ¿Te entregarás al azar? Esto sería poco razonable, o mejor, ¿te refugiarías en la indiferencia, en la abstención total? Esto sería poco glorioso y poco tranquilizador. Pero no olvidemos que los años se amontonan, y que tú avanzas en la vida sin guía en cuanto a lo presente y sin luz en cuanto a lo por venir. Tocas el término fatal, se abre la tumba... te envuelve el silencio y empieza la justicia divina. Aventuras la eternidad. ¡Qué aberración! ¿Eres incrédulo sincero y convencido? Si fuera verdad, te compadecería, y además,

Te condenaría, porque la fe que ya no tienes, la has tenido, y debías tenerla aún. Cien veces se te ha dado. Se te ha dado en tus ascendientes y en tu raza de cristiano, en tu nacimiento y en tu bautismo; se te ha dado en tu infancia con los sacramentos de la penitencia, de la eucaristía, de la confirmación, y más tarde con el del matrimonio. Se te ha dado, o se te ha ofrecido, en mil impresiones, mil invitaciones, mil llamamientos o atracciones exteriores o interiores de la gracia, que solamente tenías que seguir. De suerte que lo que tomas como excusa, la falta de fe, es lo que precisamente te acusa. ¿Eres incrédulo sincero y convencido? Si fuera verdad, te compadecería, te censuraría. Pero ¿es esto verdad? No.

2.º *No es probable.* Por lo contrario, lo probable es que tengas fe. De estos tres estados, uno: o bien tu fe está dormida, o bien no se atreve a mostrarse, o bien no tiene el valor de llegar hasta el fin.

En muchos hombres la fe está escondida, adormecida, amodorrada. No está muerta. La incredulidad es extraña a esos hombres. Aunque haga mucho tiempo que se haya presentado en ellos la incredulidad, y en ellos se haya establecido por larga posesión, jamás logró desterrar la fe ni invalidar los títulos inmortales de la fe, ni apagar nuestro amor innato por las santas verdades de la fe. La incredulidad, en la mayor parte de los hombres, más que la muerte, es el sueño de la fe; de aquí que con frecuencia se despierte por modo tan súbito e inopinado. ¿Eres incrédulo sincero y convencido? No es probable. Más bien eres un cristiano inconsciente. Tu fe no está más que amodorrada, latente, pronta a reverdecer al primer soplo favorable.

O bien no se atreve a mostrarse. Esto no es raro, especialmente en nuestros días. Los tiempos son difíciles para los cristianos. Todo se les rehusa: las colocaciones, los honores, los triunfos, la popularidad y aun la libertad. ¿Qué hacer? Ocúltase uno, se abstiene, toma aires de anticlerical. Muchos que dicen: "No tengo fe", deberían decir, si fueran sinceros: "Tengo miedo de manifestar mi fe". ¿Eres incrédulo sincero y convencido? ¿Es que tu incredulidad no es quizás una simple máscara para imponerla a la galería? O bien, puede ocurrir que tengas fe,

Pero que tu fe no tenga el valor de llegar hasta el fin, de traducirse en actos, de completar su naturaleza. Me explicaré. Seguramente crees en Dios; no podía ser de otra manera. Pero te costaría mucho adorarle, darle gracias, rogarle, pedirle perdón, arrodillarte en sus templos.

Tienes fe, pero no tienes el valor de practicarla. Crees seguramente en tu alma; no dudas de su espiritualidad, de su libertad, de su responsabilidad, de su inmortalidad, pero te costaría mucho cuidar tu alma, preservarla del mal, purificarla; te costaría evitar el mal y hacer el bien, humillarte y realzarte tras tus caídas. Tienes fe, pero no tienes el valor de practicarla. Crees en la Iglesia, seguramente en la Iglesia católica; ¿cómo no podrías creer en la Iglesia? Tienes entre tus manos un negocio embrollado, y nada entiendes en materia de negocios. Consultas a tu notario y a tu abogado, y te dicen: "Haz esto"; y lo haces porque confías en la experiencia y en la probidad de ellos. Pues bien, la Iglesia, el papa y los obispos, en materia espiritual, merecen ciertamente tanta confianza como tu notario y tu abogado en los negocios temporales. Pero te costaría mucho obedecer a la Iglesia, que te manda cosas difíciles, laboriosas, crucificantes, tales como el ayuno, la abstinencia, la confesión de tus pecados. Tienes fe, pero no tienes el valor de practicarla. ¿Eres incrédulo sincero y convencido? Me atrevo a decir que no es probable. Más eres un cristiano inconsciente que un incrédulo, tímido ante la opinión, o cobarde a tus propios ojos.

Sí, cuando oigo que un hombre me dice: "No tengo fe", empiezo por dudar de su afirmación, y me atrevo a preguntarle previamente: "¿Es eso verdad?" Con frecuencia es permitido dudar de la sinceridad de esta objeción.

A esto puede decírseme que mi duda no es una respuesta. Convengo en ello, mas esperad hasta el domingo. La objeción merece un examen detenido. La tomo en serio, y me propongo discutirla a fondo.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOQUINTA

No tengo fe

2.° ¿POR QUÉ?

SEÑORES:

Dicen ciertos hombres: "No tengo fe." Esta afirmación no siempre es sincera. Por eso le he opuesto una cuestión previa: "¿Es esto verdad?" Hoy tomo la objeción como sincera y verdadera, y la discuto. ¿No tenéis fe? ¿Por qué? Hagamos un examen de conciencia; estudiemos las causas de vuestra incredulidad, y veamos si las causas de vuestra incredulidad pueden justificarse ante la razón y ante Dios.

I. No tengo fe. ¿Por qué? Quizás provenga esto de una mala educación.

Por desgracia, el hecho no es raro. Siéntese uno sobrecogido de horror y de espanto cuando ve la manera como son educados muchos pobres niños, espe-

cialmente de las clases populares. Viven en un medio depravado, entre un padre y una madre para quienes la residencia en el hogar doméstico es una pesada carga, porque se encuentran mejor en cualquier parte que en donde sus juramentos y sus verdaderos intereses debieran retenerlos; entre un padre que busca en el desorden distracciones para el fastidio que su hogar le inspira, y una madre que para nada se cuida de su casa, ni de las almas que le han sido confiadas. Sus desgraciados hijos viven y crecen en una atmósfera de antipatías y degradación, perpetuos testigos de las más tristes y desesperadas escenas, de recriminaciones y discordias, cuando no de injurias y de violencias, bebiendo a grandes sorbos, sin advertirlo siquiera, el veneno de los perversos sentimientos. Van al catecismo, hacen la primera comunión... pero ¡gran Dios, en qué estado moral! No solamente no saben una palabra de la religión tan luminosa y tan pura que deberían enseñarles y obligarles a practicar, sino que constantemente oyeron, aprendieron y vieron hacer todo lo que ella prohibe y condena. Esto no obstante, los preparamos como mejor podemos a la recepción del sacramento, y, a fuerza de ternura y abnegación, llegamos a hacer comprender a esos pobres niños, por lo menos en cierta medida, el valor de su alma, la importancia de su salvación y las otras principales verdades cristianas. Se retiran de la sagrada Mesa instruídos, purificados, transfigurados. Pero, desgraciadamente, vuelven luego a su casa, y allí oyen discursos anticristianos, y ven ejemplos directamente opuestos a la ley de Dios. Es también la hora en que las pasiones de la juventud se desarrollan de acuerdo con esas influencias domésticas, y pronto se desligan los jóvenes de los compromisos contraídos al pie de los altares, como

de una carga que, según les dicen, no conviene a su edad. Se tornan indiferentes, incrédulos, a veces impíos declarados. Y cuando volvemos a encontrarlos más tarde en la vida, cuando les preguntamos por qué viven sin religión, nos responden: "No tengo fe." Mejor fuera que dijeran: "Jamás la tuve, porque fuí mal educado. No soy cristiano, porque he sido educado como un pagano." He ahí un fenómeno que encontramos a cada paso en las clases populares; pero, bajo formas diferentes, menos repugnantes, pero no menos peligrosas, lo encontramos también a menudo en regiones más elevadas que las clases populares. Muchos hombres que ocupan puestos elevados en la sociedad, han carecido de una primera educación formal. No tienen fe, porque nunca la tuvieron, porque jamás se la dieron.

Pero en conciencia, ¿pueden continuar así? No. Es un deber para todo hombre que ha sido imperfectamente educado, reparar las insuficiencias y llenar las lagunas de su educación. Decís: "No tengo fe; he sido mal educado." Pero yo os respondo: "Esto es una excusa. ¡Ea, manos a la obra! Tus padres no pudieron o no quisieron proporcionarte la fe. Procura, pues, adquirir lo que no recibiste."

II. No tengo fe. ¿Por qué? Tu falta de fe se explica quizás por tu falta de instrucción religiosa.

Señores, mi convicción es que, de cien hombres que maldicen la religión o la desdeñan, por lo menos noventa no la conocen o la conocen mal. Mirad. El *pueblo,* tomado en masa, ni en las ciudades ni en las aldeas, da señales de ciencia religiosa. Ya no conoce a Dios, ni a Jesucristo, ni a la Iglesia católica. Ha borrado ca-

si totalmente de su memoria y de su corazón la noción de las verdades cristianas; apenas conserva alguna débil reminiscencia de las instrucciones catequísticas recibidas en su primera edad. Hace ya mucho tiempo que no hace más que olvidar sin aprender nada. El Dios de su infancia se ha convertido para él en el Dios desconocido de los atenienses, y sus ideas sobre la religión se resumen en los falsos prejuicios que le han inspirado contra él. La cosa es demasiado clara, por lo que no insisto sobre ella. Pero las *personas instruídas* ¿conocen mejor la religión? Por desgracia, no. Discutía yo cierto día con un hombre muy inteligente y muy incrédulo, y tras muchas palabras, me tomé la libertad de decirle: "Veamos, ¿conoce V. la religión cristiana?"—"Ciertamente que sí."—"Pues bien, responded a la primera pregunta que dirigimos a los niños del catecismo: ¿En qué consiste el misterio de la Trinidad?" Vaciló, balbuceó y acabó por callarse. "Pero, amigo mío—le dije,—no es V. un incrédulo, sino un ignorante. Sostiene V. que no tiene fe, y no sabe V. ni siquiera lo que es el objeto más elocuente de la fe. Empiece por instruirse, y discutiremos." Señores, en materia de religión, un miembro del Instituto puede ser menos instruído que un pobre cura de aldea. Y, de hecho, ¡cuántos hombres reputados como sabios, y que lo son, en efecto, en algunas materias, puesto que conocimientos humanos muy vastos son absolutamente ciegos para las cosas divinas! Ni siquiera sospechan que, más allá de los vagos resplandores de su pobre saber profano, existe el sol esplendoroso de las enseñanzas religiosas. Se ilustran a la llama vacilante de una bujía hecha por la mano del hombre, y olvidan el astro del día que la mano de Dios suspendió de la bóve-

da del firmamento. Conocen algunas verdades secundarias, pero ignoran la verdad primaria y esencial.

¿Pueden en conciencia contentarse con esto? No. Es un deber para todo hombre no condenar la religión sin conocerla, no permanecer en la noche de la ignorancia religiosa. Decís: "No tengo fe." Y yo os respondo: "No tenéis fe, porque no conocéis la primera palabra de la fe. Poned manos a la obra. Instruíos. Una incredulidad que ignora, es una incredulidad inexcusable."

III. No tengo fe. ¿Por qué? Quizás el orgullo os impide tener fe.

Os cuesta creer lo que no entendéis. Para creer, preciso es humillarse. Es tan grande la soberanía de la razón humana, que se yergue contra toda afirmación que supera su capacidad. Oigo sobre esto a un convertido, a Francisco Coppée, quien dijo: "Gracias a Dios, gracias al Dios que perdona los peores abandonos y las más culpables ausencias, gracias al Padre celestial, que se alegra de la vuelta del hijo ingrato, he vuelto a gozar de las deliciosas impresiones de mi primera juventud... En estos días santos, pienso con fraternal compasión en el cristiano sumido en la indiferencia, el cual, a la manera como yo estaba entonces, se ve turbado por un pesar, por una nostalgia indefinible, escuchando el sonido de las campanas al atravesar la sombra de una iglesia. Hermano mío, cae a los pies de ese crucifijo. *Sé humilde,* y mañana, si lo deseas, los alegres repiques de las campanas que saludan la Pascua celebrando la resurrección del Salvador, saludarán también el despertar de tu alma, que creías muerta, y se lanzará nuevamente a una vida de inocencia y de caridad." Sí, muchos hombres son incrédulos porque no son humildes, porque quieren entenderlo todo; porque se niegan a encorvarse, como débiles criaturas, ante Dios, único grande.

¿Pueden en conciencia contentarse con esto? No. Es un deber para todo hombre reconocer su debilidad, su insuficiencia. Decís: "No tengo fe." Porque tenéis demasiado orgullo. ¡Ea, poned manos a la obra! Dios da la luz a los humildes, y la rehusa a los soberbios.

IV. No tengo fe. ¿Por qué? Vuestra incredulidad quizás tiene sus raíces en vuestras pasiones sensuales.

En último análisis, ¿por qué no creéis, o ya no creéis? No será porque hayáis descubierto alguna objeción irrefutable contra la religión. No, los verdaderos motivos de vuestra incredulidad son vuestras pasiones, vuestro orgullo sin duda, pero quizás mucho más los vicios de vuestro corazón. Generalmente, no se quiere creer porque uno no quiere molestarse. ¡Cuán fácil es dudar de una verdad que os condena! Si las matemáticas gozan de una evidencia incontestable, es porque ninguna debilidad humana está interesada en contradecirlas. Si alguna vez el cuadrado de la hipotenusa o el binomio de Newton entrañaran consecuencias morales, la misma geometría se convertiría en tema de sofística. Conocidas son estas palabras de Lamennais: "El que habiendo creído, ya no cree, cede a un interés de orgullo o de voluptuosidad; sobre este punto apelo sin temor a la conciencia de todos los incrédulos." No creo que nadie pueda contestar seriamente esta afirmación. Séame permitido corroborarlas con otras palabras todavía más significativas y palpitantes. Rogóse a un piadoso dominico, que predi-

caba, hace algunos años, importantísimos ejercicios a unos jóvenes obreros de París, que se esforzase en atraer a la fe a un pobre joven de quince a dieciséis años. "Antes era bueno—se le dijo,—pero después cambió radicalmente. Dice que ya no tiene fe."—"¿Ya no tiene fe?—preguntó el religioso.—Traédmelo; conozco bien eso." Se lo presentaron; el joven quiso entablar inmediatamente una especie de discusión, pero a medida que el Padre le hablaba, bajaba de tono, y bien pronto se redujo al silencio. Como el buen religioso continuara exhortándolo, y aun indicándole que se preparara para comulgar por Pascua, interrumpióle bruscamente con voz sorda, pronunciando estas horribles palabras: "¡Quisiera ser perro!"—"¿Quisieras ser perro?—exclamó el pobre Padre, profundamente sorprendido del extraño resultado de sus exhortaciones.—¿En eso piensas, pobre amigo mío? ¿Quisieras ser perro?..."—"Sí—respondió el otro a media voz;—por lo menos podría hacer el mal sin remordimientos..." He aquí en lo que se resumen en la mayoría de los casos la supuesta incredulidad de los jóvenes que llevan mala vida: poder hacer el mal sin remordimientos.

¿Puede uno en conciencia contentarse con esto? No. Es un deber para todo hombre dominar sus pasiones, y, si es necesario, acabar con ellas. Decís: "No tengo fe." Y yo os respondo: "No tenéis fe porque vuestras pasiones os impiden tenerla. ¡Ea, manos a la obra! Procurad ser puros, y os volveréis creyentes."

V. No tengo fe. ¿Por qué? ¿No será porque os da miedo tenerla?

¡Cómo! ¿Miedo de la religión? Pero ¡si es tan buena, tan bella, tan consoladora, tan arrobadora! Sí, pero al propio tiempo es terrible y comprometedora; terrible para la pobre naturaleza humana, comprometedora ante la galería. En estos casos se tiene miedo de aceptarla, se tiene miedo de profesarla.

He ahí un hombre que *objeta* a la religión viejos prejuicios cien veces refutados. No es su espíritu el que necesita ilustrarse, es su voluntad la que no quiere reformarse, la que, influyendo sordamente, secretamente, ocultamente, sobre su razón, hace que se torne sombría, dificultosa, evasiva, ergotista. La voluntad no puede permanecer neutral en una cuestión relativa a su propia reforma y a su sacrificio. Ese hombre busca, pues, razones para no creer porque teme verse obligado a creer. Tiene miedo de encontrar la verdad religiosa.

He ahí un hombre que *vacila*, que espera, que va de un lado a otro, irresoluto, débil, reservado, contemporizador, acariciando sus cadenas, no pensando más que alargarlas con vanos pretextos, sacudido en alta mar, pero sin atreverse a maniobrar hacia el puerto. Tiene miedo de encontrar la verdad religiosa.

He ahí un hombre que *retrocede* ante una discusión luminosa, ante un argumento decisivo, ante un ejemplo atrayente, ante un libro serio y convincente, ante una predicación calificada de muy interesante, pero que podría muy bien conducirle más lejos de lo que quisiera. No me digáis que este hombre carece de fe; decidme más bien que le da miedo tenerla; tiene miedo de encontrar la verdad religiosa.

He ahí un hombre que *se calla* ante una grosera objeción, que fácilmente podría y debería refutar; un hombre que sonríe al oir una blasfemia que en el fondo de su corazón juzga con mucha severidad; un

hombre que aprueba con una palabra una reflexión irreligiosa que reprueba su conciencia. Tiene fe, pero le da miedo profesarla.

He ahí un hombre que muestra *dos actitudes*, una en su casa y otra en público. Solo, ante sus hijos, es cristiano de conducta y convicción; en medio del mundo, ante la galería, conserva sus convicciones, pero tiene buen cuidado de que no se trasluzcan. Tiene fe, pero le da miedo profesarla. La incredulidad no es con frecuencia más que aparente, y entonces no se puede justificar. A veces la incredulidad es real, reside verdaderamente en el fondo del alma, y entonces ya no se justifica. Depende de causas que desaprueba la conciencia y es preciso suprimir. La mala educación recibida, la ignorancia en materia religiosa, el orgullo de una razón revolucionaria, las pasiones del corazón, el temor de ser mejor, *noluit intelligere ut bene agere*... son otras tantas raíces emponzoñadas que debemos extirpar y aniquilar. Esto es lo que veremos en las dos siguientes conferencias.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEXTA

No tengo fe

3.º ¿QUÉ HACER?

SEÑORES:

A esta objeción: No tengo fe, he contestado con estas dos preguntas: 1.ª ¿Es esto verdad? 2.ª ¿Por qué? Ahora formulo otra pregunta: ¿Qué hacer? Cuando uno cae en la desgracia de no tener fe, tres cosas se imponen: 1.º desearla; 2.º pedirla; 3.º buscarla.

I. Cuando uno cae en la desgracia de no tener fe, es preciso desearla.

Pero, en primer lugar, ¿es que puede uno desear una cosa que no conoce? *Ignoti nulla cupido.* Si uno no conoce la verdad religiosa, ¿es posible desearla? Sí, es posible. Sostengo que nadie ignora enteramente la verdad religiosa. Hubo un tiempo en que todos la conocieron, y algo la conocen todavía; por lo que

dice Bossuet: "Cuando uno ama lo que empezó a conocer, el amor hace que lo conozca mejor." "Quiso Dios —dice Pascal—que las verdades divinas pasen del corazón al espíritu, y no del espíritu al corazón." Y, como decía cierto día un laico convertido: "Señor, por el corazón nos apartamos de la religión, y por el corazón volvemos a ella." Palabras profundas. Amáis la verdad y la conocéis bien. Cuando se la ama, se la desea. ¿No tenéis fe? Deseadla.

Pero ¿es deseable la fe? Sí, ciertamente. De la fe dependen vuestra eternidad bienaventurada, vuestra dignidad personal, vuestra seguridad social. 1.º *Vuestra eternidad bienaventurada.* Dios existe. Tenéis un alma. Mañana moriréis. Pero mañana, cuando la muerte os asalte, ¿es que caeréis todo entero en un agujero? ¿Os atreveréis a decir que estáis seguros de la nada? Os desafío a que tengáis y apoyéis esta certeza. ¿Os atreveréis a decir que no tenéis destinos inmortales? Os desafío a que suprimáis vuestra inmortalidad. Pero si Dios ha sido olvidado, si vuestra alma ha sido descuidada, si la religión no ha entrado por nada en vuestra vida, si ha sido tratada por vosotros como una cantidad despreciable, si no le habéis dedicado ni un pensamiento de vuestro espíritu, ni un latido de vuestro corazón, ni un minuto de vuestra existencia... ¡qué despertar! ¡qué sorpresa! ¡qué espantoso desencanto! ¡De la fe depende vuestra eternidad bienaventurada! 2.º *Vuestra dignidad personal.* "La naturaleza humana conoce a Dios—dice Bossuet.—He ahí ya, por este solo hecho, los animales por debajo de ella hasta lo infinito." Sin la fe, no somos cristianos, ni siquiera somos hombres. Pasar como un rebaño con los ojos fijos en tierra, y renegar de todo, ¿es esto ser feliz? No, es dejar de ser hombres. Si no tenemos fe, no podemos salvar

nuestra alma. Ignorando el camino, no llegamos al término. Si no tenemos fe, rebajamos nuestra dignidad personal. Finalmente, comprometemos: 3.º *Nuestra seguridad social.* Dicen algunos: "¿A qué preocuparnos de la verdad religiosa? Hay otras cosas que urgen más." Dispensadme. Nada urge tanto como la verdad religiosa, porque todo se apoya en ella: la moralidad de las conciencias, el honor de las familias, el respeto a la propiedad y a la autoridad, el buen orden de las sociedades, la paz del mundo. Si no cultiváis la verdad religiosa, os preparáis la decandencia, la muerte pisa vuestros talones ya no os queda más que caer y perecer. Desgraciados, pues, los que dicen: "Eso no me compete; me abstengo de ello. Ni soy enemigo ni partidario de la religión." Abstenerse, es prevaricar. Mostrarse neutral, es hacer traición. De la fe dependen vuestra eternidad bienaventurada, vuestra dignidad personal y vuestra seguridad social. La fe es soberanamente deseable. Cuando no se posee, hay que desearla.

II. Cuando uno cae en la desgracia de carecer de fe, hay que pedirla.

El santo hombre de Tours, M. Dupont, dijo: "La oración no es uno de los medios de creer; es el medio de los medios." Y un convertido, Francisco Coppée, escribió: "Pobre hermano mío, hay que pedir a Dios la gracia y la fe, hay que orar para creer. Me dices que ya no podrías cruzar las manos y arrodillarte. ¡Ah, la estupidez del respeto humano! A pesar tuyo, piensas en Jesús, le has amado, le amas aún. Entra conmigo en la iglesia, y mira el crucifijo. Mira sus manos ensangrentadas y traspasadas por los clavos. ¿Es que ya tus manos no se unen en un gesto instintivo de piedad?...

Sí, hay que orar. Esta es la primera condición de todos los dones de Dios, y, por consiguiente, de la fe, que es el don más precioso y fundamental. ¿No tenéis fe? ¿Habéis pedido a Dios la gracia de la fe? Quizás la habéis pedido sin gran interés, como de pasada y sin perseverancia. Cuando orabais, ¿teníais un profundo, sincero y vivo deseo de creer y ser cristianos? Hay quienes piden trabajo con el secreto deseo de no encontrarlo; hay quienes piden virtudes con el terror secreto de obtenerlas.

Os falta la fe. ¿Qué cosa más natural que pedirla? De tal modo se amolda la plegaria a nuestra propia condición, que, por una anomalía chocante, esa misma oración que rehusamos al Ser infinito, está incesantemente en nuestros labios, en nuestras relaciones con nuestros semejantes. Dios no quiso que pudiéramos bastarnos a nosotros mismos, y al propio tiempo quiso darnos algo que pudiera satisfacer nuestras mutuas necesidades, de tal modo que fuéramos siempre sujetos oración y de ruego. Toda la sociedad humana descansa así en la oración. La oración constituye algo así como la trama de ella. Rogar al hombre, y no rogar a Dios, ¡qué contrasentido!

A esto se dice que la oración supone ya la fe. Sí y no. No, la oración no supone la fe completa. Sí, supone una fe incoada, pero esta fe incoada, ¿quién no la posee? ¿Quién es el que tiene tan poca fe que no tiene la suficiente para pedirla? De todos los medios para obtener la fe, la demanda de la fe es evidentemente el medio que la supone menos. La fe que se necesita para orar es tan poca, que no hay alma humana que carezca de ella. Porque para ello no hay necesidad de conocer a Dios, ni siquiera de creer que Dios existe. Basta creer que puede haber un Dios. Basta la simple

duda, y aun la ignorancia, con tal que uno padezca por causa de ella. Escuchad sobre esto al P. Lacordaire: "La duda es el principio de la fe, como el temor es el principio de la sabiduría; esta fe incoada no la arrancamos fácilmente de nuestro corazón; Dios la ha remachado a él como el diamante; es la fe en el estado vago, que pasará al estado de convicción, si así lo queremos, y no pasará si no lo queremos. Todos podemos, pues, orar, porque todos creemos o dudamos. Insectos de un día, perdidos entre la yerba, nos agotamos en vanos razonamientos; nos preguntamos de dónde venimos y a dónde vamos, pero no podemos decir estas palabras: ¡Oh tú que nos has hecho, dígnate sacarme de mi duda y de mi miseria! ¿Quién es el que no puede orar así? ¿Quién se tendrá por excusable, si no intenta fundar su fe en la oración?"

Señores, hay hombres que se lamentan de no tener fe, pero que jamás dijeron a Dios: "Señor, haz que vea! ¡Señor, aumenta mi fe!"

La verdad, rocío divino, cae del cielo, pero no cae sobre las cabezas orgullosas que carecen del deseo de recibirla y de la humildad de pedirla.

III. Cuando uno cae en la desgracia de no tener fe, es preciso buscarla.

Es preciso buscarla, y cuando la busca, la encuentra.

1.º *Es preciso buscarla.* ¿Habéis leído en el Evangelio las dos parábolas de la oveja y de la dracma perdida? Son adorablemente hermosas. "¿Quién de vosotros—dice Jesucristo,—poseyendo cien ovejas y habiendo perdido una, no deja en el desierto las noventa y nueve ovejas fieles y corre a buscar la descarriada? Y una vez hallada, la pone sobre sus hombros, y vuel-

ve a la casa, y convoca a sus amigos y vecinos, y les dice: Alegraos conmigo." Y también: "¿Quién es la mujer que, poseyendo diez dracmas y habiendo perdido una, no enciende al punto su lámpara para buscar la dracma perdida? Y cuando la ha encontrado, llama a sus amigas y vecinas, y les dice: Alegraos conmigo." He ahí la historia de muchos hombres. Son ricos, gozan de los placeres y de los honores: no les falta salud ni ciencia; poseen las noventa y nueve ovejas cuidadosamente instaladas en el establo, y las nueve dracmas preciosamente encerradas en el cofrecillo. Pero la centésima oveja y la décima dracma, ¿en dónde están? ¿En dónde está la verdad religiosa? Hace ya mucho tiempo que la perdieron. Es preciso buscarla.

No sabéis a qué ateneros sobre el cristianismo. ¿Es simplemente humano, o algo más que humano? ¿Era Jesucristo un impostor, o un gran filósofo, o verdadero Dios? ¿Se han convertido por casualidad las naciones a la religión de Jesucristo, a una religión tan austera, que contraría tan fuertemente las pasiones y las ideas recibidas? La Iglesia de Jesucristo ¿subsiste por casualidad hace ya dos mil años, inmutable en este mundo en que todo cambia, inmóvil en este mundo en que todo pasa, inmortal en este mundo en que todo muere? ¿Qué hay que decir de todo esto? Dudáis, no sabéis nada. Pero ahora os pregunto: ¿Qué habéis hecho hace diez años, hace veinte años, hace treinta años, toda vuestra vida, para esclarecer vuestras dudas, para disipar vuestra ignorancia? La cuestión es grave. Porque, si esta religión de la cual dudáis es verdadera, como se ha creído en todos los siglos, y como lo creen aún firmemente, no sólo tantos millones de hombres, sino, después de los más serios estudios, tantos espíritus sabios y eminentes, pensad que se trata nada menos que de vuestra suerte eterna.

Ahora bien, os pregunto todavía: ¿Cuántos días habéis dedicado a la investigación de la verdad religiosa, cuando tantos habéis consumido en los negocios y tantos habéis prodigado en los placeres? ¿Cuántos libros de exposición y demostración cristiana habéis leído, cuando tantos volúmenes irreligiosos y frívolos habéis devorado? ¿Cuántos maestros de la ciencia religiosa habéis consultado, cuando tantos otros maestros habéis escuchado con ávida curiosidad, maestros que no os han enseñado más que las ciencias profanas, y aun algunos quizás no han hecho más que pervertir vuestro espíritu, sembrando en él la irreligión y el error? ¡Qué deplorable inconsecuencia! Hay que poner fin a ella. Cuando se tiene la desgracia de carecer de la fe, hay que buscarla.

2.º *Si se la busca, se encuentra.* Se encuentra

En uno mismo. Razonad un poco, penetrad en vosotros mismos, consultad vuestras luces naturales, y fácil os será concluir en favor de la fe católica. En primer lugar, ¿tiene *antepasados* vuestra fe? Sí, y los mejores, los más inteligentes, los más puros, los más respetables que podáis imaginar. Me compadezco de esos hijos mal nacidos que no saben reconocer la grandeza de sus abuelos, y creen con infantil presunción que el mundo empieza en ellos. Pues bien, nuestros progenitores vivieron y murieron en la fe, y entre estos antepasados hubo santos, doctores, filósofos, sabios, grandes hombres. ¿Es que nuestra fe no hunde sus raíces en la fe de un largo pasado de diecinueve siglos? ¿Acaso no es tan vieja como el género humano en que fué plantada? Podríais contentaros ya con este solo argumento y prevaleros en favor de vuestra fe del axioma de derecho que dice: la posesión equivale al título. Pero tenéis algo más, tenéis *pruebas,* y no sólo

las más plausibles, sino las más ciertas y numerosas que puedan desearse. Una antigüedad que se remonta por monumentos ciertos hasta el origen del mundo; una serie no interrumpida de actos sobrenaturales que dejan, de distancia en distancia, su huella imborrable en la historia de los pueblos; un dogma fundamental y profundo; una moral que se traduce por la transformación de los corazones y de las costumbres del linaje humano; un sacerdocio digno de hablar de Dios al vicio y a la virtud; una Providencia que gobierna ese conjunto extraordinario y lo sostiene por un prodigio constante; un tejido, en fin, en el que todo se encadena, en el que todo se sostiene en una duración de sesenta siglos a pesar de la magnitud de los obstáculos y de la debilidad de los medios... he ahí los fundamentos de la fe. Golpead esos fundamentos; nada tiembla, todo es firme, y vuestra simple razón, sinceramente interrogada, os responde que la religión cristiana cuenta en su favor las más grandes autoridades y las más fuertes pruebas. Cuando uno tiene la desgracia de no conocer la fe, hay que buscarla, y cuando la busca, la encuentra en sí mismo.

En los libros. ¿Leéis de cuando en cuando algún libro serio? ¿Leéis el Catecismo, el Evangelio, la Historia sagrada? ¿Leéis algunas páginas capaces de esclarecer vuestras dudas y afirmar vuestras creencias? ¡Qué examen de conciencia habría que hacer aquí! Todo se lee, aun libros infectos, todo, menos los libros embalsamados de los que se desprende el vapor luminoso de la verdad. Cuando se busca la verdad, se la encuentra.

En la iglesia, en la audición de la palabra de Dios. Hay hombres que son apóstoles y órganos autorizados de la verdad: tales son los sacerdotes. Vengan, pues, a oirnos los que se quejan de no tener fe, y nosotros

nos encargaremos de procurársela. No digan que se mueren de sed, puesto que tienen a su disposición el depósito público en donde toda alma de buena voluntad puede venir a abrevarse. Venid al río. En la iglesia, la verdad religiosa brota de la fuente; sólo que si deliberadamente o por indiferencia evitáis acercaros a ella, ¿cómo queréis que os bañe con sus ondas saludables? Si no tenéis fe, venid a buscarla allí donde se encuentra. Venid a consultar a los que tienen la misión de ofrecérosla. Si estáis enfermos, vais a buscar al médico. Si tenéis que esclarecer un asunto, acudís al abogado; cuando os sobra dinero, lo lleváis al banquero. Para conocer la religión, recurrid al sacerdote.

Cuando tiene uno la desgracia de no conocer la fe, hay que desearla, pedirla, buscarla... Cuando la deseamos, cuando la pedimos, cuando la buscamos, la encontramos. Esto es cierto. Probadlo.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEPTIMA

No tengo fe

3.° ¿QUÉ HACER? (*conclusión*)

SEÑORES:

Muchos hombres, para explicar y justificar su indiferencia religiosa, dicen: "No tengo fe." Dando por sincera la objeción, nos hemos preguntado qué es lo que debíamos hacer para resolverla... Cuando se tiene la desgracia de carecer de fe, hemos dicho que es preciso: 1.° desearla; 2.° pedirla; 3.° buscarla. Sólo me resta formular sobre asunto tan importante algunos consejos prácticos.

I. ¿No tenéis fe? Procurad merecerla.

La fortuna no nos cae por la chimenea; la ganamos a costas del sudor de nuestra frente. Así también, la fe es una riqueza espiritual que se adquiere como la

riqueza material, con el trabajo, con el esfuerzo. "Trabajad, pues, os diré con *Pascal,* trabajad, no para convenceros con el aumento de las pruebas, sino disminuyendo las pasiones." Y con *Bossuet*: "Escuchad, espíritus temerarios y locamente curiosos, que decís: queríamos ver, querríamos entender todas las verdades de nuestra fe. Dejad que curen vuestros ojos enfermos; soportad que los limpien, que los fortalezcan. Si todas las luces del cristianismo son tinieblas para vosotros, haceos justicia a vosotros mismos. ¿Por qué medio se insinuarán en vosotros esas luces puras y castas? La sabiduría, que no buscáis, ¿descenderá de su trono para enseñaros? Hombres corrompidos y corruptores, purificad vuestro corazón, y poco a poco vuestro espíritu se acostumbrará a los esplendores del Evangelio." Señores, la verdad religiosa no es especulativa, sino curativa. Necesario es experimentarla para comprenderla. Jesucristo dijo: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios." Y lo verán, no solamente cara a cara en su gloria, sino proporcionalmente y cada vez más en su religión, merced a la relación necesaria entre la pureza del alma y la limpidez del espíritu, entre el gusto y la vista de la verdad, según esta otra divina expresión: *Gustate et videte* (Salm. XXXIII), "Gustad y ved." Esto señores, es muy filosófico y muy profundo; esto pide más amplia explicación.

II. ¿No tenéis fe? Empezad por ejercitar la poca fe que tenéis.

Tenéis necesariamente un poco de fe, quizás más de lo que pensáis. Ahora bien, yo os aseguro que lo

que os queda todavía de creencias, si queréis con sinceridad sacar de ellas las consecuencias que entrañan, bastará para proporcionaros la fe que os falta, la fe total. Escuchad:

Creéis *en Dios*. ¿Hacéis todo lo que exige esta creencia? A ese Dios en el cual creéis, ¿le adoráis como a vuestro Creador y Señor? ¿Le dais gracias como a vuestro soberano Bienhechor? sobre todo, ¿le rogáis? ¿Qué deber más natural para la criatura que rogar a Aquel de quien procede todo bien? Así, pues, ¿rogáis a Dios? ¿Le pedís que os conceda la plena luz de la verdad, cuyo principio por lo menos entrevéis? ¿Le pedís que os conceda la plenitud de la gracia, ese auxilio íntimo y fortalecedor de Dios, cuya necesidad debéis sentir tanto más vivamente cuanto más violentas son vuestras pasiones y más débil vuestra voluntad? Esos hábitos tan sencillos de religión que la sola creencia en Dios ordena, ¿entran en las costumbres de vuestra existencia? Preciso es que entren. Ejercitad la poca fe que tenéis, y os procuraré muy pronto la fe que os falta.

Creéis en *la moral*, en la distinción esencial de los actos libres, en el bien y en el mal. Creéis que Dios, infinitamente justo y santo, ordena el bien y prohibe el mal. ¿Hacéis el bien en toda la medida que deberíais? ¿Os abstenéis de todo lo que vuestra conciencia os presenta como mal? ¿Pedís a menudo perdón de vuestros pecados, presentes y pasados, que tan gravemente y tantas veces han ofendido a un Dios santísimo, en el cual creéis? ¿Os humilláis en su presencia, en recuerdo de tantos actos culpables, de tantos pensamientos, palabras y actos malos? ¿Os hincáis alguna vez de rodillas ante esa soberana Majestad, contritos y confundidos, y, golpeándoos con dolor el pecho, le decís en la amargura de vuestra alma: "¡Señor, tened piedad de mí, que soy un pecador!" La sola creencia en Dios basta, si queréis ser consecuentes, para obligaros a todo esto. Si seguís vuestras simples luces naturales, poco a poco os conducirán a la fe. Ejercitad la poca fe que tenéis, y muy pronto obtendréis la fe que os falta.

Creéis en *el deber*; particularmente creéis en la castidad; creéis que es una virtud, una virtud muy hermosa, una virtud obligatoria. Sabéis, creéis que el respeto de uno mismo, de las leyes de la naturaleza y de la dignidad humana, es un deber, y que la fidelidad a los lazos sagrados y mutuamente jurados es un deber. ¿Sois castos? No soy yo quien os dirige esta delicada pregunta. Es Dios, escrutador y juez de las conciencias. Responded, no a mí, sino a Dios, en el íntimo secreto de vuestro corazón. ¿Sois castos? No lo habéis sido siempre; quizás no lo sois ahora. A pesar de ello, y según vuestra confesión, la castidad es un deber. Os lo repito ante Dios y por orden suya: Ejercitad la poca fe que tenéis, y muy pronto obtendréis la fe que os falta.

Las obras conducen a la fe. Ocurre con la fe lo que ocurre con un edificio cuyos fundamentos se afirman por el peso de las construcciones mismas que soporta. "¡Insensatos!—dice Bossuet.—¿No veis que esos fundamentos reciben el edificio para consolidarse a sí mismos? ¿No veis que ese principio de la fe pide su perfección por virtud de una vida honesta, y que esas murallas medio elevadas, que se desmoronan porque no se han cuidado de acabarlas, son testigos elocuentes de vuestra loca y temeraria conducta?" Tratáis de obtener toda la suma de fe requerida para poneros a ejercitarla, y esto no es razonable. La fe es una cultura.

Ahora bien, no es la cultura la que debe esperar el desarrollo, sino el desarrollo el que espera la cultura. Poseyendo el germen de la fe, hay que cultivarlo y llevarlo a la madurez.

Ejercitad la poca fe que tenéis, y muy pronto obtendréis la fe que os falta.

III. ¿No tenéis fe? Proceded como si la tuvierais toda.

Escuchad estas palabras de *Pascal*: "Queréis ir a la fe, y no sabéis el camino. Aprendedlo de los que lo saben y lo han recorrido antes que vosotros. Seguid el procedimiento que ellos empezaron: procediendo como si creyerais, tomando agua bendita, haciendo decir misas, etc... Naturalmente, esto os hará creer, y os embrutecerá." ¿Esto os embrutecerá? Muchas exclamaciones ha suscitado esta palabra, pero entraña un sentido profundo. El hombre no sólo tiene un alma, sino también un cuerpo. Pues bien, con nuestro cuerpo, con nuestros sentidos, debemos ir a Dios, no menos que con nuestra alma y nuestras facultades espirituales. He ahí por qué hay que tomar agua bendita, hacer decir misas, etc., es decir, someterse a todas las prácticas sensibles del cristianismo, si queremos llegar a la fe. Pascal añade: "Para demostraros que esto conduce a ella, bastará que os fijéis en que esto disminuirá vuestras pasiones, que constituyen los mayores obstáculos." ¿Cómo se producirá este resultado? "Porque esto hará que crean vuestros dos pedazos: siendo ya conducido el espíritu por el razonamiento, lo será por la costumbre el autómata, no permitiéndole que se incline al lado opuesto." Es una ley de nuestra naturaleza que los signos reaccionan sobre los sentimientos que expresan y los desarrollan dando testimonio de

ellos. Los sentidos forman como una envoltura que se pliega a los movimientos del alma, y que, llevada por el alma, ella misma la conduce a los esplendores de la luz. Puedo aplicar aquí estas palabras de Bossuet: "No se nos acuse aquí de que cometemos un círculo vicioso. Toda la naturaleza está llena de semejantes ejemplos. Yo llevo el bastón sobre el cual me apoyo. La carne liga y recubre los huesos que la sostienen. Y todo se ayuda mutuamente en el universo. Lo mismo ocurre con la Iglesia y la Sagrada Escritura..." Lo mismo, digo yo, con las creencias y su práctica. ¿No tenéis fe? Proceded como si la tuvierais enteramente. Adoptad sus ritos exteriores, ritos tanto más eficaces cuanto más expresivos. "Para ser piadosos—dice Joubert,—preciso es que nos hagamos pequeños. Las actitudes que haciéndonos plegar nuestros miembros, reducen su volumen o rebajan su altura, son favorables a la piedad." Expondré aquí otro consejo que parecerá todavía más extraño, pero que os revelará la receta suprema para llegar a la fe.

IV. ¿No tenéis fe? Confesaos.

Quizás os parezca prematuro este consejo, pero no lo es. Confesaos y encontraréis la fe. Cosa cierta y confirmada por numerosas experiencias: casi no hay medio mejor para conducir un hombre a la fe, que la confesión. ¿Por qué? Porque la confesión es la humildad, y la humildad enternece el corazón de Dios, atrae la paz y quita uno de los principales obstáculos que impiden que veamos la luz divina: el orgullo. Sin duda que no se os absolverá inmediatamente, sino que se esperará a que hayáis hecho vuestro acto de fe; pero a él os dispondrá la confesión, primeramente por

la humildad, y luego ayudándoos a obtener la contrición de vuestros pecados, a tomar generosas resoluciones, a enmendar vuestra vida, a tornaros virtuosos y castos. Obtendréis además, con la confesión, el gran auxilio que entrañan los consejos de un sacerdote, quien os guiará, por medio de la fe y de la conducta, por el camino que conduce a Dios.

Acabo de indicaros la experiencia cien veces repetida de la eficacia de la confesión para conducir las almas a la fe. En efecto, todos los días vemos que almas incrédulas se hacen instantáneamente creyentes, y con firme resolución, y para siempre. Comunicaron sus inquietudes, sus exigencias, sus dudas a un ministro de la religión; llegaron a él con sus objeciones bien preparadas. Pero el sacerdote, sin cerrar los oídos a su argumentación, les propuso una cuestión previa: la confesión. Antes que las dificultades del espíritu, escuchó las faltas del corazón, y les dió la absolución. Preguntóles entonces por las objeciones. ¿Objeciones? Ya no tenían ninguna; quedaron anegadas en las lágrimas, en las lágrimas de la verdad sentida, del alma reconciliada, de la libertad reconquistada, del encuentro de la Justicia y de la Paz en un beso santo... ¿Me será permitido exponer aquí *un recuerdo personal?* Visitaba yo un anciano cuya larga vida, consagrada por entero a grandes negocios comerciales, habíase deslizado enteramente alejado de las cosas religiosas. Solamente había hecho una buena primera comunión, y de ella me hablaba profundamente conmovido. Era, por otra parte, un alma recta, inteligente, ávida de luz y de verdad. La religión no tenía en él un enemigo. Pero entre él y ella se interponían gruesos nubarrones que interceptaban los rayos de la fe, objeciones que le parecían insolubles. No podía creer en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, en la infalibilidad del papa,

en la eternidad de las penas, etc. Hícele un día una proposición: "Confiésese V.; renueve las alegrías de su primera comunión; después veremos." Aceptó. Vivió así varios años, como cristiano práctico y piadoso, y jamás volvió a hablarme de sus objeciones. Se habían fundido como la nieve bajo el fuego del Sacramento. *Federico Bastiat,* economista distinguidísimo, hallándose enfermo en Roma, decía a uno de sus amigos: "Amigo mío, he tomado las cosas por su lado bueno, por la humildad. Noté que la mejor porción de los hombres se encontraba entre los creyentes. Por eso he procedido como ellos." ¿No tenéis fe? Tomad las cosas por el lado bueno, por la humildad. Confesaos. No es precisamente la luz lo que os falta; vuestro ojo es el que está enfermo. Entregaos al tratamiento divino, que os hará recobrar totalmente la vista. ¡Cosa extraña! Se quiere gozar de esta vida sin este tratamiento, o bien, para someterse a él, no se muestra menos inconsecuencia que el ciego que dijera: "Antes de someterme a la operación, quiero ver como se hace." No. Hay que entregarse, no ciertamente sin razón, pero sin la plenitud de las razones. En resumen, la confesión es el mejor medio de creer; aquel al cual es preciso, en último extremo, recurrir; aquel al cual nunca se recurrirá demasiado pronto. Ningún otro puede sustituirlo, y abre el camino a todos los demás. Como dice Bossuet: "Limpia a Dios su templo." Para recibir los dones celestiales en nuestra alma, preciso es empezar por limpiarla de sus manchas. Nada tan razonable ni tan filosófico. Esto es higiene moral elemental. Finalmente, insisto en lo mismo, y con esto termino: este fenómeno de la vuelta a la fe por la confesión, es un hecho de experiencia frecuente y cotidiana. Decid que es un milagro, si así lo queréis;

pero os afirmo que es un milagro constante, patente, irrecusable, que todo el mundo puede ver en torno suyo, y, si así lo quiere, en sí mismo.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCTAVA (1)

Hay sabios y hombres de talento que no tienen religión

1.º HAY SABIOS Y HOMBRES DE TALENTO QUE TIENEN RELIGIÓN

SEÑORES:

Algunos, para sustraerse al cristianismo, dicen: "Hay sabios y hombres de talento que no tienen religión." Esta objeción no es difícil de resolver. Empiezo por oponerle la proposición siguiente: Hay sabios y hombres de talento que tienen religión. Esto es lo que os quiero decir en el día de hoy. Voy a presentaros algunos de los grandes hombres contemporáneos que han sido creyentes, adoradores convencidos de la Eucaristía, y os invitaré a entrar en ese glorioso cortejo, en esa inmensa procesión.

(1) Esta conferencia se dió a los hombres el día de la fiesta de la Adoración perpetua.

1.º Arrodillados ante Jesucristo y su divino Sacramento, veo, en primer lugar, los **papas,** los **obispos,** los **sacerdotes,** los ministros de la religión. No todos son genios ni santos. Pero su testimonio bien merece alguna consideración. 1.º Son especialistas, y puesto que, en arquitectura, se dirige uno a los arquitectos, en las cuestiones de estrategia a los generales, en los asuntos de arte a los artistas, ¿por qué negarse, en materia de fe, a dirigirse a los ministros de la religión? 2.º Casi todos ofrecen un nivel muy respetable de inteligencia y de virtud. 3.º Entre ellos, muchos son héroes, ya porque en la madre patria se sacrifican enteramente por el bien de sus semejantes, ya porque van a llevar a pueblos extraños, con frecuencia bárbaros, la civilización cristiana. Entre ellos, muchos también son personas de talento, espíritus muy distinguidos. León XIII, Dupanloup, Lacordaire, Ravignán, Wiseman, Newman, Kétteler, Balmes y tantos otros no son hombres vulgares, sino que honran a la Iglesia y a su siglo, y continúan dignamente la dinastía de los grandes papas, de los grandes obispos, de los sacerdotes ilustres que encontramos a cada paso en la historia del catolicismo.

¿Qué decís de ellos, señores? He ahí una sociedad eclesiástica que es bueno frecuentar. Con semejantes hombres, se siente uno tranquilo, se siente uno en terreno firme, se siente uno orgulloso de su fe.

2.º Arrodillados ante Jesucristo y su divino Sacramento, veo **artistas** y **literatos** de primer orden. Podría citaros todo el siglo de León X y todo el siglo de Luis XIV. Os citaré unicamente:

Pintores tales como Lesueur, llamado el Rafael francés; Ingres, cuyo taller era calificado de capilla; Horacio Vernet, que ingresó en la Trapa a encontrar

al Dios de su primera comunión; Corot, que exclamó un día: "¿Yo librepensador? ¿Por ventura soy yo un pintor decorador?" Frandrín, de fe tan ardiente y expresiva.

Músicos tales como Mozart, Haydn, Gluck, Mehul, Rossini, quien decía de sí mismo, al recibir los últimos sacramentos: "El hombre que escribió el *Stabat* no puede ser más que un creyente."; Gounod. "Saludo al maestro"—dijo un día el nuncio del papa entrando en casa de Gounod.—"Aquí sólo hay un maestro—contestó el artista mostrando un crucifijo;—he aquí su imagen."

Poetas y escritores tales como Chateaubriand, Lamartine, Laprade, Maistre, Ozanam, y en nuestros días más de la mitad de nuestros académicos, con buen número de redactores de la *Revue des Deux Mondes* y todos los redactores del *Correspondant* y la *Quinzaine*. La lista sería larga con sólo citar los nombres de las glorias católicas de la Francia artística y literaria. Si se sacaran esos grandes hombres del catálogo de nuestras ilustraciones francesas, ¡qué inmenso vacío!

¿Qué decís de ellos, señores? He ahí una sociedad intelectual que es bueno frecuentar. Con semejantes hombres se siente uno tranquilo, se siente uno en terreno firme, se siente uno orgulloso de su fe.

3.º Arrodillados ante Jesucristo y su divino Sacramento, veo **oradores, historiadores, jurisconsultos, moralistas, publicistas,** que rivalizan en elocuencia, en erudición, en profundidad y distinción.

Detrás de Pascal con sus *Pensamientos,* de Racine, que empezaba sus cartas con estas palabras: "Alabado y adorado sea por siempre jamás el santísimo Sacra-

mento del altar"; de Buffón, Descartes, de Aguesseau y cien otros.

Veo sus dignos sucesores en nuestro siglo: Donoso Cortés, O'Connell, Silvio Pellico, Fontanes, Joubert, Le Play, Wallón, Luis Veuillot, Falloux, Cochín, Champagny, Broglie, Berryer, Troplong, Dufaure, Montalembert, quien, por lo general, comulgaba el día en que había de subir a la tribuna, y tras su admirable discurso de 18 de Octubre de 1849 sobre la *realeza pontificia*, escribía en su diario íntimo: "Al entrar, recito el *Miserere* y el *Te Deum*." ¿Y los vivos? El conde Mun, Piou, Esteban Lamy, Coppée, Brunetière, Goyau.

¿Qué decís de ellos señores? He ahí una sociedad elocuente que es bueno frecuentar. Con semejantes hombres, se siente uno tranquilo, se siente uno en terreno firme, se siente uno orgulloso de su fe.

4.° Arrodillados ante Jesucristo y su divino Sacramento, veo **médicos** y **cirujanos** que son los grandes bienhechores de la sociedad contemporánea.

Tal es Laennec, que rezaba su rosario cuando iba de viaje, y seguía cada domingo la procesión, con la cabeza descubierta y el semblante grave y recogido, con los aldeanos bretones.

Tal es Nelatón, que repetía con frecuencia estas áureas palabras: "Oré, busqué, encontré." Tal es Dupuytrén, Cruveilher, Recamier, tan hábil en conducir las almas a Dios como en curar los cuerpos. Tal es el Dr. Peán, el célebre cirujano, nuestro compatriota. Tan pronto como advirtió la muerte, dijo a los que le rodeaban: "Pronto, id a buscar un confesor. Quiero morir en la fe de mis padres. Id de prisa y venga pronto a mí mi familia." Y recibió los sacramentos con ple-

no conocimiento, dejando en todos la más profunda impresión de su fe tan cristiana.

¿Qué decís de ellos, señores? He ahí una sociedad médica que es bueno frecuentar. Con semejantes hombres, se siente uno tranquilo, se siente uno en terreno firme, se siente uno orgulloso de su fe.

5.° Arrodillados ante Jesucristo y su divino Sacramento, veo los **grandes capitanes.** Casi todas nuestras glorias militares son glorias religiosas.

Dejemos lo pasado, Carlomagno y San Luis, este príncipe tan heroico, tan amable y perfecto; dejemos los héroes de las Cruzadas; dejemos a Turena, que comulgó el día de su muerte; dejemos a Condé, a Villars, que quiso recibir en público la sagrada Eucaristía, diciendo: "Si el ejército no ha podido ver morir a Villars como un bravo, véale morir como un cristiano."

Citemos tan sólo algunos contemporáneos. Entre los generales del primer Imperio: Marceau, Moncey, Drouot, el prudente del Gran Ejército, y al mismo Napoleón, que quiso morir como cristiano, con la absolución, la extremaunción y el santo Viático. Entre los generales de Argelia: Lamoricière, Changarmier, Bedeau, que antes de las batallas se confesaba en presencia de las tropas; Bugeaud, que llevaba piadosamente la medalla de la santísima Virgen. Entre los generales de Crimea y de Italia: Saint-Arnaud, Pelissier, que fijó el 8 de Septiembre el asalto y toma de Malakoff. Olvido muchos, y sería preciso nombrarlos todos: el general Gramont, que no ayudaba a misa porque hubiera necesitado los dos brazos y había perdido uno al servicio de Francia; el duque de Magenta, Mac-Mahón; el almirante Courbet, Sonís, el coronel Marchand, quien, a su vuelta de Fachoda, se detuvo en el Cairo para saludar a los se-

minaristas de las misiones africanas, a los que dijo: "El misionero y el soldado están hechos para entenderse."

¿Qué decís de ellos, señores? He ahí una sociedad heroica que es bueno frecuentar. Con semejantes hombres, se siente uno tranquilo, se siente uno en terreno firme, se siente uno orgulloso de su fe.

6.º Arrodillados ante Jesucristo y su divino Sacramento, veo los **sabios**, los **más grandes** sabios de anteayer, de ayer y de hoy.

Saludo la unión de la ciencia y la fe en la persona de los grandes astrónomos Kepler, Herschell, Leverrier, el cual era ostensiblemente cristiano, y pedía a Dios que lo condujera más allá de los astros, al cielo.

Saludo la unión de la ciencia y la fe en la persona de los grandes geólogos llamados Cuvier, Elías de Beaumont, Lapparent.

Saludo la unión de la ciencia y la fe en la persona de los grandes matemáticos, de los cuales el más célebre del siglo XIX fué sin contradicción Cauchy, un santo, un ángel de pureza y de caridad, que compartía su vida entre la oración, el estudio y las buenas obras.

Saludo la unión de la ciencia y la fe en la persona de los grandes físicos: Volta, el inventor de la pila eléctrica, Faraday, Rive, Ampère, el inventor del telégrafo, católico ferviente, y uno de los más grandes sabios de los tiempos modernos; finalmente, Branly, profesor del Instituto católico de París y casi inventor de la telegrafía sin hilos.

Saludo la unión de la ciencia y la fe en la persona de los grandes químicos, tales como Claudio Bernad y J. B. Dumas, que dijo: "Ni la ciencia mata la fe, ni la fe mata la ciencia;" Chevreul, el centenario, católico íntegro, y *Pasteur*. Pasteur... el mundo entero conoce y admira su vasta ciencia, sus célebres experi-

mentos, de los cuales ni uno solo ha sido rectificado, y sus inventos, que forman como un bloque inatacable, al cual vendrán a soldarse todos los descubrimientos posteriores. Al propio tiempo fué un gran católico, que decía un día a un amigo: "Cuando uno ha estudiado mucho, tiene la fe del aldeano bretón; y si yo hubiera estudiado más, tendría la fe de la aldeana bretona." Murió el 25 de Septiembre de 1895, después de recibir los sacramentos con pleno conocimiento y besando piadosamente el crucifijo. En presencia de semejantes ejemplos, todo hombre de buena fe puede y debe hacerse el siguiente razonamiento: "Por confesión de todos, Pasteur es el primer sabio del mundo. Jamás seré yo tan sabio como él. Pero Pasteur creía en Dios y murió como buen cristiano. Luego hay que creer en Dios y vivir como buen cristiano."

¿Qué decís de ellos, señores? He ahí una sociedad científica que es bueno frecuentar. Con semejantes hombres, se siente uno tranquilo, se siente uno en terreno firme, se siente uno orgulloso de su fe.

Concluyo con tres frases significativas: una frase de un hombre de Estado, una frase de un escritor, una frase de un aldeano.

En presencia de la brillante pléyade de sabios y hombres de talento que acabo de mostraros arrodillados ante Jesucristo y su divino Sacramento, recuerdo la frase de *Thiers* al Cuerpo legislativo. Respondiendo a los que acusan de oscurantistas a la religión, exclamó: "Señores, la Iglesia católica jamás impidió pensar más que a aquellos que son incapaces de pensar." La frase no es agradable a los librepensadores. ¡Tanto peor para ellos!

Oid ahora a *Ozanam*. A los dieciocho años llegó a París, y cierto día, habiendo entrado en una iglesia,

vió arrodillado junto al santuario, rezando el rosario, un hombre, un anciano venerable. Era Ampère, es decir, la ciencia y el genio vivientes. Esta visión le conmovió hasta el fondo del alma. Se puso a orar también y a derramar lágrimas abundantes... Más tarde complacíase en decir: "El rosario de Ampère ejerció más influencia en mí que todos los libros y aun todos los sermones." Señores, mostrémonos, pues, alentados y firmes en nuestra fe en vista del ejemplo de los grandes hombres que adoran y oran, y como ellos adoremos y oremos. ¡Mostrémonos orgullosos de arrodillarnos como ellos!

Un aldeano fué invitado cierto día por un vecino suyo a hacer honor a un vaso de vino. "Acepto—dijo el aldeano;—mas te prevengo que no tengo mucho tiempo, pues deseo asistir a las vísperas y confesarme después."—"¿Confesarte? Pero si eres ya demasiado grande para confesarte"—"Verdad es; más para hacerlo me pongo siempre de rodillas."

Sepamos, señores, ponernos de rodillas ante Dios. Vamos en buena compañía. Acudid esta noche en mayor número. Venid a aumentar el cortejo, a uniros a la procesión de los grandes cristianos que acabo de citaros, y nuestras fiestas de la Adoración acaben con una imponente manifestación de fe cristiana. No es hora de ocultar nuestras convicciones y callar nuestro *Credo*. Tenéis el honor de ser creyentes. Mostradlo, y sed apóstoles.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMONONA

Hay sabios y hombres de talento que no tienen religión

1.° HAY SABIOS Y HOMBRES DE TALENTO QUE TIENEN RELIGIÓN (*continuación*)

SEÑORES:

Se dice que hay sabios y hombres de talento que no tienen religión. He contestado que hay sabios y hombres de talento que tienen religión, y añado que *esto prueba mucho en favor de la religión*. Si esto no prueba que es divina, prueba por lo menos que no es irrazonable y que se puede ser católico sin dejar de ser hombres. En efecto, estudiemos los grandes católicos y los grandes convertidos, y su testimonio nos parecerá muy significativo en favor de la religión y muy alentador para los creyentes.

I. Hay sabios y hombres de talento que creen en la religión. Son los grandes católicos.

1.° *Son numerosos.* Os he citado algunos; hubiera podido citaros muchos otros. Se nos dice que un hombre de talento no puede creer en la religión. Pero el físico, el geómetra *Pascal* no era un advenedizo, sino que era, para su tiempo, un sabio de primer orden, que dejó sobre la religión *Pensamientos* cuya profundidad asombra. ¿Un hombre de talento no puede creer en la religión? Pero *Bossuet* no era un advenedizo. En el más grande de los siglos, ante el más grande de los reyes, en la más brillante de las cortes, en medio de todas las glorias reunidas, con el rayo de fuego sobre la frente, con la vara de la ley en la mano, y en los labios la más hermosa lengua que los hombres hayan hablado, rebajaba hasta la nada las grandezas de la tierra. Era un genio y al propio tiempo un creyente. A punto de expirar, inclinóse sobre su almohada un escéptico, para preguntarle si siempre había creído lo que tan bien había enseñado. A esta pregunta, respondió el sublime agonizante con un acento más grande todavía que el de sus sublimes oraciones fúnebres. "¡Lo creo!" ¿Un hombre de talento no puede creer en la religión? Pero, *en el siglo XIX,* hemos tenido centenares y centenares de servidores de Dios y de Jesucristo que brillaron en las Academias, en los laboratorios, en la prensa, en la tribuna, en los campos, en todas las esferas del pensamiento y de la acción. Por trabajo que se dé la incredulidad en calumniar nuestras glorias y en demostrar que la Iglesia es una institución constantemente ocupada en embrutecer el espíritu humano, no podrá suprimir nuestros hombres ilustres. Hemos tenido en lo pasado y tenemos en lo presente hombres inteligentísimos y religiosísimos al propio tiempo. Digo que

2.° *Esto prueba mucho en favor de la religión.*

Señores, hay una diferencia enorme entre los discípulos del Evangelio y los del Corán. Los discípulos del Corán siguen a Mahoma con estúpida credulidad. Los discípulos del Evangelio siguen a Jesucristo en plena luz. Todos esos hombres de ciencia y de genio que han ilustrado a la Iglesia, todos esos hombres graves, estudiosos, esclarecidos, no creyeron sin saber por qué creían. No dieron sino a sabiendas el homenaje de su fe. Su espíritu no pudo trabajar en el absurdo durante diecinueve siglos. No es posible admitir en inteligencias tan luminosas, tan cultivadas, tan elevadas, tan exigentes, la coexistencia, no interrumpida, de la ciencia y de la estupidez.

Además, todos esos hombres ilustres no brillan solamente por el esplendor de su ciencia, sino también por el esplendor de su vida. Aportan a la religión, con la autoridad de su inteligencia, la autoridad de su virtud. Esto es importantísimo, señores. La religión no es un negocio de poca monta, una simple teoría, una cuestión de sentimiento; es algo viviente, práctico, comprometedor. Resuena con violencia en el mundo de las ideas por sus doctrinas, y sobre todo en el mundo de las pasiones por sus preceptos. Desciende al corazón del hombre, se apodera de él, reprime sus extravíos, regula sus movimientos. Impone barreras desagradables, deberes que comprimen. Ahora bien, como nosotros los simples mortales, debieron los grandes hombres del catolicismo aceptar y soportar esas severas exigencias de la religión. ¿Lo hicieron con los ojos cerrados, sin examen, sin motivos seriamente estudiados? No, en verdad. Unicamente la evidencia de la verdad del cristianismo pudo forzar su adhesión. Estudiaron el cristianismo y concluyeron contra sus pasiones. Pusieron en sus conclusiones el peso de su virtud y el de su inteligencia. Merecen doblemente nuestra confianza.

3.° *¡Qué poderoso aliento para nosotros, señores!* Cuando practicamos la religión, cuando cantamos nuestro *Credo,* vamos en *bella* compañía. Tenemos con nosotros y para nosotros la razón, el buen sentido, el sufragio de los hombres de talento. Y si los faltos de seso la emprenden contra nuestra fe y nos distinguen con el amable epíteto de imbéciles, tenemos el derecho de responderles: "Sí, somos imbéciles como Pascal, no tan imbéciles como él; imbéciles como Bossuet, no tan imbéciles como él; imbéciles como Ampère, Lacordaire y Pasteur, no tan imbéciles como esos hombres superiormente inteligentes. Además, esos hombres poseyeron, a la vez que un valor intelectual incalculable, un grandísimo valor moral.

Cuando practicamos la religión, cuando cantamos nuestro *Credo,* vamos en bella y *buena* compañía. Podemos desconfiar del genio que no vaya acompañado de la virtud, y de la virtud separada del genio; pero nada tan a propósito para dominar, para arrastrar, para ganar la confianza como la unión de la virtud y el genio... unión que resplandece en la persona de nuestros grandes católicos. Son ilustres por su talento, e ilustres por su virtud. No es posible imaginar una fe más certificada y más fundada que la nuestra. La porción más inteligente y mejor del género humano está con nosotros. Soy cristiano, y me siento orgulloso de serlo, y me río de la risa burlona de la imbecilidad y maldad humanas.

Pero he aquí algo que tranquiliza más todavía.

II. Hay sabios y hombres de talento que vuelven a la religión. Son los grandes convertidos.

1.° *Son numerosos.* Los ha habido en todos los siglos. Los primeros apóstoles fueron convertidos.

Los primeros cristianos fueron convertidos. Agustín era una gran inteligencia, pero una inteligencia descarriada, un gran corazón, pero un corazón devorado por las pasiones. Tenía treinta años, y de ellos dieciséis de iniquidades. Llega a Milán, y bajo la triple acción de la gracia de lo alto, de la palabra de Ambrosio y de las lágrimas de Mónica, su madre, sucumbe, es vencido, y llega a ser doctor y santo. En la sucesión de los siglos, vemos continuarse las conversiones. Nuestro siglo ha contemplado numerosas veces semejante espectáculo. Si os preguntara a vosotros, señores, a vosotros, que sois hijos de un siglo incrédulo, muchos de vosotros se levantarían y me dirían: "Yo también soy de los convertidos." Pero no tengo derecho a penetrar en el santuario de la vida privada. Compruebo únicamente lo que todo el mundo ve y oye, y afirmo que en nuestros días buen número de hombres notables, notabilísimos, han vuelto al catolicismo. ¿Qué fué Lacordaire sino un convertido? Joven de veinte años, viviendo en París, había perdido hasta el recuerdo de su primera comunión. Visitóle un día la luz, lo echó a tierra, y fué cristiano, sacerdote, fraile, orador, apóstol incomparable. Gratry, Bautain, los dos Perraud, Bastiat, Agustín Thierry, Le Play, Schuwaloff, Veuillot, y cien otros, fueron convertidos. Cada día vuelven a la religión sabios y hombres de talento. Digo, pues, que

2.° *Esto prueba mucho en favor de la religión.* Porque todos esos hombres que vuelven a nosotros, aportan a la religión la autoridad de su experiencia y la autoridad de sus sacrificios. En primer lugar, la autoridad de *su experiencia.* La Harpe convertido decía a los incrédulos de su tiempo: "Examinad como yo, y creeréis como yo." He ahí un argumento, señores, que

no carece de valor. Ciertos hombres célebres, después de combatir o despreciar largo tiempo al catolicismo, volvieron a él, a consecuencia de largos y pacientes estudios, como San Agustín, La Harpe, Newman, y expusieron en obras inmortales sus errores anteriores, las causas de su conversión y las pruebas en virtud de las cuales reconocieron la divinidad del catolicismo. Ciertamente, no hicieron esta elección sin certeza absoluta, porque: 1.º eran muy inteligentes, muy exigentes, y estaban poco dispuestos a contentarse con poco más o menos; 2.º ningún interés humano los impulsaba al catolicismo; su conversión era un acto de desinterés y de soberano valor... Así, pues, volviendo a la religión, le aportaban, con la autoridad de su experiencia,

La autoridad *de sus sacrificios.* ¿Qué cosa más demostrada? ¿qué cosa más decisiva? Pascal, hablando de los apóstoles y de los mártires, dijo: "Creo en testimonios que se hacen degollar." Y yo aplico esta frase a los convertidos. Su testimonio tiene un peso enorme. Fijaos bien. Para convertirse, tuvieron que *vencerse a sí mismos,* derribar, quebrantar, domar su alma... pasar de la incredulidad a la fe, del orgullo a la humilde sumisión, de lo falso a lo verdadero, con frecuencia del vicio a la virtud, o por lo menos, de la vida fácil a la vida reprimida, reglamentada, disciplinada. Algunos se vieron obligados a hacer el sacrificio absoluto de *su fortuna,* de su bienestar. Hemos visto ministros anglicanos convertidos abandonar beneficios de 100.000 francos, y venir a París a dar lecciones para sostener sus mujeres y sus hijos. La conversión de algunos otros costóles más todavía, pues supuso la inmolación pública y verdaderamente heroína de *su amor propio.* Retractáronse a la faz de sus contemporáneos, y vióse a Pablo Feval volver al Dios de su primera comunión y

corregir sus novelas de aventuras. Hemos visto hoy en día a Pablo Bourget corregir sus novelas psicológicas. Se necesita mucha voluntad, mucho vigor de alma, mucha convicción, para que escritores ilustres, llegados a la cumbre de la celebridad, consagrados por el público y por la Academia, afirmen por modo tan alto, sin respetos humanos, a la cara del escepticismo y de la indiferencia que los rodea, que cometieron faltas y errores contra la religión católica, y que anhelan repararlos... Semejante resolución implica una energía muy rara, revela una convicción hondísima y constituye un testimonio sumamente elocuente en favor de la religión. En su virtud,

3.º *¡Qué poderoso aliento para nosotros, señores!* A la hora presente multiplícanse las vueltas a Dios en la aristocracia intelectual. Opérase y se propaga en el fondo de los espíritus escogidos un movimiento que los arrastra a Dios. Coppée, Brunetière, Bourget, son convertidos. Así se complace Dios en responder a las predicaciones y furores del librepensamiento. Creíase quebrantado para siempre el resorte inmortal que eleva a Dios las aspiraciones del alma humana, pero de repente ese resorte, que sólo estaba comprimido, se distiende, y lanza a las alturas los espíritus rectos y los corazones generosos. Esperemos. Dios recobra la porción escogida de la inteligencia; también recobrará la muchedumbre. Los movimientos destructores y reparadores proceden de lo alto. El pueblo ha seguido el mal ejemplo; también seguirá el bueno. El contagio del ejemplo lo mismo se ejerce para el bien que para el mal; sin percatarse de ello, un convertido siembra conversiones. Su profesión de fe es como un grano que arrastra el viento y va a florecer lejos. Y cuanto más

ilustre y elevado sobre la muchedumbre es el hombre convertido, más semillas fecundas siembra al viento. Los grandes convertidos son corredores de primera fila, que arrastran tras de sí los espíritus de buen sentido y buena fe, y anuncian y preparan las victorias de la verdad. Sigámoslos con alegría, y demos gracias a Dios que los conduce.

Hay sabios y hombres de talento que creen en la religión. Hay sabios y hombres de talento que vuelven a la religión. Con semejantes hombres, grandes católicos grandes convertidos, cantemos alegremente nuestro *Credo*.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMA

Hay sabios y hombres de talento que no tienen religión

2.º ESTO NO PRUEBA ABSOLUTAMENTE NADA CONTRA LA RELIGIÓN

SEÑORES:

Se nos dice que hay hombres de talento que no tienen religión. ¿Qué prueba esto? Esto no prueba nada absolutamente contra la religión. En efecto, muchos sabios y hombres de talento son incrédulos o indiferentes por ignorancia y por prejuicio; son incompetentes, y, por tanto, carecen de autoridad en materia religiosa. Esto es lo que voy a explicaros en el día de hoy. El asunto merece un examen muy atento.

I. La competencia en materia de religión es muy rara.

1.º Empecemos por decir que *la competencia universal es imposible*. No existe un hombre que lo sepa todo a

fondo. Cada cual sabe un corto número de cosas, pero ignora lo demás, y la suma de lo que ignora es mil veces mayor que la suma de lo que sabe.

Aun en el orden de los conocimientos prácticos, ocurre lo mismo. El mecánico no conoce la agricultura, el agricultor no es capaz de dirigir una locomotora. El obrero que forja el hierro, el que trabaja la madera, el que tornea el cobre, están condenados a especializarse, y fuera de su esfera habitual, no saben nada. ¿Qué digo? En el mismo taller, en la misma industria, se divide el trabajo, se subdivide, y la ciencia se divide y se subdivide con él. El obrero comienza una obra, no la continúa, pero el que la continúa no la acaba. Cada trabajador se encierra en el círculo estrecho de su oficio.

Pero nuestra indigencia intelectual se revela especialmente en el orden de los conocimientos más elevados. El médico es incapaz de conducir un navío; es, pues, ignorante en relación con un capitán de barco... y este último, a su vez, ignora la medicina. Del propio modo, el astrónomo no tiene tiempo de estudiar la psicología, la botánica, la geología, la arquitectura, o bien, si tiene tiempo, le falta el gusto y las aptitudes para estudiar estas ciencias. Todos somos especialistas. La palabra está de moda, y no es más que expresión de una verdad patente. Poseemos un poco de ciencia sobre un asunto particular; pero sobre multitud de asuntos, aun los que pasan por sabios, y lo son en efecto, deben confesar su ignorancia. La competencia universal es cosa imposible.

2.° *La competencia en materia religiosa es muy rara.* En primer lugar, *no es fácil conocer a fondo la religión,* en sus pruebas, en sus dogmas, en su moral, en

su liturgia, en su historia. Se refiere a todo: a la tierra y al cielo, a Dios y al alma, a lo pasado, a lo presente, a lo por venir del género humano. Los problemas que suscita son de los que uno no puede resolver de corrido, como ocurre con las cuestiones industriales, comerciales, judiciales, científicas, que preocupan y con frecuencia dividen a hombres muy ilustrados y experimentados. Los genios más famosos y seguros en otras materias, vacilan y a menudo se engañan en materia religiosa. Básteme recordar que Napoleón triunfó mucho más fácilmente de los ejércitos austríacos en los campos de batalla de Austerlitz y Wagram, que de las resistencias teológicas del pacífico Pío VII a propósito de la indisolubilidad del matrimonio y de la investidura de los obispos. No es fácil conocer a fondo la religión. Así, la ciencia sagrada no frecuenta las calles, ni siquiera los salones, ni tan sólo las Academias.

La gran masa de los hombres conoce muy poco la religión. Es esto demasiado evidente. Tomo al acaso, de la ciudad o del campo, cien individuos diferentes en edad, cultura intelectual y posición social. De ellos, noventa, si no noventa y cinco, no saben nada, o casi nada, en materia de religión; apenas les queda alguna débil reminiscencia de las instrucciones catequísticas recibidas en la infancia. Hace ya mucho tiempo que no hacen más que olvidar sin aprender nada, y sus ideas sobre la religión se resumen en los falsos prejuicios que se les han inspirado contra ella. Los periódicos que leen, sirven para perturbarlos antes que para ilustrarlos... porque la mala prensa está mucho más difundida, y es mucho más poderosa que la buena, y pone cada día en circulación ideas falsas e inexactas que obscurecen y deforman la verdad religiosa. Vosotros, señores, que constituís la parte escogida, lo sabéis, lo

comprobáis y os lamentáis de ello. Las conversaciones corrientes de la calle, del café, del taller, denotan una ignorancia religiosa que espanta. La competencia en materia religosa es muy rara. La gran masa de los hombres conoce muy poco la religión.

Pero voy más lejos.

II. Muchos sabios y hombres de talento carecen de competencia en materia religiosa.

He ahí *un hombre de mundo* que ha comprado por lujo libros que jamás abrirá, si no es por casualidad, para matar el tiempo, para distraer sus ocios, para desterrar su aburrimiento. Está abonado a una revista cuyas páginas recorre apenas.

Cada mañana le lleva su periódico noticias más que ideas. Su conversación es muy agradable. Aunque nada sabe a fondo, puede discutir de todo. Habla de historia, de filosofía, de política, de religión, como se habla en el mundo, es decir, fácilmente, superficialmente. ¿Diréis que es competente en materia religiosa? No, en verdad. Quizás recibió antes una instrucción religiosa bastante intensa, pero después, dejóse llevar de la corriente de los negocios y de las distracciones. Evita igualmente las lecturas serias y la audición de la palabra divina. Su ciencia teológica se reduce a poco, y creo firmemente que se le pondría en gran aprieto si se le pidiera una respuesta precisa a las preguntas más sencillas del catecismo, o se le preguntara sobre las nociones más elementales del catolicismo. No es competente en materia religiosa.

He ahí *un hombre muy ilustrado,* un pozo de ciencia, que todo lo sabe: la historia, la geografía, las lenguas, el dibujo, la música, la química; que se ha dedicado un

poco a la medicina, al derecho, a la literatura, a la arqueología, y aun a la teología. Se presenta como hombre universal, y habla doctoralmente sobre todo lo que puede saberse y aun sobre algunas otras cosas. ¿Diréis que es competente en materias religiosas? No, en verdad:

1.° Sabe un poco de todo, pero no sabe el todo de nada. Su saber es demasiado diluído para que sea profundo, y demasiado diseminado para que sea coordinado; 2.° Su instrucción profana se ha desarrollado en detrimento de su instrucción religiosa. Lo accesorio se ha desbordado y ha ahogado lo principal; 3.° Quizás profundizó los cultos de Grecia, de la antigua Roma, de Persia, de la India, sin haber leído un solo tratado de la religión verdadera. Esto no es raro hoy en día, pues a menudo topamos con aficionados y curiosos que conocen la religión de Confucio y de Buda, pero que ignoran la religión en que nacieron, la religión cristiana. Tienen la ciencia de las religiones, pero carecen de la ciencia de la religión. No son competentes en materia religiosa.

He ahí, finalmente, *un sabio,* un buen químico, un médico ilustre, un astrónomo notable, un matemático de primer orden. Bien está. Ni pienso, ni digo mal, de la química, de la medicina, de la astronomía, de las matemáticas. Son ciencias muy hermosas que prestan grandes servicios al género humano. Pero os haré notar que puede uno estar muy fuerte en ellas y no saber una jota de religión; que un miembro del Instituto puede estar menos informado en materia de religión que un pobre cura de aldea, y que, de hecho, hay muchos grandes sabios que saben menos de la ciencia sagrada que un niño de diez años asiduo asistente al catecismo. El célebre astrónomo. *Francisco Aragó* decía al abate Moi-

gno, que le exhortaba a pensar en Dios para prepararse a la muerte: "Educado en el fondo de la tormenta revolucionaria, nada sé, absolutamente nada, de los dogmas de la Revelación." ¡Cuántos otros podrían decir lo mismo!... Químicos, conocen hasta el último detalle las propiedades de la materia, pero ignoran el origen, naturaleza y destino del hombre; geólogos, describen la estructura universal del globo, pero ignoran los misteriosos designios del Dios Creador y del Dios Redentor sobre el linaje humano; astrónomos, saben cómo marcha el cielo, pero no saben como se va al cielo... Lo que los aparta de la fe, no es la ciencia que tienen de la naturaleza, sino la que les falta de la religión.

Muchos sabios y hombres de talento carecen de competencia en materia religiosa. Luego carecen de autoridad... y su testimonio nada prueba contra la religión. Tal es

La conclusión importante que os señalo para terminar. *En religión, como en todo lo demás, hay que dirigirse a los hombres competentes*, a los peritos, a los hábiles, a los entendidos, a los especialistas.

Cierto aldeano decía a un cura: "No voy a misa porque el señor prefecto, el señor diputado y los señores ministros, que son hombres de talento, no van." El cura le respondió: "Dile al prefecto que te abra un par de surcos, al diputado que te haga un buen par de zapatos y al ministro que venga a reparar tu casa, que se hunde. Esos señores no podrán complacerte, porque eso no es de su competencia; ellos no hacen surcos, ni zapatos, ni casas. Pues bien, tampoco son teólogos, por lo cual no son competentes en materia religiosa. No es a ellos a quien has de pedir lecciones de catecismo."

Señores, cuando caéis enfermos, no os dirigís a un abogado, sino a un médico hábil, porque, como lo decís

muy bien, cada uno tiene su profesión... Partiendo, pues, de este mismo principio, cuando os veis envueltos en un proceso, no os dirigís para resolverlo a un poeta o a un astrónomo, sino a un jurisconsulto instruído, a un hombre de ley. Cuando queréis edificar una casa, os dirigís, para obtener el plano de ella, no a un agrónomo o a un químico, sino a un arquitecto que tenga larga experiencia de su arte. Pues bien, del mismo modo, cuando se trata de religión, preciso es dirigirse, no a sabios y hombres de talento, que han olvidado los primeros elementos del catecismo, sino a sacerdotes conocedores de su teología.

Si yo, sacerdote, me atreviera a componer un volumen sobre herejías contra las conclusiones más acreditadas de la medicina, se mofarían de mí, y con razón. Y por parte de los médicos, de los artistas, de los filósofos, de los arqueólogos, de los físicos, de los químicos, todos a porfía, ¿habría derecho a pronunciar sentencias contra la religión, sin haberla estudiado, y tendrían más crédito que el papa, los obispos, los Padres de la Iglesia? No, esto no es posible.

En religión, como en todo lo demás, hay que recurrir a los péritos, a los hábiles, a los entendidos, a los especialistas. Ahora bien, *los especialistas en materia religiosa son los sacerdotes*... Yo, sacerdote que os hablo, y a quien tenéis la paciencia de oir, ignoro una multitud de ciencias; ignoro la geometría, el algebra, la astronomía, la medicina, el derecho; ignoro, por desgracia, hasta el nombre de la mayor parte de las ciencias que me sería preciso enumerar para deciros que no las conozco. Gracias a Dios, poseo la ciencia religiosa, es decir, el secreto del conjunto de las cosas, la explicación del origen y del fin de todo lo existente. A los sabios pertenecen las ciencias parciales; a nosotros, los sacerdo-

tes, la clave de la ciencia universal. Nosotros abandonamos el cetro de las ciencias profanas a quienes tienen la modestia de adjudicárselo. Pero la ciencia religiosa constituye nuestra especialidad; nosotros somos ministros y dispensadores de ella. Nuestra función es muy hermosa y muy laboriosa. ¡Plazca a Dios que la desempeñemos según las necesidades y exigencias del pueblo que nos ha sido confiado y del siglo que debemos evangelizar!

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOPRIMERA

Hay sabios y hombres de talento que no tienen religión

2.° Esto no prueba absolutamente nada contra la religión (*conclusión*)

SEÑORES:

Se nos dice que hay sabios y hombres de talento que no tienen religión. A esto he contestado que muchos sabios y hombres de talento carecen de competencia, y, por consiguiente, de autoridad, en materia religiosa. Cuando uno no conoce bien la religión, por inteligente que sea, ni siquiera tiene el derecho aparente de juzgarla y condenarla.

Prosigo, y añado que muchos sabios y hombres de talento carecen de imparcialidad en materia religiosa. Son irreligiosos por orgullo, por voluptuosidad, por interés. Los motivos que explican su incredulidad, les arrebatan todo crédito y toda autoridad. Sobre esto hay cosas muy delicadas que decir. Intentaré decirlas.

I. Muchos sabios y hombres de talento son irreligiosos por orgullo.

1.º La religión es terrible e intransigente. Quiere que se someta *la razón a la fe.* Dios ha hablado; preciso es creer en su palabra. Hay que creer en las profecías y en los milagros, que certifican la palabra de Dios. Verdad es que las inteligencias más rudas y más incultas pueden apreciar sin esfuerzo ni dilación las pruebas más salientes de la autenticidad del cristianismo; pero no es menos cierto que una profunda humildad de espíritu y de corazón es necesaria para llegar a la certeza de la verdad y de la fe. Además, hay que creer en los misterios contenidos en la palabra divina. Verdad es que en el seno de los misterios resplandece abundante luz que arrebata a la razón y la eleva por encima de ella misma; pero no es menos cierto que esta luz es solamente para los humildes: *Exortum est in tenebris lumen rectis.* A pesar de la altura que las oculta y de la obscuridad que las envuelve, hay que creer en todas las proposiciones reveladas y en cada una de ellas en particular. Hay que creer en lo invisible, en lo incomprensible, en lo sobrenatural. Y el que no crea, será condenado.

2.º Ahora bien, aunque uno no sea hombre de ciencia y hombre de talento, no por ello deja de ser hombre, y muchos sabios y hombres de talento *no quieren someter la razón a la fe.* Son irreligiosos por orgullo.

1.º No creen *más que lo que ven,* es decir, las únicas realidades palpables que se dejan manipular y experimentar, y suprimen arbitrariamente lo invisible, es decir, Dios, que no cae bajo la acción de los sentidos, el cielo que no existe más que para ciertas imaginaciones exaltadas, y el alma, a la que jamás han encontrado en la punta de su escalpelo ni en el objetivo de su telescopio. 2.º Tienen la *pretensión de conocerlo todo,* de juzgar a Dios, de tratarlo de igual a igual, de medir su palabra con las dimensiones de su débil razón. 3.º Se creen *capaces de satisfacer todas las necesidades* del género humano, de darle, no solamente toda felicidad, sino toda virtud. En el prefacio de su última obra *Science et Education,* escribe intrépidamente M. Berthelot: "La ciencia es hoy el único fundamento inquebrantable de la moralidad de los pueblos y de los individuos." Ya lo veis; ciertos sabios están poseídos de un orgullo olímpico e insensato. No dudan de nada. Creen que porque saben deletrear el libro del mundo, porque han descubierto algunos secretos de la naturaleza, porque poseen la clave que abrirá otros, tienen derecho a saberlo todo y a poderlo todo. 4.º Detrás de los sabios, pontífices de la ciencia, se agrupa *la muchedumbre de los adoradores de la ciencia,* que no son sabios, pero que creen serlo, que tienen el mismo orgullo, menos trascendental, pero más cándido. Se entusiasman ante un nuevo descubrimiento como los niños ante un experiento inesperado de física recreativa. Un laboratorio de química les inspira un respeto tenebroso y supersticioso como una mezquita. Un microscopio es a sus ojos algo así como un objeto casi sagrado. Se complacen en emplear los términos de los vocabularios técnicos; es una especie de lengua litúrgica que emboba a la galería. Tienen lo que se ha llamado la religión de la ciencia. 5.º *Sabios y semisabios* compiten

en elogiar la ciencia, que lo es todo, y en denigrar la religión, que no es nada. Por todas partes la razón se insurrecciona contra la fe; nadie quiere creer; todo el mundo quiere ser independiente. Si analizamos la atmósfera intelectual de nuestro siglo, veremos que está compuesta, en sus cuatro quintas partes de orgullo.

El orgullo es hoy en día un poderoso factor de la irreligión. El orgullo ciega a la muchedumbre, y ciega particularmente a los sabios y hombres de talento que se creen más perspicaces, y que, por lo mismo, son menos propicios a la verdad que los simples mortales. Ahora bien, cuando uno es orgulloso, no puede ser imparcial. El que ve mal, juzga mal. Muchos sabios y hombres de talento son irreligiosos por orgullo. Recuso su testimonio.

II. Muchos sabios y hombres de talento son irreligiosos por voluptuosidad.

1.º La religión es terrible e intransigente. Quiere que se someta, no solamente la razón a la fe, sino también *el cuerpo al alma.* No sólo impone misterios, sino también preceptos. No sólo causa molestias al espíritu, sino principalmente a la carne. Proscribe la busca exclusiva del bienestar, las delicadezas exageradas, los apetitos depravados y sensuales. Proscribe el divorcio, el amor libre, el adulterio, la fornicación; más todavía: las malas lecturas, las malas conversaciones, las malas miradas; y todavía más: los malos deseos, los malos pensamientos. Solamente promete a los corazones puros la visión y posesión de Dios.

2.º Ahora bien, aunque sea uno hombre de ciencia y hombre de talento, no por ello deja de ser hombre, no por ello deja de tener sangre, sentidos, corazón, imaginación, potencias todas ellas muy difíciles de gobernar; por lo cual muchos sabios y hombres de talento *no quieren someter* el cuerpo al alma. Son irreligiosos por voluptuosidad.

Tienen pasiones ardientes, saben que son incompatibles con la religión, y no pueden decidirse a abandonarla. He ahí la explicación secreta, profunda, verdadera, de su incredulidad. No la confiesan en público, apenas se la confiesan a sí mismos. Intentan persuadirse, y persuadir a los demás, de que el cristianismo repugna a su recta razón. Pero no es su razón la que se revuelve contra la religión y la rechaza, sino su corazón y sus sentidos. Viven sin fe porque quieren vivir sin freno. Esto es lo que nos dice la historia del buen número de incrédulos antiguos y modernos.

Teodoro de Beza era un ministro protestante de Ginebra casi tan famoso como Calvino. San Francisco de Sales había celebrado con él varias conferencias, en las cuales Beza parecía convencido de la verdad católica. Sin embargo de ello, continuaba siendo protestante. Deshaies, gobernador de Montargis, hallándose en Ginebra, hizo al pastor una visita y trabó con él relaciones de amistad, y cierto día le preguntó cómo un hombre como él podía pertenecer a la vergonzosa religión de Calvino. Beza se levantó, hizo entrar una joven, y mostrándola a Deshaies, le dijo: "He aquí lo que me impide ser católico."

En cierta ocasión reunió en su mesa un hombre de talento gran número de escritores distinguidos. En el curso de la conversación, atrevióse a pronunciar esta frase, que nadie contradijo: "Confesemos, señores, que

tendríamos el valor de ser cristianos, si tuviéramos el de ser castos." Y *Bouguer,* un sabio incrédulo del siglo XVIII, al que de Alembert llamaba la mejor cabeza de la Academia, decía al religioso que preparaba su conversión: "Padre mío, si he sido incrédulo, fué porque estaba corrompido. Vamos deprisa. Mi corazón tiene más necesidad de curación que mi alma. Confesadme."

Escuchad sobre esto otro convertido. *Francisco Coppée,* quien escribió lo siguiente: "Fuí educado cristianamente... y lo digo con franqueza: la crisis de la adolescencia y la vergüenza de ciertas confesiones hicieron que renunciara a mis hábitos de piedad. Muchos de los hombres que se encuentran en este caso, confesarían, si fueran sinceros, que lo que primeramente los apartó de la religión fué la regla severa que impone a todos relativa a los sentidos... y que sólo más tarde pidieron a la razón y a la ciencia argumentos metafísicos que les permitieran vivir tranquilos. Por lo menos, así ocurrieron las cosas con relación a mí." Por desgracia, esa es la historia de muchos que no lo confiesan, o dicen lo contrario.

La voluptuosidad es hoy en día poderoso factor de irreligión. Impera sobre la muchedumbre, y con no menos intensidad en el mundo de los sabios y hombres de talento, que tiene a su alcance, más fácilmente que la multitud, los medios y ocasiones de procurarse el placer. Ahora bien, el que se entrega a las pasiones, no puede ser imparcial. El corazón daña a la cabeza y le dicta resoluciones sin valor. Muchos sabios y homgres de talento, son irreligiosos por voluptuosidad. Recuso su testimonio.

III. Muchos sabios y hombres de talento son irreligiosos por interés.

1.º La religión es terrible e intransigente. Quiere que se someta, no sólo la razón a la fe y el cuerpo al alma, sino también el *interés a la conciencia.* Coloca por encima de todo las leyes divinas de la verdad, de la justicia, de la caridad que nos dominan, y las sanciones divinas que nos esperan y nos amenazan. Condena el duelo, los malos procesos, los balances falsos, la mentira, el sacrificio de lo honesto a lo útil. Ante el deber, no autoriza ninguna abdicación, ningún compromiso de conciencia.

2.º Ahora bien, aunque sea uno hombre de ciencia y hombre de talento, no por ello deja de ser hombre, ni tiene menos ambición de honores, de poder, de dinero, y muchos sabios y hombres de talento *no quieren someter el interés a la conciencia.* Son irreligiosos por interés.

¿Acaso invento? Desgraciadamente en nuestros días, casi nadie obedece ya a la conciencia, y, para la mayoría, la cuestión suprema es esta: "¿Cuánto dinero, honores o placeres me reportará este acto?" Para la inmensa mayoría, lo que está por encima de todo es el éxito, es tener la sartén por el mango, es un puesto ambicionado, una condecoración, es ganar el premio, es aprovecharse de una ocasión que le permita enriquecerse y llegar a ser algo cueste lo que cueste. ¿La conciencia? ¡Cállese la conciencia! ¿La religión? Si

habla, se la reducirá al silencio, se dirá que es falsa, enemiga del género humano, contraria al progreso y a la ciencia.

Cuando se vive en un tiempo en que la irreligión es causa de popularidad, la tentación de pasar por anticlerical y de explotar los prejuicios corrientes en provecho de la ambición, es muy grande. Le gusta en todos los tonos: la Iglesia no ama la ciencia, la Iglesia no ama la luz, la Iglesia no ama al progreso, la Iglesia no ama la libertad... y al día siguiente se despierta uno diputado o ministro, o se le decora con un título honorífico, o se le asigna una buena plaza. ¡Qué queréis! Hay que lograr lo que se ambiciona, y para lograrlo, hay que aullar como los lobos, sacrificar las convicciones y la conciencia. Poco más o menos, así es como ha procedido siempre el pobre género humano, mirando de frente el éxito, inmolando la conciencia al interés; y así es cómo procede en el día de hoy.

El interés es hoy en día un poderoso factor de irreligión. El interés inspira a la inmensa multitud. El interés inspira tanto más a los sabios y a los hombres de talento cuanto más elevadas son sus miras y más desmesurada su ambición. Ahora bien, cuando se mezcla el interés, es muy difícil ser imparcial y se expone uno a proceder según sus deseos y contra la verdad. Muchos sabios y hombres de talento son irreligiosos por interés. Recuso su testimonio.

Se nos dice que hay sabios y hombres de talento que no tienen religión. Verdad es; pero si esos sabios y hombres de talento carecen de competencia o de imparcialidad en materia religiosa, su incredulidad no prueba absolutamente nada contra la religión. Dejémoslos decir, dejémoslos hacer, y todos nosotros, unidos a todas las grandes almas que adoran a Jesucristo

y profesan el cristianismo, continuemos adorando a Jesucristo y profesando el cristianismo, y cantemos nuestro inmortal *Credo.*

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEGUNDA

Hay sabios y hombres de talento que no tienen religión *(conclusión)*

SEÑORES:

Se nos dice que hay sabios y hombres de talento que no tienen religión. Verdad es; mas esos sabios y hombres de talento carecen de competencia o de imparcialidad en materia religiosa; luego su ejemplo no hace ley, y su testimonio no tiene autoridad.

Pero, al lado de ellos, hay otros sabios y hombres de talento que tienen religión. Hay grandes católicos que creen en la religión; hay grandes convertidos que han vuelto a ella; los unos y los otros aportan a la religión el doble testimonio de su autoridad, de su inteligencia, de su virtud. Y ahora, para terminar esta importnte materia, voy a someteros: 1.º una comparación; 2.º una observación; 3.º una conclusión.

I. Una comparación.

Comparemos los grandes hombres del cristianismo con los grandes hombres del librepensamiento. Los primeros son muy superiores a los segundos por la cantidad y la cualidad.

1.º *Por la cantidad.*

"Puede afirmarse—dice Mons. de Segur—que, desde hace mil novecientos años, entre los hombres eminentes de cada siglo, no se cuenta un incrédulo por cada veinte de ellos." En efecto, borrad con el pensamiento lo que han producido los siglos bajo la inspiración de la religión, y ved lo que queda. Empezad por las Bellas Artes. Entrad en los museos y en las iglesias para hacer desaparecer de ellas los cuadros, las esculturas, los objetos de orfebrería que expresan una idea religiosa. Pasad a la arquitectura, y abatid todas las catedrales. Luego a la música, y borrad de la lista de los compositores a Haendel, Palestrina, Mozart, Pergolese Rossini. Entrad después en la esfera del pensamiento: elocuencia, poesía, filosofía. Suprimid a Bossuet, Bourdaloue, Fenelón, Massillón, Flechier; Corneille, Racine, Moileau, Descartes, Pascal, Chateaubriand, Lamartine, y cien otros. Continuad, y desechad los príncipes, los hombres de Estado, los hombres de guerra, los magistrados que tuvieron a honra practicar la religión. Haced la selección y veréis lo que queda. Seguramente que os quedaríais sobrecogidos de horror al contemplar el vacío inmenso que restaría... Entre las celebridades de todo orden, las tres cuartas partes, por lo menos, tuvieron religión. ¿Habrá que tratar de locos a la casi totalidad de los

grandes hombres de que se gloría Francia? No, ciertamente.

Se nos echan en cara los sabios. Pero sabios naturalistas, físicos, anatomistas, medio espiritualistas, cristianos y católicos, los ha habido siempre, y siempre los habrá. Más todavía: si se contara bien, si no se diera, como ocurre a menudo, un valor exagerado a los hombres hostiles a la verdad religiosa, veríamos que, entre los sabios verdaderamente superiores, la mayoría, la inmensa mayoría es, no diré quizás cristiana, pero si teísta y espiritualista por lo menos. La ciencia era cristiana en el siglo XVII, el siglo de los grandes descubrimientos científicos, el siglo de Pascal, de Leibniz, de Newton. Verdad es que la ciencia se hizo incrédula en el siglo XVIII, pero en el XIX, ¿no se cuentan en primera fila Biot, Ampère, Cauchy, Recamier, Laennec, Cuvier, Flouréns, Quatrefages, Chevreul, Pasteur? Cuando se dice que la ciencia es atea y que se predica el ateísmo en nombre de la ciencia, no tanto se ultraja a la religión como se calumnia a la ciencia. Puede afirmarse que los pensadores materialistas están en minoría en la Academia actual de ciencias.

Tomando el conjunto de nuestros grandes hombres, tanto en lo pasado como en lo presente, podemos afirmar que los creyentes superan de mucho a los grandes hombres del librepensamiento, por la cantidad, y sobre todo,

2.° *Por la calidad.*

Hace ochenta años, Mons. de Frayssinous evocaba ante sus auditorios nuestras glorias católicas de los siglos XVI, XVII y XVIII, diciendo: "Veo ordenada en torno de la religión una muchedumbre de espíritus sublimes que, desde hace tres siglos, han brillado en

Europa." Y enumeraba los filósofos, los eruditos, los moralistas, los magistrados, los apologistas, los sabios. Y continuaba: "Veo todos esos grandes hombres resplandeciendo por su genio y su virtud. Si me viera tentado a prevalerme de mis débiles luces contra el cristianismo, me advertiría Bacon que un poco de filosofía hace a uno incrédulo, pero que mucha filosofía conduce a la religión. Si quisiera adormirme en cómoda indiferencia, Pascal me diría que bien puede uno dejar de preocuparse por el sistema de Copérnico, pero que importa mucho saber si el alma es mortal o inmortal, y que, siguiendo lo que creemos que es, todos nuestros actos y todos nuestros sentimientos deben tomar rutas diferentes. Si pudiera dejarme conmover por la autoridad de algunos espíritus fuertes, me haría observar Massillón que las pasiones son la cuna de la incredulidad, que no se sacude el fuego de la fe más que para sacudir el yugo del deber, y que jamás hubiera tenido enemigos la religión, si ella no fuera enemiga del desorden y del vicio. Mas he aquí que, en la augusta asamblea, se hace oir el primero de todos por el genio, y alza la voz contra esos temerarios que toman por fuerza de la razón lo que no es más que el delirio, y se creen libres porque su espíritu carece de freno. Bossuet les dice que ni siquiera cuentan con el menor fundamento para asentar la nada a la cual aspiran después de esta vida, y que no tienen segura tan miserable herencia..." Y concluye Frayssinous: "¿Cómo no asombrarse de la fe de tantos grandes hombres? En verdad que, si es preciso decidirse por la religión o contra la religión, según la autoridad de los que la han profesado o de los que la han combatido, no tengo derecho a vacilar. ¡Fuera de mí la incredulidad! ¡Gloria a Jesucristo! Soy cristiano."

Pero si arrojamos ahora una mirada sobre el siglo XIX, y si comparamos el valor respectivo de los grandes hombres del catolicismo y de los grandes hombres del librepensamiento, ¿es que no llegamos a la misma conclusión? ¿Cuáles son los que han hecho y hacen la guerra a Jesucristo? En general, personas sin competencia ni imparcialidad en materia religiosa. ¿Quiénes son los que están con Jesucristo? Un clero que representa en verdad el desinterés y la moralidad de las convicciones, y laicos eminentes que ponen en sus conclusiones el peso de su inteligencia y el peso de su virtud. Sí, hay que venir a nosotros, hay que venir al cristianismo, si nos orientamos por el valor intelectual de los que uno quiere seguir, sobre todo si consultamos su valor moral. Los pocos hombres que desconocieron el cristianismo no merecen nuestra confianza. El orgullo, la pasión de la ciencia profana, que los absorbía enteramente, y otras pasiones todavía más vergonzosas y violentas, son razones más que suficientes para explicar su incredulidad, en tanto que la verdad de la religión es lo único que pudo hacer inclinar la frente de nuestros grandes cristianos bajo el yugo del catolicismo. En él, con nuestros grandes cristianos, me siento en mejor compañía que en medio del escuálido escuadrón de incrédulos que sólo tienen inteligencia y fuerza para negar, para negar siempre.

Viénenme ahora a la memoria las palabras de La Bruyère: "¡Qué placer el de amar la religión y verla creída y sostenida por genios tan hermosos y tan sólidas inteligencias!"

Y no se diga que, en la actualidad, se alejan del cristianismo los grandes corazones y las grandes inteligencias, porque responderé a tan temeraria afirmación con

II. Una observación.

La generalidad de las grandes almas se inclinan al catolicismo. Muchos maestros del pensamiento contemporáneo son abiertamente católicos. Las clases superiores de la nación se cristianizan, y aun buen número de escépticos se vuelven respetuosamente del lado de Jesucristo. Al regreso de un reciente viaje a Jerusalém, escribía Gustavo Larroumet: "Soy cristiano y francés... La campana que repicó en mi nacimiento, doblará en mi muerte, y sobre mi tumba se alzará la cruz. La palabra cristiana ha depositado en el alma moderna lo que esta tiene de mejor..." Fácilmente encontraremos el mismo pensamiento en Julio Lamaitre, en Pedro Loti y en muchos otros de la misma escuela.

"La ciencia, se grita muy alto, la ciencia se ha pronunciado y ha condenado el cristianismo." He ahí lo que dicen algunos sabios, y lo que muchos ignorantes repiten. Pero es esa una frase hueca. Si las grandes conquistas científicas, universalmente adoptadas en el mundo sabio, entrañaran una negación formal y evidente de algún dogma religioso, todo sabio, por poco serio que fuera, por el solo hecho de ser sabio, abjuraría el cristianismo. Pero no hay nada de eso. El cristianismo tiene por hijos fieles los genios más asombrosos. Un solo sabio católico es una prueba de la divinidad de la Iglesia. Mas es el caso que hay millares de sabios católicos... Y los que hasta aquí se mantenían a distancia de la verdad religiosa por indiferencia o por hostilidad, obedecen, en su conjunto, a un movimiento de aproximación. Las grandes, inteligencias vuelven a nosotros.

Es esto tan verdadero, que los adversarios de la idea

católica no pueden refrenar su cólera... y la masonería persigue encarnizadamente la enseñanza religiosa, que le prepara rivales tan intrépidos como distinguidos por su ciencia y su talento. Débiles y humillados ayer, podían tolerarnos; fuertes hoy, y a punto de reconquistar la opinión ilustrada, se precipitan contra nosotros y nos persiguen porque nos temen. Quisieran suprimirnos, porque desesperan de poder igualarnos. La actitud de nuestros enemigos sólo puede hacer una cosa: envalentonarnos.

Para terminar, os ofrezco

III. Una conclusión que es una palabra de esperanza.

Los peligros de la hora presente intimidan o turban algunos católicos. Tranquilícense. Jamás la Iglesia pareció tan viviente, tan activa, tan joven como hoy en día. Podríamos temblar por ella, si su destino estuviera ligado al de un hombre o al de un pueblo, así fuese el hombre más inteligente o el pueblo más poderoso de la tierra. Pero el catolicismo de nuestros días se compone de gran número de minorías perseguidas o libres, minorías vigorosas y resueltas a la lucha, minorías brillantes por el talento y por la elevación moral, minorías que mañana serán mayorías. Hay que esperar.

En 1877, el decano de la Facultad de Derecho del Instituto Católico de Lila, M. de Vareilles-Sommières, pronunciaba estas hermosas palabras: "Cualesquiera que sean los destinos de la Providencia, el deber de todos nosotros consiste en marchar como si el cielo estuviera sereno, como si la justicia fuera a entronizarse en Francia, como si se nos garantizara lo por venir. Fuertes en su conciencia sin mancha, fuertes en el bien

que han hecho y son capaces de hacer en la tierra, fuertes en su abnegación por Francia, tan amada en todo tiempo, y cuyos mejores hijos y verdaderos amigos son todavía, los católicos pueden esperarlo todo, y no temer nada." ¡Ah, qué bellas palabras! Los católicos pueden esperarlo todo y no temer nada.

Así, pues, vivamos tranquilos, alegres, ardientes en la lucha, seguros del mañana. Mons. Mermillod dijo: "Me gustan muy poco los sauces llorones. No dan fruto, y sólo abrigan sepulcros." No nos entristezcamos ni nos desalentemos. Sobre nuestra cabeza resplandece como nube inmensa y luminosa el gran ejército de los que dieron testimonio de Jesucristo. Seamos pacientes y fuertes como ellos lo fueron, y como ellos, corramos alegremente a las luchas que nos esperan.

Tantam habentes impositam nubem testium, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen!

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOTERCIA

Hay que hacer como los otros

SEÑORES:

Muchos, para excusarse de no tener religión dicen muy alto, o murmuran por lo bajo: "Hay que hacer como los otros." Vamos a juzgar esta afirmación: 1.° Está muy difundida; 2.° es poco razonable; 3.° con frecuencia es peligrosa.

I. Hay que hacer como los otros. Afirmación muy difundida.

Si preguntáis a los *chinos* por qué se arreglan su larga cabellera por modo tan extraño y tan falto de gracia; si preguntáis a los indos de Benares por qué se pasean por su pagoda dorada con los pies desnudos y la cabeza cubierta; si preguntáis a los birmanos y a los maoríes por qué se infligen el suplicio de un tatuaje sabio y complicado mediante un cuchillo, con tajos en

la carne viva, designando con la mirada y el gesto a sus compatriotas, os dirán todos ellos: "Hay que hacer como los otros."

Sin ir más lejos, preguntad *al campesino* francés por qué no lleva ya el gorro de algodón, sino que prefiere el sombrero o el casquete, por qué ha cambiado el sombrero flexible y confortable de sus padres por los artículos de la sombrerería moderna, y os responderá: "Hay que hacer como los otros." Por otra parte, nadie como los campesinos para seguir la moda.

Todos los años, los grandes almacenes de París inventan *nuevos vestidos*, y los exhiben en el bosque de Bolonia o en las carreras. Los bobalicones los miran, los admiran y dicen: "He ahí la moda." Luego las revistas especialistas reproducen los modelos, toda Francia copia a la capital, y si preguntáis a las francesas por qué adoptan tal sombrero y tal vestido excéntrico, responden: "Es la moda. Hay que hacer como los otros." Y no hay como las mujeres para precipitarse, con la cabeza baja, en el torrente de la opinión.

Los hombres más graves, los menos crédulos son ordinariamente presa de las más groseras ilusiones acreditadas por el público. Vémoslos demoler cuidadosamente todas las tradiciones de lo pasado, todos los dogmas apoyados en la revelación y certificados por los más grandes pensadores de todos los siglos, todos los milagros consignados en la Biblia y en la vida de los santos. No será a ellos a quienes se hará tragar una bola. Eso no cuela. Saben dudar, desconfían. Pero he ahí que han oído decir que en tal caja de caudales hay 100 millones. Nadie la ha visto, pero todo el mundo lo dice; a los apologistas de la fe cristiana se les piden pruebas; a los herederos de Crawford ni siquiera se

les piden apariencias de pruebas; cada cual se refiere ciegamente a la opinión ajena, y, sin querer comprobar ni remontarse a las fuentes, se dice: "Señor, fulano de tal cree en los millones y zutano... también, y lo mismo perengano... Luego debo creer en ellos. Hay que hacer como los otros." El prestigio de esta afirmación se impone.

En el mundo político. Un periódico inglés intentó estos últimos años enumerar los diferentes vivas que resonaron en la escena política durante el último siglo. La sola enumeración llenó varias columnas, y acabó con esta rúbrica: "Esto continúa." En efecto, entre nosotros particularmente, en Francia, la opinión es más movible que las olas del océano; de la noche a la mañana echamos por tierra el ídolo, improvisamos el ídolo de hoy, que será reemplazado por el de mañana, y en medio de esta movilidad perpetua, cada francés está constantemente ocupado en contemplar los regímenes y los hombres nuevos;... y para excusarse de saludar con la muchedumbre al sol naciente, dice sin vacilación ni remordimiento: "Hay que hacer como los otros."

La religión no puede evitar el poder de esta máxima. Parecería que en la religión, como en todo lo demás, la costumbre, y únicamente la costumbre, hace la ley. Trasladad un honrado habitante de Beauce a Bretaña o a Bélgica, y viendo que todo el mundo va a misa, se considerará dichoso de hacer como todo el mundo. Por lo contrario, no es raro que un bretón o un belga, trasladado a las llanuras de Beauce, ceda al ejemplo general, y se torne indiferente. De cien hombres más o menos extraños a la vida cristiana, ¿cuántos hay que hayan examinado, sincera, seria y libremente y a sus anchas, la gran cuestión religiosa? ¿Cuántos hay que una vez en la vida, durante media hora, se hayan hecho a sí mismos esta pregunta: "Debo ser o no ser cristiano? ¿Tengo o no un Dios a quien servir, un alma que salvar, verdades que creer, sacramentos que recibir?" De cien hombres, noventa o noventa y cinco no piensan en nada de eso. Miran simplemente en torno suyo, y se dicen: "Tal y cual no tienen religión. Tantos otros tampoco la tienen. Hay que hacer como los otros." Afirmación muy difundida.

II. Hay que hacer como los otros. Afirmación poco razonable.

Hay que hacer como los otros. Es un razonamiento *infantil.* El niño es crédulo. Para juzgar, no se sirve de la razón, que es rudimentaria e insuficiente. Juzga según la fe de otro. Así, muchos hombres que no tienen religión, no quieren creer en la palabra divina consignada en los Libros santos y anunciada por la Iglesia... pero creen cándidamente en la palabra sin autoridad del primer advenedizo, docto o ignorante, inteligente o estúpido... en la palabra sin valor de gente que no son más que lo que somos nosotros, que no saben más que lo que sabemos nosotros, y que con frecuencia son poca cosa y no saben nada.

Hay que hacer como los otros. Es un razonamiento *de ciego.* El ciego es dócil; se deja conducir por cualquiera que le tome de la mano, y cae en el precipicio sin sospecharlo. Así, muchos hombres que no tienen religión, siguen dócilmente la muchedumbre que no la tiene, aceptan como juicio supremo la sentencia de un

tribunal anónimo, que jamás deliberó, y que, aunque hubiese deliberado, no tiene derecho alguno a imponer su juicio. En verdad que, renunciar de ese modo a todo derecho de examen, someter ciegamente la razón a la razón o al capricho de otro, ¿no es hacer acto de irracional? Tomar la opinión como regla de creencias, ¿no es aceptar por adelantado los extravíos?

Hay que hacer como los otros. Es un razonamiento *de esclavo*. El esclavo es pasivo. Carece de ideas propias; no tiene voluntad personal. No es, pues, un hombre que obedece a su libre albedrío; es un trompo que va a donde lo empujan. Así, muchos hombres que no tienen religión soportan la más humillante de las opresiones, la opresión de su inteligencia y de su espontaneidad por la imposición ciega y brutal del gran número. Proclaman sin cesar que sólo siguen a sus ideas, que su razón es su único guía, que no tienen más regla que ellos mismos. Por desgracia, ¡cuán grande es su ilusión! Se creen libres de toda creencia, y son esclavos de la costumbre, de la moda, de la opinión reinante. Les parece que siguen sus propias ideas, y se embeben inconscientemente de todas las ideas que los rodean. A escucharlos, creería uno que son independientes, pero examinándolos con atención, pronto se convence uno que se dejan arrastrar al torrente y ahogarse en la multitud. En medio de todo el mundo, carecen de la fuerza de ser alguien. ¿Qué podré decir aún?

Hay que hacer como los otros. Es un razonamiento *de cabra*. Las cabras se siguen las unas a las otras. Si la primera se arroja a un agujero, la segunda la sigue, la tercera sigue a la segunda, la cuarta a la tercera, y así todas las demás. Se arrojan porque sus compañeras se han arrojado. Hacen como las otras. Por desgracia, ¡cuántos hombres son cabras, aunque se trate de los

deberes más esenciales! ¡Cuántos pierden su alma únicamente por hacer como los otros! Semejante conducta es absolutamente injustificable ante el tribunal de la simple razón. Hagamos como los otros cuando los otros obran bien. Esto es lo razonable. Pero no hagamos como los otros cuando los otros obran mal. Esto sería enteramente insensato. Y también culpable.

III. Hay que hacer como los otros. Afirmación con frecuencia peligrosa.

En las cuestiones que no atañen a la conciencia es permitido, y aun a veces conveniente, hacer como los otros. Pero ¡cuántas veces hay peligro en hacer como los otros, cuando hay que cumplir un deber, cuando se trata de la probidad, de la moral, de la religión!

Existía antes una costumbre excelente, que consistía en respetar el bien ajeno; hoy parece que esta costumbre lleva camino de desaparecer, y gana terreno la opinión de que el mundo pertenece a los más hábiles, a los más audaces, y que la ciencia suprema consiste en enriquecerse por todos los medios. Oyese por todas partes quien murmura por lo bajo: "La probidad es ciertamente una cosa loable, pero desde el momento en que lo pasado de modo, no quiero singularizarme." Y, cogidos con la mano dentro del saco del vecino, dicen al magistrado: "Escuche V., señor juez. Lo que más deseaba yo es ser honrado. Pero ¿qué quiere V.? Hoy ya no es costumbre serlo. He hecho como los otros." He ahí un peligro que no es quimérico.

He aquí otro que no carece de fundamento. Un viejo pastor tenía muchos hijos. Cierto día que querían

ir a la feria de una ciudad vecina para bailar, díjoles el padre: "No. Hasta aquí he procurado preservaros de la corrupción de las costumbres, y allá os corromperéis fatalmente." — "Pero — replicaron los hijos — otros también van."—"Sin duda—respondió el padre. —Pero ¿cuántos han perdido allí salud y vida, inocencia y honor? ¿Queréis, a pesar de ello, seguirlos? No imitéis a las ovejas. Cuando una salta al abismo, todas las otras saltan detrás de ella. Por eso las llamáis bestias estúpidas." Hay que hacer como los otros. Esta frase, señores, hace germinar el vicio en muchas almas cándidas. Por millares se cuentan las víctimas que impulsa el mal.

Pero desde el punto de vista religioso, sus efectos son quizás peores. La verdad religiosa, por lo mismo que es santa, choca contra todos nuestros instintos, pone al descubierto todas nuestras miserias, humilla y resiente nuestro orgullo. Por tanto. tiene la seguridad de ver unirse contra ella, hasta el fin del mundo, todas las pasiones humanas. Así, cuando recorro la historia de todos los que han sido aquí bajo testigos de la justicia eterna, véolos, en ciertos días, solitarios, no comprendidos, desconocidos, lo mismo Moisés en la tierra de Egipto, y Elías en el templo de Acab y de Jezabel, que Juan Bautista en su calabozo, y San Pablo en el momento en que, en su prisión de Roma, trazaba, en la última página que de él nos queda, esta desgarradora frase: "¡Todos me han abandonado..." Para conservar la fe, en ciertas horas sobre todo, es necesario saber estar solo. ¡Ay de aquellos cuya máxima es hacer como los otros! Vémoslos desfilar prudentemente y desertar de los altares del verdadero Dios. Oyeselos aullar con los lobos y declamar contra la religión. Hay que hacer como los otros... Afirmación peligrosa. Tomad,

si os place, una divisa para gobernar vuestra vida; he aquí la que yo os sugiero:

Obrar bien y dejar que digan.

Dejar que digan. Dejemos a los otros en libertad de no hacer como nosotros. No podemos conseguir que todo el mundo piense u obre de la misma manera. Aceptemos la sociedad con sus variedades y sus complejidades innumerables. Sepamos tolerarnos mutuamente. La tolerancia mutua es como el acuerdo perfecto en el cual vienen a fundirse todas las disonancias y todas los matices en materia de gusto, de natural, de pensamiento, de conducta. Dejemos a los otros en libertad de no obrar como nosotros. Pero atengámonos a la primera parte de nuestro divisa.

Obrar bien. Quedemos en libertad de no hacer como los otros. Cuando sea necesario, tengamos el valor de singularizarnos. Cuando la multitud se descarría, tengamos el valor de continuar por el buen camino. Cuando la muchedumbre se arrastre, tengamos el valor de mantenernos de pie. Cierto día de fiesta popular, un señor húngaro dió un baile en el que danzó él mismo. Llevaba en su vestido gran cantidad de piezas de oro, sujetas por un hilo. Cada minuto dejaba caer una, y los aldeanos se las disputaban a puñetazo limpio. Unicamente un viejo, aunque pobre, no se movió de su sitio. Preguntóle el señor por qué no había procurado aprovecharse de la ganga. "Era preciso bajarse"—respondió el anciano. Nobles palabras, señores. Cuando los otros obran mal, permanezcamos en libertad de no ha-

cer como los otros. Obrar bien y dejar que digan... Tal es la divisa del hombre honrado y del verdadero cristiano.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOCUARTA

Se burlarán de mí

1.º El fenómeno del miedo

SEÑORES:

Muchos hombres honrados no son honrados. Nada anhelarían tanto como ser religiosos, y, a pesar de ello, no lo son. ¿Por qué? Tienen miedo. Los oigo murmurar para sí mismos: "Se burlarían de mí." El respeto humano, el miedo a la opinión, es un fenómeno extraño cuyo poder y extensión vamos a comprobar en el día de hoy.

I. El respeto humano, el miedo a la opinión, es el mal de todas las edades.

Ese niño de diez años tiene miedo de parecer más obediente, más laborioso, más cristiano que los de su edad. Tiene miedo de la burla, de la sonrisa, de la mirada de un camarada o de un hermano, y oculta

cuidadosamente su prudencia, avergonzada de sí mismo, su oración furtiva y silenciosa.

Ese adolescente no es impío, pero tiene miedo de no parecerlo, y oculta su fe ante sus amigos, que lo vigilan; no está corrompido, pero tiene miedo de no parecerlo, y se muestra malo por fanfarronería. Es un cobarde que se hace el valiente.

Esa joven tiene miedo de pasar por escrupulosa, y por consideraciones a la opinión, sacrifica al furor de la moda, a la licencia de las lecturas, a la práctica de los placeres más peligrosos.

Ese hombre en plena madurez dista mucho de ser un descreído; reza sus oraciones por la noche en comunidad con sus hijos, pero en público adopta la actitud de un perfecto indiferente. Teme a los ojos que le miran.

A ese anciano sólo le queda un soplo de vida; va a desaparecer de este mundo. ¿Por qué no pide los sacramentos? Teme que se diga que ha visto un sacerdote y se ha confesado. Espera que se le hable de ello, que se le haga en cierto modo violencia. Mira en vuestros ojos si no vais a pronunciar la gran palabra libertadora de Dios. Y mientras que no se atreve a solicitar los auxilios de la religión, los que le rodean tampoco se atreven a ofrecérselos. El respeto humano, el miedo a la opinión nos sigue de la cuna al sepulcro. Es el mal de todas las edades.

II. El respeto humano, el miedo a la opinión, es el mal de todas las condiciones.

Impera *en las clases populares* con intensidad terrible. He ahí un obrero honrado. Fué admirablemente bien educado por una buena y santa madre. Se casó

bien. Por nada del mundo hubiera querido una mujer sin religión, porque sabe que una mujer sin religión es muy poca cosa, que una mujer infiel a Dios es capaz de todas las infidelidades. Casóse, pues, con una mujer cristiana y piadosa. Tiene hijos de los cuales se muestra orgulloso, y a los cuales hace educar en los buenos principios; con su angelical compañera y sus amables hijos es feliz en su hogar. Sabe muy bien que todo se lo debe a la religión, que ella es la que colocó tantas virtudes en el corazón de su madre, tanta abnegación en el corazón de su esposa, tanta modestia en la frente de sus hijos. Reconoce de buen grado que una religión que da al mundo Vicentes de Paúl y Hermanas de la Caridad, es infinitamente superior a la impiedad, a la impiedad, que casi no da al mundo más que Voltaires y Zolas. Por otra parte, no ha olvidado que, gracias a la intervención de un buen sacerdote, salió de la miseria, pues le buscó trabajo, y le salvó de la angustia y de las lágrimas. He ahí ciertamente un hombre honrado, un buen padre de familia, y aun un cristiano de corazón y convicción. Esto no obstante, ¿defiende la religión cuando la ve atacada? No. Tiene miedo de pasar por jesuíta. Además, ¿por qué deja entrar en su casa un periódico malo? Tiene miedo. Tiene miedo de un amigo, de un amigo impertinente, que recibe el mismo periódico. Finalmente, ¿cómo es posible que no vaya a misa el domingo cuando hace que vayan sus hijos? ¿Cómo se comprende que respete el viernes en su casa y lo viole fuera de ella? Tiene miedo. Tiene miedo de pasar por clerical. En el fondo tiene fe; exteriormente procede como si no la tuviera. El respeto humano, el miedo a la opinión impera terriblemente.

En las clases populares, y también, aunque en me-

nor grado, *en las clases superiores*. No se encuentran muchos hombres como el almirante Dupetit-Thouars. Mandaba la escuadra del Mediterráneo y conducía a Córcega al presidente Carnot, cuando, después de una serie de maniobras, oyóse de repente un redoble de tambor. Era la hora de la oración de la tarde. El Almirante, que conversaba con animación, se detiene y se descubre. Y el Presidente, los Estados mayores, los Ministros, sobrecogidos por la expresión de respeto y de fe religiosa que se leía en su semblante, siguen su ejemplo y escuchan silenciosos y recogidos la voz grave del capellán que se eleva desde el gallardete de proa (1). Semejante calaverada se ve pocas veces. La independencia de natural es cosa rara, aun en las alturas. Mirad: acaba de morir un hombre, y un orador de fama pronuncia su elogio ante su tumba. Poned atención. El difunto nació en tal país, ejerció tal profesión, escribió tal obra, e invariablemente también practicó todas las virtudes; se lamenta su pérdida, se le alaba, se le llora, se le dice adiós, y se van. Ni una palabra sobre su alma inmortal, sobre su fin, que fué cristiano, sobre la eternidad, en la que acaba de entrar, sobre Dios, ante quien ha comparecido. ¿Por qué está omisión deliberada? ¿Por qué ese lenguaje vulgar, incoloro, confuso, y aun podríamos decir vergonzoso de sí mismo, en presencia del cadáver, casi caliente aún, de un amigo, de un bienhechor, de un hombre notable? Es que el miedo encadena el pensamiento, la palabra, el corazón mismo. Se tiene miedo de hacer en público profesión de fe espiritualista y religiosa. Se tiene miedo de decir muy alto: "Creo en Dios... y en la vida eterna."

(1) El Almirante, refiriendo el hecho a un amigo suyo, decía sonriendo: «En fin, logré que todos rezaran la oración».

III. El respeto humano, el miedo a la opinión, es el mal de nuestro país.

Es el mal francés por excelencia. Ora estén los turcos levantados o acostados, ora estén solos o en compañía, ora de pie o a caballo, desde que oyen la voz penetrante que desde lo alto del minarete anuncia la oración, extienden su tapiz y permancen prosternados. Abd-el-Kader, en la plaza de la Concordia, en París, en presencia de veinte mil almas, no vacilaba en permanecer con la frente pegada a tierra cuando oía tocar las doce. En España, en Italia, en Alemania, hay en las iglesias tantos hombres como mujeres; en todas partes, menos en Francia, cuando se tiene religión, no se tiene miedo a profesarla.

En Francia se tiene miedo de afirmar las convicciones religiosas. Habiendo tropezado Alejandro el Grande en las orillas del Danubio con una tribu gala que osaba resistirle, dijo a sus enviados: "¿Acaso no teméis mi venganza?"—"Sólo tememos una cosa—contestaron nuestros antepasados;—que el cielo caiga sobre nuestras cabezas." — "Altivos son los celtas" — replicó Alejandro.—Y les ofreció su amistad. Sí, los franceses son altivos... pero no ante la opinión. La burla es poderosa en nuestro país, y hace que se humillen muchas frentes. Hubo un momento en que Napoleón I estuvo a punto de romper sus negociaciones con Pío VII y renunciar a la conclusión del concordato. Había oído que algunos de sus generales tales como Lannes y Augereau, murmuraban en los corredores de las Tullerías: "¿Quién nos hubiera dicho que Bonaparte se convirtiese tan pronto en capuchino?" Sentía vivamente las groseras bromas que llegaban a sus oídos, de

aquí y allá, como cañonazos. El Primer Cónsul, que no temía a la metralla, tenía miedo de las sonrisas de los que le rodeaban. En Francia se tiene miedo a la opinión.

IV. El respeto humano tiene miedo de la opinión. Es el mal de nuestro tiempo.

Refiérese en el libro de los Hechos (V, 13) que, perseguidos los apóstoles por los judíos enemigos, nadie se atrevía a juntarse con ellos: *nemo audebat se conjungere illis*. El mismo fenómeno se reproduce a nuestra vista.

¿Por qué, a la hora presente, se niegan tantos hombres a concurrir a nuestras asambleas religiosas, a sentarse al pie del púlpito, a arrodillarse ante los altares con sus mujeres y sus hijos? ¿Es que han perdido su fe? ¿es que han descubierto contra la religión nuevas e irrefutables objeciones? ¿es que han cesado de apreciar los beneficios del cristianismo y las pruebas de su divinidad? Algunos sí, pero no la inmensa mayoría. La mayor parte de los que se mantienen a distancia de la religión, no son incrédulos, sino tímidos. Son débiles. Los tiempos son malos. La influencia y el éxito no pertenecen a los que creen y practican. El mundo, imbécil y perverso, se mofa de los cristianos y éstos tienen miedo de las burlas del mundo. Por eso se abstienen y se ocultan. No temo afirmar, y vosotros, señores, qus conocéis a nuestros contemporáneos, lo afirmáis también, que la mayor parte de los que hablan, obran y aun mueren como impíos, no son héroes de la libertad del pensamiento, sino más bien esclavos de la opinión y víctimas del miedo.

El respeto humano, que es el miedo a la opinión, hace el vacío en nuestras iglesias, retiene en su casa el domingo una multitud de hombres, deseosos en el fondo de oir misa. Es el respeto humano, el miedo a la opinión, el que estira la rodilla a punto de doblarse ante Dios, el que sujeta en el bolsillo del vestido la mano dispuesta a salir de él para hacer la señal de la cruz, el que hace que no se reconozca en la calle un antiguo condiscípulo cuando este antiguo condiscípulo lleva la sotana de sacerdote.

El respeto humano, el miedo a la opinión, es el mal de todas las edades, el mal de todas las condiciones, el mal particularmente de nuestro país y de nuestro tiempo.

1.° Esto no obstante, *esperamos. El respeto humano decrece, por lo menos en las clases superiores.* Hace cincuenta años, en las clases elevadas de la sociedad francesa, casi se avergonzaban de ser católicos; se temía, si se declaraban creyentes, que se burlaran de ellos los espíritus fuertes de su pequeña ciudad, y se hacían conceder por el farmacéutico Homais, o por el pseudo-filósofo Renán, un certificado de insuficencia y pobreza de espíritu. Se era creyente en secreto, o, si se profesaba la fe, se defendían como de una concesión que estaban obligados a hacer a la costumbre, a la familia, a las necesidades sociales.

Hoy el respeto humano es mucho menos dominador que hace cincuenta años. Un curioso movimiento de retorno a la fe se dibuja en el mundo de las inteligencias escogidas. La religión vuelve a las esferas superiores, y descenderá a los valles después de iluminar las cumbres. Hoy, entre las personas reflexivas y elevadas por su nombre, por su fortuna, por su talento, se tiene el valor de llamarse y mostrarse católicos y

pueden practicar su religión sin descalificarse. Hay menos respeto humano en las clases superiores que en las populares, menos en las ciudades que en los campos, menos en lo selecto que en la muchedumbre. De ello sois vosotros demostración viviente. ¿Es que, hace cincuenta años, hubiéramos visto apretarse cada domingo en la iglesia una asamblea tal como la que componéis hace ya quince años? Ciertamente que no. El respeto humano pierde terreno. Hay que acentuar su derrota.

2.º *Reaccionemos contra el respeto humano, que es todavía muy poderoso en el pueblo francés...*

El pueblo, señores, no os sigue todavía en masa a la iglesia. Pero vuelve ya parcialmente, y volverá del todo, en bloque, cuando haya mucho tiempo que le mostréis el camino. Quizás no veáis vosotros este milagro. ¿Qué importa? Otros lo verán. Esto es fatal. Tarde o temprano, se os imitará. Los tímidos se harán fuertes; los silenciosos abrirán sus labios para cantar vuestro *Credo*. Los vacilantes seguirán vuestras huellas, y el respeto humano quedará definitivamente vencido.

Hasta entonces, dígase y hágase lo que se quiera por parte de los otros, dejadlos hacer y decir y permaneced fieles a la causa de la verdad y el bien, de la religión y de Dios. La libertad no se mendiga, se toma. Haced uso de la libertad de creer y practicar. Uno de estos últimos años, *en una comida del Consejo de revisión*, un viernes, el alcalde de Couzón, gran municipio cerca de Lión, se levanta y dice con decisión: "Observo las leyes de mi religión, lo mismo que las de la República, y he gritado suficientes veces: "¡Viva la libertad!" para tener el derecho de practicar mis creencias. Mozo, sírveme comida de pescado." Al final de

la comida, el General le tendió la mano y le dijo: "Sois un hombre, y hubierais sido un soldado famoso." Señores, sed lo que sois, es decir, creyentes y practicantes, y seréis respetados de los hombres y bendecidos por Dios aquí bajo. Se dirá de vosotros: "¡He ahí un hombre de cuerpo entero!" Y Dios dirá allá arriba de vosotros como de Job: "¿Habéis visto que recto es mi fiel servidor?" Entre las fisonomías arlequinescas de este mundo, se destacará la vuestra llena de nobleza y de vigor. Tendréis el respeto de la tierra y la aprobación del cielo.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOQUINTA

Se burlarán de mí

2.° La estupidez del miedo

Señores:

Detiénense muchos en el camino de las prácticas religiosas por esta simple frase que se dirigen a sí mismos: *Se burlarán de mí*. Tienen miedo. Hemos comprobado ya este fenómeno. Vamos a hacerle comparecer hoy ante el tribunal de la razón. Nadie quiere pasar por tonto. Pues bien, digo y demostraré que todo el que obedece al respeto humano, al miedo a la opinión, hace un acto desprovisto de inteligencia, un acto de soberana estupidez.

I. Tener miedo a la opinión, es querer contentar a todo el mundo, lo cual es insensato.

Permitidme que os refiera una fábula muy conocida, pero que entraña una verdad con frecuencia olvidada. Titúlase esta fábula *El molinero, su hijo y el asno*. Un

molinero y su hijo conducían un asno a la ciudad, para venderlo en el mercado. Encontraron en el camino *un hombre a caballo*, que les dijo: "Bien tontos sois de dejar caminar al asno sin que ninguno de vosotros lo monte." Al punto el padre hizo montar al hijo. Poco después se cruzaron con un carro, y el *carretero* gritó al hijo: "¿No te avergüenzas, jovencito, de ir montado en el asno mientras tu padre te sigue andando?" Apenas oyó el hijo estas palabras cuando saltó del asno e hizo subir a su padre. Pocos pasos habían andado por un camino arenoso, cuando encontraron un *campesino* que llevaba sobre su cabeza una cesta llena de fruta, el cual apresurose a decir: "¡Ah padre inhumano, que tan guapamente va montado en el asno y obliga a su pobre hijo a seguirle a pie atascándose en la arena!" Entonces el padre hizo subir a su hijo en la grupa del asno. Pero un pastor, que guardaba su ganado a lo largo del camino, viéndolos pasar montados a los dos, exclamó indignado: "¡Pobre bestia! Pronto sucumbirá al peso de esa doble carga. ¡Cuán crueles sois!" Inmediatamente descendieron ambos. Más el padre, mirando al hijo, díjole: "¿Qué podríamos hacer del asno para contentar a la gente? Acabaremos por atarle las patas, y llevarlo a cuestas al mercado. Ya ves, hijo mío, que no podemos contentar a todo el mundo, por lo que hay que atenerse a este prudente consejo: "Cumple tu obligación, y no te preocupes de los insultos ni de las risas del público." Obedezcamos a Dios; la opinión de los hombres poco importa.

Querer contentar a todo el mundo, es enteramente imposible. Acordaos de aquella suegra que decía a su yerno: "¿Por qué te has hecho cortar tan rasos los cabellos?"—"Pero—respondió el otro—no me los he hecho cortar del todo." "¿Pues qué esperas—replicó la

suegra—para hacértelos cortar? En verdad que tienes necesidad de ello." O bien, acordaos de aquel alcalde pedáneo que, al hacer un matrimonio, leía el Código a los dos esposos: "La esposa seguirá al esposo a todas partes"—"Pero eso es imposible—exclamó la esposa;—mi marido es comisionista." Compadezco al que sueña con seguir siempre a todo trance la opinión de los hombres. Es más desdichado que el yerno que quisiera seguir todos los caprichos de su suegra y que la esposa del comisionista condenada a seguir a su marido a todas partes. La opinión de ayer no es la de hoy, ni será la de mañana. La opinión de Pedro es contraria a la de Jaime, y esta a la de Juan. Sobre el mismo asunto, uno dice sí, otro no, y un tercero ni sí ni no. Tantos individuos, tantas opiniones diferentes.

¿Hay o no hay Dios? ¿Tiene o no tiene alma el hombre? El culto religioso ¿es necesario o es inútil? ¿Es verdadero o es falso el cristianismo? ¿Hay que ir o no ir a misa? Por favor, señores, no consultéis sobre estos puntos la opinión de los filósofos, ni la opinión de las muchedumbres; porque esta opinión es implacable, incomprensible, flotante, especialmente en la actualidad, como las olas de un océano sin límites. Creed a vuestra conciencia, creed las palabras de la Biblia, creed las palabras de la Iglesia. Sócrates se había acostumbrado a los gritos de su mujer como se acostumbra uno al ruido de una polea. Tratad así las griterías de la opinión. Tener miedo a la opinión, es querer contentar a todo el mundo, es soñar con lo imposible, y esto es insensato.

II. Tener miedo a la opinión, es temer una quimera, y esto es insensato.

Observo al hombre que tiene miedo a la opinión. Lo

que teme no es nada, y con frecuencia, menos que nada.

1.º Lo que teme *no es nada.* Es una apariencia, un fantasma, una fantasía, un nada.

Cierto cazador salió al campo sin un cartucho en su escopeta. De repente salta una liebre, una soberbia liebre. El cazador la apunta rápidamente. "Pero, desgraciado—le dice su compañero,—¿no ves que está descargada la escopeta?"—"¡Cállate!—replica el cazador—La liebre no lo sabe." Y dispara. Y cae la liebre. Habrá muerto... de miedo. ¡Ay! el mal del miedo no pesa únicamente sobre el mundo de los cuadrúpedos...

Ese hombre, maduro y en posesión de su inteligencia, de su fortuna y de la estimación de sus semejantes, tiene miedo. ¿De qué? Teme a su subalterno, a su criado, a su hijo. Te teme a ti, que apenas te conoce, y tú le temes a él, aunque él te conoce menos aún. Y así, el uno tiembla del otro sin saber por qué, el uno despoja al otro de la libertad del bien, el uno quita al otro la independencia de un alma honrada.

Ese soldado, enfermo en el hospital, va a morir sin sacramentos. Teme a sus camaradas, que van a burlarse de él. Pero éstos, acercándose al enfermo, le dicen: "¿Por quién nos tomas? Se chancea uno entre amigos, pero no somos paganos. Hace dos días que nos preguntamos si te propones morir como un perro, o morir como cristiano." Y una hora después, el pobre moribundo, curado del miedo, se confesaba y moría santamente.

Señores, el ídolo del salvaje es de madera o de metal, pero el salvaje lo trata como un dios, le teme, le suplica. El poder del ídolo no procede de su propia naturaleza, sino de sus adoradores. De la materia, el idólatra hace un dios. Tal es la opinión. No es más que una

idea que nos forjamos y ante la cual temblamos. Destruyamos esta vana idea.

"Una *batalla* perdida es una batalla que uno cree perdida"—decía el príncipe de Ligne.—El general Bonnal, resumiendo el combate de Spicheren, por el cual comenzaron nuestras desgracias en 1870, escribió: "El general de Quastrow, medio derrotado, pero no queriendo serlo, no lo fué. El general Frossard, no derrotado, creyó serlo, y lo fué. He ahí el secreto de la victoria prusiana." Así son vencidos muchos hombres honrados y muchos cristianos en las batallas de la verdad y el bien. Creen distinguir un aclucar de ojos, un encogimiento de hombros, un ligero pliegue de labios, una sonrisa equívoca... y ya los tenemos en un estado lamentable. Ya no hay piernas, ni voz, ni corazón, ni convicciones, ni hombres. Vacilan, retroceden, se creen batidos, y lo son porque creen serlo.

Observo al hombre que tiene miedo a la opinión; lo que teme no es nada.

2.º Lo que teme *es con frecuencia menos que nada.*

¿Qué es lo que os da miedo? *Una guasa,* una broma pesada, que con facilidad y rapidez se reduciría al silencio. Un valeroso artillero rezaba sus oraciones arrodillado al pie del lecho en plena cuadra. Cierto camarada, queriendo divertirse a sus expensas, le dijo: "Tu madre debió ser una famosa santurrona, pues hizo de tí tan buen cura." Entonces el artillero, sin pronunciar palabra, se acerca al chistoso, lo examina detenidamente de los pies a la cabeza, y le dice: "Preciso es que tu madre sea una famosa mona para haber dado al mundo un mico como tú." Toda la cuadra estalló en carcajadas, y parece que el zumbón mostróse tranquilo en adelante.

¿Qué es lo que os da miedo? *Un perdido* que nada vale, ni merece más que nuestro desdén. He ahí un joven obrero muy instruído y ordenado, que conoce bien su religión y su deber. Sabe que todos los grandes frenos, todos los factores de desórdenes, todas las inteli gencias descarriadas, todos los corazones corrompidos, gritan contra la religión, y que casi todos los grandes pensadores, casi todos los grandes literatos, y, en particular, todos los grandes bienhechores del género humano, han sido hombres profundamente religiosos, o por lo menos, profundamente respetuosos de la religión. Sabe también que su deber es ir a misa y cumplir por Pascua. Sí, pero ese joven obrero de dieciocho años, trabaja no lejos de un empleadillo de quince años. Pues bien, este mequetrefe, que muestra en toda su persona las huellas del vicio, pronunció el otro día ciertas palabras contra la religión, sus creencias y sus práctiticas. ¿Qué significan unas palabras salidas de aquella boca? Menos que nada; bastaría despreciarlas.

¿De qué tenéis miedo todavía? *De un cobarde,* que fué educado cristianamente, pero que se descarrió después, que conoce su deber, pero carece de valor para cumplirlo, que ve en vuestra fidelidad una amarga lección y un reproche viviente de su apostasía, y quisiera, burlándose de vosotros, haceros apostatas y libertarse de sus remordimientos. Tenéis miedo de un *cobarde* que se burla de vosotros en público, y se oculta para imitaros. A un soldado bisoño, que tenía sus efectos suficientemente bruñidos, díjole el sargento, que era un zumbón, con tono seco y rudo: "¿Qué haces por la mañana cuando te levantas?" El soldado respondió: "Mi sargento, hago la señal de la cruz." Todos se pu-

sieron a reir y a burlarse de él, por lo que el pobre chico se quedó desconcertado. Acercóse entonces el teniente, que todo lo había oído, y tendiéndole la mano, díjole en voz alta: "Amigo mío, viendo que todos se rien creerás haber dicho una tontería. Desengáñate. Lo que tú haces, lo hago yo también, y los que se ríen, lo hacen como tú, pero no se atreven a decirlo." Cumpliendo el deber, vese uno expuesto a las burlas de los guasones y de los perdidos y a las recriminaciones de los cobardes; pero yo os aseguro que eso es menos que nada.

Tener miedo a la opinión es temer una quimera; esto es insensato. Finalmente,

III. Tener miedo a la opinión, es sacrificar lo esencial a lo accesorio; esto es insensato.

¿Es muy razonable *ese hombre* que quebranta la ley divina por complacer a ciertos atolondrados, cuyo libertinaje desprecia en el fondo de su corazón, que pierde su alma por obedecer a guasones a menudo sin conciencia y siempre sin autoridad? Sacrifica lo esencial a lo accesorio, su eternidad a un interés mínimo y pasajero, la aprobación de Dios a la opinión de los hombres. Eso es absolutamente insensato.

¿Es muy razonable *ese enfermo* que está en la agonía y no se atreve a pedir un sacerdote? Tiene miedo. Se acuerda de que un día, en tal cortejo fúnebre, burlábanse de la debilidad de espíritu de un amigo suyo que había recibido los sacramentos, y tiembla de que mañana, en sus propios funerales, sea objeto de las mismas burlas escépticas. Sacrifica lo esencial a lo accesorio, su deber a su amor propio mal entendido, el juicio de Dios a la opinión de los hombres. Esto es absolutamente insensato. Esto es la destrucción del más elemental buen sentido.

Conclusión.—No, no es razonable tener miedo a la opinión, es decir, **querer** contentar **a todo el mundo, temer** una quimera, sacrificar lo esencial a lo accesorio.

Imitemos, por lo contrario, al gran O'Connell. Cierto día, en el Parlamento británico, se le arrojó como una injuria la palabra papista. Levantóse al punto, y gritó: "Sí, soy papista, y me glorío de serlo, porque papista quiere decir que mi fe, por medio de la sucesión no interrumpida de los papas, se remonta a Jesucristo, en tanto que la vuestra no va más allá de Lutero, de Calvino, de Enrique VIII y de Isabel. Sí, soy papista. Si os quedara siquiera una chispa de buen sentido, ¿no comprenderíais que vale más depender, en materia de religión, del papa que del rey, de la tiara que de la corona, de la cruz que de la espada, de la sotana que de las enaguas, de los Concilios que de los Parlamentos? Avergonzaos de no tener fe ni inteligencia, y callaos." El otro se calló. Es lo mejor que pudo hacer. Imitemos a O'Connell.

Pero no vayamos tan lejos. Imitemos al general *de Miribel.* Aconsejósele que no practicara en público sus deberes de cristiano, a fin de no cerrarse el camino de los honores. A lo cual respondió: "Dos deberes tengo que cumplir: el deber de cristiano y el de soldado. En vez de excluirse, estos dos deberes se ayudan y fortifican mutuamente. Siempre estoy dispuesto a dar mi sangre y sacrificar mi vida; pero mi conciencia, mi alma, jamás." Imitemos a este gran católico.

Y si queréis un ejemplo menos elevado, y más próximo a vosotros, helo aquí para terminar. Imitemos *un cristiano* de esta ciudad, de esta parroquia, de este audi-

torio, que, uno de estos días, en un café, fué apostrofado por una cáfila de librebebedores. "¡Eh, tú! ¿Verdad que conoces al cura de San Paterno?"—"Sí—contestó él—Es mi confesor." Y el pueblo embobado, como dice Victor Hugo, se calló. Los que trataban de burlarse se quedaron corridos, estupefactos, mudos como muertos. Aquella sencilla afirmación arrebátoles la poca inteligencia que les quedaba, o que creían tener. ¡Ah el poder de un hombre, de un hombre que tiene fe y el valor de su fe! Señores, imitemos a esos hombres.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEXTA

Se burlarán de mí

3.º El pecado del miedo

Señores:

El respeto humano, el miedo a la opinión, es un fenómeno extraño, cuyo poder y extensión hemos comprobado ya. El respeto humano, el miedo a la opinión, es una estupidez que no puede justificarse ante el tribunal de la razón. Algunas palabras más sobre este asunto. El respeto humano, el miedo a la opinión, es un pecado cuya gravedad y consecuencias pasamos a estudiar.

I. El respeto humano, el miedo a la opinión, es un pecado de negación.

1.º *Me explicaré.* ¿Quién es Dios? Dios es nuestro señor y nuestro padre.

Dios es nuestro señor; habló, y dijo en el Evangelio de San Mateo (XXIV, 13): "El que se avergüence de

mí y de mi religión delante de los hombres, me avergonzaré yo de él ante mi Padre y ante todo el mundo en el juicio final. El que persevere hasta el fin, a pesar de las burlas, únicamente él será salvo." La advertencia es clara, y quien nos la hace, es el Maestro supremo, el Juez eterno, Aquel que no habla en vano y proclama con su propia boca que el cielo y la tierra pasarán, pero no pasarán sus palabras. Pero al propio tiempo que Dios es nuestro señor, es también nuestro padre.

Pues bien, escuchad. Cierto día, Juan Jacobo Rousseau dirigía la primera representación de uno de sus dramas, el cual obtenía un éxito envidiable. Su padre, que no había sido invitado, presenciaba la representación sin saberlo su hijo, se asociaba a los aplausos del público, y, no pudiendo contener la alegría, decía a cuantos le rodeaban que era el padre del autor. Terminada la representación, el buen hombre, profundamente conmovido, procuraba con ahínco abrazar a su hijo. Se encuentra por fin con él a la salida del teatro, y le dirige un conmovedor discurso que termina con estas palabras: "En fin, soy tu padre"...—"¡V. mi padre!"—exclama Rousseau.— Y al punto se escapa y deja aquel pobre padre transido de dolor y anegado en lágrimas. Señores, ¿verdad que os indigna semejante conducta? El hijo que reniega de su padre merece la reprobación. ¿Pues que diréis del hombre que reniega de Dios? Todos los corazones honrados se apresurarán a condenarlo. El respeto humano, el miedo a la opinión, es un pecado de negación de Dios. Pongámonos en guardia contra pecado semejante.

2.º *Sepamos declararnos por Dios* cuando sea necesario, cuando se presente la ocasión.

En una comida de fiesta, hallábase *una mujer cristiana* al lado de un caballero de la Legión de honor. Según su costumbre, hizo ella el signo de la cruz antes de comenzar a comer. "¿Qué hace V.?"—preguntóle el caballero sonriendo——"Señor—contestó la noble dama cristiana,—no se avergüenza usted de su cruz de honor. ¿Por qué quiere V. que me avergüence yo de la cruz de Jesucristo, que presidió a mi bautismo y coronará mi tumba?" El caballero tuvo la cortesía y el buen sentido de excusarse. He ahí lo que supone el declararse por Dios.

Escuchad también sobre esto las palabras de un honrado *obrero*. Como estuviera enfermo, se confesó en cama, y al día siguiente habían de llevarle el Viático. "¿A qué hora?"—preguntó tímidamente el vicario.— En tu barrio hay gente un poco entreverada. Quizás prefieras que venga antes de romper el día."—"No, no— exclamó el enfermo.—Venga V. en pleno día. Dios misericordioso dijo que se avergonzaría de los que de El se avergonzasen. No quiero que se avergüence de mí." ¡Ah, qué hermosas palabras! Honrarían la tumba de un gran escritor. *Luis Veuillot* compuso así su propio epitafio: "Esperé en Jesús en la tierra; no me avergoncé de su fe; en el último día ante su Padre, no se avergonzará de mí." Hoy, señores, sería difícil contar los renegados que traicionan la causa de Jesús. Seamos nosotros sus servidores y sus amigos sin miedo y sin tacha. Cuando tantos otros se hacen esclavos, seamos libres.

II. El respeto humano, el miedo a la opinión, es un pecado de servidumbre.

1.º *Me explicaré.* No tenemos el derecho de envilecernos, de someternos a una esclavitud deshonrosa. So-

mos grandes por la inteligencia. Dios puso la libertad de pensar en lo más íntimo de nuestra alma, y si no lo queremos, nadie puede arrebatárnosla. Ahora bien, el que se hace esclavo de la opinión, abdica su inteligencia, se despoja de su libertad de juzgar por sí mismo, soporta la más humillante de las opresiones. No tenemos derecho de envilecernos así.

Somos grandes por la conciencia. Ante las exigencias de la opinión, ante las intimidaciones del poder y las brutalidades del éxito, la conciencia debe mantenerse firme, entera, inviolable. Es preciso reanimarse, erguirse, alzar la cabeza y decir: "Soy hombre honrado y cristiano. Conozco mi deber. Perezca mi fortuna antes que mi conciencia." No, uno se inclina, se encorva, se deja poner el pie sobre la frente... ¡Y qué pie! El pie de un vulgar ambicioso, el pie de un bufón sin dignidad ni mérito, el pie de un conspirador de encrucijada, el pie del primero o del último advenedizo. No tenemos el derecho de envilecernos así.

Los esclavos de la antigüedad eran menos degradados. No escogían por sí mismo su servidumbre, ni levantaban con sus propias manos los muros de su calabozo. Pero el esclavo del respeto humano abandona voluntariamente sus convicciones, traiciona su deber y mancha su alma y su vida. El respeto humano, el miedo a la opinión, es un pecado de servidumbre con relación a nosotros mismos. Pongámonos en guardia contra este pecado.

2.º *Reivindiquemos nuestra libertad,* la libertad de creer y practicar, la libertad de evitar el mal y hacer el bien.

Uno de estos días, viajaban en el mismo tren *una joven* bien educada y un pasajero muy grosero. Apenas sentado, faltóle a este último tiempo para tararear re-

franes obscenos. La joven no puso atención a lo que vomitaba su vecino, pero de repente deja escapar inadvertidamente un bostezo. "¡Oh, señorita, creía que iba V. a tragarme!"—"Dispenseme V., señor; soy israelita y no como carne de cerdo." ¡Por vida del pasajero! Acababa de tropezar con una joven que reivindicaba virilmente su derecho al respeto.

Reunió Luis Felipe en una gran comida todas las notabilidades civiles y militares del Reino. Era viernes, y sólo sirvieron comida de carne. A la derecha de la Reina se sentaba el general *Brun de Villeret,* brillante oficial del Imperio, quien, en la isla de Lobau, a la cabeza de un puñado de bravos, sin víveres ni recursos, tuvo a raya el ejército austriaco durante tres días. El general deja pasar el potaje y los platos de carne que siguen. "Pero, general—dijo la Reina,—¿no vais a comer nada?" — "Señora—respondióle sonriendo,—hoy es viernes y espero que traigan los platos de vigilia." La Reina quedóse perpleja, pero el mariscal Soult, que estaba enfrente y que lo había oído todo, trató de divertirse con su antiguo compañero de armas sobre sus escrúpulos religiosos, que calificó de asombrosos. "¿Cómo, esto te asombra?—exclamó en voz alta el general provocado.—Tú me conoces bien, y sabes que en mi vida comí carne los viernes, excepto en la isla de Lobau, en donde no tuve para comer más que la cabeza de mi caballo." Así es, señores, como se libertan los valientes de la servidumbre que los rodea y reivindican la libertad de cumplir con su deber.

Del ejército pasemos a la marina. El almirante *Dupetit-Thouars* comulgaba siempre de uniforme. "Es el vestido—decía—que llevo cuando me presento a mis superiores; luego el mismo debo llevar ante Dios." En 1885, en Cherburgo, tomó parte, de uniforme también,

y con un cirio en la mano, en la procesión del Corpus. El furor de los sectarios llegó al colmo. Los ministros no sabían qué partido tomar. Intervino el subprefecto, y suplicó al Almirante que no volviera a hacer lo mismo. Pero el Almirante lo hizo al año siguiente, y ocho días antes de su muerte, en la comida de boda de su segunda hija, en el grande e imponente salón del *Formidable,* en una mesa de cuarenta cubiertos, en medio de charreteras y bordados de oro, hizo recitar en voz alta el *Benedicite,* y trazó sobre su pecho el gran signo de la cruz. En nuestro tiempo de debilidad general, es bueno recordar actos de hermosa independencia, que a tanta meditación se prestan.

III. El respeto humano, el miedo a la opinión, es un pecado de escándalo.

1.º *Me explicaré.* Al claudicar por miedo en el cumplimiento del deber, quitamos ánimos a los otros y hacemos que claudiquen.

Creía ese joven cristiano que la fe era un tesoro común, caro a todo el mundo, y que todos los hombres, cogidos de la mano, marchaban valerosamente tras la bandera desplegada de la verdad y del bien. Apenas alistado, vese solo. Los unos esconden su enseña en el bolsillo, olvidando que el lienzo colocado así no es más que un pañuelo. Los otros, sin ocultar enteramente su estandarte, apenas lo sostienen. Su aislamiento le espanta. Afloja el paso, se oculta, deserta.

Creía ese joven cristiano que la oración era diaria, la misa dominical, la penitencia y la comunión para los dos sexos... Creía que las promesas de su bautismo renovadas en su primera comunión, no eran vanas palabras, sino pensamientos obligatorios y sagrados. Por desgracia, una mirada a las costumbres del siglo le muestra que, a la primera dificultad, se desembarazan de la ley divina como de un yugo superfluo y despreciable. Busca en la iglesia a sus padres, a sus jefes, a sus amigos, pero no los encuentra. El miedo los ha dispersado. Entonces los imita, y, como ellos, se habitúa a vivir sin religión. El respeto humano, el miedo a la opinión, es un pecado de escándalo con relación al prójimo. Pongámonos en guardia contra ese pecado.

2.º *Realcemos el espíritu público* con nuestra palabra, con nuestro ejemplo, con nuestra cohesión. En la gran lucha entablada aquí bajo entre lo verdadero y lo falso, entre el bien y el mal, no podemos ser simples espectadores que limpien los cristales de sus anteojos para no perder nada de la tragedia. Somos necesariamente actores. Realcemos el espíritu público...

Con nuestra palabra. No hay que permitir que la fe, la justicia y la libertad se callen en este mundo y se dejen oprimir en silencio. Sepamos hablar, lamentarnos, protestar contra la iniquidad, defender los derechos de Dios y de la conciencia. Esto ya es algo, es útil, es necesario; pero no basta, no es suficiente: a la palabra unamos la acción. Realcemos el espíritu público...

Con nuestro ejemplo. Mostremos lo que somos, como el general Bedeau, en Africa, que se confesaba un día con el capellán del regimiento, al pie de un árbol, ante los ojos de sus soldados, y les decía: "Hagan como yo los que tengan necesidad de hacerlo." Mostremos lo que somos. ¿Qué valdríamos si el respeto humano nos avergonzara de nuestro inmortal honor? Mostremos lo que somos, y con nuestras creencias virilmente profesadas, rechazaremos las audacias de la negación,

confirmaremos en sus convicciones a los católicos menos instruídos o muy tímidos, los cuales experimentarán la influencia de nuestro valor. Realcemos el espíritu público con nuestra palabra, con nuestro ejemplo,

Con nuestra cohesión. La impiedad quiere destruir vuestras creencias, vuestras familias, vuestras libertades más sagradas. Acaba de herir en el corazón a vuestros hijos, acaba de arrebataros todas vuestras consolaciones, acaba de marchitar vuestras esperanzas, de arruinar vuestros hogares. Devolvedle asalto por asalto. A la liga satánica de todas las ignorancias conjuradas con todas las pasiones, oponed la cruzada de todos los derechos y de todos los intereses que se ven amenazados y no queréis abdicar.

Os conjuro a que os agrupéis al pie de los altares, y a realzar el espíritu público con vuestra cohesión imponente, con la santa unanimidad de vuestros espíritus, de vuestros corazones, de vuestros anhelos.

Conjuro a los hombres independientes de elevada posición a que se pongan a la cabeza del pueblo cristiano, y alienten en su fe la muchedumbre que vacila y tiembla.

Conjuro a los padres de familia a que enarbolen muy alto y sostengan con firmeza el estandarte de la fe, y arrastren tras de sí, bajo su bandera desplegada al viento, sus mujeres y sus hijos.

Conjuro a los jóvenes a que defiendan su religión, si es atacada, a glorificarla, si se burlan de ella, a practicarla con más tenacidad que nunca, si ven que la abandonan.

Conjuro a todo lo que hay de honrado en la nación a huir de las doctrinas y apóstoles del ateísmo, a no dar apoyo alguno a semejantes doctrina y semejantes hombres.

Os conjuro a todos los que sois cristianos a realzar el espíritu público con vuestra palabra, con vuestro ejemplo, con vuestra invencible cohesión.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEPTIMA (1)

Me quedaría solo

HERMANOS MIOS:

No es raro en nuestra época, en nuestro país, ver hombres que se mantienen a distancia de la religión, no por hostilidad, sino por timidez. Tienen miedo al aislamiento, y dicen por lo bajo: "Me quedaría solo." Las fiestas de Pascuas son ocasión oportuna para desilusionarlos y reconfortarlos, al propio tiempo que me ofrecen la ocasión agradable de daros gracias y felicitaros. En efecto, hermanos míos, la religión no está en vosotros abandonada y solitaria. Le dais una popularidad que aumenta de año en año, la rodeáis de un cortejo siempre en aumento, y veo acercarse la hora en que este templo, no obstante su magnitud, no podrá contener vuestra inmensa concurrencia. *Me quedaría solo.* A esto respondo: 1.° No tenéis necesidad del número; 2.° Tenéis el número; 3.° Produciréis el número.

(1) Esta conferencia fué pronunciada el día de Pascua, en la misa mayor, ante toda la Parroquia.

I. Para amar y practicar la religión, no tenéis necesidad del número.

La religión vale por sí misma, por sus pruebas, por sus beneficios, por su inmortalidad.

Por sus pruebas, que son, no solamente las más plausibles, sino también las más ciertas y numerosas que puedan imaginarse. Una antigüedad, que se remonta, por monumentos auténticos, al origen del mundo, una sucesión no interrumpida de actos sobrenaturales, profesías y milagros, que, de distancia en distancia, imprimen su huella imborrable en la historia de los pueblos; un dogma serio y profundo, una moral que se traduce por la transformación de los corazones y de las costumbres del género humano; un sacerdocio digno de hablar de Dios al vicio y a la virtud; una Providencia que gobierna ese conjunto extraordinario y lo sostiene por un prodigio constante; un tejido, en fin, en el que todo se encadena, en el que todo se mantiene en una duración de 60 siglos, a pesar de la grandeza de los obstáculos y de la debilidad de los medios; he ahí los fundamentos de vuestra fe. Golpead esos fundamentos. Nada tiembla, todo está firme. Vuestra simple razón sinceramente interrogada, os dice que, para amar y practicar la religión no tenéis necesidad del número. La religión vale por sí misma. Vale por sus pruebas.

Por sus beneficios, por los inmensos servicios que presta al hombre. Vale por el vacío mismo que abre su ausencia. Ved ese pueblo que ya no tiene religión. Está desorganizado, desorientado, desmoralizado. Sigue al primer saltimbanquis que le promete pan y juegos. Desconoce a sus amigos más sinceros y desinteresados. Engendra hijos cuya precoz perversidad prepara a la

patria días espantosos. Sin religión, vamos derechos a la barbarie. Cuando el librepensamiento haya hecho la diezmillonésima parte de las obras de pureza, de justicia, de abnegación llevadas a cabo por el cristianismo, podrá discutirlo e intentar suplantarlo. Pero hasta aquí, ¿qué ha hecho, y qué hace diariamente, sino amontonar ruinas? Suprime todo ideal, desboca todos los instintos, exaspera todos los dolores, esteriliza todas las generosidades. Sólo sabe destruir. No es bueno más que para despoblar el cielo y desembelesar la tierra. No, para amar y practicar la religión, no tenéis necesidad del número. La religión vale por sí misma, por sus pruebas, por sus beneficios.

Por su inmortalidad. ¿Qué importa el número de criminales o de cobardes que la abandonan, que la vilipendian, que se lanzan sobre ella pisoteando toda decencia, toda libertad, todo derecho por elemental y sagrado que sea? ¿Qué importa la incredulidad altanera y desdeñosa, que desciende como viento glacial de las alturas de la falsa ciencia, y se une con las pasiones de abajo? ¿Qué importa la tormenta que avanza, que estalla sobre la nave de la Iglesia, que desgarra sus velas y abate sus mástiles? El que triunfó del mundo antiguo, sabrá triunfar del mundo nuevo. El que desde lo alto de la cruz confundió la sabiduría de Grecia y el materialismo de Roma, sabrá confundir a los sofistas, bribones y desmoralizadores de hoy. Jesucristo es el rey inmortal de los siglos. Su divina religión jamás perecerá. Es inextinguible e irreemplazable. Vale por sí misma, por sus pruebas, por sus beneficios, por su inmortalidad. Para amar y practicar la religión, no tenéis necesidad del número... Por otra parte, el número está con vosotros.

II. Amando y practicando la religión, tenéis el número.

En lo pasado tenéis el número. Compadezco a los hijos mal nacidos que no saben reconocer la grandeza de sus abuelos, y creen tontamente que el mundo empieza en su cabeza. Contemplad vuestros antepasados, que vivieron y murieron en la fe. Son millones y millones de hombres que, desde hace veinte siglos, se suceden al pie de la cruz de Jesucristo, y en ese inmenso ejército ordenado según la escala de las edades, veo sobresalir santos, mártires, doctores, sabios, conductores de pueblos, todo lo que hay de mejor, de más inteligente, de más puro, de más respetable, de más imponente. Ya podríais contentaros con el testimonio de vuestros antepasados, y prevaleros en favor de vuestra fe del axioma de derecho que dice: la posesión equivale al título; pero tenéis algo más y mejor:

En lo presente contáis con el número. Se ha calculado que desde el principio al fin del siglo XIX, el número de católicos en el universo aumentó en cuarenta millones. En Alemania, el Centro católico triunfa en toda la línea, y cosa curiosa, en la hora actual, el emperador Guillermo, jefe de los Hohenzollern y de una Alemania protestante, intenta realizar por medio del catolicismo el pangermanismo mundial. En Inglaterra, bajo la influencia de los Wiseman, de los Newman, de los Manning, asistimos a un renacimiento maravilloso del catolicismo. En los Estados Unidos contamos con doce millones de católicos, cuando hace cien años no eran más que 20.000.

Por otra parte, ¿sabéis lo que resultará de la tormenta verdaderamente insensata que oprime en estos momentos a la Iglesia de Francia? Pues resultará una di-

fusión mayor del catolicismo. Los vendavales llevan a lo lejos los gérmenes que fecundan otros suelos, y hacen florecer los desiertos, y siembran en los espacios vacíos cosechas, y a veces magníficas selvas. Así, en esta hora, vemos que toman los caminos obscuros y gloriosos de la proscripción, de la confiscación y del destierro, millares de hombres y de mujeres, ciudadanos ejemplares, inocentes de todo crimen, de todo delito, culpables únicamente del nombre que llevan, del hábito que visten, de los servicios que prestan. Empujados por la tempestad a tierra extraña, esas almas santas no se mostrarán allá inactivas, infecundas, sino que serán principios de vida religiosa, semillas de nuevas cristiandades, vástagos de los cuales brotará un catolicismo grandioso y conquistador. Las iniquidades de lo presente preparan los desquites de la religión y las victorias de lo por venir. Finalmente, por feroz que os parezca el triunfo de la impiedad, os afirmo, católicos franceses, que

En nuestro país mismo tenéis el número. Tomemos como ejemplo a Orleáns. ¿Cuántos hay en Orleáns que se contenten con el matrimonio civil, que no hagan bautizar a sus hijos, que se hagan enterrar civilmente? Hay tan pocos que no vale la pena de contarlos. Por su parte, los cristianos determinados y convencidos son mucho más numerosos que hace cincuenta años. Jamás se vieron tan llenas nuestras iglesias. Si estuviéramos muertos o fuéramos una cantidad despreciable, se nos dejaría en paz, y no se movilizarían todas las pasiones y todos los furores para aniquilarnos. Se nos ataca, luego existimos, y la violencia del ataque da la medida esplendorosa de nuestra vitalidad, de nuestro exceso de vitalidad. Y notad bien esto: el catolicismo halla hoy reclutas en la porción más inteligente y honrada de la nación. Todo lo podrido lo hace la guerra; los mejores le pertenecen. El célebre economista Federico Bastiat, al morir en Roma, convertido, decía: "He notado que la mejor porción de los hombres se encuentra en los creyentes, y he hecho como ellos." A la hora presente, nótase un movimiento de aproximación en lo escogido de nuestra patria. Paciencia. Las ideas van deprisa, las ideas gobiernan el mundo, y la idea cristiana, señora de lo pasado, floreciente en la actualidad, está segura de lo por venir. Desde ahora os digo que tenéis el número, y podréis tenerlo mayor aún.

III. Si amáis y practicáis la religión, produciréis el número.

No os pido que traigáis a la religión los *impíos declarados*. Esto es casi imposible. Con relación a ellos, sólo tenéis que cumplir dos deberes y adoptar dos actitudes: 1.º orar por ellos; 2.º impedirles que dañen, impedirles que hagan mal, circunscribir y neutralizar su influencia deletérea, desenmascararla, diciéndole a la cara a la mentira: eres la mentira; a la iniquidad: eres la iniquidad; a la hipocresía: eres la hipocresía; a la violencia: eres la violencia. Pero al lado de los impíos declarados, que no son más que una exigua minoría, hay cristianos tímidos y cristianos indiferentes, que son hoy legión, y aquí, sobre esa masa flotante, indecisa y apocada, puede y debe ejercitarse vuestro apostolado.

En torno vuestro, hermanos míos, cuántos *cristianos tímidos* dicen por lo bajo: "Sopla la tempestad, ocultémonos." Y aun algunos, llevando la debilidad hasta la apostasía, añaden: "Aulla la impiedad; aullemos con los lobos." "El hombre—dice Lacordaire—no es un ser malo, sino débil." ¡Ah, qué verdad tan grande! Mi-

llares de hombres tiemblan, a la hora presente, de declararse por la verdad, por la justicia, por la religión. Se callan, se abstienen, esperan. Desde detrás de los cristales miran pasar el mundo, y cuando vean desplegarse el estandarte que aman, saldrán y formarán detrás de él... Vosotros, hermanos míos, que sois cristianos convencidos, atraed a los tímidos. Declaraos abiertamente por la causa de Dios, y vuestro ejemplo arrastrará muchos otros. Un hombre decidido ejerce grandísimo ascendiente sobre las almas vacilantes. Ved en la plaza pública una asamblea de niños. La firme voluntad de uno solo dirige todas las demás. Si sois valientes, no quedaréis aislados. Si afirmáis vuestra fe sin temeridad, pero con decisión, muchos la afirmarán con vosotros.

Luego, en torno vuestro, hermanos míos, cuántos *cristianos indiferentes* hay que abandonaron la religión arrastrados, no por motivos racionales, sino por los placeres, por los negocios, por algunas lecturas imprudentes, por tantas especies de frivolidades y ocupaciones, aun serias. No son incrédulos; están adormidos. No son impíos, son cristianos inconscientes. Ni siquiera son tímidos, son inertes. Tened piedad de tantos hombres que son vecinos vuestros, amigos vuestros, quizás parientes vuestros, que viven en la noche de la ignorancia, del prejuicio, de la indiferencia. Soplad sobre esa bruma, y haced brillar a sus ojos el astro nuevo, quiero decir, la religión desconocida u olvidada. Escuchad aquí unas palabras de Ozanam. "No, las conversiones no se hacen por virtud de las leyes, sino de las costumbres, por las conciencias, que hay que sitiar una por una." ¿Lo entendéis? Sitiad una por una las almas de vuestros hermanos; trabajad cada cual en vuestra esfera y en vuestra vecindad; no toleréis que haya en torno vuestro todo un pueblo sin fe ni religión; no aceptéis esa situa-

ción anormal y contra natura, en virtud de la cual, en la misma familia y en la misma calle, viven yuxtapuestos cristianos que aman a Dios y bautizados que ya no le conocen. Ganad a Jesucristo y a la religión las almas colocadas en la esfera de vuestra influencia. Con vuestra palabra, con vuestro ejemplo, con vuestro apostolado, producid el número.

Sabéis muy bien lo que hicieron *los primeros apóstoles*. Al principio estaban solos, pero hablaron, obraron, marcharon, lanzaron sobre el mundo adormido y podrido las centellas de la verdad y los esplendores del Evangelio. Suscitaron discípulos que, a su vez, convirtiéronse en apóstoles. Hermanos míos, si no podemos igualar a esos cristianos de los primeros tiempos, por lo menos debemos parecernos a ellos. Nuestro mundo envejecido vuelve al paganismo; a nosotros nos toca curarlo y resucitarlo cristianizándolo. Convirtamos las almas descarriadas, salvemos los hogares amenazados, sostengamos con nuestra fe y nuestras virtudes la patria que vacila, defendamos las santas libertades, que sólo perecen hoy para renacer mañana, y preparemos con nuestras lágrimas, con nuestras oraciones, con nuestros esfuerzos, un porvenir mejor y bendecido por Dios.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOCTAVA

La religión... es el obscurantismo

SEÑORES:

Corre por ahí una afirmación imbécil y perversa, que se nos arroja a la cara, tratando de aplastarnos con ella. Se nos dice, a veces con piedad, a veces con cólera: *La religión es el obscurantismo.* Vamos a juzgar esta frase. Carece en absoluto de valor. Se parece al ladrido del gozquecillo que os provoca en la calle; administrémosle de paso una flagelación pública.

I. La religión es el obscurantismo. ¿Quién dice esto? Farsantes, ignorantes o engañados.

Farsantes, que no creen lo que dicen, pero que intentan desacreditar la religión ridiculizándola. Saben muy bien que Jesucristo es la luz del mundo, y que su divina religión es la antorcha del linaje humano. Conocen las palabras del célebre filósofo Víctor Cousín, que no era ciertamente un clerical. "Antes subiría al cadalso que

negar la divinidad de Jesucristo." Conocen las palabras del ilustre filósofo y hombre de Estado Julio Simón, que tampoco era un clerical: "Ni las injurias de mis enemigos, ni la cólera de mis amigos, me obligarán a combatir una religión que proclama la unidad de Dios y cuya moral se resume en estas palabras: Amaos los unos a los otros." Saben muy bien que el cristianismo es una religión seria e iluminadora. Pero el cristianismo los molesta; preciso es aniquilarlo valiéndose de la burla. Es lo que hacía Voltaire. Así proceden hoy en día muchos siniestros farsantes repletos de tanta maldad como Voltaire, pero cien veces menos inteligentes que él. ¡La religión es el obscurantismo! ¿Quién dice esto? Farsantes.

Ignorantes que hablan de todo sin saber nada, que suplen el vacío de su inteligencia con la sonoridad de su voz, y la inanidad de sus conocimientos con la potencia de sus afirmaciones. Aprendieron las ciencias leyendo la revista científica de un periódico de diez céntimos. Se los pondría en gran aprieto si se les hicieran algunas preguntas sobre la historia de Francia, pues de nuestro pasado histórico sólo tienen algunos conocimientos dolorosos, como la matanza de la *Saint-Barthelemy* y la revocación del Edicto de Nantes, que explotan estúpidamente contra el catolicismo. En materia de religión son verdaderas nulidades, tanto que no podrían resistir el examen que hacen los niños de la primera comunión. Así provistos, armados de su vasta ignorancia, corren repitiendo en todas partes: "La religión es el obscurantismo." A fuerza de decirlo, acaban por creerlo... y lo que es más triste aún, acaban por hacerlo creer a los demás. La religión es el obscurantismo. ¿Quién dice esto? Farsantes e ignorantes que no merecen el menor crédito, y también

Engañados, dignos de toda piedad. ¡Ah los pobres desgraciados! No creen en Dios y creen en un sueño No creen en Jesucristo, y creen en el primer impostor que se presenta. No creen en el Evangelio, y creen en un trozo de papel impreso que cuesta cinco céntimos y se burla de la verdad como se burla de sus lectores. No creen en nada, según afirman, pero creen todavía en fábulas y en cuentos tan absurdos y pueriles como aquellos de los cuales se valen las abuelas para dormir a sus nietos. ¡La religión... es el obscurantismo! He ahí una fábula, un cuento para dormir de pie. Creen en él; procuremos sacarlos de su engaño.

II. La religión es el obscurantismo. Esto no tiene sentido común.

Contemplad la religión *en sus libros.* Todo es luz en ellos. Hace seis mil años que la Biblia es un foco que ilumina el mundo entero. Roma la tiene abierta en el seno de sus concilios, y América en medio de sus congresos. Inglaterra carga de ella sus barcos, y Suiza llena de ella sus fondas. Ella está en la mochila del soldado prusiano y en la mochila del soldado ruso. El misionero francés la lleva consigo a las playas extranjeras, y sólo leyendo las primeras páginas del Génesis, las primeras palabras del Evangelio, comienza el negro, el chino, el indio, a entrever al Dios que creó el mundo y a su divino Hijo que lo redimió. La religión es el obscurantismo. Esto no tiene sentido común.

Contemplad la religión *en sus templos.* Todo en ello es luz... todo lo que en ellos se hace y todo lo que en ellos se dice. *Todo lo que en ellos se hace...* Nosotros los católicos no descendemos a logias subterráneas para ocultar en ellas nuestra persona, nuestros misterios,

nuestras ceremonias. *Qui male agit, odit lucem*: "El que mal hace—dice el Evangelio,—odia la luz." No es este nuestro caso. Todo el mundo sabe quiénes somos nosotros; todos pueden venir a nuestras asambleas, verlo todo, oirlo todo, escudriñarlo todo; cuantos más vienen, más contentos estamos; las puertas de nuestras iglesias se abren de par en par, tenemos el candor de dejar entrar a todo el mundo y de no ocultar nada. Todo es luz en nuestros templos, *así lo que se dice,* como lo que se hace en ellos. En ellos se enseña a todos, y en toda su plenitud, el conjunto de las verdades filosóficas y el conjunto de las verdades reveladas. ¿Lo oís? *A todos* sin distinción de edad, de sexo, de condición. La misma doctrina, luminosa y consoladora, se distribuye en nuestras iglesias, así el más humilde habitante de nuestros campos, como al ciudadano más instruído y delicado, así al hijo del obrero, como al heredero de los más grandes nombres y de las más ricas familias, así a la más pobre obrera, que se gana el pan con la punta de su gloriosa aguja, como a la más noble dama que se viste de seda y púrpura. Y no se diga que exigimos de nuestros oyentes *una fe ciega.* Señores, os pongo por testimonio: ¿cuándo os he pedido una fe ciega? Hace quince años que os hablo; ¿no he tenido siempre presentes los sagrados derechos de vuestra inteligencia? ¿He tratado jamás de imponerme a vosotros, de suprimir vuestro libre examen, de arrancaros una adhesión no razonada? Dijo Fontenelle: "La religión católica es la única que ofrece pruebas." Lealmente he procurado exponeros esas pruebas, y si no siempre lo he logrado, cúlpese a mi debilidad, a mi impotencia, a mi falta de tiempo y de preparación, a las crueles necesidades de mi vida absorbida y atormentada, pero os ruego que no acuséis de insuficiente una religión que tiene

tantos y tan poderosos motivos de credibilidad, que un doctor ha podido exclamar: "Señor, si nos engañamos, sois Vos mismo quien nos engaña, porque vuestras enseñanza están confirmadas con pruebas de tal naturaleza, que solamente Vos podéis ser el autor de ellas." La religión es el obscurantismo. Esto carece de sentido común.

Contemplad la religión *en su pasado*. Todo en ella es luz.

Ella suscita *doctores* que brillan como astros en el firmamento de la historia. Ella anima la elocuencia de San Pablo, la dialéctica de Orígenes, la erudición de San Jerónimo, la unción de San Ambrosio, la sutilidad de San Agustín. Ella se convierte en armoniosa lira en labios de San Basilio, y hace de la boca de San Juan Crisóstomo una boca de oro. Ella hace escribir a Santo Tomás de Aquino la encipodia de todos los conocimientos humanos. Ella inspira a Canisio, a Carlos Borromeo, a Francisco de Sales. Ella pone a la cabeza del gran siglo a Belarmino, a Bossuet, a Fenelón, que se continúan en nuestro siglo por los de Maistre, los Wiseman, los Ravignán, los Donoso Cortés, los Lacordaire, los Dupanloup. Todo es luz en el pasado de la religión.

Ella cultiva las *letras, las ciencias, las artes*. Copia los libros de la antigüedad, los transcribe, los anota, los salva de los ultrajes de los bárbaros y de las llamas de los musulmanes. Saludemos a los hombres de luz que fueron Padres de los primeros siglos, doctores de la Edad Media, monjes de todos los sitios, papas de todos los tiempos. Los modernos librepensadores, pigmeos al lado de semejantes hércules, se aprovechan de los trabajos de todos esos hombres, a la vez que los acusan de obscurantismo. Si la Iglesia fuera enemiga de la

luz, se extinguiría la luz; pero ella la ha conservado; ¿quiérese mayor prueba de que es amiga de la luz? Todo es luz en el pasado de la religión.

Ella inaugura el *Renacimiento*. El movimiento intelectual del siglo XVI parte de la corte pontificia, y el siglo de León X prepara el siglo de Luis XIV. El pontificado saluda el descubrimiento de la imprenta como un progreso inmenso, y en ninguna parte fué este descubrimiento mejor acogido y alentado que en Roma. Todo es luz en el pasado de la religión.

Ella funda *universidades, colegios y escuelas*, y las funda por centenares y millares, y las funda en todas las épocas, aun en las más remotas, y las funda en todas partes. Todo sacerdote, todo obispo, todo monasterio tiene su escuela, y de las escuelas monásticas salen las grandes universidades de los siglos XII y XIII, universidades numerosas, florecientes, que tienen por protectores a los papas, a los santos por maestros y a la cristiandad por auditorio. Alrededor de nuestras universidades, la religión eleva multitud de colegios, que nada cuestan al Estado, nada a los contribuyentes, y en comparación de los cuales nuestros liceos modernos no son más que edificios vulgares, ruines y mezquinos, y además arruinados por el presupuesto. Finalmente, al lado de la enseñanza superior y de la segunda enseñanza, hace florecer la religión la primera enseñanza. El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas es una fundación maravillosa del catolicismo francés. Todo es luz en el pasado de la religión. La religión es el obscurantismo. Esto no tiene sentido común. Es lo contrario de todos los testimonios de la historia. Es una afirmación perversa y quizás todavía más imbécil que mala. Y ahora.

Contemplad la religión *en su presente*. Todo es luz en ella.

Vemos en sus filas *sabios* de primer orden. ¿Es que Pasteur no vivió y murió cristianamente? ¿No habéis leído que un profesor del Instituto católico de París, M. Branly, concibió la primera idea de la telegrafía sin hilos y es el verdadero inventor de ella?

En materia de *enseñanza*, la religión es eminente, incomparable. El clero secular, lo mismo que el regular, da la enseñanza secundaria con un éxito que desespera e indigna a los enemigos de la religión. Los discípulos de Juan Bautista de la Salle son maestros consumados en la instrución de los hijos del pueblo. Nuestras santas religiosas educan con tanta perfección a las jóvenes que la impiedad las suprime en vez de luchar con ellas en capacidad y abnegación. La religión abre escuelas, y la impiedad las cierra.

Refiere Berryer un hecho conmovedor, del cual fué testigo cuando era alumno de Juilly. El general Bonaparte, cubierto de gloria y de laureles, volvía de Italia y entraba triunfalmente en París, seguido de sus tropas y de su Estado mayor. El director del Oratorio del Colegio de Juilly, se acerca a él con sus alumnos y le dice: "General, los maestros que formaron a Desaix tienen el honor de presentaros sus alumnos." A lo cual respondió el vencedor de Italia: "Están en buenas manos." Así, después de diecinueve siglos pasados en guardar, copiar, difundir y componer libros, en formar maestros, en fundar, sostener y reedificar escuelas, la religión añade a lo que hizo en lo pasado, lo que continúa haciendo en lo presente, por lo que tiene perfecto derecho a preguntar al mundo: "¿Carezco de mérito?" A lo cual responden todos los hombres honrados: "No, no careces de mérito. Siempre fuiste, y lo eres más que nunca, la gran bienhechora del género humano."

Contemplad, señores, la religión en sus libros, en sus templos, en su presente. Todo es luz en ella. ¡La religión es el obscurantismo! Esto no tiene sentido común. Si, pues, oís repetir esta imbécil y venenosa afirmación, dadle la respuesta que merece. Ilustrad a los pobres ignorantes, que no saben lo que dicen, y desenmascarad a los impostores que lo saben demasiado bien. No, no somos el obscurantismo somos la luz. Esto es fácil de comprobar hoy en día... porque sin nosotros, lejos de nosotros, ¿a dónde iría la sociedad? ¿qué sería de la familia? ¿a dónde se encaminarían las almas y los pueblos, sino a la noche, a la decadencia y a la muerte? Señores, nosotros, la religión católica, somos la luz, la resurrección y la vida. El mundo no puede prescindir de nosotros. Mostrémonos dispuestos a salvarlo de la perdición y de la ruina.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMONONA

La solidaridad

SEÑORES:

Con frecuencia busca uno su dicha como busca sus anteojos cuando los tiene sobre su nariz. Esto ocurre hoy en día a muchos hombres en nuestra sociedad desorientada. Tienen una religión notoriamente divina y repleta de pruebas: el cristianismo. Pero buscan algo mejor... y lo han encontrado. ¿Qué han encontrado? La solidaridad. Vamos a estudiar esta palabra de invención reciente. Es sospechosa, es vaga, es estéril.

I. La solidaridad... Palabra sospechosa.

¿Desde cuando es empleada? Desde no hace mucho tiempo, una decena de años solamente, es decir, después que la guerra a la religión ha llegado al colmo y se precipita al paroxismo. Las palabras tienen su suerte. Su período de apogeo no dista mucho de su completo abandono. Casi un siglo estuvo de moda la pala-

bra filantropía; presidió a los delirios de los enciclopedistas y a las matanzas del Terror, y la primera mitad del siglo XIX continuó empleándola merced a la costumbre. Después, hace ya unos cuarenta años, para hacer a la caridad cristiana una concurrencia despiadada, forjaron otro nombre: el altruísmo. Pero esta palabra es tan bárbara, tan poco eufónica, tan mal definida, que no imperó mucho tiempo. Buscóse con más cuidado, y se encontró el término solidaridad, que casi no se empleó antes, pero que hoy se la cultiva con verdadero mimo. La solidaridad... esto tiene aspecto de algo. La palabra es resonante, como una pieza de fuego de artificio. Pero yo no me fío de ella. Es sospechosa, porque es nueva. Prestemos oídos. ¿De dónde viene esta palabra? ¿de qué lado del horizonte?

¿Por quién es ordinariamente empleada? Rara vez se sirven de ella los cristianos. El librepensamiento la explota con ostentación y a cada paso. Cuando los enemigos de la religión escriben o hablan de una obra cualquiera de beneficencia, hacen uso de ella, vuelven sobre ella, insisten en ella. Cuando los pensadores, los publicistas, los oradores del día, adversarios del Evangelio y de Jesucristo, inauguran una exposición o un ferrocarril, o presiden una distribución de premios, o una sociedad agrícola, ponen la solidaridad al principio, en medio y al final de su discurso. Con la solidaridad redactan tesis y hacen libros que asombran a la galería y entusiasman a los bobalicones. La solidaridad se ha convertido en la religión de los que no la tienen, y el pontífice, el gran sacerdote de esta nueva religión, de esta iglesia naciente, no es otro que el actual presidente de la Cámara, M. León Bourgeois. Alrededor de este importante personaje gravitan muchos personajes secundarios que cantan con él el *credo* solidario. La

palabra solidaridad resuena casi siempre en labios antirreligiosos. Es este un mal signo. En efecto,

¿Por qué este vocablo es empleado por los hombres que acabo de indicar? Teníamos la hermosa expresión caridad, que tiene diecinueve siglos de existencia, y todo el mundo comprende. ¿Por qué reemplazarla por un título inédito y presuntuoso? Porque precisamente nuestros modernos librepensadores quieren expulsar del lenguaje y de las costumbres la caridad cristiana y sustituirla con la solidaridad puramente humana. Hay que desacreditar a cualquier precio el cristianismo, y expulsarlo, no solamente de la sociedad, sino también del diccionario. A cualquier precio hay que destronar la caridad, y en su puesto instalar la solidaridad, dueña de lo por venir... Veamos, pues, qué es ese nuevo ídolo que se yergue con tanto énfasis en el umbral del siglo XX.

II. La solidaridad... Palabra vaga.

La caridad es todo lo que hay de más preciso. No es un sentimiento flotante e indeterminado; es una idea clara, un principio estable, un principio formal. En primer lugar, hay que amar a Dios, el primer Interesado, y luego amar a los hombres, hijos de Dios, y a todos sin excepción. Hay que amarlos, es decir, ayudarlos y socorrerlos: 1.º porque son nuestros hermanos; 2.º porque Dios lo ordena; porque, si no los amamos, somos responsables ante la justicia eterna. Este deber se impone con todo rigor. Tiene toda la firmeza y toda la fijeza de una ley. He ahí la caridad tal como el mundo cristiano la comprende y practica hace ya diecinueve siglos. Nada más preciso.

La solidaridad es todo lo que hay de más vago. He procurado, señores, estudiar con la mayor exactitud ese término nebuloso e inconsciente, y he aquí lo que he sacado en claro:

1.º Se nos dice que, de hecho, existe *una solidaridad* entre todos los hombres. Pero se guardan de decirnos en qué se funda esta solidaridad de hecho. Nosotros los cristianos creemos que todos los hombres, hijos de Dios, son hermanos en Jesucristo. La solidaridad humana tiene para nosotros una razón de ser, una causa: reside en la paternidad divina. La tesis solidaria carece de base filosófica. Está colocada en el vacío.

2.º Se nos dice que la solidaridad consiste en la *interdependencia* que une a todos los miembros de la gran familia humana. Del propio modo que por las leyes universalmente obedecidas, del átomo al astro, todo se encadena y mutuamente se sostiene en la naturaleza, así también en la sociedad humana y en el género humano, desde la más humilde individualidad a la más alta, existe una corriente necesaria de justicia que liga a los hombres entre sí. Se nos habla de justicia, pero ¿en qué se apoya esta idea de justicia? ¿De dónde proviene? ¿Es obligatoria? ¿Por qué? Ora sea una alucinación de mi entendimiento, ora una pura convención social, o resultado de una secular evolución, ¿es que no tengo el derecho de modificarla y sustraerme a ella? No nos atienden, juzgan enteramente inútil decírnoslo. La tesis solidaria es fantástica, arbitraria; está abandonada a la interpretación del capricho individual.

3.º Se nos dice que, en virtud de la solidaridad, los hombres están mutuamente ligados por un *cuasicon-*

trato, del que nacen sus recíprocos derechos y obligaciones, cuasicontrato que regula su deuda social. Muy bien. Pero ese cuasicontrato, del cual me habláis, nunca fué ratificado por mí; ¿en nombre de qué derecho me imponéis un compromiso contraído sin mi consentimiento? Pero esa deuda social que suponéis contraje al nacer, jamás la suscribí; ¿en nombre de qué derecho me ordenáis pagarla? Además, si tengo una deuda social, me gustaría conocer la suma exacta de ella; quisiera igualmente saber a quién y cómo he de pagarla; curiosidad bien legítima. Pero cosas son estas que se dejan en el vacío de las fórmulas oratorias, y este vacío basta para hacer la crítica de la teoría.

En suma, la tesis solidaria no es más que una ingeniosa y elegante construcción que no puede mantenerse en pie. Los solidaristas se imaginan haber descubierto lo que el cristianismo nos había enseñado, hace ya diecinueve siglos, a saber, que los hombres están unidos entre sí por lazos necesarios. Sólo que, secularizando nuestra antigua creencia cristiana, suprimiendo de ella la noción de la paternidad y autoridad divina, quitan a su sistema toda base, toda solidez, toda precisión... En vano es que, para velar la inconsistencia fundamental de la tesis solidarista, se acumulen términos jurídicos y períodos oratorios. La solidaridad continúa siendo todo lo que hay de más flotante y vago en la sociedad humana.

Sólo se precisa en un punto: *en que entiende prescindir del Evangelio,* pretende realizar sin Jesucristo la suma de abnegación que ha de transformar el mundo. Es esta una tentativa quimérica, como voy a demostraros.

III. La solidaridad... Palabra estéril.

La caridad evangélica ofrece sus pruebas. A todos los motivos naturales de amar a los hombres, y, entre los hombres, preferentemente los pobres, los enfermos, los afligidos, los desheredados de aquí bajo, añade motivos sobrenaturales de eficacia decisiva. Nos dice que los desgraciados son dos veces nuestros hermanos, porque Jesucristo encuentra mejor en ellos su imagen de crucificado, y porque El declaró que lo que hiciéramos al más pequeño de ellos, a El mismo lo haríamos. El pobre es El, el enfermo es El, el agonizante es El, el niño es El. En cierto modo, El se identifica con el hombre, especialmente con el hombre que lleva sobre las rutas de la vida un fardo más pesado de dolor. Sacrificarnos por nuestros hermanos, especialmente por nuestros hermanos desgraciados, es sacrificarse por Jesucristo, y demostrarle que le amamos. Ahora bien, bajo la influencia de esta adorable doctrina, ¿qué es lo que no hemos visto durante diecinueve siglos? Hemos visto levantarse en el género humano legiones de seres apasionados por el sacrificio, abnegados hasta la inmolación total. Hemos visto y vemos todos los días actos e instituciones de caridad que arroban el cielo y embalsaman la tierra. Y cosa curiosa, los librepensadores no son los últimos en aprovecharse de ella. Si son pobres solicitan para sus ancianos padres una plaza en las Hermanitas. Si son ricos, hacen cuidar su mujer o su hija enfermas por religiosas en un convento confortablemente instalado. Son dichosos de hallar entre nosotros abnegaciones que en vano buscarían en otra parte. La caridad evangélica ofrece sus pruebas.

¿Qué ha hecho hasta hoy la solidaridad masónica? Es impotente, es infecunda, y, además, salvaje.

Es impotente. Proclama como inmutable e inflexible la ley de la justicia y de la paternidad universal, pero esta ley carece de legislador que la imponga con autoridad, y de juez que vigile su observancia o su desprecio. Proclama la necesidad y obligación del sacrificio de cada uno por todos y de todos por cada uno, pero este sacrificio necesario y obligatorio carece de palanca que mueva los corazones y los impulse a la generosidad efectiva. Hace hermosas promesas, pero es incapaz de sostenerlas. Traza un programa magnífico, pero es incapaz de realizarlo. Es impotente.

Es infecunda. Sólo es buena para producir ruinas. ¿En dónde están los hospitales. los asilos, las escuelas que edificó con su dinero y sostiene con el sudor de su frente? ¿En donde los míseros que consuela, las lágrimas que enjuga, los corazones que serena, los abandonados que recoge? No edifica nada; no hace más que demoler. Carece de entrañas para engendrar; no tiene más que piezas de bronce para prensar y triturar. Es impotente, es infecunda.

Es salvaje. El león es solidario de su presa, porque no puede vivir sin ella; sólo que su solidaridad consiste en matarla y devorarla. Tal es la solidaridad puramente humana, la solidaridad masónica que aspira a gobernar el mundo. Si fuera sincera, debería respetar el cristianismo, que ha civilizado al mundo, debería pagar de una deuda inmensa a la Iglesia católica, que ha formado las naciones. Sí, en virtud de la ley de solidaridad, ley universalmente rigurosa, al decir de los anticlericales, la sociedad actual está obligada a bendecir el catolicismo, a quien todo se lo debe. Pero lo contrario es lo que se ejecuta ante nuestros ojos. Los partidarios más declarados de la solidaridad son precisamente los enemigos más feroces de la religión. En nombre de la solidaridad, asesinan una religión que se los ha dado todo. ¡Qué ingratitud! En nombre de la solidaridad, arrojan al destierro religiosos y religiosas que son la riqueza, el adorno, la flor exquisita de la patria. ¡Qué injusticia! En nombre de la solidaridad, hacen llorar a los niños y a las mujeres. ¡Qué maldad! En nombre de la solidaridad, tratan a los cristianos como parias, y a los padres de familia como esclavos ¡Qué tiranía! En nombre de la solidaridad, reniegan de lo pasado, desgarran lo presente y preparan para lo por venir reacciones inevitables. ¡Qué imprudencia! La solidaridad es más que estéril. es salvaje. No hace bien alguno, y hace mucho mal. Adhirámonos más que nunca, señores, a la divina religión de Jesucristo. Ella ofrece sus pruebas; es seria y auxiliadora. Es la salud, la resurrección, la vida. Para todo hombre inteligente y honrado, esta verdad es hoy evidente.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMA

Es la ley

SEÑORES:

En presencia de los tristes acontecimientos que se realizan actualmente en la tierra de Francia, muchas personas se regocijan o se resignan diciendo: "Es la ley." Y cuando han dicho esto, lo han dicho todo. Juzguemos esta expresión. La empresa es espinosa y delicada. Tengo necesidad de la gracia de Dios y de vuestra benévola atención. Voy a sentar principios y a dar soluciones.

I. Siento principios.

Digo que hay una ley divina, y que esta ley divina es anterior y superior a la ley civil.

1.º *Hay una ley divina.* Pueden ignorarla, olvidarla o negarla, pero no pueden suprimirla. *Subsiste en Dios;*

está eternamente presente en El. Forma parte de su esencia increada. Es su propia razón aplicada a sí mismo, y, fuera de El, gobernando todas las cosas, el universo y el hombre. Subsiste en Dios. *Se refleja* en la conciencia, y se llama la ley natural. Todos los hombres la llevan grabada en sí mismos. Tienen en ella un monitor doméstico, un sentido interior, un principio innato de justicia y de virtud, el cual, no obstante las inclinaciones y los vicios de ellos, le hace sentir, comprender y juzgar lo que es bueno. ¡Oh hombres, no invento, compruebo! Hay una ley divina; subsiste en Dios; se refleja en la conciencia. *Se expresa* por la Revelación, que se ha realizado tres veces: en el Edén, en el origen de la familia; en el Sinaí, en el origen de las antiguas sociedades; en el Evangelio, en el origen de la civilización cristiana. En estas tres solemnes circunstancias, Dios, entrando directamente en comunicación con el hombre, hablándole, boca a boca, recordó, purificó y perfeccionó positivamente su ley. Hay una ley divina. Al descender de Dios sobre nosotros, cambia de nombre. Grabada en la conciencia del hombre, es la ley natural. Escrita en las tablas del Sinaí y en las páginas del Evangelio, es la ley revelada. Pero su esencia es siempre la misma; reside en Dios, y emana de El. Vayamos más adelante y sentemos otro principio.

2.º *La ley divina es anterior y superior a la ley civil.* No os costará mucho comprenderme. La ley civil tiene una fecha. Ha sido hecha hoy, fué hecha ayer, y será anulada y rehecha mañana o más tarde. La ley divina es eterna. Los hombres han podido escribirla; Dios pudo grabarla en la piedra, pero no empezó a ser ley solamente el día en que fué escrita, sino más bien el día en que nació. Como dice admirablemente Cicerón,

es contemporánea de la inteligencia divina: *orta est simul cum mente divina.* "Nació con el pensamiento de Dios y en la inteligencia divina."Tiene la misma edad que Dios; es eterna. La ley civil es *variable;* cambia según los tiempos y los lugares, según los hombres y las cosas. La ley divina es *inmutable;* ni el hombre, ni las sociedades pueden cambiarla, porque no la han hecho ellos, y porque es absoluta e independiente, inflexible e invariable como Dios mismo, de quien ella procede y en quien ella existe. La ley civil *puede equivocarse.* Hecha por hombres, tiene todas sus cegueras y todas sus flaquezas, porque el hombre, en todo lo que hace, no puede poner más que lo que tiene. La ley divina es infalible e impecable. Es el centro inmóvil del mundo moral y social. De ella toman su vitalidad todas las leyes humanas, así como también su fuerza obligatoria. Desde el momento en que se alejan de este centro necesario, comienza la perturbación. Y llego con esto a un tercer principio.

3.° *La ley civil sólo tiene valor si se conforma con la ley divina.* Creíase antes que la voluntad del príncipe daba a la ley su fuerza y fundamento. Esto es falso. Parece creerse hoy en día que el número crea el derecho, y que todo lo que es votado por una asamblea, es necesariamente justo, admirable, perfecto. Esto es igualmente falso. "Hay, como vemos escrito en la *Antígoma* de *Sófocles,* por encima de las leyes escritas, leyes no escritas," y las primeras sólo tienen valor si se conforman con las segundas. El orador y filósofo romano *Cicerón,* hablando de la ley divina, dice que "no puede invalidarse por otra ley, ni quitarse nada de ella. Ni el pueblo, ni el Senado pueden dispensar de su obediencia." *Bossuet* nos declara que todo lo que

se hace contra la ley divina es nulo por sí mismo. *Montesquieu* dice con precisión matemática: "Una cosa no es justa porque esté en la ley, sino que no debe estar en la ley más que si es justa." *Víctor Hugo* distingue entre lo que es escrito por el hombre y lo que es prescrito por Dios, entre la ley y el derecho. Finalmente, León XIII, en su encíclica De *conditione opificum,* se expresa así: "Una ley no merece obediencia más que en cuanto está conforme con la recta razón y la ley de Dios."

En resumen. Hay una ley divina anterior y superior a la ley civil, y, para saber lo que valen las leyes humanas, hay que medirlas por la ley divina. He ahí los principios. He resumido en cinco minutos la materia de muchos volúmenes. No os quejéis de ello. Economizo el poco tiempo de que disponemos, vosotros y yo, y a la luz de los principios, llego sin perder tiempo a las aplicaciones prácticas, y siento principios.

II. Doy soluciones.

De tres cosas, una: o la ley civil está conforme con la ley divina, o le es extraña, o le es opuesta. En estas tres hipótesis, ¿cuál ha de ser, con relación a ella, nuestro deber y nuestra actitud?

PRIMERA HIPÓTESIS.—*La ley civil está conforme con la ley divina.*

Felizmente es el caso más ordinario. Casi siempre la ley civil es justa e irreprochable en sus prohibiciones y en sus exigencias. Nos impone sacrificios que son obligatorios para las conciencias, prohibiciones y órdenes que Dios aprueba y ratifica.

¿Qué hacer? La respuesta es muy sencilla y evidente. Hay que obedecer.

Dios declaró que toda autoridad legítima es competente para dictar leyes, y que las leyes hechas según el modelo de la ley divina participen de la fuerza, de la majestad, del poder de la ley divina.

Desobedecer una ley civil que es buena, es desobedecer a Dios mismo.

En vano se atrincheraría uno tras el pretexto de mejorar el Estado y de introducir en él un régimen más libre y perfecto. El primer advenedizo carece del derecho de venir a perturbar el Estado para imponerle sus utupias. Y aun cuando estas utupias tuviesen tanta sabiduría como carecen de ella, la perturbación que las acompaña, es siempre más grande que el bien que producen.

En vano se alegaría que la ley es dura. La dificultad de la ley no dispensa al ciudadano de la obligación de obedecerla. Es el caso de decir con toda verdad: *Dura lex, sed lex.* Es la ley. Mis impuestos son pesados, y de año en año se hacen más duros. Pero los pago; es la ley. Debo servir en el ejército tres años, siete años, y, si preciso fuera, pasar mi vida en la frontera. Me someto; es la ley. Si robo, si difamo, si mato a mi prójimo, seré gravemente castigado, y no tendré derecho a quejarme; es la ley. Cuando la ley civil está conforme con la ley divina, no hay más que obedecerla. La cosa es clara, y ésta primera hipótesis no admite discusión.

SEGUNDA HIPÓTESIS.—La ley civil es extraña *a la ley divina.*

El caso no es raro. Con frecuencia la ley civil, por impotencia o prejuicio, se pone al margen de la ley divina. Procede como si no existiese la ley divina. *Ignora* los crímines ocultos, cuyo número es incalculable, y que Dios ve y condena. *Tolera* crímenes públicos, tales como

la blasfemia, la avaricia, el trabajo del domingo, que causan horror a Dios. *Autoriza* muchas cosas que Dios prohibe; a sus ojos, todo lo que no es prohibido, es permitido.

¿Qué hacer? ¿Puede uno en conciencia beneficiar ignorancias, tolerancias y autorizaciones de la ley civil, y decir pura y simplemente: es la ley? Ciertamente que no. Algunas explicaciones no serán aquí superfluas.

La ley civil ignora las impurezas privadas, los robos hábiles e impalpables, las ingratitudes filiales, los desórdenes del lecho conyugal, los odios secretos y venenosos. ¿Es que todo esto es permitido en conciencia? Ciertamente que no. La ley no sabe nada, pero Dios lo ve todo.

La ley civil tolera las expresiones deshonestas y blasfematorias, el desprecio del descanso dominical, la libre circulación de malos libros, de malos periódicos, de malos grabados. ¿Es que todo esto es permitido en conciencia? Ciertamente que no. La ley civil no dice nada, pero Dios habla y dice: "No jurarás, descansarás el domingo, no cometerás impurezas."

La ley civil autoriza el divorcio, que es una mancha en nuestros códigos, un peligro para la familia, una ruina para la sociedad, un escándalo para la Iglesia. ¿Es que el divorcio es permitido en conciencia? ¿Es que es permitido decir: "Pido el divorcio; es la ley. Lo obtengo y vuelvo a casarme; es la ley?" Ciertamente que no. Dios hizo indisoluble el matrimonio, y el hombre no tiene derecho a separar lo que Dios ha unido.

Con frecuencia la ley civil es extraña a la ley divina, y no tiene cuenta alguna con ella... Pero a nosotros nos toca tenerla presente, y acordarnos de que la ley civil no contiene ni puede contener toda la honestidad, todo el deber. Hay miles de cosas en las cuales no

se fija, o no quiere fijarse. Puede uno ponerse en regla con el código y no ser más que un solemne bribón. Cumplamos la ley civil; bien está. Pero hagamos algo más y mejor. Cumplamos la ley divina; es absolutamente necesario; la conciencia lo exige.

TERCERA HIPÓTESIS.—*La ley civil es opuesta a la ley divina.* Esto puede ocurrir. El caso es raro, pero no inaudito. La ley civil, en uno o varios puntos dados, puede ser contraria a la justicia, a la moral y a la religión. Poco importa que haya sido hecha por una asamblea o por un autómata. Las asambleas no son más infalibles que los autómatas, y el número se engaña con tanta facilidad como un solo hombre. Poned juntos doscientos criminales y cien cobardes, y de un solo golpe, por un acto legal, pueden decretar las mayores enormidades, las mayores infamias, las cosas más repugnantes a la recta razón y a la ley de Dios.

¿Qué hacer? La cuestión es delicada, por lo cual se impone una distinción. La ley civil puede pedirme algo contrario a mi derecho, o algo contrario a mi deber.

La ley civil me pide *algo contrario a mi derecho*, por ejemplo, me impone una contribución injusta que no impone a los demás ciudadanos; puedo rebelarme y apelar a una ley mejor hecha y más equitativa, pero también puedo someterme y resignarme. Para evitar un mal mayor, tolero el ataque y la herida a mi derecho.

Pero si la ley civil me pide *algo contrario a mi deber*, en conciencia no puedo obedecerla. Por ejemplo, la ley civil me pide que adjure mi fe, que pisotee el crucifijo, que diga una palabra o haga un acto que la moral y la religión condenan; no solamente puedo, sino que debo desobedecerla. Aun cuando el Senado, la Magistratura, el Ejército digan ante mí: "Es la ley...", ninguna otra

respuesta debe dárseles que la de los Apóstoles, los mártires, los confesores, los héroes: "Vale más obedecer a Dios que a los hombres." Atengánmonos a estas palabras, señores. Hace dos mil años que fueron pronunciadas por primera vez por los Apóstoles, nuestros padres en la fe; pero hoy son dignas de meditación porque quizás mañana tengamos necesidad de pronunciarlas.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOPRIMERA

¿No puedo leerlo todo?

SEÑORES:

Es un hecho notorio que la mala prensa es entre nosotros, a la hora presente, un instrumento terrible de corrupción y de impiedad. Pero no es raro oir hombres, mujeres y jóvenes que reivindican muy alto el derecho de llevar a sus labios esa copa envenenada y dicen sin vacilar: "¿No puedo leerlo todo?" Voy a responder a esta objeción, y a refutar los vanos pretextos tras los cuales intentan de ordinario guarecerse.

I. No, no podéis leerlo todo.

Por simple derecho natural es prohibido todo libro y todo periódico cuya lectura pueda perjudicar al alma.

En conciencia no podéis leer *esa novela* grosera y obscena, que no es más que la historia y el cuadro de todas las infamias, que toma el lenguaje en los malos lugares

para mantenerse a la altura de las malas costumbres, que sólo es aceptada por el público porque lisonjea y alienta las depravadas inclinaciones del corazón; y esto es así, 1.º porque leyéndola se procura uno el placer más vengonzoso que conozco, el más propio para hacer enrojecer un cristiano; 2.º porque la pasión de los sentidos dormita en el corazón como un incendio medio extinguido, y el menor soplo puede reanimarlo. Despertáis esta pasión; la alimentáis; perjudicáis a vuestra alma en el punto más débil, más sensible, más fácil de herir. ¿No puedo leerlo todo? No.

En conciencia no podéis leer *ese libro en apariencia honesto,* que gradúa con arte refinado las conmociones del mal, que oculta las intrigas de la ambición bajo los hechizos de la literatura, que siembra algunas flores puras sobre el fango más impuro. ¿Qué importa que la copa sea bien cincelada, si contiene veneno... que el puñal sea esmaltado de pedrería, si os da la muerte? Los libros delicadamente inmorales, son con frecuencia más peligrosos que los libros groseramente obscenos. Esa joven, que embellecía con su inocencia la casa de su padre, ha perdido en un día su candor, su modestia, su alegría, la gracia de su sonrisa, el hechizo de su edad. ¿Quién le ha arrebatado todos esos bienes? Un libro malvado, que creíais inofensivo y ha devastado su alma virginal. Esa joven era la esperanza de su familia, y se ha convertido en su oprobio. ¿Desde cuando? Desde que una culpable curiosidad le hizo abrir un libro dudoso que vuestro culpable descuido dejó en sus manos. Esa joven mujer ha desconocido sus deberes más sagrados. ¿Quién la ha perdido? Un libro bien escrito, pero malsano, una novela pérfida, aunque esté de moda, un volumen salido de la pluma elegante y ligera de

un escritor no menos homicida que distinguido. ¿No puedo leerlo todo? No.

En conciencia no podéis leer ese libro, esa revista, ese periódico, que destilan *la irreligión, que es peor que la inmoralidad.* Los escritos impíos son más peligrosos que los inmorales. Los escritos inmorales corrompen las costumbres, pero los impíos corrompen las ideas. El mal que hacen es más intenso, más profundo, más irremediable. Enseñan que Dios no es más que una palabra, el infierno una fábula, la muerte un salto en la sombra, la eternidad una quimera. Socavan la religión, la familia, la propiedad, la sociedad. Preconizan el divorcio, ponen en ridículo la fidelidad de la esposa. Odian la pureza de las vírgenes; ora la ridiculizan, ora la llenan de sospechas, ora nos la representan bajo los más negros colores. Vilipendian nuestros sacramentos y ceremonias, el sacerdocio y la vida monástica. Proclaman en todos los tonos que el grande y único peligro de los tiempos modernos, es el catolicismo, con sus milagros inventados a capricho, su moral intransigente, sus dogmas caducos, sus envejecidas instituciones..., y que, por consiguiente, es preciso barrer el catolicismo de la sociedad, o, por lo menos, encadenarlo, amurallarlo en sus sacristías, en donde no penetre ni la luz, ni el aire de la libertad. Tales son las brutales y perversas ideas que la prensa irreligiosa infiltra en el alma de la multitud. Todo lo que, en materia de odio y de mentira, se elaboren en el seno de las altas regiones de la literatura y del intelectualismo contemporáneo, está destinado por el libro a difundirse por todas partes, siguendo los grados medios y los grados inferiores del espíritu público. Hoy tropezamos en la lengua popular con todos los sofismas de los espíritus fuertes de los siglos XVIII y XIX. Hoy, un viajante de comercio, un

agente electoral, un aldeano, argumentan y blasfeman con la seguridad y método de un librepensador instruído. ¿Quién tiene la culpa de esto? ¿Quién descompone los cerebros abriendo en ellos surcos violentos, en los que entierran ideas falsas y anticristianas? La prensa, la prensa irreligiosa.

No, no podéis leerlo todo. Por simple derecho natural, está prohibido todo libro y todo periódico cuya lectura pueda causar daño al alma, todo libro y todo periódico cuya lectura pueda destruir, o tan sólo alarmar vuestra virtud o vuestra fe. Quien ama el peligro, en él perecerá. No tenéis el derecho de exponer libremente vuestra virtud y vuestra fe.

II. Los pretextos no faltan.

1.º Se dice: *En último resultado, soy libre de leer lo que quiera.* Entendámonos.

Tenéis *el poder,* la facultad, la posibilidad de leer lo que queráis, como tenéis la posibilidad, la facultad, el poder de matar, de robar, de suicidaros. Dios os ha dado el formidable poder de elegir entre el bien y el mal, de hacer toda especie de bien o toda especie de mal. En este sentido, sois libres de leerlo todo.

Pero no tenéis el *derecho.* ¡Qué idea tan falsa tenemos a menudo de la libertad! Nos imaginamos que es absoluta, soberana, independiente, que no depende de nada ni de nadie, que por encima de ella no hay ni Dios ni amo. Esto es absurdo. Por encima de nuestra libertad, está nuestro deber, está el derecho de Dios. Dios tiene derechos sobre nosotros y nos impone deberes. Ha levantado barreras contra las evoluciones de nuestra libertad, como riberas a lo largo de un río para contenerlo. ¡Desgraciados de nosotros si traspasamos esas

barreras! Somos responsables ante Dios y justiciables de su autoridad soberana. Podemos leerlo todo, verdad es, pero no es menos verdad que debemos no leerlo todo.

2.º Se dice: *Estoy tan seguro de mí mismo que nada tengo que temer.* Esa lectura quizás sea peligrosa para otros, pero para mí es seguramente inofensiva. No me hace mal alguno.

Admitamos que eso sea verdad. Semejante lectura, mala en sí misma, no me hace ningún mal. Pero: 1.º ¿Por qué os la permitís? Porque os divierte. ¡Ah, el mal os divierte, la impureza os divierte, la irreligión os divierte! En verdad que esto no prueba una gran delicadeza de conciencia. ¡Cuidado! Jugáis con fuego; podríais fácilmente quemaros. Jugáis con un áspid; podríais recibir una mordedura que no esperabais. Y luego: 2.º ¡Qué ejemplo tan pernicioso para cuantos os rodean! Acreditáis la mala prensa. Introducís en vuestro hogar, en vuestra vecindad, el veneno que mata las almas débiles. No moriréis quizás, pero por causa vuestra alguién morirá en torno vuestro. Finalmente, ¿estáis bien seguros de que tal libro, tal periódico, no os hace mal alguno? Lo decís, quizás lo creéis, pero

La mayor parte de las veces es verdad. ¡Cuántos *jóvenes* que hubieran continuado siendo puros como ángeles, vieron ajado su corazón por una mala novela! ¡Cuántos, que hubieran afrontado el martirio en los días de Nerón o Decio, ven hoy perdida su fe a causa de las malas lecturas! Se dijeron: Eso no me hace mal alguno... Pero eso corrompió su corazón, falseó su juicio, descarrió su fantasía, desecó su piedad. ¡Cuántas *mujeres* han sido y son todavía víctimas de la misma ilusión! Eso no les hace mal alguno, pero por causa de eso, descienden poco a poco de las serenas alturas de

la virtud cristiana, y llegan a veces a declararse en abierta rebelión contra el Decálogo y contra los deberes de su sexo. ¡Cuántos hombres maduros se han dicho y redicho: Eso no me hace mal alguno!... Pero eso los ha hecho caer en el desorden, o han perdido la fe a consecuencia de sus lecturas. Y entre ellos había personalidades eminentes por la piedad y por el saber, y defensores de la verdadera religión. Pero todavía voy más allá, señores. Los mismos *sacerdotes* no tienen el derecho de leerlo todo bajo el falaz pretexto de que no les hace mal alguno. Como vosotros, estamos obligados en conciencia a ser muy prudentes y reservados en nuestras lecturas. Hemos visto perderse pobres sacerdotes jóvenes bajo la influencia de lecturas hechas sin discreción ni contrapeso. Para poder leerlo todo sin temer nada, preciso es ser extraordinariamente fuerte, y llevar en sí la triple coraza de la edad, de la ciencia y de la virtud. *¿La lleváis vosotros, señores?* Si la lleváis, os felicito y os envidio. En cuanto a mí, os confieso simplemente que no me siento todavía en disposición de afrontar toda lectura buena o mala... ¿Lo estáis vosotros, señores? Quizás alguno lo esté, pero será una excepción, un prodigio, y yo no hablo aquí de los que superan el término medio del género humano; hablo para el común de los mortales, y declaro que, en general, vosotros y yo no estamos en condiciones de leerlo todo y decir concienzudamente: Eso no me hace mal alguno.

3.º Pero todavía hay quien dice: ¿Por qué prohibir la lectura de ciertos libros y de ciertos periódicos? *Hay que conocer bien la verdad y oír el pro y el contra.*

Sí, los especialistas tienen necesidad de oír el pro y el contra. Los médicos estudian en libros especiales

todas las enfermedades que pueden afligir al pobre cuerpo humano, y aun los teólogos, para conocer y amar las enfermedades intelectuales y morales del pobre género humano, tienen necesidad de leer ciertos libros contrarios a la fe. Pero semejantes lecturas permitidas a los especialistas,

Son inútiles y pueden ser peligrosas *a los demás* que no están obligados por su estado a saber el pro y el contra. ¿Acaso tenéis necesidad de explorar los libros y los periódicos que se deshacen en recriminaciones y en objeciones contra la religión? Esas recriminaciones y objeciones están suficientemente expuestas y refutadas en el catecismo, en el púlpito, en los libros y periódicos católicos. ¿A qué exponer vuestra fe saturándola de los argumentos de la incredulidad, que, sin precaverlo, y a pesar vuestro, inocularán en vuestra alma el germen emponzoñado de la duda? Y si se trata de escritos contrarios a la moral, ¿tenéis necesidad de deteneros en ellos? Queréis conocer el pro y el contra, el bien y el mal. ¿Por qué? No es necesario andar por el fango para saber que mancha. ¡Cuidado! El mal tiene siempre un poder particular para seducir nuestra naturaleza corrompida; se desliza como un traidor en nuestro espíritu y en nuestro corazón, que bien pronto se convierten en sus cómplices.

Conclusión.

Termino con estas conclusiones prácticas: No leáis los libros y periódicos malos. Sería perjudicar vuestra alma y dar a cuantos os rodean un ejemplo pernicioso.

No dejéis entrar en vuestra casa libros ni periódicos malos. Cuando un mal periódico penetra en una

casa, es signo de que la fe y el pudor no tardarán en salir de ella.

Leed y hacer leer los libros y los periódicos buenos; a la prensa que emponzoña y mata, oponed la prensa que ilumina y salva. Es una cuestión de salud pública.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEGUNDA

Lo he leído en mi periódico

SEÑORES:

Antes, para afirmar la certeza de una verdad y la bondad de un precepto, se decía: "Lo he leído en el Evangelio." Hoy, buen número de hombres, para apoyar y justificar su modo de pensar y obrar, tienen otra fórmula, pues dicen: *Lo he leído en mi periódico*. Hallan en su periódico ideas y hechos, y los creen a ojos cerrados. Quisiera demostrarles que no tienen razón.

I. ¿Qué hay en vuestro periódico? Ideas, en las cuales creéis a ojos cerrados. No tenéis razón.

Vuestro periódico dice que la naturaleza humana es buena, que todos sus instintos son legítimos, y que tenemos el derecho y el deber de obedecer sus irresistibles leyes. Vuestro periódico gasta en servicio de esta fácil filosofía mucha elocuencia, mucho talento, y vuel

ve sobre ella sin cesar. A fuerza de leer esto en vuestro periódico, acabáis por creerlo. No tenéis razón.

Vuestro periódico pone en tela de juicio la propiedad, envilece la limosna, plantea todos los días sin resolverlo este problema tan repleto de tempestades y decepciones: ¿por qué el rico? ¿por qué el pobre? Vuestro periódico enseña que el hombre no tiene aquí bajo más que un objeto, un goce, y que el medio para conseguirlo es el dinero. A fuerza de leer esto en vuestro periódico, acabáis por creerlo. No tenéis razón.

Vuestro periódico predica la independencia universal, la independencia de los pueblos con relación al poder público, del soldado con relación al oficial, del dependiente con relación al patrono, del alumno con relación al maestro, del niño con relación a sus padres, de la esposa con relación a su marido. Vuestro periódico declara que las superioridades sociales nada tienen de augusto ni de sagrado. A fuerza de leer esto en vuestro periódico, acabáis por creerlo. No tenéis razón.

Vuestro periódico dice cuotidianamente que el matrimonio es un mal, el divorcio un derecho, el adulterio una necesidad, la unión libre un progreso. Vuestro periódico declara que la virtud es impracticable, y que todo está permitido, a pretexto de que la naturaleza habla y tiene sus exigencias. A fuerza de leer esto en vuestro periódico, acabáis por creerlo. No tenéis razón.

He ahí un honrado *burgués* que toma de su periódico todo un pequeño bagaje de ideas filosóficas, históricas y religiosas. En nombre de su periódico, duda de la existencia de Dios, niega la divinidad de Jesucristo, discute la autoridad de la Iglesia. Aprueba la expulsión de los religiosos y de las religiosas. En vano intentáis demostrarle que el único crimen de ellos es hacer el bien, que su patriotismo es tan evidente que

los mismos que los expulsan, vense obligados, más allá de la frontera, a solicitar sus servicios para propagar la lengua francesa y hacer amar el nombre francés. Con su periódico en la mano, no quiere oiros. Sostiene que España fué muerta por el catolicismo y por los frailes, sin fijarse en que afirma una imbecilidad, ya que precisamente en la época en que, la fe y los conventos florecían en la Península, España era árbitra del mundo. Pero lo lee en su periódico; no le preguntéis nada más: condena en bloque todo el pasado del catolicismo. Así lo quiere su periódico. Pero la religión ha hecho muchísimo bien. No importa; su periódico no habla de eso, y él sólo cree, sólo sabe lo que dice su periódico. Todas sus ideas no son más que repercusión en su cerebro de las máximas impresas en su periódico.

He ahí ahora un *obrero* honrado. A la hora del almuerzo y por la noche, terminado el trabajo, veo que abre con mano febril su diario, que en adelante hace para él las veces del Evangelio y del Catecismo, ya que de él toma los elementos de su *Credo*. En materia de verdades religiosas y sociales, no cree más que lo que le enseña su periódico, así esté redactado por el ser más nulo y vil de la tierra, como por un hombre sin valor y sin honor, sin fe ni ley, o por un apóstata que sólo renegó de su pasado religioso para entregarse más libremente al vicio, por un Judas que hoy traiciona a Dios y mañana traicionará a su patria. Su fe es su periódico. ¿Qué piensa de la religión ese honrado obrero? Piensa que la religión es inútil, dañina, enemiga del pueblo. Lo ha leído en su periódico. ¿Qué piensa del sacerdote? Piensa que el sacerdote es un bribón, un hipócrita, que esclaviza las conciencias, que oculta bajo su sotana todos los crímenes y todas las infamias. Lo ha leído en su periódico. Su alma crédula, sencilla, con

frecuencia infantil, rara vez ilustrada, se embebe infaliblemente de todas las ideas inmorales y anticristianas que lee en su periódico, y que, de su periódico, suben a su cabeza.

Y al lado del habitante de la ciudad, he ahí el honrado *campesino* que sigue la misma vía y experimenta la misma suerte. ¿Quién, pues, ha alejado de Dios y de la Iglesia nuestras poblaciones rurales, que hace apenas cincuenta años, hallaban todavía en el cristianismo un lazo de unión entre las familias, una garantía del descanso dominical tan precioso, una prenda segura de la moralidad pública, un secreto de la dicha doméstica y de la paz social? Bastaron los ladridos de un villano gozquecillo para turbar su reposo y descomponer sus creencias y costumbres. El mal periódico ha perdido nuestros campos. El que habitualmente se alimenta de las ideas rojas como su periódico, se hace inevitablemente rojo como su diario. El que se da a la lectura cotidiana de un periódico anticlerical, acaba por ser anticlerical. Dime con quién andas, y te diré quién eres. Dime lo que lees, y te diré lo que piensas. Por otra parte...

II. ¿Qué hay en vuestro periódico? Hechos. En ellos creéis a pies juntillas. No tenéis razón.

Desconfiad de los hechos que cuenta vuestro periódico: a veces son enteramente inventados, con frecuencia desmesuradamente exagerados, casi siempre arbitrariamente explotados.

1.° A veces vuestro periódico *inventa* a placer hechos y noticias que no existen más que en la imaginación del periodista engañado o impostor. ¡Cuántos ro-

bos de conejos, cuántos perros aplastados, cuántos incendios y muertes sensacionales recorren la prensa conmoviendo los lectores y las lectoras, y no son más que puras invenciones! ¡Cuántos reclamos bursátiles que no se apoyan en nada serio y real! Sería difícil evaluar el número de víctimas que han producido, y la suma de rapiñas que impunemente han consumado. Merced al periódico, el agiotaje se ha convertido entre nosotros en fiebre popular, y millones de modestos ciudadanos han confiado sus pequeños ahorros a empresas hipotéticas, a canales, a minas, a ferrocarriles que sólo existían en el papel. Pero cuando se trata de cosas religiosas, el espíritu inventivo del periódico no conoce límites. Por causa de la religión, no hay necesidad de molestarse. Recordad la historia del Hermano *Flamidio*. Durante semanas y meses, la prensa cotidiana hizo sobre este asunto relatos innobles y estúpidos que arrojó a las miserables pasiones de la muchedumbre pervertida. Y aun después de reconocida solemnemente la inocencia del Hermano, ¡cuántos y cuántos periódicos continuaron afirmando su culpabilidad vociferando con cólera y violencia: "¡Flamidio, Flamidio!" Estos mismos días, la 10.ª Cámara acaba de condenar en rebeldía a tres meses de prisión, dos mil francos de multa y cinco mil francos por daños y perjuicios al gerente de un periódico de París *Le Tocsin de Grenelle,* que había difamado odiosamente al Hermano Flamidio. Hace tres semanas, a propósito de un religioso de Brest, el Hermano *Duvián,* armaron los periódicos el mismo escándalo y montaron la misma máquina de guerra que tanto éxito obtuvo en Lila. Acusado ante la Audiencia, el Hermano Duvián fué absuelto. En materia religiosa, señores, desconfiad de los hechos que relata vuestro periódico. A veces vuestro periódico inventa a placer hechos y noticias que no existen. Al hablaros así, empleo el lenguaje de la razón y de la moderación. No digo que vuestro periódico invente siempre; digo que inventa a veces. Se engaña y os engaña. He ahí ahora otra cosa menos rara.

2.º A menudo vuestro periódico *exagera* desmesuradamente hechos y noticias con fondo de verdad. De un grano de arena hace una montaña. Convierte el dedo en brazo; cuenta veinte muertos en un accidente que hirió a dos personas. Mirad, ¿qué es lo que, desde hace dos o tres años, no han dicho los periódicos sobre los *mil millones de las Congregaciones* y sobre los bienes de la mano muerta que detentan con gran peligro de la nación? Con estas cuatro palabras, el millar de millones y la mano muerta, se horroriza al público, cuya credulidad es verdaderamente estúpida. En efecto, dicen con fingimiento que la mano muerta congregacionista es considerable, pero esto es falso; representa únicamente el cinco por ciento de la mano muerta total. La totalidad de los bienes de las Congregaciones es de veinte mil hectáreas, contra cinco millones de hectáreas que pertenecen a las sociedades comerciales, a los hospicios y a los ayuntamientos. En cuanto a los famosos mil millones de las Congregaciones, en torno de los cuales tanto ruido han hecho los periódicos, es pura fantasía. Examinando el asunto con atención, vemos: 1.º que esos mil millones se reducen a quinientos millones; 2.º que esos quinientos millones, que se supone productivos de interés, dan a cada religioso y a cada religiosa noventa y cuatro francos de renta anual, esto es, veinte y seis céntimos diarios; 3.º que esa supuesta renta, aun tan mínima, es pura ficción, ya que la mayor parte de los inmuebles de las Congregaciones son improductivos y

simplemente onerosos. ¿Qué pueden producir colegios que no cubren sus gastos, iglesias y capillas de construcción y conservación dispendiosas, hospicios, escuelas, asilos de ancianos? Todo esto, señores, no impide que la prensa repita hasta la sociedad: los mil millones de las Congregaciones..., y sobre esta enormidad, millares y millares de lectores hacen un auto de fe tan imperturbable como ciego. Desconfiad, señores, de las amplificaciones de vuestro periódico. No digo que vuestro periódico exagere siempre, sino que exagera a menudo. Finalmente,

3.º Casi siempre vuestro periódico *explota* y cimenta a su manera, es decir, caprichosa y arbitrariamente, los hechos cuyos relatos expone. Desde el punto de vista de la moralidad, tal periódico respeta la virtud y le asigna un buen papel, en tanto que tal otro encuentra el medio de ridiculizarla y despreciarla sin cesar, no viviendo más que de escándalos, recortando la vida de la nación en anécdotas y chascarrillos que deprimen el espíritu público y preparan histriones a la patria, que tanta necesidad tiene de ciudadanos. Desde el punto de vista de la *religión,* tal periódico trata dignamente a las personas y cosas propias de Dios, en tanto que tal otro no desperdicia ocasión propicia para perjudicarlas y juzgarlas inicuamente, ora desnaturalizando los actos más inocentes que tienen a cristianos por autores, ora atribuyendo a todo el clero la falta de un solo sacerdote. A propósito de todo y a propósito de nada, expone reflexiones desagradables con respecto a la religión. Hay una manera impía de referir la historia de un perro aplastado y de hacer el relato de una ceremonia nupcial o fúnebre; de suerte que, según el espíritu conocido del periódico que se lee, es indispensable rectificar y aun rehacer completamente a veces las conclusiones de los razonamientos. Desconfiad, señores, de las invenciones, de las exageraciones, de los comentarios de vuestro periódico. Desconfiad de las ideas y de los hechos que leéis en vuestro periódico. En ellos creeréis a ojos cerrados; no tenéis razón.

Conclusión:

¿*Es que os prohibo leer periódicos*? En manera alguna. Si os lo prohibiera, los leeríais, y tendríais razón. Porque el periódico ha penetrado en nuestras costumbres, es nuestro pan cotidiano, del cual con dificultad podríamos prescindir. No os prohibo, pues, leer el periódico, pero si os pido dos cosas: elegir bien vuestro periódico, y saber leerlo.

Elegir bien vuestro periódico. No ha de ser inmoral ni irreligioso; esto es un deber de conciencia. Ha de ser interesante y bien informado; ha de tener buena presentación y ha de contener algo de literatura; esto es deseable. De sus páginas ha de desprenderse y penetrar en vuestra alma cierto aroma de honestidad, de religión y de patriotismo. Elegid bien vuestro periódico.

Sabed leer vuestro periódico. Hay tal periódico reputado por bueno que se figura servir las causas justas por medios injustos, que no sabe más que decir mal del Papa y de los Obispos, que procede sin cesar por injurias o imputaciones sin pruebas. No sed esclavos suyos. Conservad la rectitud de vuestro juicio, la generosidad de vuestros sentimientos, la integridad de vuestra buena fe. Poned a Dios y a vuestra conciencia por encima de vuestro periódico; poned por encima de todo vuestra conciencia y vuestro Dios.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOTERCERA

No hay nada que hacer

1.º Afirmación muy frecuente

Señores:

En presencia de nuestra situación social y religiosa, que nada tiene de embelesadora, oigo decir por todas partes: *No hay nada que hacer.* Paréceme útil y oportuno juzgar esta afirmación. Es muy frecuente, muy peligrosa y muy falsa. En primer lugar, es muy frecuente; es la afirmación de la ilusión, de la cólera, del desaliento, de la inacción.

I. No hay nada que hacer. En algunos, es esto pura ilusión.

Se contemplan a sí mismos, y se imaginan que nada pueden hacer, que son demasiado pequeños, que están situados demasiado bajo, que tienen poca autoridad para

ejercer alguna influencia. Son un rodaje inadvertido en el inmenso engranaje; menos todavía, una cifra anónima en la inmensa adición. El grano de arena aislado no es más que un cero en la playa que se extiende hasta perderse de vista. La simple gota de agua no significa nada en medio del océano ilimitado. *Se engañan.* Todo hombre aquí bajo es capaz de acción. Las cruzadas no se inician siempre por vía de autoridad de arriba abajo, sino que con frecuencia se imponen de abajo arriba por vía de arrastramiento El pequeño obrero honesto y cristiano, el joven vicario de extramuros, el animoso cura de aldea, son los humildes artesanos del movimiento social y religioso; ninguna notabilidad puede sustituirlos en esta empresa. El mundo moral como el mundo físico se apoya en la multitud de los infinitamente pequeños. Algunos, al contemplarse a sí mismos, se consideran desproporcionados e impotentes, y declaran que no hay nada que hacer. Eso es una ilusión.

O bien, *miran la situación presente,* y se imaginan que es fundamentalmente mala, que todo está perdido, que nada hay que hacer. En efecto, ¿a qué conduciría poner manos a una empresa que no puede prosperar, y gastar esfuerzos que no tendrán resultado? No se siembra el trigo en un camino en el cual lo pisoteen todos los transeúntes. Cuando el enfermo ha muerto, no se convoca consulta de médicos. Tal es su razonamiento. *Se engañan,* y se engañan doblemente; porque: 1.º aun admitiendo que la situación sea tan mala como dicen, no es irremediable. La verdad y el bien son inmortales. Pueden eclipsarse momentáneamente, pero jamás perecen en definitiva. Si la batalla se pierde hoy, tenemos tiempo para ganar otra mañana; 2.º no exageremos los peligros de la hora presente. Los católicos no son una cantidad despreciable en la nación, sino que son nume-

rosos. Tienen convicciones. No tienen en manera alguna la intención de adjurar su fe. A su lado, las mujeres constituyen una fuerza inmensa. Escuchad estas palabras de Francisco Coppée: "Si en el ocaso de mi vida he vuelto a ser cristiano, ¡ah!, muy mediano, muy imperfecto ciertamente, pero con el valor de mi fe, es porque mi venerada madre mezcló los nombres de Jesús y de María en mis primeros balbuceos." Podemos, señores, tener confianza en lo por venir de un país que tenga madres cristianas. Y si algunos, al contemplarse a sí mismos, o al contemplar la situación, declaran que no hay nada que hacer, se engañan. No ven, o ven mal. Son víctimas de una ilusión.

II. No hay nada que hacer. En otros, es esto un movimiento de cólera.

Intentaron decir la verdad y hacer el bien, y no encontraron más que inaptitudes y resistencias. Al lado suyo, creen que un vecino, un zopenco, un hombre sin valor y sin honor, un asno que no contaba más que con su charla descarada para velar su crasa ignorancia, triunfaba en toda la línea, y manejaba a todo el mundo como le daba la gana. Hablaba, y todas sus mentiras eran creídas como el Evangelio; sin hacer jamás nada por el pueblo, era su dueño y soberano señor; despreciado de todos, todos le temían y adulaban. En cambio, ellos, durante aquella época, no eran escuchados, y les pagaban sus servicios denigrándolos. Semejante espectáculo enciende la sangre en las venas, por lo que exclaman en tono de cólera: No hay nada que hacer. *No tienen razón.*

La cólera no es buena para nada; ha perdido a muchos. El vinagre irrita las llagas en vez de curarlas. Cuando un hombre se ahoga, no se le salva maldiciéndole y tirándole piedras, sino dándole buenos consejos y alargándole la mano. No, la escuela de la cólera no es buena escuela, y cuando los Apóstoles quisieron llamar el fuego del cielo sobre las ciudades infieles, ya sabéis cómo los increpó Jesucristo: "¡Insensatos, ignoráis de qué espíritu estáis hechos!"; Ah, sin duda que si se nos ataca en el goce de nuestros derechos más legítimos y sagrados, y la ley no nos defiende, tenemos el derecho y aun el deber de defendernos. Pero no tenemos el derecho de atacar, de tomar la ofensiva, de poner la venganza al servicio de la verdad. No sucumbamos en la tentación de la cólera. Sepamos aceptar y saborear el noble placer de hacer ingratos. A los que se niegan a oírnos y darnos gracias, digámosles como Augusto a Cinna:

> Pagas con la traición mis beneficios; quiero redoblarlos.
> Te los di a manos llenas; quiero colmarte de ellos.

Después del descontento y la decepción, mostremos el semblante más risueño y maneras más insinuantes. Tras el rechazo y la injuria, sitiemos todavía los corazones rebeldes con la perseverancia de nuestra abnegación y la tenacidad de nuestros beneficios ...

"No hay nada que hacer..." dicen algunos con acritud y arrebato. No tienen razón; no se triunfa del error y del mal con la cólera, sino a fuerza de ánimo, de celo, de sacrificio, y, para decirlo de una vez, a fuerza de caridad cristiana.

III. No hay nada que hacer. Con frecuencia es esto un grito de desaliento.

Muchos afirman que lo han intentado todo y no han

logrado nada, por lo que, dejando caer los brazos inertes e impotentes, dicen sin cólera, pero con tristeza: "No hay nada que hacer." El fenómeno es hoy muy frecuente.

Lo han intentado todo. ¿Es esto verdad? ¿Quién es el sacerdote, por apóstol que sea, quién es el católico, por abnegado que lo supongamos, que se atreva a decir con toda lealtad: "He cumplido hasta el final mi deber... todo lo he intentado?" Hace cuarenta años, señores, que el mundo marcha deprisa; ¿hemos marchado nosotros tan deprisa como él? A las nuevas necesidades, ¿hemos sabido adaptar remedios apropiados y suficientes? Nuestros padres obraron como a su época convenía, y combatieron en el campo de batalla con las armas perfeccionadas de su tiempo. Pero es el caso que se han suscitado ideas y aspiraciones nuevas. Profundas modificaciones se han introducido en el orden económico, en la vida social, en las costumbres generales de las naciones. ¿Qué diríais de vuestros padres si, resucitando a esta vida, fueran a la batalla con el escudo y la coraza de las cruzadas? No lo harían, sino que empuñarían las modernas armas. Pues bien, nosotros los católicos, en la gran lucha del bien contra el mal, ¿hemos empleado las armas modernas? Sólo haré aquí una pregunta: se envenena a nuestras poblaciones con la copita diaria de los sofismas y mentiras que les sirven los malos periódicos; ¿hemos procurado proporcionarles buenos periódicos? Por desgracia, los descreídos prodigan y vierten a raudales el vino de la irreligión popular y de la vergonzosa corrupción; ¿hemos tenido la discresión y el valor de hacer llegar a la muchedumbre el periódico amigo que instruye, que conmueve y consuela? Los desalentados dicen que lo han intentado todo. ¿Es esto verdad? Y añaden que

Nada han logrado. ¿Es esto verdad? En primer lugar, Dios no nos pide el éxito. Nos pide que trabajemos, no que triunfemos, que combatamos, no que venzamos, que sembremos, no que cosechemos. Y aun cuando menos victorias obtengamos, más méritos tendremos a sus ojos. Trabajando mucho sin lograr mucho, libertamos con seguridad nuestra conciencia y salvamos nuestra alma, lo cual es el mejor y más envidiable de los éxitos. Además, cuando uno trabaja por la causa de la verdad y del bien, por la causa de Dios, vence siempre, por lo menos en cierta medida. De cien gotas de agua que caen del cielo, noventa y nueve se pierden en el polvo, y la centésima, recogida por la mano de un sacerdote, puede servir para dar el bautismo.

Así, de las gotas de sudor que caen de nuestra frente, algunas hacen seguramente germinar un poco de verdad y de virtud en torno nuestro. Si nada hiciéramos, nada produciríamos. Si trabajamos poco, produciremos poco, si trabajamos mucho, no diré que obtengamos todos los resultados deseados y esperados, pero sí afirmo que obtendremos siempre algo, con frecuencia más de lo que pensábamos. No hay nada que hacer. Tal es el grito lamentable de los desalentados, grito tan frecuente como poco fundado.

IV. No hay nada que hacer. Esto es, con frecuencia también, un murmullo de inercia.

Cuando *secretamente no queremos hacer nada,* verbalmente declaramos que no hay nada que hacer. Los inactivos se apresuran generalmente a pronunciar esas palabras solemne y majestuosamente como un oráculo: No hay nada que hacer, y aun se complacen en hacer a los que trabajan esta desalentadora profecía: No logra-

réis nada. Más de una vez, a los que han trabajado mucho y sólo medianamente han triunfado, les ofrecen como consuelo esta comprobación triunfante: "Ya os lo había dicho; no hay nada que hacer:" Muchas almas santas, muchos piadosos seglares, y aun muchos sacerdotes, para justificar la flojedad de su apostolado, repiten este dulce estribillo: No hay nada que hacer. Y al abrigo de esta cómoda fórmula, esperan tiempos mejores. Esperan un golpe de fuerza, un accidente casual, la aparición de un Neptuno naciendo de las ondas y apaciguándolas. Esperan un milagro, como si nuestras virtudes y nuestros sacrificios nos hubieran dado algún derecho al milagro.

El milagro, señores, debemos producirlo nosotros, sacudiendo nuestra inercia, y provocando con nuestros esfuerzos la intervención y colaboración de la Providencia. Estamos en la tierra para merecer el cielo y para ganarlo. El patrono no paga a su obrero antes de que éste haya trabajado. El patrono puede hacer sin duda adelantos, puede dar un taller, materias primeras, provisiones, herramientas; pero al obrero toca acabar su obra, y si ha hecho convenientemente su trabajo, recibe lo que es debido. Pues bien, Dios igualmente nos hace adelantos; nos da la vida, la inteligencia, la libertad, un mundo en el que se mezclan los recursos y los peligros, una patria en la cual se ponen a nuestro alcance múltiples medios de acción. A nosotros nos toca llevar a cabo nuestra empresa, y hacerla bien.

¡No hay nada que hacer! Es esta una afirmación ilusoria, colérica, desalentadora, inerte, y esta afirmación la oímos por todas partes. Quiero oponerle otra afirmación enteramente cristiana y francesa, que os doy como programa; es la afirmación de Juana de Arco: "¡Labor activa! Los hombres de armas a luchar, y Dios

dará la victoria." Juana de Arco salvó a la patria con su heroísmo, pero a nadie dispensó de armarse, de cabalgar, de batirse. No suplió el valor público, sino que lo reanimó e inflamó con su ejemplo. No arrojó fuera del reino a los ingleses, sino que preparó su derrota, y, después de su martirio, se necesitaron veinte años de buena política y de reñidos combates para consumar su ruina y asegurar nuestra independencia. Trabajó, y todo un pueblo trabajó con ella. Hagamos lo mismo. La Francia cristiana no puede morir. Revivirá... y gracias a nosotros, merced a cada uno de nosotros, revivirá.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCUARTA (1)

No hay nada que hacer

2.º Afirmación muy peligrosa

Hermanos mios:

La fiesta de Pentecostés nos recuerda las maravillas de la gracia realizadas por el Espíritu Santo. Débiles entraron en el Cenáculo los Apóstoles, pero de él salieron fuertes, como corderos transformados en leones, como niños transformados en guerreros invencibles. Arrojan una mirada sobre el mundo, y se proponen conquistarlo para Jesucristo. Ya no se les oye decir: "No hay nada que hacer", como con tanta frecuencia oímos hoy en día; frase muy peligrosa, peligrosa para los que la oyen, y peligrosa para los que la pronuncian. Quisiera desterrarla de nuestro corazón y de nuestros labios.

(1) Esta conferencia fué pronunciada en la misa mayor de las diez ante toda la Parroquia.

I. No hay nada que hacer. Afirmación peligrosa para los que la pronuncian.

Hace tristes estragos y paraliza muchas energías en la familia y en la sociedad.

1.º He ahí *un padre* y *una madre* que tienen buenas intenciones y anhelan educar una honrada posteridad. Pues bien, observad lo que ocurre con frecuencia.

Ven que un hijo rompe todo freno, sacude el yugo de las creencias y de las prácticas religiosas, entra en la vida como un caballo desbocado, se agota y se corrompe en los goces sensuales que secan en el fondo del alma toda sensibilidad, y aun los recuerdos y amores de la familia.

Deberían reaccionar, advertir, reprimir y corregir, llorar y orar. Esa madre no ha querido ser una Blanca de Castilla. No ha querido decir a su hijo: "Hijo mío, preferiría verte muerto que culpable de un pecado mortal." Debería ser por lo menos como Mónica. Si uno no ha podido educar Luises, por lo menos convendría intentar convertir Agustines. Pero no.

Toman su partido y declaran que no hay nada que hacer. Se dice: "Mi hijo tiene quince años; no tengo ya autoridad sobre él." ¿Por qué? Vosotros teníais también quience años, y se os reprendía, se os corregía, y gracias a ello, sois hombres honrados y buenos cristianos. Se añade: "Sí, pero las costumbres han cambiado." ¿Quién las ha cambiado sino vosotros?... Y si habéis contribuído a perderlas, ¿por qué no trabajáis en restaurarlas? Se concluye: "¡No, no hay nada que hacer!" ¡Ah, qué triste afirmación! Ella ratifica la abdicación de los padres y de las madres, ella sanciona todos

los descarríos de la juventud, ella consuma la descomposición de la familia.

2.º He ahí ahora en la sociedad *gentes honradas y honestos cristianos,* que observan, o por lo menos creen observar, con bastante fidelidad los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Se creen en regla con su conciencia. Pues bien, ¿cómo se portan a menudo?

Ven en torno suyo, en su casa, en su vencidad, en su puerta, millares y millares de almas que se pierden, oprimidos que gimen, hambrientos que se lamentan, revolucionarios que blasfeman, niños educados sin Dios, enfermos que mueren sin confesión, aldeanos y obreros que viven sin religión, Lázaros cubiertos de úlceras, o privados de la verdad que salva.

Deberían reaccionar, inclinarse sobre todas esas miserias físicas y morales, y procurar prevenirlas y consolarlas. Veamos, tú, *jefe de taller* o contramaestre, ¿es que no podrías con una sola palabra desaprobar y contener los propósitos impíos y ordinarios? Tú *oficial* o sargento, ¿es que no podrías sanear el cuartel? Tú, *mujer desocupada,* en vez de no hacer nada, o hacer naderías, ¿es que no podrías difundir un poco de dicha en torno tuyo, visitar pobres y enfermos, catequizar ignorantes? Tú, *hombre instruído,* lleno de salud, con mucho tiempo libre, gozando de inteligencia ilustrada, de fortuna, de consideración, llevando una vida irreprochable, con un patrimonio de honor transmitido intacto por tus antepasados, y celosamente conservado, ¿es que no podrías restañar un poco las heridas inferidas a la Iglesia y a la patria, emprender alguna obra para bien de las almas y del país, aportar tu piedrecilla a la reconstrucción de la vida moral de la nación?

No, *todos toman su partido,* y declaran que no hay

nada que hacer, o bien esperan... ¿qué? que los tiempos cambien, que la ola del error y del mal haya pasado. El campesino que se sentara en la orilla del río esperando que cese de correr, no sería más ciego que ellos. O bien, se contenta con gemir, como si los gemidos no fueran estériles, como si las lágrimas vertidas sobre las ruinas fueran capaces de reanimarlas. Se espera, se gime, y en medio de un mundo que sufre y perece apartado de Dios, se aleja uno repitiendo melancólicamente: ¡No hay nada que hacer! ¡Ah, qué frase tan triste! Ella autoriza la sequedad del corazón, ella nos ofrece el espectáculo de vidas cristianas que son el remedo del Evangelio, ella hace imposible nuestra regeneración social y religiosa.

II. No hay nada que hacer. Afirmación peligrosa para los que la oyen.

Esta desesperante fórmula, subrayada por un gesto agobiado, ¡cuántas veces la han oído los que han tomado la resolución viril de obrar y hacer obrar en torno de ellos, y cuántas veces ha helado la sangre de sus venas y enervado su actividad!

Ese sacerdote va a construir una iglesia, a fundar una escuela, a organizar un patronato, una mutualidad, una caja rural, una obra nueva que responda a necesidades también nuevas. Va a inaugurar un salón de conferencias y a trabajar por la difusión de la buena prensa. Armado de su juventud, de su celo, de su amor de Dios y de las almas, va a lanzarse al apostolado popular, a buscar por entre las espinas la oveja descarriada, a ponerse en contacto con los indiferentes y los pecadores para reducirlos a la fe y a la virtud cristiana. Ve ante sí una cosecha inmensa, y va a echarle la segur.

Vosotros le decís que no hay nada que hacer. ¡Qué frase tan mala! Corréis el peligro de desalentarlo, de cortarle los bríos, de esterilizar toda su vida sacerdotal. Jóvenes sacerdotes conozco cuyos primeros arranques fueron paralizados y cuyo porvenir quedó comprometido por esta máxima desoladora, que heló su corazón: No hay nada que hacer.

Entra *ese joven* a paso acelerado en la carrera de las obras. No quiere ser hombre inútil. Además, comprende que, si quiere ser bueno y salvar su alma, debe trabajar en salvar las otras y hacer el bien. El hombre necesita, sobre todo en la adolescencia, una pasión; será enérgico en el bien o en el mal. He ahí, pues, jóvenes apóstoles que se convierten en caballeros de la verdad y de la virtud. Ingresan en *El Surco,* en la *Asociación de la Juventud Católica.* Recorren nuestras ciudades y nuestros campos, y fundan por todas partes grupos, círculos de estudios, manifestaciones religiosas, sociedades de perseverancia.

Le decís que no hay nada que hacer. ¡Qué frase tan mala! Matáis sus ilusiones. Es como si quitaseis a un árbol todas sus hojas... las hojas que son para un árbol sus órganos de respiración, que atemperan la luz y el calor, que protegen las flores y los frutos, que preparan la aparición de las flores y favorecen la madurez de los frutos. ¡Ah, os ruego que no sacudáis con demasiada violencia las puras ilusiones de una juventud que cree y espera! ¡No hay nada que hacer! Cuando esta frase cae sobre nosotros, es como un viento helado que sopla sobre nuestra cabeza. Todas nuestras esperanzas quedan arrasadas, y la caída de nuestras ilusiones es el preludio de la caída de nuestros brazos.

Ese hombre de bien está lleno de actividad. En vez de maldecir su tiempo, trabaja en mejorarlo. Cuando

tantos otros no hacen más que suspirar, prodiga sus sudores. Se le ve correr a todas las miserias, y dedicar su tiempo, su dinero, su persona al bien. Sostiene las obras católicas de caridad e instrucción. Funda habitaciones obreras y sindicatos, y con frecuencia desconocido de aquellos a los cuales hace bien, continúa a pesar de ello su generosa empresa.

Le decís que no hay nada que hacer. ¡Qué frase tan mala! Corréis el peligro de hacer que dude de sí mismo, de su eficacia, de la causa por la cual delira. Imposibilitáis su éxito, presentándolo como improbable. ¡Ah, cuanto prefiero las palabras que vais a oir! Era la víspera de la batalla de Cerisoles. Francisco I había convocado su consejo. Allí estaba Montluc. Todo el mundo había dado su parecer y pronunciádose por la retirada. Montluc apenas podía contenerse. Por fin exclamó: "Oigo que todo en torno mío dice: "Si perdemos, si perdemos; y se detallan los grandes males que de ello se originarán. Pero no oigo decir: "Si ganamos, si ganamos", ni examinar los grandes bienes que de ello se seguirán." He ahí el lenguaje de un soldado. Ese debe ser el lenguaje de un cristiano. Pero no. En la gran lucha del bien contra el mal, muchos no quieren ver más que los riesgos a que se exponen, y no las probalidades de la victoria, con lo cual preparan la derrota a fuerza de predecirla como inevitable.

Ese católico ama su religión y su patria con amor violento. Oye el llamamiento de Jesucristo y de la patria, que reclama el concurso de todas las buenas voluntades, aun de las más humildes, que son en cierto sentido las más necesarias. Se entregan por entero a la causa... con el alma repleta de la incansable convicción de que el alba acabará por elevarse por detrás de la montaña, y que él,

obrero de un día, habrá contribuído en algo a la aparición de esta aurora.

Le decís que no hay nada que hacer. ¡Qué frase tan mala! ¡Cómo! ¿No hay nada que hacer... por la Iglesia, cuyos destinos son inmortales? Pero lo que decís es una enormidad. Vuestro aserto es una pura herejía. ¿No hay nada que hacer por Francia? Pero ella ha sido enteramente templada en las aguas de la gracia, todos sus hijos están bautizados en la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, el signo de la redención resplandece en la frente de todos los monumentos, todo su pasado está impregnado de catolicismo; no es posible, por consiguiente, arrebatarle la fe sin desgarrarle las entrañas, hay en su seno millares y millares de justos que merecen la bendición y la salvación. ¡No hay nada que hacer! ¿Qué estáis diciendo? Una frase mala, una frase impía, una frase peligrosa... peligrosa para los que la pronuncian, y peligrosa para los que la oyen.

Conclusión.

Hermanos míos, si en la tarde de Pentecostés, echando una mirada sobre el mundo, los Apóstoles hubieran dicho: "No hay nada que hacer..." ¿que hubiera sucedido? Helo aquí:

Se hubieran quedado tranquilos en su casa, con una campanilla en la puerta y un letrero concebido poco más o menos en los términos siguientes: "Somos los depositarios y guardianes de la palabra divina. Tenemos los secretos de la salvación de las almas y de la civilización de los pueblos. Todo el mundo puede venir aquí. Esperamos."

Y el mundo no habría ido, y los ídolos triunfantes, los templos consagrados a la impiedad y al desorden,

no hubieran sido derribados, y la civilización cristiana no hubiera nacido, y nosotros seríamos paganos, adoradores embrutecidos de Júpiter y Venus. No, los Apóstoles no profirieron semejantes palabras, sino que dijeron: "Levantémonos y marchemos." Y sembraron el Evangelio, y cristianizaron el Imperio romano.

¡No hay nada que hacer! Cuando uno acaba de decir esto, se sienta, y el mundo camina a su perdición. Cuando, por lo contrario, se dice: Levantémonos y marchemos, uno se levanta, y hace siempre algo. Los que obran pueden engañarse; pero los que nada hacen, se suicidan. La nada sólo conduce a la nada. La acción decuplica el valor de un alma, engendra a menudo maravillas y origina siempre el mérito. Hagamos la resolución de trabajar mucho por la gloria de Dios, por el bien de nuestros hermanos, por la salvación de nuestra patria.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOQUINTA

No hay nada que hacer

3.º Afirmación muy falsa

Señores:

Acabo hoy la refutación de la terrible frase: "No hay nada que hacer." Es una afirmación muy frecuente y muy peligrosa. Y añado que es también muy falsa. ¿No hay nada que hacer? Digamos más bien que todo está por hacer, que casi nada hay empezado, y que es preciso poner manos a la obra sin tardanza ni reposo. Os traigo un programa. No os pido que lo ejecutéis enteramente; quisiera tan sólo inspiraros el propósito de realizar alguna de sus partes.

I. ¿No hay nada que hacer? Dispensadme. Podemos obrar con la oración y el sacrificio.

Quizás os asombre. No veis inmediatamente cómo

la oración y el sacrificio son medios de acción. Esto no obstante, lo son.

El gran ministro español y cardenal Jimenez de Cisneros, convocó cierto día en su palacio a los grandes del Reino. Hallábanse ya reunidos hablando, agitándose, impacientándose de que se les hiciera esperar, cuando el Cardenal abrió la puerta de la pieza en que estaba. Era una celda monástica que se había reservado en los esplendores de su residencia. Acercóse a ellos y les dijo con majestad: "¿Estáis impacientes? Yo me encontraba a los pies de mi crucifijo. No olvidéis que orar es también gobernar." Hermosas palabras, señores; palabras profundas. ¿Qué es lo que podemos hacer sin Dios? No gran cosa. Para llevar a nuestro siglo ensombrecido y católico la luz y la paz, la obra del hombre es muy corta y muy insuficiente. Oremos. La oración pone en juego la acción soberana de lo Infinito. Ella obliga a intervenir a Dios.

Pero a la oración añadamos el sacrificio. El sudor de nuestras fatigas es el rocío que hace fructificar nuestras invocaciones. ¿No hay nada que hacer? Examinémoslo. La carrera del sacrificio es ilimitada, y todos pueden seguirla, por lo menos paso a paso. La aceptación voluntaria de las penas de la vida, es un sacrificio. La templanza que doma al cuerpo, es un sacrificio. Dar al pobre limosnas proporcionadas a nuestra fortuna, es un sacrificio. Hace sacrificios el que suprime ciertas fiestas y ciertos goces y destina su importe a la caja de las buenas obras; como también el que se priva de ciertos placeres y de ciertos viajes y emplea el tiempo en trabajos de acción social y de organización... como igualmente el que subordina su gusto por la independencia y su adhesión a ciertas opiniones particulares, a la autoridad del Soberano Pontífice... como, finalmente,

el que rompe con ciertos hábitos y reprime ciertas repugnancias y se entrega a las necesidades religiosas de la hora presente. He ahí toda una serie de sacrificios que, cumplidos con espíritu de fe y consagrados a Dios para la salvación de la patria, tienen un efecto práctico e inmediato y una trascendencia sobrenatural que sólo Dios conoce.

No hay nada que hacer. Afirmación muy falsa. Podemos obrar con la oración y el sacrificio.

II. ¿No hay nada que hacer? Dispensadme. Podemos obrar con el ejemplo y la palabra.

Dando ejemplo, se obtienen dos resultados: se hace uno fuerte, y fortalece a los otros. *Se hace uno fuerte.* Es una ley natural que se realiza diariamente. La repetición de los mismos actos decuplica nuestra facilidad para ejecutarlos. El herrero se hace hábil y fuerte manejando a menudo el martillo. Predicadores ilustres que empezaron a predicar balbuciendo y temblando, han llegado a dominar sin temor los más imponentes auditorios. Cambronne, que era un león en el fuego, palidecía al primer cañonazo. Arrojaos al agua, y nadareis. Haced con frecuencia actos católicos, y sereis católicos robustos. Cuando tenemos el valor de las convicciones, cuando damos el ejemplo de la religión abiertamente profesada, nos hacemos fuertes y *fortalecemos a los otros.* Los hombres, en general, no son seres malos, sino seres débiles. Esperan ser ayudados, estimulados, rodeados, arrastrados. Marchad delante de ellos, y marcharán con vosotros. Dadles ejemplo, y os imitarán. Vuestra energía cristiana dará valor a mucha gente tímida, que os dirá en el cielo. "Si estoy aquí, a ti te lo debo. Viéndote cumplir con la frente alta tus deberes de cristiano, sen-

tíme reanimado, y tuve suficiente valor para imitarle." Oigo decir a muchas personas honradas. "No hay nada que hacer" Y yo les respondo: "¡Cómo! ¿No hay nada que hacer? Pero, en primer lugar, en vez de gemir en un rincón y de ocultaros para servir a Dios, ¿no podríais haceros oir de dos o tres vecinos, de los cuales sabéis que son tan indecisos como vosotros, y venir juntos a la misa de los hombres? Vuestro ejemplo será un arrastramiento para vuestro barrio. Nada atrae y contagia tanto como la virtud valerosa. Dad el ejemplo"

Y si hay necesidad, si se presenta la ocasión, si podéis hacerlo, y se puede casi siempre, *hablad.* Los católicos no hablan lo que deben. Ved los librepensadores; tienen palabra potente; pronuncian discursos irreligiosos en los ferrocarriles, en las mesas de fonda, en el café, en el paseo, por todas partes y siempre. Cristianos, haced, pues, por la verdad y el bien lo que los otros hacen por la falsedad y por el mal. No adoptéis la actitud de pedir perdón a los hombres, porque pertenecéis a Dios. Sepa todo el mundo de buenas a primeras lo que sois. ¿Es que tenemos que bajar la cabeza? "¿Por qué vas a confesarte?"—preguntó un obrero a su camarada de taller—"Por dos razones; escúchalas bien: 1.ª porque eso no te importa; 2.ª porque me place." Hablad, afirmad vuestras creencias. Vengadlas de la ignorancia de los que no las conocen, del prejuicio que las desfigura, de las mentiras que las disfrazan, de las bajas pasiones que quisieran envilecerlas. A ciertas horas, vemos concertarse contra la religión todos los instintos villanos del hombre. Entonces es cuando hay ocupación para todo el mundo, entonces es cuando en los labios más tímidos, y de ordinario más silenciosos, debe resonar, por todas partes

repetido, el grito de la verdad que protesta y de la honradez que se afirma.

No hay nada que hacer. Afirmación muy falsa. Podemos obrar con el ejemplo y con la palabra.

III. No hay nada que hacer. Dispensadme. Podemos obrar con las obras y con el proceder.

Con las obras. Son multiples, y sólo tropezamos con una dificultad: la de la elección. En primer lugar, he ahí *las obras religiosas,* que solicitan nuestra actividad; son las más necesarias. Sea cristiana nuestra patria, y todo lo demás se le dará por añadidura. Vuelva a sus viejas creencias nacionales, y bien pronto recuperará el curso glorioso de su destino. En 1849, angustiado Cousín, se arrojaba en los brazos del abate Dupanloup diciéndole: "Salvadnos, salvadnos, señor abate." Y Thiers quería entregar al clero el monopolio de la enseñanza primaria. De tal modo la disolución de la sociedad hacía evidente la necesidad de la religión. El cristianismo salvó muchas veces la sociedad; es el único que puede salvarla todavía. Sin el cristianismo no se hará nada, no se producirán más que ruinas. Constituyamos en todas partes, obras religiosas de oración, de santificación del domingo, de apostolado, de difusión del Evangelio. Añadámosles *obras de caridad y de enseñanza*: conferencias de San Vicente de Paúl, damas de la caridad, albergues, asilos de ancianos, dormitorios, sanatorios, escuelas, colegios, universidades libres; luchemos contra la angustia física y moral, contra la miseria que aplasta los cuerpos, contra la ignorancia que ensombrece las inteligencias, contra el vicio que deprime las almas. Todavía no es esto suficiente. Fijemos nuestra atención en las *obras modernas* llama-

das sociales y prestémosles nuestra cooperación. Tales son: las obras de la buena prensa, las escuelas nocturnas, los institutos populares, los sindicatos obreros y agrícolas, las cajas rurales, las asociaciones cooperativas, las mutualidades, las habitaciones baratas, etc. Todas estas obras son por tres conceptos recomendables: 1.ª porque nos ponen en relación con el mundo de los trabajadores, y nos enseñan a conocerlo y amarlo; 2.ª porque mejoran la suerte material y moral de las clases laboriosas; 3.ª porque son indicadas y aconsejadas por nuestro Soberano Pontífice, el gran papa León XIII. Ante este inmenso programa ¿quién se atreverá a decir que no hay nada que hacer? Podemos obrar con las obras. Y ahora añadiré:

Y con el proceder. Esto es importante; permitidme que explique mi pensamiento. ¿Queremos hacer el bien, mucho bien, y ejercer en torno nuestro una acción moral y social intensa? Acordémonos de que somos cristianos, y cristianos del siglo XX. ¿Somos cristianos? Pues tengamos *procederes evangélicos.* Para ser más fuertes que el odio, seamos los prototipos del amor, según la bella expresión del presidente del *Surco,* Marc Sangnier: "No esperemos salvar la Iglesia oponiendo la violencia a la violencia. La vida divina espera difundirse en las almas por canales diferentes; y si la defensa puede llegar a ser un deber sagrado, se impone también la conquista. Ahora bien, Jesucristo sólo nos ha dado una fuerza de conquista: el amor." He ahí lo que yo llamo el método evángelico. Fué instituído y practicado por Jesucristo; pertenece a todos los tiempos y a todos los lugares. No tenemos el derecho de renegar de él. Para obrar sobre nuestros contemporáneos, debemos amarlos. ¿Somos cristianos del siglo XX? Pues *tengamos procederes fraternales.* Acep-

temos nuestro tiempo tal cual es; desacreditándolo, nada se gana. Queriendo imponerse a él, está uno seguro del fracaso. Tratándolo desde arriba, por la condescendencia o la piedad, se expone uno a molestarlo y a irritarlo. Todos cuantos nos rodean, amos y dependientes, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios e ignorantes, justos y pecadores, todos... somos hermanos. No basta decir, es preciso pensar; no basta decir y pensar, es preciso obrar en consecuencia. Lleguémonos a ellos, no temblando, ni frunciendo las cejas, ni aguzando el ingenio, sino espontáneamente, simplemente, fraternalmente. Tratémoslos a todos, no diré de igual modo, pero sí por modo igualmente digno y respetuoso, con formas proporcionadas a la situación, al estado de espíritu de cada uno en particular. ¿Somos cristianos? Tengamos procederes evangélicos. ¿Somos cristianos del siglo XX? Tengamos procederes fraternales. ¿No hay nada que hacer? Afirmación muy falsa. Podemos obrar con la oración y el sacrificio, con el ejemplo y la palabra, con las obras y el proceder.

Conclusión.

De que hoy en día se haga mucho mal, no se deduce que debamos desesperar. Escuchad unas palabras recientes del académico Brunnetière: "Nacida en las persecuciones, creciendo entre las herejías, consolidada por las controversias, si la Iglesia no tuviera enemigos, habría para desesperar de las promesas de su Fundador." La religión es sabia y violentamente perseguida. Es este un buen signo. Está en su vocación, Jesucristo se lo prometió, y, por otra parte, al concitar contra ella todas las malas pasiones, ¿no prueba la religión que es verdadera, santa y divina?

De que hoy en día se haga mucho mal, se deduce que debemos trabajar más y más. El criado de Saint-Simón decía cada mañana a su amo: "Levantaos, señor, porque hoy tenéis grandes cosas que hacer." El mismo llamamiento podría dirigirse a los cristianos. No se trata ya de callarse y borrarse. La acción se ha convertido en deber. En los tiempos que corremos, hay trabajo para todo el mundo. Cuanto más profundo y difundido está el mal, más ardor deben mostrar en la lucha los obreros de la verdad y el bien. Os he trazado un programa. Es muy vasto. Apresurémonos a realizarlo, y Dios bendiga nuestros comunes esfuerzos.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEXTA

Predíquesenos la moral

SEÑORES:

Existe hoy en día una escuela muy difundida que trata de constituir la moral fuera de la religión. Cada día se nos dice: Predíquesenos la moral. Los dogmas son asunto de teología y de controversia. La razón moderna presciden de ellos. Los dogmas nos dividen; la moral nos une." Es preciso responder a esta objeción, y empiezo por afirmar que la moral, de la cual todos vivimos, si la separáis de la doctrina cristiana, la condenáis a morir; y afirmo también que la religión es el fundamento, la antorcha, la fuente de la moral.

I. La religión es el fundamento de la moral.

Si arrancáis los cimientos, el edificio queda en el vacío y se desploma. Lo mismo ocurre con la moral separada de la religión; ya no se apoya en nada.

¿En quién queréis que tenga su apoyo? *¿En nosotros?* Esto no es posible. La moral es una ley que nos gobierna, un freno que nos reprime, un yugo perpetuamente opresor. Debe ser independiente de nuestra voluntad y superior a nuestras pasiones. La moral nos obliga; luego debe dominarnos. Si tuviera su fundamento, su razón de ser, su raíz, su último principio en nosotros y únicamente en nosotros, seríamos dueños de ella, podríamos mutilarla, cambiarla, suprimirla. No quedaría cinco minutos en pie e intacta. Ya no sería la moral.

Verdad es que tenemos *nuestra conciencia* que nos dice: "Esto es bueno, esto es malo; haz el bien, evita el mal," y unas veces nos castiga con el remordimiento, y otras nos recompensa con el asentimiento interior. La conciencia es el santuario en que resuena la moral. Pero no podría ser el fundamento en que repose la moral. ¡Es tan fácil engañarla, adormecerla, desafiarla! Preguntóse a un niño de ocho años: "¿Quieres a tu padre?"—"Sí, porque nunca me pega."—"Y a tu madre, ¿la quieres mucho?"—"Sí, porque siempre me obedece." He ahí la historia de muchos hombres que prescinden de la religión y se refugian soberbiamente en la moral. La moral sólo depende de su conciencia, y su conciencia no es un amo imperioso que los atormente mucho; es un padre indolente, que jamás los regaña, una madre benévola que los obedece siempre. No, el principio que sustenta la moral, no está en nosotros.

Tampoco está en torno nuestro. ¿Estaría en la *opinión?* La opinión no puede ser el fundamento de la moral. Es la expresión de las costumbres de un país, de un siglo, de un día, pero no es la regla inflexible, ni el soberano árbitro. Difiere totalmente según que es

formulada por un hombre, o por otro. Ora es mala y se somete uno a ella, ora es buena y la desafiamos. Es siempre movible... por lo que fundar la moral en la opinión, es edificar una casa sobre arena movediza. Esto no es serio.

¿Fundamentaréis la moral en *la ley?* Tampoco. A veces la ley ultraja y desconoce la moral en vez de sostenerla y defenderla. Con frecuencia la ley es impotente para castigar el crimen y recompensar la virtud. Por otra parte, la ley se detiene siempre, agotada y vencida, ante la conciencia y el fuero interno. La ley es el hombre que habla o amenaza, y me río de él. Yo soy hombre también; mi razón no se doblegará jamás mientras sea hombre. Podréis cortarme, si os place, la cabeza, pero no tocaréis a mi voluntad. El principio que sustenta la moral no está, pues, ni en la conciencia, ni en la opinión, ni en la ley. No está en nosotros, ni en torno nuestro.

Está *por encima de nosotros.* Es Dios. Fuera de Dios, que todo lo creó y lo gobierna todo, la moral queda suspendida en el aire, y carece de autor que explique su existencia. Fuera de Dios, que impone y manda, la moral carece de fuerza obligatoria. Es una ley sin legislador. Fuera de Dios, que ve, que oye, que juzga, que recompensa y castiga, la moral carece de sanción. Ya no es más que una justicia sin tribunal y sin magistrados. Fuera de Dios, es imposible concebir un principio en que repose la moral. Moral y religión son dos cosas que se llaman, se responden y no podrían separarse. La religión es el fundamento de la moral.

II. La religión es la antorcha de la moral.

Si apagáis la antorcha, producís la noche. Lo mismo

ocurre a la moral separada de la religión. Se obscurece; le falta precisión; es vaga e incierta.

Esto es fácil de comprobar. Los que no tienen *credo* y rechazan todos los dogmas religiosos, tampoco tienen una fórmula, un libro, un documento auténtico, un texto oficial, en donde se encuentre su moral. El indo tiene sus libros sagrados, el musulmán su Corán, el judío su Talmud, el cristiano su Evangelio... Mas ellos, los incrédulos, los librepensadores... no tienen nada, absolutamente nada. No son capaces de enlazar tres ideas filosóficas. No les es posible ofrecernos la noción, la regla, el código del deber. Los unos reivindican todavía los derechos de Dios, el amor debido a su nombre, el honor debido a sus altares, el respeto debido a su día; los otros no reconocen en manera alguna la Divinidad. El uno acepta la indisolubilidad del matrimonio, el otro aprueba el divorcio, y un tercero se declara partidario de la unión libre. Oigo sucesivamente atacar, excusar y glorificar el suicidio, el duelo, el adulterio, la usura, el perjurio. Los preceptos más elementales de la moral natural son contradichos y contestados desde que se abandona toda fe religiosa. Sobre los principios morales pulverizados, se extiende cierto barniz de corrección externa; muéstrase uno cortés, correcto, digno. En cuanto a la regla de las costumbres, en vano la buscaríais en medio de las ruinas amontonadas. Fuera de la religión, del cristianismo, de la Iglesia católica, la moral se torna incognoscible.

Entre nosotros, por lo contrario, la moral es precisa, uniforme, invariable. Ella constituye nuestra gloria y nuestra fuerza. Somos los únicos que tenemos un *Credo*, un símbolo, una doctrina filosófica que se mantiene en pie, invulnerable y entera. Sólo nosotros tenemos un Decálogo, un código, una doctrina moral que, como el

dogma, tampoco cambia, que tiene la misma lucidez y la misma estabilidad que él. Tenemos el Evangelio, que nos dicta nuestros deberes con tanta certeza como nuestras creencias. Tenemos el Catecismo, ese resumen, sencillo, pero sublime, conciso, pero completo, de la moral. En él están expuestos los preceptos esenciales del Decálogo, con todos los detalles acerca de las obligaciones que impone, con la definición de las virtudes que ordena, con la enumeración de los vicios que condena y de las pasiones que reprueba. En él están resueltos todos los grandes problemas que atormentan al género humano. En él están explicados todos los grandes deberes indispensables a la dicha del hombre, de la familia, de la sociedad. En él está la antorcha que ilumina todas las edades, todas las condiciones, todas las almas, todos los pueblos, todos los tiempos... antorcha que, no es solamente luminosa, sino, inmutable. Hace diecinueve siglos que, en sus púlpitos, en sus confesonarios, en sus libros, la Iglesia católica, inflexible guardiana, vela por la moral evangélica. Nada puede corromperla ni adormecerla, ni apartarla de su servicio, ni hacerla descender de su trono inviolable. Jesucristo le confió el depósito de los mandamientos como el depósito de las creencias. Nada cercena de él; nada le añade. Lo conserva intacto al género humano. La religión es la antorcha de la moral.

III. La religión es la fuente de la moral.

Si obstruís la fuente, el río cesa de correr. Lo mismo ocurre con la moral separada de la religión. Se ciega; su práctica se hace casi imposible.

Aun con la religión, bajo el impulso de los motivos que nos sugiere y de las fuerzas que nos procura, es

muy difícil hacer el bien y evitar el mal, practicar la moral. Sin la religión, ¿qué es lo que podríamos hacer? Muy poca cosa, casi nada. Se quiere prescindir del dogma religioso, de la doctrina cristiana. ¡Qué aberración! En ella está la fuerza, el freno que contiene en la pendiente del mal, la palanca que eleva nuestra virtud hasta el sacrificio, la fuente misma de donde brota la vida y la santidad.

Apelo a la historia. ¿Por ventura no fué la religión cristiana la que restauró, completó y perfeccionó la moral? ¿No fué ella, la que creó la castidad que embalsamó la tierra, la justicia, la paciencia, la misericordia no conocidas de la antigüedad? ¿No fué ella la que arrebató y transfiguró las almas al proponerle los ejemplos y lecciones de Jesucristo, su divino Fundador? ¿No fué ella la que, con sus observancias, sus oraciones, sus sacramentos, su gracia, permitió al hombre débil realizar el rigor de los preceptos y la perfección de los consejos? He aquí tres hechos ciertos y constantes que atestiguan la historia y la experiencia: 1.º Antes de la aparición de la religión cristiana, la moral era desconocida y olvidada; 2.º Allí donde reina la religión cristiana, la moral es restablecida y honrada; 3.º Cuando la religión cristiana desaparece, la moral se retira con ella: Dios no es más que una palabra vacía de sentido, y el hombre se convierte en animal degradado. La religión es la fuente de la moral.

Apelo a la actualidad. Montesquieu escribió lo siguiente: "El que carece totalmente de religión es ese animal terrible que sólo se acuerda de su libertad cuando desgarra y devora." Asistimos actualmente a este fenómeno. La ausencia de religión coincide con el desencadenamiento de la bestia humana. La negación de todo dogma es la señal del rompimiento de toda moral.

Vemos desvanecerse la virtud al propio tiempo que la creencia. En nuestro cuerpo social en descomposición, la impiedad, en vez de curar las llagas, multiplica las úlceras. El paso del librepensamiento por nuestra vieja civilización se reconoce por el surco más hondo de iniquidades y de vicios que deja tras de sí. La religión es la fuente de la moral. Es esto demasiado claro. Pero, se objeta aquí...

La vida de ciertos paganos que fueron virtuosos sin religión, o que fueron puros, grandes y justos adorando dioses inmorales, caprichosos y crueles. 1.º Los héroes y sabios del paganismo, vistos de cerca, no son brillantes, ni valen mucho más que la sociedad cuyos maestros y guías fueron. 2.º Si algunos fueron verdaderamente virtuosos y puros, no fueron más que excepciones, y, en definitiva, la moral fangosa del mundo antiguo fué determinada por la religión falsa de la antigüedad; 3.º En esta religión falsa flotaban algunas verdades esparcidas. Los grandes paganos cuyas virtudes se elogian, vivían de estas verdades mezcladas con el error. Escuchaban las grandes voces de la naturaleza, más fuerte que las de los dioses, y no carecían de religión. Su moral no era una moral independiente y atea. Con Platón, invocaban a Dios, soberano y señor del alma, tipo eterno de la belleza, de la justicia y de la verdad, y para ellos, el ideal religioso era la fuente de la vida moral.

Se insiste y se sostiene que *en el día de hoy existen muchos incrédulos* que son virtuosos sin religión. ¿Hay tantos como se dice? ¿Son tan perfectos como se asegura? Me permito ponerlo en duda. ¿Son verdaderamente incrédulos? Afirmo que no. Lo dicen, y quizás lo piensan, pero afirmo que se engañan sin percatarse de ello. Respiran el aire que Jesucristo difundió por

el mundo, viven de los hábitos, de las impresiones, de los recuerdos de su educación, que fué cristiana; el cristianismo, mezclado, sin que lo adviertan, a su vida más íntima, es el que hace que sean lo que son. Son buenos esposos y buenos padres. ¿Lo serían si hubieran nacido en la religión de Buda o de Mahoma? Evidentemente que no. Son caritativos. ¿Lo serían si hubieran vivido en Grecia o en Roma, en donde, en la época de la cultura más refinada, se hacía morir en una tarde, en el circo, a diez o veinte mil prisioneros para divertir al pueblo? Evidentemente que no. Sin advertirlo, sin querer confesarlo, son cristianos en gran parte. Tanto mejor par ellos, porque la impiedad total sería lógica y fatalmente la ruina total del individuo, del hogar y de la patria, la ruina total de la moralidad privada y pública. La religión es la fuente de la moral, como también su fundamento irreemplazable y su antorcha inextinguible.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEPTIMA

Basta la ciencia

1.° La ciencia no da la luz

Señores:

Hay cierto número de nombres sonoros y brillantes que se explotan, venga o no venga a cuento, contra la religión. Libertad, justicia, progreso, razón, ciencia... Se emplean estas grandes palabras, se remueven, se arreglan, se encajan como el material que sirve para las decoraciones públicas. Pero de la palabra ciencia es de la que más se usa y se abusa. Hace dos o tres años, un químico eminente, que es al propio tiempo un pobre pensador, M. Berthelot, decía en presencia de todas las corporaciones del Estado, que atentas y respetuosas le escuchaban: "La ciencia es la bienhechora del género humano... He ahí como la utilidad tangible de los resultados científicos ha hecho entender a los poderes públicos que el trabajo de laboratorio debería ser

alentado y sostenido... Pero ese trabajo no representa más que una parte de nuestro dominio, ya que la ciencia lleva más allá sus legítimas pretensiones. En efecto, hoy reclama a la vez la dirección material, la dirección intelectual y la dirección moral del mundo." He ahí lo que se llama una solemne inepcia. Pero lo desconcertante y casi doloroso es que la opinión pública acepte, ratifique y aliente semejante charlatanería. Desde que oye tan sólo la palabra ciencia, se hace incapaz la opinión del menor esfuerzo crítico. Algunos verdaderos sabios, y muchos falsos sabios dicen: "La ciencia... la ciencia... la ciencia basta." Refutemos este oráculo tan hueco como desacreditado... y demostremos la insuficiencia radical de la ciencia para darnos la luz, la virtud y la dicha. En primer lugar, afirmo, y voy a probarlo, que la ciencia no da, ni puede dar, la luz que el hombre necesita.

I. El hombre tiene hambre y sed de luz.

El hombre tiene hambre y sed de luz. Quisiera verlo y saberlo todo. Quisiera manejar la lira del poeta, el cincel del artista, el pincel del pintor, la pluma del escritor. Quisiera hablar la lengua del orador y escalar el cielo azul de la filosofía. Quisiera explorar los infinitamente grandes y los infinitamente pequeños, escrutar las entrañas del globo y las profundidades del firmamento. Quisiera arrebatar a la naturaleza y a la historia sus últimos secretos; y en realidad, en nuestra época, el hombre ha hecho descubrimientos maravillosos. Nuestros progresos científicos son inmensos. ¡Gloria a la inteligencia humana! ¡Gloria a todos los que investigan, saben, perfeccionan y vulgarizan los métodos de enseñanza, y son en nuestro siglo ardientes

propagadores de la ciencia! El hombre tiene hambre y sed de toda luz. Tanto mejor, pues eso es el signo de su grandeza. Pero esta grandeza, señores, quisiera yo que la llevarais hasta el extremo. Quiero que reconozcáis conmigo que

El hombre tiene hambre y sed de la luz esencial. Me explicaré. ¿Qué es la luz esencial? Helo aquí. Detrás de los resplandores restringidos de nuestro pobre saber humano, hay el gran sol de la luz eterna, y porque hayamos hallado el medio de alumbrarnos bien o mal con la llama vacilante de una bujía hecha por la mano del hombre, no debemos olvidar el astro del día que la mano de Dios suspendió de la bóveda del firmamento para iluminar a todos los humanos. Hablemos sin figuras. Hay verdades secundarias que es útil conocer. Pero más arriba hay la verdad primera y esencial que es necesario conocer. Expliquémonos mejor aún. ¿Cuáles son las cosas que más importa saber? ¿Son los animales que me rodean, las plantas que pisoteo, los astros que giran sobre mi cabeza? Evidentemente que no. Quisiera poseer toda la extensión, hay puntos cuya posesión ambiciono con preferencia a todo. Hay en la verdad verdades que son como el pan escogido y absolutamente indispensable del cual mi espíritu tiene necesidad de alimentarse. ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Cuál es el sentido de la vida y el sentido de la muerte? ¿Qué hay detrás del velo de tinieblas que envuelve la tumba? ¿Por qué, dentro de mí mismo, esa lucha terrible entablada entre la conciencia y la razón? ¿Por qué el dolor? ¿Por qué, si hay un Dios, y si ese Dios es justo y bueno, esos triunfos del mal, esas victorias de la injusticia, esas opresiones de la debilidad y del derecho por la omnipotente insolencia de la fuerza? ¿Qué debo pensar de mí mismo, de Dios y de nuestras relaciones con Dios? Conociendo mi destino, ¿qué debo hacer para conseguirlo?... He ahí, señores, lo que llamo la luz esencial. Todos más o menos, sin sospecharlo, aunque declaremos que nos burlamos de ellos, tenemos hambre y sed de todos esos puntos fundamentales. *Hombre de treinta años,* herido en tu corazón o en tu fortuna, en tus más caros afectos, que llevas abierta en el fondo de tu pecho una llaga sangrienta, te detienes repentinamente en el camino de tus placeres, de tus negocios, de tus honores, y te dices suspirando: "¿Qué es la vida?" *Escéptico* llegado a la vejez, encuentras al gran Desconocido, que empieza en la muerte y te promete durar siempre, y desde el fondo de tu naturaleza inmortal brota un grito: "¿A dónde voy?" *Obrero,* hermano mío, tenías una hija a la que amabas; su semblante iluminaba de alegría tus ojos, y su buen corazón perfumaba tu morada. Cierto día, la muerte, empujando bruscamente tu puerta, pisoteó aquella flor de inocencia y de dulzura, y te dices: "¿Por qué la muerte?" O bien, han puesto ante tus ojos tu anciana madre en el ataúd, y has exclamado en tu dolor filial: "Ese ataúd que se lleva a mi madre, ¿se llevará también su alma? ¿Volveré a verla en otro mundo?" Señores, en las horas de prosperidad, en medio de la fermentación de la salud y las pasiones, olvidamos fácilmente los grandes problemas del más allá. Pero llegan las *horas sombrías* de la existencia, y, movidos por el instinto, levantamos los ojos al cielo. Las estrellas brillan siempre en él, pero no las distinguimos más que cuando viene la noche. Así, cuando la desgracia nos envuelve en sus tinieblas, buscamos las estrellas de la eternidad. Tenemos hambre y sed de la *luz esencial sobre las cosas de Dios, del alma, del deber, del destino.* Podemos de-

safiar momentáneamente esta hambre y esta sed, pero no podemos sustraernos de ellas en definitiva, y en todos los casos, compadezco a los que, sobre estas cuestiones, permanecen en la ignorancia o en la duda. Y compadezco más todavía a los que permanecen tranquilos en la incertidumbre, a los que hacen profesión o gala de ella. "No hallo palabras—dice Pascal—para calificar a tan extravagantes criaturas." Está probado que el hombre tiene hambre y sed de la luz, y sobre todo de la luz esencial.

II. La ciencia no nos da la luz.

1.º *Aun en el orden de las cosas temporales y humanas,* la ciencia no nos da toda la luz.

Sabe y nos enseña mucho. Esto no admite réplica, Gracias a la ciencia, mandamos al rayo como a un monstruo amansado que sigue la línea de hierro que le indicamos; mandamos al sol que empuñe su invisible lápiz y trace nuestro retrato; mandamos al aire que se ilumine y alumbre en las tinieblas nuestros trabajos y fiestas; mandamos a la chispa que lleve nuestros mensajes a través de la atmósfera y de las profundidades del océano; mandamos al fuego que haga alianza con el agua, su antigua enemiga para que arrastre nuestros vehículos y arados. Gracias a la ciencia, sabemos y podemos mucho.

Pero la ciencia está lejos, *muy lejos de saberlo y de poderlo todo.* Ignora la naturaleza de la materia. Ignora el secreto de la atracción que sostiene los astros en el espacio. Ignora el secreto de la afinidad que liga las moléculas de los cuerpos. Ignora el secreto de la vida, cuyos fenómenos aparentes comprueba. Ignora el origen y fin de la tierra, cuya epidermis

ha removido apenas. Ignora mil otras cosas que son de su competencia y proceden de sus investigaciones. Aun fuera de las cosas de la religión, es terriblemente limitada e impotente... sí, impotente.

¿Qué puede ella contra las inundaciones que todo lo destrozan, contra las heladas, contra el granizo, contra la sequía? Casi nada. ¿Qué puede contra los terremotos? Nada. Ni siquiera logra explicarlos satisfactoriamente. ¿Qué puede contra buen número de enfermedades? Poca cosa. Es extremadamente limitada, indecisa, impotente. Debería ser humilde.

Porque no lo sabe todo, y *con frecuencia se engaña.* He aquí un ejemplo reciente entre mil. ¿Quién no ha leído en los periódicos la historia de la famosa tiara pagada en unos 200.000 francos por los conservadores del museo del Louvre, tiara que figuró en las colecciones de este museo con el nombre de cierto Saitafarnes? Pues bien, esa tiara es falsa, es obra de un cincelador ruso, o mejor, judío de Odesa. Esto está hoy reconocido y comprobado. Y notad que esta tiara, antes de comprarse, fué sometida al examen de nuestros sabios más competentes, y todos creyeron reconocer en ella, del modo más positivo, los caracteres de la autenticidad. Hoy reconocen, con no menos infalibilidad, que es falsa. ¡Ah, cuán humilde debería ser la ciencia! Aun en el orden de las cosas puramente temporales y humanas, no da toda la luz.

2.º *En el orden de las cosas espirituales y divinas,* no da ni puede dar ninguna luz.

Lo digo y lo repito: El hombre reclama la luz esencial. Ignorando el detalle inmenso de las verdades secundarias, tengo necesidad de conocer el lazo que las une a todas entre sí. Puedo ignorar las estadísticas, las

clasificaciones, las nomenclaturas, y de ello consolarme fácilmente. Pero no puedo vivir sin la explicación del origen y fin de todas las cosas. Simple obrero, ¿queréis que me satisfaga con saber ajustar dos piezas de hierro, la una al extremo de la otra? Físico o químico, ¿creéis que mi inteligencia quedará plenamente satisfecha porque haya descubierto nuevas propiedades de la materia, analizando con mayor precisión los átomos que la componen, e imaginando combinaciones antes desconocidas? No. Debo en primer lugar saber lo que dice relación a mi vida personal y al porvenir sin fin que no puedo evitar. Pero sobre esto permanece muda la ciencia, nada me dice. Interrogo a *las matemáticas, y me enseñan a calcular, pero no a vivir bien.* Interrogo a la *física* y a la *química,* y me enseñan de qué elementos están compuestos nuestros huesos y lo que hay en los glóbulos de mi sangre; me enseñan los fenómenos, los hechos, las fuerzas, las leyes del mundo material; pero moriré mañana, y estas ciencias sublimes no podrán evitarlo. Interrogo a la *geología,* y me introduce en las profundidades de la tierra, y me hace leer en ese libro mudo las revoluciones que ha soportado ya millones de años, pero no puede decirme lo que soy, y permanece impotente y desconcertada ante estos tres problemas: el mal, el dolor, la muerte. Interrogo a la *astronomía,* y hace comparecer ante mí los astros perdidos en los confines del mundo etéreo, me descubre el secreto de su marcha, de su composición y naturaleza; me dice como va el cielo, pero no me dice cómo se va al cielo. Interrogo a la más elevada de las ciencias, la *filosofía,* y me responde con incertidumbres, incoherencias, y a menudo absurdos. Escuchad la filosofía contemporánea, la que se gloria de evitar la tutela del dogma católico, y veréis que cuando no profiere estupideces,

se descarría en los quizás; agita más problemas que resuelve. ¿A quién, pues, recurrir? ¿A quién pedir la clave de los grandes problemas que nos interesan y serán siempre, hágase lo que se quiera, el gran fardo de las almas? ¿En dónde está el foco de la luz esencial? ¿En dónde está el sol siempre levantado sobre la cabeza del hombre? No está en la ciencia.

Aduzco aquí dos testimonios recientes e irrefragables: el testimonio de un gran literato. Brunetière, y el testimonio de un gran sabio, Pasteur. *Brunetière* dice en la *Revista de Ambos Mundos*:

"Al cabo de seis mil años, he aquí que tantos progresos materiales debidos a la ciencia no nos han hecho avanzar un solo paso en el conocimiento de nuestro origen, de nuestra naturaleza, de nuestro fin. Mientras la ciencia no dé respuesta a estas cuestiones, no será más que lo que llama Pascal una diversión, es decir, una manera de impedirnos pensar en las únicas cuestiones que nos interesan, y de caer en la desesperación en que nos sumergiría nuestra impotencia para resolverlas." El ilustre académico caracteriza con una sola palabra esta impotencia secular de la ciencia. *¡Bancarrota!* El ateísmo científico se estremeció al oirla, y juró tomar de ella un desquite que fuera sonado. Tal fué un banquete, el "banquete de la ciencia", que tuvo lugar en Saint-Mandé el 4 de Abril de 1895. En él se pronunciaron catorce discursos... pero semejante torrente de elocuencia no pudo borrar la verdad que hizo evidente Brunetière, a saber, que en materia de conocimientos esenciales sobre nuestro origen y nuestro destino, la ciencia es incompetente y muda.

El más ilustre sabio de los tiempos modernos, *Pasteur,* no vacila en reconocerlo y proclamarlo. Este gran hombre comprueba los límites de la ciencia. Nadie la ha

amado más ardientemente que él; nadie ha celebrado más decididamente que él sus conquistas y beneficios; nadie en mejores condiciones que él para experimentar el orgullo de esta potencia. Esto no obstante, este mismo hombre es el que proclamó que existe todo un orden de problemas capitales relativos a la vida moral del hombre que están fuera y por encima del dominio de la ciencia; que la ciencia es impotente para resolverlos, y que no tiene el derecho, en razón de su impotencia, de declararlos insolubles, no existentes o despreciables. Religioso por tradición y por sentimiento, Pasteur era un creyente. Repudiaba altamente el positivismo, y le echaba en cara que no contaba con las más importantes de las nociones positivas, la de lo Infinito, que declaraba ser la fuente eterna de toda grandeza, de toda justicia y de toda libertad. "La idea de Dios—decía—es una forma de la idea de lo Infinito." Y todas estas declaraciones hízolas el día de su recepción solemnemente en la Academia.

¿A qué proseguir? Sostiénese que la ciencia basta para todo, pero no es verdad. No da la luz esencial de que tiene necesidad el hombre. Tratábase hoy de comprobar esta primera insuficiencia, y ya está hecho.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCTAVA

La ciencia basta

2.° No da la virtud

Señores:

Muchos, para sustraerse a la religión, se refugian en la ciencia, y se les oye decir: "La ciencia basta." Pero esta afirmación es tan hueca como desacreditada. No, la ciencia no basta. No da la luz esencial sobre las cosas de Dios, del alma, del deber, del destino. Además, no nos ofrece la fuerza que constituye la virtud. ¿Puede uno ser virtuoso nada más que con la ciencia? Afirmo que no, y lo demuestro. Para ser virtuoso, se necesita mucha fuerza moral. Pues bien, la ciencia no da, ni puede dar, la fuerza moral.

I. Para ser virtuoso, se necesita mucha fuerza moral.

Existe el mal en nosotros y alrededor de nosotros.

No es posible negarlo. ¡Oh hombres, poned la mano sobre vuestro corazón, descended a los abismos de vuestro ser, y respondedme: ¿No es verdad que existe el mal en vosotros y alrededor de vosotros? ¿No es verdad que hay detrás del muro de vuestra vida externa, en la ciudadela de vuestra vida íntima, enemigos ocultos, instintos peligrosos, una raíz secreta de sensualidad, de orgullo, de concupiscencia? El mal... lo llevamos dentro de nosotros mismos. Circula por nuestra alma, viaja en nuestros miembros, enciende en nuestro seno grandes incendios, invade todas nuestras potencias y los más justos son precisamente los que más lo sienten y más se lamentan. Es la historia de todos nosotros. Existe el mal en nosotros, y existe alrededor de nosotros Lo sabéis. No me detendré más sobre este punto. Y observo que

Generalmente somos más atraídos hacia el mal que hacia el bien. Señores, respeto mucho la naturaleza humana para calumniarla, para querer discutir y suprimir sus reales grandezas. La inclinación hacia el bien existe en nosotros. No es una quimera. Hay oro en nuestra arcilla. Pero seamos sinceros. Nuestras felices inclinaciones vense contrabalanceadas por muchas inclinaciones malas y de ordinario pesan menos. Los atractivos que se disputan nuestra voluntad no son de igual fuerza. En general, la atracción del mal es más poderosa que la del bien. Ved *el género humano*: abandonado a sí mismo, a su pendiente natural, ¿adónde se encamina? Desgraciadamente, no hay discusión sobre este punto, pues todo el mundo sabe que se encamina al mal. Las grandes corrientes del linaje humano se dirigen por sí mismas a la falsedad, al desorden, al abismo, poco más o menos como esos ríos que en veloz corrida se llevan a la mar. La historia entera nos dice que el hombre teme

la verdad, porque teme el bien. Ved *el niño*. Nació de un padre y de una madre encarnación viviente de la virtud. No respiró en los labios maternales más que alientos celestiales. Fué rodeado de las más minuciosas precauciones. A pesar de ello, casi desde la cuna, vedlo arrastrado por una pendiente misteriosa hacia el mal, hacia la rebelión, hacia la cólera, hacia la dominación injusta, hacia el placer hasta el extremo. Todos los educadores nos dicen que, por generosa que sea nuestra naturaleza, oculta connivencias más numerosas con el error y con el mal que con la verdad y el bien. Ved *eso joven*. Abandonadlo a su inclinación natural y observad su dirección: marcha hacia el mal. Dilapida todos sus tesoros; pierde la virginidad del alma, la belleza y aun a menudo la salud del cuerpo. La experiencia que tenemos del mundo contemporáneo nos dice que hay centenares y millones de jóvenes que son voluptuosos por inclinación, crueles por inclinación, viciosos por inclinación. No. Las garantías para el bien y el mal no son iguales en nosotros. Escuchad sobre este punto al poeta romano Ovidio: *video meliora, proboque, deteriora sequor*. "Veo el bien y lo aplaudo, pero hago el mal." Escuchad también la confesión lastimera del apóstol *Pablo*, de aquel hombre ilustre por el genio, más ilustre todavía por la grandeza del natural y por la energía de la voluntad: "Trato de comprenderme a mí mismo, y no lo consigo. Porque no hago el bien que amo, y hago el mal que detesto. ¡Qué desgraciado soy!" Señores, he ahí nuestra verdadera situación: *somos libres, pero mal equilibrados*. Somos libres entre dos atracciones, pero la atracción del mal es generalmente más potente que la atracción del bien. Para hacer el bien, hay que subir; para hacer el mal, basta descender. Estamos en la situación de un náufrago que, arrastrado por un río impetuoso, debe hacer

un violento esfuerzo para remontar la corriente. Gravitamos hacia el mal, y sólo podemos ir al bien a condición de desplegar una grande, una grandísima fuerza moral. Para ser virtuoso, se necesita mucha fuerza moral.

II. La ciencia no da, ni puede dar, la fuerza moral.

1.° *Apelo al razonamiento.* Posee la fuerza moral: 1.° el que tiene *nociones precisas* sobre el deber que ha de cumplir. La primera condición para cumplir con el deber, consiste en *verlo.* Ahora bien, la ciencia no nos dice nada, ni puede decirnos nada, sobre el deber, sobre su origen, sobre su fuerza obligatoria, sobre su sanción, sobre sus múltiples aspectos. Posee la fuerza moral: 2.° el que *tiene poderosos motivos* para cumplir su deber. La segunda condición para cumplir el deber consiste en *quererlo.* Ahora bien, no afecta, no puede afectar a mi voluntad. Este dominio le está absolutamente cerrado, le es inaccesible. Posee la fuerza moral: 3.° el que tiene medios *eficaces* de hacer el bien y evitar el mal. La tercera condición para cumplir con el deber consiste en *poder cumplirlo.* Ahora bien, la ciencia no viene, no puede venir en auxilio de mi debilidad natural. No dispone de bálsamo alguno que conserve mi inocencia, de remedio alguno que pueda restaurarla una vez perdida. Para impedirme caer, o para levantarme si he caído, es incompetente e impotente. La ciencia hace sabios; tal es su cometido; no hace justos; esto no le concierne, esto supera su capacidad. La ciencia es grande, su papel es glorioso, pero su dominio está circunscrito. Manda a la materia, pero nada puede sobre el alma humana. No da, no puede dar la fuerza moral.

2.° Demostrémoslo con *hechos.* Los hechos tienen

una elocuencia muy superior al razonamiento. La ciencia no tiene por sí misma ningún sentido moral, ninguna eficacia moral, todo depende del uso que se haga de ella. La ciencia es la mejor o la peor de las cosas, como el hierro que defiende al hombre, o que le mata, según la mano que lo maneja, como el oro que paga el crimen, o recompensa la virtud, según que el rico que lo posee es criminal o virtuoso. ¿Cuántas veces, en efecto, no hemos visto actos de desinterés, de sacrificio y de heroísmo llevados al cabo por almas ignorantes? ¿Cuántas veces no vemos individuos que son muy instruídos y a la vez muy depravados, a los que podríamos calificar de cuadros dorados y cincelados, pero vacíos? Prodigios de inteligencia y de saber, esconden bajo su erudición y su literatura montones de porquería y refinamientos de maldad. La ciencia no es en modo alguno una garantía de moralidad y de virtud.

Mirad, ¿qué es lo que no se ha hecho *de treinta años a esta parte,* para desarrollar y difundir la ciencia? Nuestros progresos científicos en estos últimos tiempos son admirables. No me hagáis decir lo que no digo. No digo que esto sea un mal; digo que esto no impide ningún mal. ¿Nos ha hecho mejores la ciencia? Por desgracia sería preciso ser muy optimista, o mejor dicho, muy ciego, para sostenerlo. Escuchad. Hace más de treinta años que los nacimientos ilegítimos aumentan en proporciones aterradoras, y las estadísticas más recientes nos dicen que, de 100 nacimientos, 25 son ilegítimos en París. En Francia hemos tenido 100.000 divorcios en dieciséis años. Hace quince años recogía en París la Beneficencia pública 29.000 niños abandonados; actualmente tiene a su cargo 52,000. No, señores, el nivel de la instrucción no ha hecho subir el nivel de las costumbres. La ciencia se dirige a la inteligencia, a la razón

del hombre, pero no se apodera de su alma, de su voluntad, de su índole, de su conciencia. El simple razonamiento y los hechos que corroboran el razonamiento nos dicen que la ciencia no puede dar, no da la fuerza moral.

3.º *Los testimonios* sobre este asunto son irrefragables. El filósofo alemán Kant dijo: "Merced al arte y a la ciencia, somos instruídos en altísimo grado; somos civilizados hasta la saturación; pero nos falta todavía mucho para ser morales." Esta frase tiene hoy en día un valor cien veces más grande que en tiempo del filósofo de Kœnigsberg... porque desde que murió Kant, y hace ya cien años, la ciencia se ha desarrollado cada vez más, y la fuerza moral no ha aumentado... Pregunto ahora a un inglés, *Spencer,* quien dice: "El que tratara de enseñar la geometría dando lecciones de latín, o quisiera aprender el piano dibujando, sería digno de ingresar en una casa de orates; pero no sería menos irracional que los que se proponen mejorar el sentido moral con la enseñanza de la gramática, de la química o de la física." Escuchemos ahora un francés, un académico, *Emilio Faguet,* quien en sus publicaciones literarias ha escrito esta página: "La ciencia no existe desde ayer... la ciencia es de siempre. Comenzó con el que inventó el fuego, comenzó con el que inventó el arado... Si, pues, la ciencia existe de todo tiempo, de todo tiempo humano, podemos, para saber lo que será, preguntarle lo que ha hecho. ¿Ha logrado jamás hacer reinar la justicia entre los hombres? En manera alguna. ¿La ha aumentado tan sólo? En manera alguna. Ha sido una fuerza humana, y ha originado fuerzas, fuerzas útiles, fuerzas dañinas, el arado y la flecha. He ahí lo que ha hecho, he ahí lo que continuará haciendo. Aumentará el bienestar y los medios de propargarlo; llamará más seres humanos a la vida, inventará más modos de destruirlos. Y así, indefinidamente. ¿Por qué otra cosa? La ciencia, desde el punto de vista moral, es neutra, es decir, es nula. Semejante en esto a la naturaleza, crea fuerzas con entera indiferencia respecto al bien y al mal. Decir que originará la justicia, es una afirmación de buen augurio, si se quiere, pero tan vana como decir que originará la caridad, la fraternidad, el amor o la paz del corazón. Estas cosas le son enteramente extrañas. Ahora bien, en eso en lo cual no se ocupa la ciencia, porque en manera alguna le conviene, se ocupa el cristianismo, y sólo se ocupa en eso. Dice: "Sed sabios, si así lo queréis; eso no entraña ningún progreso moral, pero tampoco es inmoral; eso hace que se marche, que se cambie, que se modifique el aspecto del planeta, cosa que estimáis en mucho; sed, sed sabios. Pero si queréis ser felices, tratad de amar mucho; esto se llama caridad. "He ahí lo que dice... y querer sustituirlo por algo que, de una parte, puede muy bien vivir paralelamente con él, y que, de otra, no puede en modo alguno realizar lo que él realiza parcialmente, o por lo menos intenta realizar, es simplemente empeñarse en conseguir una pérdida sin compensación." He ahí, señores, todo lo que quería demostraros en el día de hoy. Para ser virtuoso, se necesita mucha fuerza moral. Ahora bien, la ciencia no da, no puede dar la fuerza moral. ¿En dónde está el secreto, la fuente de la virtud, de la fuerza moral? En el cristianismo, *en la religión.* La ciencia no basta. No es, en realidad, más que el elemento más ínfimo y despreciable de la formación humana. La conducta, la virtud, constituyen las tres cuartas partes de la vida. Ahora bien, la virtud viene de Dios. He leído que el viejo Dunois, el rudo compañero de Juana de Arco, recordando sin duda

la virtud inalterable de la heroína. y sintiendo bajo sus blancos cabellos ardores mal extinguidos, hizo escribir en las paredes de su morada: "Señor Dios mío, dadme un corazón puro." Proceded, señores, como el valiente Dunois. Para ser fuertes y virtuosos, poned a Dios con vosotros.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMONONA

La ciencia basta

3.º NO DA LA DICHA.

SEÑORES:

Muchos, para sustraerse a la religión, se refugian en la ciencia, y se les oye decir: "La ciencia basta." No, la ciencia no basta. No nos da la luz esencial. No nos da la fuerza moral. Y ahora añado que no nos da la dicha. Tres obstáculos se oponen a nuestra felicidad... el pecado, el dolor y la muerte. La ciencia nada puede, o puede casi nada, contra estos tres obstáculos.

I. **El primer obstáculo que se opone a la felicidad, es el pecado.**

El pecado existe. Sé muy bien que ciertos hombres no quieren convenir en ello, y dicen muy alto: "Nada tengo que reprocharme. El cielo no es tan puro como el

fondo de mi corazón." Pero también sé que estas afirmaciones carecen de valor... Los que la pronuncian tratan de engañarse a sí mismos, o de engañar a los demás. Niegan la existencia del pecado para no tener que arrepentirse de él y repararlo, y se acorazan en su supuesta inocencia para imponerse a la galería. Carecen de perspicacia o carecen de sinceridad. Sus afirmaciones carecen de valor. El pecado existe, y añado que *el pecado nos turba y nos empequeñese*. Jamás es un huésped insignificante e inofensivo. Nos turba por el remordimiento; y si hay conciencias a las que el pecado deja en calma y satisfechas, tanto peor para ellas. Las compadezco, y deseo no compartir su desolante seguridad. Nos empequeñese y rebaja nuestra dignidad. Desde que se ha cometido una falta pequeña o grande, nos sentimos disminuídos, empequeñecidos. Hemos perdido algo de nuestra nobleza. Hemos sido vencidos. Quiero que esta falta dormite largo tiempo en mi alma. ¿Qué ocurrirá? La mancha del alma no desaparecerá con el tiempo, y todos los ríos del mundo no tendrán virtud para lavarla...

Pasará el mar sobre él sin lavar la mancha,
Porque el abismo es inmenso y la mancha está en el fondo.

El pecado existe. El pecado nos turba y nos empequeñece.

¿Qué queréis que haga aquí la ciencia? Nada, absolutamente nada. La ciencia es incapaz de impedirnos caer, incapaz de levantarnos si hemos caído. No puede prevenir ni curar el pecado.

Una madre estaba intranquila por la salud de su hijo. Viéndole palidecer y ajarse como una flor picada en su raíz, condújole a un médico, quien, tras unos minutos

de examen, se limitó a decir: "Señora, su hijo no tiene necesidad de médico, sino de confesor." Palabras profundas. Nosotros somos los médicos de las almas, y, curando las almas, más de una vez salvamos los cuerpos, por cuanto atacamos el mal que la ciencia no puede atacar.

Ese joven ha perdido la inocencia. Diríase que es un templo herido por el rayo. Otros disertarán sobre sus ruinas; con los sacramentos las hacemos palpitar. Otros explicarán el movimiento; con la oración y la gracia, nos encargamos de producírselo. La ciencia puede llorar sobre él; la religión es la única que puede purificarlo y rehabilitarlo.

Habéis pecado y buscáis el perdón, la certeza del perdón. ¿Cómo sabéis que Dios os perdona? ¿Quién os lo dirá? ¿Quién borrará el pecado? ¿La ciencia? En manera alguna. Jamás tuvo un sabio la idea de decir a nadice: "Vete en paz. Tus pecados te son perdonados." Pero hace veinte siglos que dice esto el sacerdote, y millones de almas han acudido, y acuden todos los días, a recibir de él la certeza del perdón divino. La ciencia nada puede contra el pecado.

II. El segundo obstáculo que se opone a la felicidad, es el dolor.

El dolor está en todas partes. Está en el *cuerpo*, minado por la miseria, por la languidez, por el trabajo, por la enfermedad, por males incurables. Está en el *alma*, presa de los recuerdos de lo pasado, de la incertidumbre de lo por venir, de los tormentos de lo presente, de los males imaginarios que nos originamos cuando faltan los males reales. El dolor *está en todas las edades* y en todas las condiciones. El niño llora en la cuna. El

hombre maduro lleva una vida de forzado, con el sudor en la frente y a menudo con el corazón repleto de lágrimas en el camino de sus negocios, de sus ambiciones, de sus responsabilidades. El viejo gime porque ve disminuída su salud, defraudadas sus esperanzas, desvanecidas sus ilusiones. El trabajador gana el pan con el sudor de sus miembros. Cepilla, clava, edifica, labra el suelo, forja el hierro. Se ahoga en sus vastos talleres, se agota bajo la lluvia y el sol de los campos. Oigo murmurar por lo bajo al obrero y decir por todo lo alto: ¡Si fuera rico! Ilusión. Hay dolores bajo la blusa como los hay bajo la púrpura. Los hay en las cabañas, y los hay en los palacios. El rico padece como el pobre, y a menudo más cruelmente, porque su delicadeza agrava su suplicio. Pero siquiera los justos ¿están exentos de padecimiento? No, no. La cruz nos alcanza a todos, y la virtud misma, en vez de alejarla de nosotros, es una invitación a Dios, para que nos toque con ese cetro misterioso y sagrado que llevó su Hijo. El hombre es un ser que padece. ¡Cuántas veces, por desgracia, he oído en el fondo de mi corazón gritos lastimeros! Y si, en este momento, me detuviera para escuchar la voz secreta de vuestros corazones, cada uno de vosotros me diría: "Verdad es; he padecido, padezco, espero padecer." El mundo acabará con el último suspiro de los hombres, y mientras quede bajo el sol un representante de la especie humana, se verterán lágrimas.

¿Qué queréis que haga aquí la ciencia? Nada, o casi nada. Señores, a cada instante oís hablar de la cuestión social. ¿Qué es la cuestión social? Es sencillamente el problema no resuelto del padecimiento. Hay en el mundo masas de seres humanos que padecen, que se preguntan por qué padecen, que no lo saben, que rugen de cólera y de odio bajo el látigo del dolor. ¿Es que la ciencia puede explicar este misterio? No, no puede. El cristianismo revela el sentido infinitamente profundo del dolor físico y moral. La ciencia no tiene nada que decir sobre esto. En *le Volume* de 14 de Febrero de 1903, pregunta un maestro al rector Payot por qué son probadas las personas honradas, y por qué en particular su joven hijo es condenado a una cruel enfermedad. El alto pedagogo le responde: "No sabemos nada. Cada cual es dueño de consolarse como pueda y aceptar las hipótesis con las cuales quiera encantarse a sí mismo." La ciencia no explica el dolor. ¿Puede al menos disminuirlo? En un libro escrito en 1895, titulado *l'Education de la démocratie,* el mismo rector Payot dice: "La ciencia no ha mejorado en modo alguno la cuestión social. La miseria es más terrible y opresora que nunca. No está demostrado que los progresos de la industria hayan aligerado el trabajo de uno solo de nosotros." Pero admitamos que haya aquí una exageración; admitamos que la ciencia haya aumentado el bienestar y disminuído el padecimiento físico. ¿Ha disminuído el padecimiento moral? En manera alguna. ¿Puede disminuir las penas de nuestro corazón, los dolores del alma? No lo puede. La ciencia no explica el dolor, la ciencia no disminuye el dolor, la ciencia no consuela el dolor... Produce manufacturas, barcos, telégrafos, escuelas, teatros... periódicos, gas, higiene, cloacas... riquezas y placeres, filantropía y sociedades de seguros, y aun constituciones políticas y sistemas filósofos, pero no produce amor, ni alegría, ni resignación, ni ideal, es decir, paz y esperanza.

La ciencia, en lo moral, no logra nada. Al hacernos más sutiles, nos hace más exigentes e insaciables; a fuerza de saturarnos de lo finito, nos hace pensar en lo infinito y aspirar a lo infinito. La ciencia embellece el

mundo, pero a nadie da la certeza de hallar otro mejor a la salida de éste. Sin duda que el hombre tiene un cuerpo, pero llora por hallar un alma y para que se le devuelva a su Dios, y la ciencia nada puede hacer sobre esto. El hombre es un ser que padece, que tiene hambre y sed de consuelo. La ciencia aumenta esta hambre y esta sed; no puede satisfacerla.

III. El tercer obstáculo que se opone a la dicha del hombre, es la muerte.

Cosa espantosa, señores, *la muerte nos arrebata nuestros padres,* nuestros amigos, nuestros vecinos. Recorremos el camino de la vida, y uno a uno, nuestros compañeros de viaje caen a lo largo de la ruta como esas piedras que el excursionista empuja con el pie y descienden al abismo con lúgubre rumor. Recorremos el camino de la vida, y apenas hemos llegado a la mitad del viaje, cuando nos hallamos solos o casi solos. ¿En dónde estás, madre mía? ¿Qué ha sido de ti, padre mío? Os busco, hermanos queridos; tiernas hermanas, ya no os veo. ¿Me habéis abandonado ya, amigos de la infancia? Sí, la muerte ha cosechado todo esto. La muerte nos arrebata nuestros padres, nuestros amigos, los seres más queridos. Ahora bien, frente a una tumba que acaba de abrirse, ¿tiene algo que decirnos la ciencia? Se calla, y no puede hacer otra cosa que callarse. Pero la religión nos sale al paso, y sobre el polvo de las tumbas canta la inmortalidad. Nos dice que nuestros difuntos viven, que podemos hacer algo por su felicidad, y que volveremos a encontrarlos mañana en una ciudad mejor. Esto es un bien. La religión triunfa de la muerte. Pero ¿y la ciencia? ¿Qué queréis que haga? Después de luchar sin éxito contra la enfermedad, comprueba la de-

función, testifica que se ha exhalado el último suspiro, que el corazón ya no late, que el cadáver va a enfriarse y descomponerse, y se retira para dejaros llorar y orar a vuestras anchas. Señores, no acuso a la ciencia. Hace lo que puede hacer. No la reprocho, me limito a señalar sus insuficiencias. Luego, después que la muerte nos a arrebatado cuanto amamos,

Nos arrebata a nuestra vez. ¡Ah, no faltan hombres soberbios que rechazan con desdén nuestros dogmas, y no quieren creer en nada, sino en la ciencia! Pero están obligados a creer en la muerte. Este dogma brutal subyuga las cabezas más orgullosas, los espíritus más altivos e independientes. ¡Oh hombre, que no crees más que en la ciencia, y nada en la religión, mañana morirás... y cuando estés en tu lecho de agonía, ¿qué podrá hacer por ti la ciencia? Podrá decirte todos los elementos que componen tu cuerpo, las leyes según las cuales se descompondrá, a qué reino, a qué clasificación pertenecerán los gusanos que no tardarán en devorarlo; pero no te dirá a dónde va tu alma, en que nuevos horizontes penetrará, ni ante quien habrá de comparecer. ¿Quieres que te diga ¡oh hombre! de qué te servirá la ciencia que ha sido tu único ídolo? La ciencia, por el más maravilloso de sus inventos, el telégrafo y el ferrocarril, no servirá más que para llamar más deprisa a tu entierro, y no querrá que, para iluminar tus supremas angustias, arda junto a ti el cirio bendito que quemaría a tu lado y haría titilar ante tus ojos el divino crucifijo. La religión explica la muerte y la transfigura; la ciencia se vela la faz y nada entiende de ello.

La ciencia nada puede contra la muerte, contra el dolor, contra el pecado. Cuando padecéis, cuando os halláis conturbados por el remordimiento, cuando tomáis el camino del cementerio con el corazón vacío y desesperado,

¿pensáis arrojaros a los pies de un sabio? ¿Por ventura no os parece esto irónico? ¡Oh, la amarga irrisión! Este siglo ha hecho de la ciencia un ídolo, del cual espera la luz, la virtud y la dicha... pero de este ídolo hay que decir: "Tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye, tiene boca y no habla." Impasible y muda como la esfinge de piedra que el antiguo Egipto ponía en el umbral de sus templos, jamás dirigió al género humano una palabra de certeza y de consuelo. La ciencia es buena, pero no basta. No basta ni al espíritu, ni a la voluntad, ni al corazón del hombre. El hombre tiene necesidad de una luz, de una fuerza moral, de una paz que la ciencia no le da, que únicamente la religión puede darle.

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMA

¿Por qué hay tanta gente que no tiene religión?

1.º Los que no pueden tenerla

Señores:

Dirígense contra la religión innumerables objeciones generales. Hace dos años que vengo refutando las que con más frecuencia oís repetir, y voy a terminar esta segunda serie con la siguiente: "¿Por qué hay tanta gente que no tiene religión?" ¿Por qué? Es fácil de comprender. La religión es medianamente practicada porque no pueden, porque no saben, porque no quieren, porque no se atreven a practicarla. Tal es la explicación de las objeciones religiosas que tenemos ante los ojos, y que, a veces, nos asombran y escandalizan. Entremos en este estudio que va a cerrar nuestro décimoquinto año de conferencias.

Sí, en primer lugar, hay muchos hombres que no pueden practicar la religión, por falta de tiempo y libertad necesarios.

I. **Hay hombres que no tienen tiempo para practicar la religión.**

Sé muy bien que la religión nos manda adorar a Dios en espíritu y en verdad, y que es mucho más asunto de alma y de vida interior, que asunto de forma y práctica externas. Pero al propio modo, una religión que no aparece, no es religión, y si uno ama a Dios, preciso es que tenga tiempo de decírselo y mostrárselo. La vida cristiana sólo es posible a los que tienen, por lo menos de cuando en cuando, ocasión de arrodillarse, a los que gozan habitualmente de la libre disposición del domingo. Ahora bien, no ignoráis que, en nuestro mundo, que tanto blasona de cultura y libertad, hay millares y millares de hombres que trabajan seis días, y trabajan también el séptimo, que son las víctimas de la esclavitud organizada y de la servidumbre obligatoria. Diríase que son rodajes que no se detienen nunca. Las máquinas más perfeccionadas no funcionan sin interrupción. La Compañía de Omnibus de París da a sus caballos un día de descanso por cada cinco de trabajo. Nuestro siglo niega a muchos hombres lo que concede a la máquina y al animal... y esos hombres agobiados por un trabajo sin descanso... ¿en qué queréis que se conviertan? Se materializan, se desmoralizan, viven sin ninguna religión.

Se materializan. Sin domingo, no hay vida espiritual ni moral. El obrero está remachado a la tierra; no se levanta jamás. Está identificado con su herramienta, y de ella no se aparta nunca. Está engullido por la hoguera del trabajo manual, y de ella no sale nunca. Hace funcionar su cuerpo, pero jamás hace funcionar su alma. Se materializa. Sin domingo, nada de instrucción religiosa. En vano multiplicaréis las escuelas y los colegios; en

vano haréis circular la instrucción por las calles. La barbarie no hará más que empeorar al hacerse ilustrada, si la ciencia religiosa no viene a corregir y completar la profana. Ahora bien, el domingo en la iglesia, al pie del púlpito, es en donde el pueblo se instruye en sus derechos, en sus deberes, en sus destinos. Allí es en donde el dogma todo entero y la moral toda entera, pasando ante sus ojos, se incrustarán en su cabeza y en su corazón. Si le priváis de esta necesaria educación, se abate, se entenebrece, se materializa. Sin domingo, no hay oración, ni contacto con Dios. Ved esos hombre que no santifican el domingo: trabajadores de la pluma o de la herramienta, artesanos, empleados, industriales, comerciantes, agricultores; no piensan más que en la tierra. Se materializan.

Se desmoralizan. No quiero exagerar. El trabajo es por sí mismo verdaderamente moralizador. Cuando el obrero regresa de su trabajo, cuando el aldeano vuelve del campo, cuando el abogado se retira de la audiencia, cuando el médico ha dado la vuelta a sus enfermos, recobran con júbilo la paz del hogar, la sonrisa de su esposa, las caricias de sus hijos. Aspiran al reposo. Hay en el trabajo un gran elemento de moralidad y la sabiduría de las naciones no senseña que la ociosidad es madre de todos los vicios. Pero la virtud acaba donde el exceso comienza. El trabajo atemperado por el reposo, moraliza, pero el trabajo no interrumpido, desmoraliza. Suprime la vida de familia. El padre, la madre, los hijos, no tienen tiempo para verse y amarse. Oigo resonar por todas partes murmullos y declamaciones contra la desmoralización general. ¿Qué hay de asombroso en esto? Hemos constituído un estado social en el cual una parte de la nación, privada del domingo, se halla, por este mismo hecho, privada de toda vida de familia,

de toda vida espiritual y moral, de toda vida religiosa. Hemos constituído un estado social en el cual el pueblo carece de hogar y de altar.

Hay hombres que no tienen tiempo para practicar la religión. Esto es *un desorden,* una irritante injusticia, una barbarie que deshonra nuestra civilización. Es un crimen que pone a la sociedad en estado permanente de pecado mortal. Protesto contra semejante estado de cosas, y os invito a protestar conmigo. Con vuestra palabra, con vuestro ejemplo, con vuestra influencia, tratad de restablecer la observancia del domingo. Librad a la clase obrera de la esclavitud del trabajo continuo. Si no lo hacemos así, todos nuestros gemidos nada conseguirán, y todos nuestros deseos se sumirán en el abismo de la nada. Si no hacemos esto, el Evangelio no volverá a tomar posesión del mundo, y la violación de la ley divina hallará un eco terrible en nuestra sociedad descristianizada. Hay hombres que no tienen tiempo de practicar la religión. Es nuestra primera desgracia. Pero he aquí otra que es quizás más lamentable aún.

II. Hay hombres que no tienen libertad para practicar la religión.

Tengo que decir aquí cosas penosas y delicadas. Pero las diré por encima de todo.

¡Qué tiempo y qué país el nuestro! La palabra *libertad* resuena en todas partes. Se hace de ella un uso intemperante y abundante. Está escrita en todas las paredes. Aparece en todos los discursos. Los periodistas tienen constantemente este nombre en la pluma; los conferenciantes lo tienen constantemente en los labios. Sin cesar oímos decir que vivimos en el siglo de la libertad, y, como si la cosa no fuera bien cierta, prometemos sin cesar la libertad a gentes que, por supuesto, la poseen ya. La palabra libertad resuena en todos los ecos.

La práctica de la libertad está todavía lejos de entrar en nuestras costumbres. Para muchos, la libertad no es otra cosa que *la licencia,* es decir, el derecho ilimitado y absoluto de escribirlo todo, de leerlo todo, de decirlo y hacerlo todo. Nada más falso, ni más peligroso. Semejante libertad no puede durar; perece muy pronto víctima de sus propios excesos. Para muchos otros, la libertad sólo tiene un sentido, *aplastar* a los débiles, y se les oye murmurar en voz baja y a veces gritar por todo lo alto: "Todo para mí, nada para los otros. Quítate tú para que me ponga yo. La razón del más fuerte es siempre la mejor." Quieren ser libres en medio de un rebaño de esclavos. Finalmente, entre nosotros la libertad encuentra un enemigo poderoso e inveterado, nuestra extremada *centralización.* Somos un pueblo domesticado por tres siglos de poder absoluto, cogido entre las mallas de millares de leyes y reglamentos que paralizan toda iniciativa, agarrotado por los lazos de una burocracia que Europa nos envidia, pero de la cual prescinde de buen grado. Como decía un extranjero: "Cuando en Francia oígo gritar: "¡Viva la libertad!", miro al punto si hay detrás de mí un gendarme o un agente de policía que me coja por el cuello." Estamos muy poco habituados a la práctica de la libertad.

Pero lo que principalmente *desconocemos es la libertad religiosa.* El miedo a la religión es entre nosotros una especie de enfermedad mental que data de la Revolución, y que ha continuado esclavizando durante el siglo XIX con diversas alternativas. Esta singular locura tuvo un acceso en 1870, cuando infames granujas, explotando nuestras desgracias y la credulidad de la muchedumbre, persuadían al pueblo que los curas habían conducido a

los prusianos y conspiraban para restablecer el antiguo régimen, el diezmo y los derechos feudales. Más tarde fué sobreexcitada por el famoso grito de guerra de Gambetta: "¡El clericalismo, he ahí el enemigo!" A la hora presente está en toda eflorescencia. El miedo a la religión ciega a Francia y la conduce al embrutecimiento, a la servidumbre, a la supresión progresiva de la libertad religiosa.

Mirad, *en nuestras esferas oficiales*, nadie es libre de practicar la religión. Nadie, desde el modesto funcionario de 1.200 francos anuales hasta el Jefe de Estado de 1,200.000 francos, puede hacer simplemente, francamente, un acto de pura conciencia y de vida estrictamente privada, por poco que revista un carácter religioso, católico, sin temer que al punto lluevan sobre él denuncias, injurias y castigos. En Alemania, país protestante, el emperador Guillermo asiste con gran pompa a la consagración de la nueva fachada de la catedral de Metz, rodeado del Arzobispo de Colonia y del cardenal Kopp, legado del Papa. Entre nosotros, el jefe del Estado no pasa jamás el umbral de ninguna catedral. Entre nosotros, ningún prefecto, ningún subprefecto puede cumplir por Pascua con la Iglesia, o simplemente oir misa en público en domingo... Y si el más humilde empleado del Estado se atreviera a hacer educar sus hijos en una escuela cristiana, o a llevar un cirio detrás del palio, ya podría agarrarse bien, pues correría el riesgo de que se le dijera: "Cesa de creer, o te morirás de hambre." La esclavitud no sólo existe en los desiertos africanos.

El mismo fenómeno de la supresión de la libertad religiosa se encuentra a cada instante *en el conjunto de la nación*. Si un soldado otomano se prosterna, todo el mundo lo respeta, es libre. Pero si un soldado católico reza, se le prodigan burlas mortificantes, injurias groseras, y aun se le maltrata. El protestante va al templo, el judío a la sinagoga, el francmasón a la logia; se les deja hacer, y todo el mundo encuentra esto muy natural; pero si un católico que pertenece a tal taller, viene a misa el domingo, se le hace la vida dura, y se necesitaría que fuera un héroe para cumplir sus deberes religiosos. Uno es libre de asociarse para ganar dinero, para cultivar la música o el automovilismo, para distraerse o para enriquecerse; pero uno no es libre de asociarse para adorar a Dios, para servir a los pobres, para instruir a los hijos del pueblo. La prostitución es libre, pero la vida religiosa no lo es; se le quitan las escuelas, los conventos, los asilos, para convertirlos, como hace cien años, en un cuartel, en un almacén, en un teatro, en un establecimiento de cría caballar, en una cuadra. Paséase libremente por las calles una mascarada, pero una procesión católica queda prohibida como si violara la libertad de conciencia... Podría continuar la enumeración, mas ¿para qué? Me propuse demostraros que hay actualmente entre nosotros multitud de hombres que no tienen libertad para practicar la religión, o lo que poco más o menos es lo mismo, que no pueden conquistar esta libertad más que a costa de grandes sacrificios.

Esto es un desorden. Procuremos, señores, ponerle término. Procuremos hacer entrar en nuestras costumbres la práctica de la libertad, y sobre todo, de la libertad religiosa, de la libertad de conciencia. La impiedad impuesta a la fuerza es tan irracional, y aun más peligrosa, que la religión impuesta por la violencia. Sepamos respetarnos y tolerarnos mutuamente. En medio de nuestra sociedad dividida, no es la fuerza la que puede reducir a la unidad, sino la persuasión. La fuerza encorva las cabezas momentáneamente bajo el mismo

nivel; pero sólo la persuasión llega a las almas y une a los hombres en las mismas condiciones y sentimientos. La libertad religiosa es una condición esencial de paz social y de concordia nacional.

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMOPRIMERA

¿Por qué hay tanta gente que no tiene religión?

2.º Los que no saben

Señores:

Oigo decir: "¿Por qué hay tanta gente que no tiene religión?" ¿Por qué? Es muy fácil de entender. Muchos hombres no tienen ni tiempo ni libertad para practicar la religión. No pueden. Muchos otros no saben, y no sabiéndolo, se abstienen. *Ignoti nulla cupido.* Ignoráis las verdades, las pruebas, la necesidad misma de la religión. Ya he tratado muchas veces este asunto, pero no es inútil volver sobre él.

I. **Muchos hombres ignoran las verdades de la religión.**

¿Es esto verdad? Por desgracia, el hecho es fácil de comprobar. ¿Qué se sabe de los verdades religiosas *en el mundo popular*? Casi nada. Supieron algo a los

doce años. A los quince entran en el taller, a los veinte en el servicio militar; cásanse luego, y hay que ganarse el sustento cotidiano. En materia de religión, todo queda olvidado, y de cien obreros o aldeanos, apenas encontraremos cinco que sepan una palabra del catecismo. ¿Qué saben de las verdades religiosas *las clases medias*? No gran cosa. Tropiezo con industriales y comerciantes muy inteligentes, con médicos muy hábiles, con hombres de negocios muy experimentados, con administradores muy seguros; pero en general su ciencia religiosa es muy rudimentaria. A uno de ellos, que cierto día discutía violentamente conmigo, tuve la idea de decirle: "Vamos, querido amigo, cuando uno habla de una ciencia, preciso es conocerla. ¿Conoce V. la religión? ¿Conoce V. siquiera sus primeras nociones? Dígame los tres principales misterios y los doce artículos del símbolo." Tartamudeó y quiso continuar la discusión. "No—le dije,—después nos veremos." ¿Qué se sabe de las verdades religiosas aun *en las clases más ilustradas*? Con frecuencia muy poca cosa. En materia religiosa un miembro del Instituto está generalmente mucho menos informado que el más humilde cura de aldea. Hablando de sus colegas el ilustre sabio Chevreul, decía: Sí, son excelentes personas, hombres de talento, sabios notables en su especialidad, mis colegas del Instituto, pero ¡cuánta ignorancia la suya en todo lo referente a Dios! Difícilmente podríais imaginarlo." He ahí un hecho desgraciadamente incontestable. Muchos hombres ignoran las verdades de la religión. Y añado que

II. Muchos hombres ignoran las pruebas de la religión.

La Harpe, vuelto a la religión tras largos años de descarrío, decía a sus compañeros de incredulidad:

"Creo porque he examinado; examinad como yo, y creeréis." Ahora bien, entre los que no practican la religión, ¡cuántos hay que nada examinan de ella, o que examinan mal! *No examinan*. Son incrédulos sin saber por qué. No serían capaces de explicar su incredulidad. O bien *examinan mal*.

Esta religión, tan magnífica en sus promesas, tan pura en su moral, tan fecunda en virtudes, tan potente sobre el corazón de los pueblos que sucesivamente ha ido conquistando... esta religión, tan asombrosa por su extensión, que abarca el mundo entero, y por su inmóvil duración en medio de las humanas renovaciones... esta religión, tan imponente por el número y calidad de los que la han profesado... apenas es considerada por ellos.

Sus partidarios hace ya veinte siglos que representan lo más eminente del género humano en genio y en virtud, lo más extraordinario por el saber y por el talento, lo más exigente en materia de discusión y de creencias... pero ellos no les conceden la menor importancia. Tienen por nada el sufragio de tan sublimes espíritus. "¡Qué ignorancia la suya!—exclama Bossuet—¿Piensan acaso haber visto mejor las dificultades porque sucumben ante ellas, y porque los que las han visto las han despreciado? No, nada vieron, nada entendierro..." Si se tienen dificultades, deberían interrogar a

Los ministros de la religión, que son sus doctores e intérpretes autorizados. En las cuestiones espinosas de la legislación, nos dirigimos a un jurisconsulto; en las ciencias naturales, asistimos a la escuela de un sabio que ha penetrado sus secretos, en materia agrícola, industrial, militar, se interroga a los agrónomos, a los ingenieros, a los oficiales; en toda controversia, la última palabra pertenece a las capacidades, a los competentes, y sólo para poner una puerta en mi casa, si no quiero pasar

por poco razonable, si no quiero cometer una equivocación, recurro al carpintero. Pero, en materia de religión, muchos hombres se separan de esta regla tan elemental, desdeñan las luces, el saber, la dirección de los ministros de la religión.

Y *consultan...* ¿a quién? ¿qué? Un libro frívolo que ofrece chistes por razones, un camarada suspechoso, que busca en la incredulidad la justificación de su conducta, un gran charlatán, que diserta de todo sin saber nada. En realidad, de cien hombres más o menos extraños a la vida cristiana, hay noventa y nueve, o si se quiere noventa y cinco, que no han examinado nada, o han examinado muy superficialmente, y se han dicho con la mayor sencillez: "La religión es demasiado exigente. Impone demasiados deberes y sacrificios. No debe estar demostrada. ¿Es tan necesaria que no podemos vivir sin ella? Tal y cual lo hacen. Tantos otros lo hacen también. Todo el mundo lo hace. ¿No puedo hacerlo yo también como todo el mundo?" Y proceden como todo el mundo, sin preguntarse jamás si todo el mundo tiene razón. Señores, no calumnio a la naturaleza humana. Me limito a referir, y digo que muchos hombres ignoran: 1.º las verdades de la religión; 2.º las pruebas de la religión. Voy más allá.

III. Muchos hombres ignoran aun la necesidad de la religión.

Que la religión en necesaria, es sumamente claro. Es necesaria al individuo, a la familia, a la sociedad. Es un muro y una fuente. *Es un muro.* ¿Quién no lo ve? Una terrible invasión de mal nos amenaza. El sensualismo marchita aun el candor del niño. La juventud respira un gran aliento de independencia, de insubordinación, que espanta a los padres. Los naturales se debilitan. Aumenta la criminalidad, y decrece la población. El antagonismo social está en estado agudo. La fiebre del oro, del placer y de la ambición sobreexcitan todos los cerebros. Buscad, señores, y fuera de los principios religiosos, os desafío a que encontréis quien pueda contener el desbordamiento de las pasiones. La religión es un muro contra el mal. *Es también una fuente,* la fuente viva, que produce la virtud, la probidad, la unión, la paz, la felicidad pública. Si, circulando de todas partes sobre ese suelo invisible que se llama el alma de una nación, forma algo así como la corriente general, todo marcha bien. Pero si esta fuente sagrada mengua, si sobre todo se seca, todo marcha mal, todo vacila, todo perece. El cielo conserva todavía su azul, sus rayos de claridad; el sol su fecundidad primera, las montañas muéstranse de pie en toda su majestad; las mismas olas baten las mismas riberas; las mismas brisas circulan por los ríos y por las cosechas; las murallas de las ciudades siguen intactas; la raza transmite todavía con la sangre los rasgos que la distinguen; la lengua guarda aún sus caracteres y su armonía... pero el alma de ese pueblo ha cesado de palpitar como antes. La fuente se ha secado, las tradiciones sagradas y las augustas creencias han muerto, y ya no veis más que apariencias de vida y el cadáver de un pueblo. La religión es un muro y una fuente. Es esto la evidencia misma.

Pero muchos hombres no ven esto. No comprenden la importancia, la necesidad de la idea religiosa. No ven su importancia, su necesidad, ya para ellos mismos, ya para su patria, y entonces se abstienen... no se les ve en nuestros templos, en nuestras solemnes plegarias, en nuestras grandes asambleas religiosas, dar el ejemplo de la fe activa, y oponer la liga de las santas creencias a

las conjuras del infierno. No. Se borran. Asisten como espectadores y aficionados a las batallas del bien y del mal, como un asiduo concurrente al teatro que sigue con sus gemelos las peripecias del drama y el juego de los actores. Lo más que hacen es lanzar sobre las ruinas sociales y religiosas algunos gemidos estériles y pasajeros. Y todavía conviene no llevarles con demasiada frecuencia noticias poco tranquilizadoras, porque si los importunáis con llamamientos y advertencias, exclamarán como el tebano Arquias, a quien se le llevó un despacho que debía leer sin dilación, mientras lo ponía debajo de la almohada; "¡Los asuntos serios, para mañana!" Muchos hombres ignoran, no sólo las verdades y pruebas de la religión, sino tambien la necesidad de la religión. No tienen religión porque no saben.

1.º *No tendríamos razón si nos escandalizáramos* de su abstención religión

No prueba nada esa abstención, porque no se apoya en nada. La noche es la noche, y no dice que el día no sea el día. Así también, por numerosos que sean los hombres que no conocen la religión, ni la practican, eso no atenúa en nada el testimonio de los que la practican porque la conocen. La incredulidad de muchos se apoya en su fundamento ruinoso: la ignorancia, que no supone nada. Con frecuencia se oponen a la religión argumentos que suponen una ceguedad completa. "A qué confesarme?—decía uno—Es preciso haber cometido pecados, lo cual no me ocurre nunca"—"Señor—respondió el cura;—no hay más que dos especies de personas que no pecan nunca: los que todavía no tienen uso de razón, y los que la han perdido" Los incrédulos son con frecuencia ciegos. Los creyentes son videntes, saben lo que han de creer y los motivos de su creencia: *scio cui credidi.* Veo a Montalembert que comienza sus jornadas oyendo misa, que comulga el día que ha de subir a la tribuna, que al dirigirse al Luxemburgo, se detiene en la Iglesia de San Sulpicio para arrodillarse ante el altar de la Virgen. Veo al ilustre Pasteur viviendo y muriendo cristianamente, armonizando en su gran inteligencia la ciencia y la fe, salvando los muros de su laboratorio para subir hasta Dios. Ante semejantes ejemplos, ¿qué significa la abstención religiosa irracional de mucha gente? Absolutamente nada. Es nula y de ningún valor. Haríamos mal en escandalizarnos. Pero

2.º *Procuremos hacer que desaparezca.* Ya que muchos carecen de religión porque no saben, veamos si con nuestra palabra, con nuestros pasos, nos es posible hacer que sepan, advertirlos, ilustrarlos, ponerlos en camino de la luz. No ven la necesidad de la religión. Hagámosles entender que la religión y la sociedad son solidarias, y que los peligros que amenazan al orden religioso, amenazan a la vez al orden social. Ignoran las verdades y pruebas de la religión. Procuremos sustituirlas con alguna palabra a propósito, con la lectura de un buen libro. Acompañémoslos a un sacerdote, a la iglesia, al pie del púlpito. Ya que somos cristianos, trabajemos en cristianizar a los demás. Nada es tan necesario, nada tan urgente.

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMOSEGUNDA

¿Por qué hay tanta gente que no tiene religión?

3.º LOS QUE NO QUIEREN

SEÑORES:

¿Por qué hay tanta gente que no tiene religión? ¿Por qué? Fácil es comprenderlo. Los unos no pueden, los otros no saben, además, hay quienes saben y podrían, pero no quieren. Su abstención religiosa es formal. Es esto en ellos un partido tomado, una resolución hecha. ¿Es verdad que se encuentran hombres irreconciliables, irreductibles en materia religiosa? ¿Qué partido tomar?

I. ¿Es esto verdad?

No es posible negarlo. Cierto número de hombres son irreligiosos *por idea fija*. Una mala educación recibida en la familia o en la escuela, un mal medio en el cual han vivido constantemente, malas lecturas, de las cuales

hacen su alimento cotidiano, una mala secta, que los ha sujetado y esclarecido, todo esto y otras muchas cosas han falseado su espíritu y pervertido su juicio. Por ejemplo, se imaginan que no es posible armonizar la ciencia con la fe, o bien que no se puede ser republicano y católico. Son estas fantasías estúpidas y pueriles; pero no hay medio de borrarlas de su cerebro. Son irreligiosos por fanatismo científico, o por fanatismo político. Son irreligiosos por idea fija. ¿Quién de vosotros no ha tropezado con este fenómeno?

Muchos otros son irreligiosos *por pasión*. ¿Os habéis preguntado alguna vez *por qué la religión católica encuentra tantos enemigos*? Mirad. Se deja en paz la religión china y la religión mahometana, seguramente falsas. No causan inquietud ni el marabut árabe, ni el rabino judío. No se suscita objeción alguna contra el protestantismo. Sólo recriminan la creencia católica, el sacerdote católico. *¿Será porque la religión católica no es racional?* Desengañémonos. Es eminentemente racional. Se reduce a principios firmes, se demuestra por argumentos sólidos como la ciencia. La evidencia moral, sobre la cual se apoya la religión, tiene tanto valor como la evidencia matemática sobre la cual se apoya la ciencia. Si, pues, la religión católica es racional, ¿por qué tiene tantos enemigos? *Porque entraña consecuencias para la vida práctica*. Puedo avanzar mucho en el terreno científico por el solo esfuerzo de mi espíritu; pero la percepción de la verdad moral y religiosa, al propio tiempo que las luces de mi razón, exigen las buenas disposiciones de mi voluntad y de mi corazón. La inteligencia es una facultad aislada, una facultad parcial del alma, que basta para hacerme adquirir y poseer la ciencia; pero yo debo ser religioso con el alma entera en el sentido más amplio de la palabra. Para creer, es preciso, no sola-

mente saber, sino también querer. La religión tiene tantos enemigos, porque entraña consecuencias prácticas, y porque

Muchos no quieren aceptar sus consecuencias prácticas. La geometría no tiene nada que pueda turbar las conciencias culpables. No suscita objeciones. La religión impone al género humano principios que molestan; suscita violentas contradicciones. Se discutirían las verdades geométricas como las verdades religiosas, si las verdades geométricas intentaran poner freno a nuestras pasiones. Cuando pienso en la santa severidad con que condena el Evangelio todos los vicios, todas las pasiones desordenadas, el orgullo, la voluptuosidad, la codicia, ¿sabéis lo que me asombra, señores? No que haya incrédulos, sino que haya cristianos. Contra la religión todo se concita, excepto la verdad y la virtud.

Y entonces no se quiere la religión; noluit intelligere ut bene ageret. No quieren creer porque no quieren hacerse mejores. Sin decirlo al público, y aun con frecuencia sin confesárselo uno a sí mismo, se rechazan a la vez la virtud y la verdad, la virtud porque molesta, y la verdad porque impone la virtud. No digo que la incredulidad tenga siempre por causa secreta alguna inmoralidad, algún desfallecimiento de la voluntad. Esto no siempre es verdadero. Pero con frecuencia lo es. Una infinidad de personas son irreligiosas por pasión... ¡Cuántos jóvenes sobre todo, a los cuales podría decirse: "Joven, no eres religioso porque no eres casto. Abandonas y persigues la religión, porque la religión te predica deberes que repugnan a tu sentido depravado." Muchos hombres son irreligiosos por idea fija o por pasión. No quieren ser religiosos.

Han tomado su partido; han hecho su elección. Acababa el abate Vertot su *Historia de los caballeros de Malta,*

cuando llegó uno a proponerle datos preciosos sobre el sitio de Rodas. Rechazólos y se excusó de no poder utilizarlos diciendo: "Mi elección está hecha." La frase de Vertot, historiador más florido que exacto, hizo fortuna; con frecuencia se emplea y designa muy bien el estado de espíritu de muchos de nuestros contemporáneos que en materia religiosa son irreconciliables e irreductibles. Su partido está tomado. Su elección está hecha. Intentad ilustrarlos, conmoverlos, convencerlos, y, como el personaje que hace hablar Aristófanes en la comedia antigua, os responde así: "No me persuadirás, aunque me hayas persuadido." No la quieren.

II. ¿Qué hacer?

Muchos hombres de nuestro tiempo son deliberadamente extraños u hostiles a la religión.

1.º *No hay que despreciarlos,* desdeñarlos, maltratarlos, angustiarlos. Ya son bien dignos de compasión, para que añadamos la injuria a su desgracia. Somos cristianos, y nuestra fe enseña dos cosas: 1.ª El precio sagrado de las almas; 2.ª Las revoluciones sublimes de la gracia, que se complace a veces en transformar las voluntades más recalcitrantes. ¿Es que no vemos esto en todas las páginas de la historia? Pero los medios que Dios tiene a su disposición son infinitos, y para esperar a las almas rebeldes, cuenta con secretos que rebasan nuestro análisis y nuestras previsiones. No está cerrada todavía la era de las conversiones. Y si, en este siglo y a esta hora, hay cristianos que caen, también hay pecadores que se levantan, indiferentes que se despiertan, incrédulos que vuelven a la luz.

No despreciemos a nadie. El desprecio no sirve pa-

ra nada. Es una muestra de debilidad, no un signo de fuerza. La prensa, con sus hábitos de polémica llevados al extremo, no ha contribuído poco a deformar aquí y allá el espíritu de amenidad y de respeto. Reaccionemos contra esa corriente. Pongamos la bondad al servicio de la verdad. Sea en nosotros un lenguaje sin acritud la expresión de un alma sin amargura. Dios es paciente porque es eterno. Nosotros los hombres somos impacientes, porque sólo vivimos un día. Sepamos contenernos, moderarnos, contemporanizar y esperar. Los hombres que deliberadamente son extraños u hostiles a la religión, se engañan; quizás son culpables, pero son ciertamente desgraciados, y, como quiera que sea, son nuestros hermanos. No hay que despreciarlos.

2.° *Ni tampoco espantarse,* ni creer que todo está perdido porque hallemos en nuestro camino muchos contemporáneos que se niegan a compartir nuestras creencias, y aun están dispuestos a combatirlas.

En primer lugar, siempre ha ocurrido lo mismo, y no podría ser de otra manera. ¿Cómo queréis que la religión cristiana, tan santa, tan severa, tan exigente, se concilie todos los sufragios? Es absolutamente imposible. ¿Qué importa el número de soldados que desertan? Nuestra bandera es suficientemente hermosa para que nos mostremos orgullosos de ella y le concedamos nuestra confianza. No data de ayer. Fué plantada un día en el Calvario por Nuestro Señor Jesucristo, quien la regó con su sangre y la enrojeció con sus méritos. Durante tres siglos, los Apóstoles y los Mártires la pasearon por las catacumbas, por los tribunales, por los anfiteatros. Hiciéronla flotar al aire libremente... y cierto día llevóla el viento a la cima del Capitolio. Viósela en manos de Constantino, de Carlomagno, de

San Luis, de Juana de Arco, en la mano de los grandes capitanes y de los grandes libertadores. Viósela en las manos de los doctores y de los más grandes genios que han honrado el linaje humano; en las manos de las vírgenes, de los justos, de los santos, que son los representantes más sublimes de la raza humana. ¡Qué bandera la que marcha a nuestro frente! Hace ya veinte siglos que doscientos sesenta y dos papas la han sostenido con mano alta y firme por encima de las agitaciones de lo pasado, y Pecci, que acaba de morir, la transcribe a Sarto, en quien revive Pedro, cabeza de la dinastía pontificia. ¡Qué bandera la que marcha a nuestro frente! Un gran pueblo la sigue, una gran causa la precede... la causa del bien y de la verdad, la causa de la caridad y la justicia, la causa de Dios y de las almas, la causa del Evangelio y de la civilización, la causa del tiempo y de la eternidad. *Changarnier* hallábase en Argel paseando la bandera francesa en medio de las tribus árabes. No tenía más que un puñado de hombres, cuando de repente se ve cercado de enemigos veinte veces más numerosos. Reúne a su pequeña tropa y le dice: "Amigos míos, son 10,000, y nosotros 500. Bien veis que la partida es igual." Y los árabes fueron dispersados. La bandera y la causa de Francia triunfaban del número, estupefacto e impotente. Así es, señores, como hay que hacer valer nuestra bandera y nuestra causa. Tengamos conciencia de la verdad que profesamos y del derecho que nos cubre. Los hombres que deliberadamente son extraños u hostiles a la religión pueden ser sinceros o de mala fe; sólo Dios puede juzgarlos. No hay que despreciarlos. Pueden ser numerosos. No hay que espantarse por ello.

3.° *No hay que resignarse.* Procuremos ilustrarlos

hablándoles, conmoverlos amándolos, convertirlos orando por ellos.

Esto no basta. Con mucha frecuencia, los que no tienen religión no soportan que nosotros la tengamos. La idea de Dios los enfurece, la vista de un creyente los exaspera. Reclaman para ellos la libertad de blasfemar, y de buen grado rehusarían a los otros la libertad de adorar y orar. No vienen a la iglesia, y de buen grado, si lo pudieran, impedirían que vinieran los demás. Nada los detiene desde que se trata de aterrorizar a los tímidos y oprimir a los que practican. ¿Es que en conciencia podemos resignarnos y someternos? En manera alguna. Tenemos el deber de resistir y de obrar. No basta orar en el santuario cuando el hacha se abate sobre las puertas del templo. Orar sin moverse, es una abdicación. Los impíos decididos no son muchos, pero son audaces. Hay que defender a los débiles y defendernos a nosotros mismos contra los planes de la impiedad. Hay que apropiarnos la divisa del caballero que tomó por emblema las olas sublevadas con estas dos palabras: *turbant sed extollunt;* trastornan, pero acercan al cielo. La lucha duplica nuestras fuerzas y decuplica nuestros méritos... y, como ese fruto, tanto más sabroso cuanto es preciso cogerlo en una roca escarpada, las conquistas de nuestra fe serán tanto más hermosas cuanto más caras nos cuesten... Hay hombres que no tienen religión porque no quieren tenerla. Pero nosotros, sí queremos tenerla, aunque los otros no lo quieran. Es un derecho que nadie puede arrebatarnos; es un deber del que nadie puede dispensarnos.

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMOTERCERA

¿Por qué hay tanta gente que no tiene religión?

4.º Los que no se atreven

SEÑORES:

¿Por qué hay tanta gente que no tiene religión? ¿Por qué? Es fácil de comprender. Unos no pueden, otros no saben, otros no quieren. Finalmente, entre los que pueden, que saben y querrían, muchos no se atreven. Tienen miedo. ¿Es esto verdad? ¿Qué hacer?

I. ¿Es esto verdad?

Sí, es verdad que muchos hombres teniendo religión no se atreven abiertamente a profesarla.

Nada más hermoso que la intrepidez. Cuando leéis en la historia, que, en Malplaquet, en 1709, los soldados franceses, que llevaban ya tres días sin comer nada, arrojan el pan que se les distribuye, negándose a tocar-

lo hasta que hayan vencido, os desafío a que no se estremezca vuestro corazón. Y cuando contempláis en los anales de ayer al general Sonís tendido en la nieve, en la noche de la sangrienta batalla de Loygny, esperando la muerte, que no acaba de llegar, bañado enteramente en su sangre, extasiado en la oración, experimentáis el estremecimiento del entusiasmo. Nada tan hermoso como la intrepidez.

Nada tan raro como la intrepidez en materia religiosa. El número de tímidos es infinito. Hablamos sin cesar de libertad de conciencia, y hay millares de hombres cuya conciencia no se atreve a manifestarse. Tienen miedo

1.º *De la impiedad oficial.* Tienen miedo de perder una posición que, por modesta que sea, asegura bien o mal el pan cotidiano; tienen miedo de ponerse en oposición, si no con la ley, por lo menos con los que la aplican violenta y arbitrariamente; tienen miedo de exponerse a los reproches y venganzas de los tiranuelos de ciudades y aldeas, que se han dado la consigna de perseguir por todas partes la idea religiosa. De buen grado adorarían a Jesucristo si pudieran hacerlo durante la noche, al abrigo de las malévolas inquisiciones y comprometedoras indiscreciones. Pero en pleno día, es imposible. Caerían en desgracia de los poderosos. Se expondrán a las exclusiones injustas, a las recriminaciones violentas, a las medidas vejatorias que dictarían contra ellos y aun contra sus hijos. Sería demasiado para ellos. Arrían, pues, el pabellón, se callan, ocultan sus secretas convicciones bajo la hipocresía de la indiferencia, abdican los derechos de su conciencia y de su paternidad, y enfundan su bandera. Oyeselos murmurar por lo bajo: "Ruge la tempestad; callémonos." Y aun

algunos, llevando la debilidad hasta la apostasía, añaden: "Aulla la impiedad; aullemos como los lobos." Son irreligiosos por miedo. Otros, todavía más tímidos, retroceden ante el menor peligro; gozan de plena independencia, pero tienen miedo.

2.º *Del sarcasmo de la galería.* De una palabra, de una mirada, de un nada. ¡Ah, cuánto poder tiene una *palabra* para designar y abatir a los cristianos! En tiempos de Nerón y Domiciano eran los enemigos del género humano; en tiempos de Juliano, eran los galileos; en tiempos de Lutero, eran los papistas; en tiempos de Voltaire, eran los beatos; en tiempos de Luis Felipe, eran los jesuítas; hoy en día son los clericales. Con semejante epíteto sobre la frente, uno no tiene el derecho de ser oído ni escuchado y los grandes servicios son tan impopulares como los grandes talentos y las grandes virtudes. Muchos no saben aceptar esta gloriosa impopularidad.

Tienen miedo de una palabra no comprendida, absurda, idiota. Tienen miedo a la *opinión*. La opinión, que con frecuencia es disoluta, no puede amar la religión, que es siempre pura, y a cada instante hace estallar sobre la cabeza de los creyentes su risa indecente y trapacera. ¡Cuántos hombres tiemblan ante ella, y suprimen sus prácticas religiosas, para no tener que desafiar una sonrisa! Acudirían a la iglesia si los tiempos fueran mejores. Llamarán al sacerdote en la hora de la muerte, pero durante la vida prescinden de él. Todas las cosas de la religión merecen su secreta simpatía, pero no se atreven a manifestarla. *Napoleón,* próximo a morir, se confiesa, recibe el santo Viático y la Extremaunción y dice al general Mountholón: "Me siento feliz por haber cumplido mis deberes religiosos... No los practi-

qué en el trono, porque el poder aturde a los hombres. Pero siempre tuve fe. Quería hacer de ella un misterio, pero eso no es más que pura debilidad. Quiero tributar gloria a Dios." Así, el mismo Napoleón, que ciertamente poseía la intrepidez militar, confiesa que no tuvo la intrepidez religiosa. *Esta debilidad es característica del francés;* no se encuentra en igual grado en ninguno de los otros pueblos. El 30 de Abril último, el presidente Roosevelt, rodeado de los más altos funcionarios, inauguraba la Exposición internacional de San Luis, y pedía al cardenal Gibbons que empezara tan gran ceremonia con una oración solemne. Los americanos no tienen miedo de manifestar su fe religiosa. A fines de Mayo último, tuvo lugar en Londres la séptima reunión del Instituto colonial internacional. En este Congreso estaban representados numerosos Estados. Terminó con un banquete presidido por el Alcalde de la ciudad, y al principio del banquete, pidió el Alcalde al P. Piolet ¡un jesuíta!, que rezara el *Benedicite*. Los ingleses no tienen miedo de manifestar su fe religiosa. Entre nosotros, muchos hombres que tienen religión no se atreven a mostrarla al exterior.

II. ¿Qué hacer?

No hay que maldecirlos, sino tener piedad de ellos, defenderlos, alentarlos, aguerrirlos con la palabra, con el ejemplo, con nuestra vida abierta y valerosamente cristiana. Tengamos:

1.° *Una religión que se afirme.*

¿Qué quiere decir una religión que se afirme? Voy a intentar decíroslo. *Condé* y Luxemburgo tapizaban, con el escapulario al cuello, Nuestra Señora de París,

con las banderas ganadas al enemigo. He ahí una religión que se afirma. *Drouot* llevaba su rosario en la última batalla del Gran Ejército. He ahí una religión que se afirma. El general *Brun de Villeret,* un viernes, negóse delicadamente en la mesa de Luis Felipe, a comer los platos de carne que le fueron presentados. He ahí una religión que se afirma. *Lamoricière,* desterrado en Bruselas después del golpe de Estado, recibió de Thiers un billete citándolo para el domingo a las ocho. Thiers tenía necesidad de él para estudiar sobre el terreno la batalla de Waterloo; pero Lamoricière le respondió: "A las ocho, no; el domingo, a las ocho, voy a misa." He ahí una religión que se afirma. Cierto día, en la catedral de Quito, el predicador, al final del sermón, anuncia la erección de una cruz en las puertas de la ciudad, y pide para llevarla hombres de buena voluntad. *García Moreno,* Presidente de la República, desciende el primero de la tribuna, seguido de todos sus ministros, y reclama el honor de recibir sobre sus hombros la preciosa carga. He ahí un presidente de república como hay pocos. He ahí una religión que se afirma. Hace cuatro años, compareció ante el Supremo como testigo el cancionero *Botrel.* Era preciso prestar juramento, y no había crucifijo. Botrel lo busca con los ojos, y no distinguiéndolo en parte alguna, dice simplemente: "Soy cristiano; soy, pues, un crucifijo viviente." Luego, trazando sobre sí mismo el gran signo de la cruz, añadió: "En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, juro decir la verdad." Todos los francmasones casi se desmayaron. He ahí una religión que se afirma. ¿Queréis, señores, tranquilizar y arrastrar a los que no se atreven?? *Adelantaos con la enseña desplegada* en medio de un mundo en que los tímidos siempre tienen culpa.

No os avengoncéis de vuestra fe. No la pongáis bajo el celemín como una antorcha que os molesta, porque os señala. Una bandera que mete uno en su bolsillo no es una bandera, sino un pañuelo. No adoptéis la actitud de quien pide perdón a los hombres por pertenecer a Dios. Afirmad vuestras convicciones sin jactancia, pero sin debilidad.

Si se ataca ante vosotros vuestra fe católica, defendedla con vigor. Casi siempre, los que combaten vuestras creencias no os son superiores ni por la posición, ni por la ciencia.

Por otra parte, si fueran superiores a vosotros por el talento o la riqueza, ¿no tenéis como ellos la libertad de vuestras convicciones, la libertad primordial, inviolable y sagrada de vuestra conciencia?

Pareced lo que sois, seguid la línea recta, y os conciliaréis la estimación de todos. Los mismos que no tengan valor de seguiros, veránse obligados a dar testimonio de vosotros y a decir por lo bajo: "¡Enhorabuena! ¡He ahí un hombre!" Y son tan raros los verdaderos hombres en este mundo que se doblega por todas partes, que cuando uno da con ellos, empezamos por respetarlos y con frecuencia acabamos por seguirlos. Tened una religión que se afirme.

2.º *Una religión que irradie.*

En la batalla de Minden, en 1759, el cuerpo de granaderos de Francia, que mandaba M. de Saint-Pern, quedó expuesto al fuego de una batería que barría filas enteras. M. de Saint-Pern trataba de hacer que sus hombres no se impacientaran, y, paseándose delante de la línea, al paso de su caballo, con la tabaquera en la mano, decía a sus granaderos, algo asustados: "Y bien, hijos míos, ¿qué es eso? ¿El cañón? Bueno. Eso ma-

ta, eso mata. Helo ahí todo." Por su bravura ante el peligro, tenía derecho a mandar que nadie abandonara el puesto de honor. Esto quiere decir, señores, que, para pedir a otros valor y virtud, es preciso que uno los tenga. Esto quiere decir que,

A la hora presente, cuando veo en torno vuestro tantos bautizados que vacilan, tantas cabezas que se iluminan, tantas timideces que tiemblan, quisiera veros a todos, animados de un celo inteligente e infatigable, detener el contagio del miedo y propagar el contagio del valor. Quisiera veros, primeramente aguerridos, y luego dedicados a aguerrir a vuestros hermanos. Quisiera veros atraer a los que no se atreven en la irradiación de vuestra fe, ostensiblemente profesada. Hacedlo así, señores, y Dios bendiga vuestro perseverante apostolado.

Así sea.

TABLA ALFABÉTICA
DE NOMBRES PROPIOS

TABLA DE MATERIAS

Págs.

CONFERENCIA VIGESIMA

Pasó ya el tiempo de la religión

8.º Es antidemocrática

1. *La religión y la ascensión intelectual de la democracia*

CONFERENCIA VIGESIMOPRIMERA

Pasó ya el tiempo de la religión

8.º Es antidemocrática

2.º *La religión y la ascensión moral de la democracia*

CONFERENCIA VIGESIMOSEGUNDA

Pasó ya el tiempo de la religión

8.º Es antidemocrática

3.º *La religión y la ascensión material de la democracia*

CONFERENCIA VIGESIMOTERCERA

Pasó ya el tiempo de la religión

8.º Es antidemocrática

4.º *La religión y la ascensión política de la democracia*

CONFERENCIA VIGESIMOCUARTA

No tengo fe

1.º ¿Es esto verdad?

CONFERENCIA VIGESIMOQUINTA

No tengo fe

2.º ¿Por qué?

Págs.

CONFERENCIA VIGESIMOSEXTA

No tengo fe

3.º ¿Qué hacer?

CONFERENCIA VIGESIMOSEPTIMA

No tengo fe

3.º ¿Qué hacer? (*Conclusión*)

CONFERENCIA VIGESIMOCTAVA

Hay sabios y hombres de talento que no tienen religión

CONFERENCIA VIGESIMONONA

Hay sabios y hombres de talento que no tienen religión

1.º Hay sabios y hombres de talento que tienen religión (*continuación*)

CONFERENCIA TRIGESIMA

Hay sabios y hombres de talento que no tienen religión

2.º Esto no prueba absolutamente nada contra la religión

CONFERENCIA TRIGESIMOPRIMERA

Hay sabios y hombres de talento que no tienen religión

2.º Esto no prueba absolutamente nada contra la religión (*conclusión*)

Págs.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEGUNDA

Hay sabios y hombres de talento que no tienen religión (*conclusión*)

CONFERENCIA TRIGESIMOTERCERA

Hay que hacer como los otros

CONFERENCIA TRIGESIMOCUARTA

Se burlarán de mí

1.º El fenómeno del miedo

CONFERENCIA TRIGESIMOQUINTA

Se burlarán de mí

2.º La estupidez del miedo

CONFERENCIA TRIGESIMOSEXTA

Se burlarán de mí

3.º El pecado del miedo

CONFERENCIA TRIGESIMOSEPTIMA

Me quedaría solo

Págs.

CONFERENCIA TRIGESIMOCTAVA

La religión... es el obscurantismo

CONFERENCIA TRIGESIMONONA

La solidaridad

CONFERENCIA CUADRAGESIMA

Es la ley

CONFERENCIA CUADRAGESIMOPRIMERA

¿No puedo leerlo todo?

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEGUNDA

Lo he leído en mi periódico

CONFERENCIA CUADRAGESIMOTERCERA

No hay nada que hacer

1.º Afirmación muy frecuente

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCUARTA

No hay nada que hacer

2.º Afirmación muy peligrosa

CONFERENCIA CUADRAGESIMOQUINTA

No hay nada que hacer

3.º Afirmación muy falsa